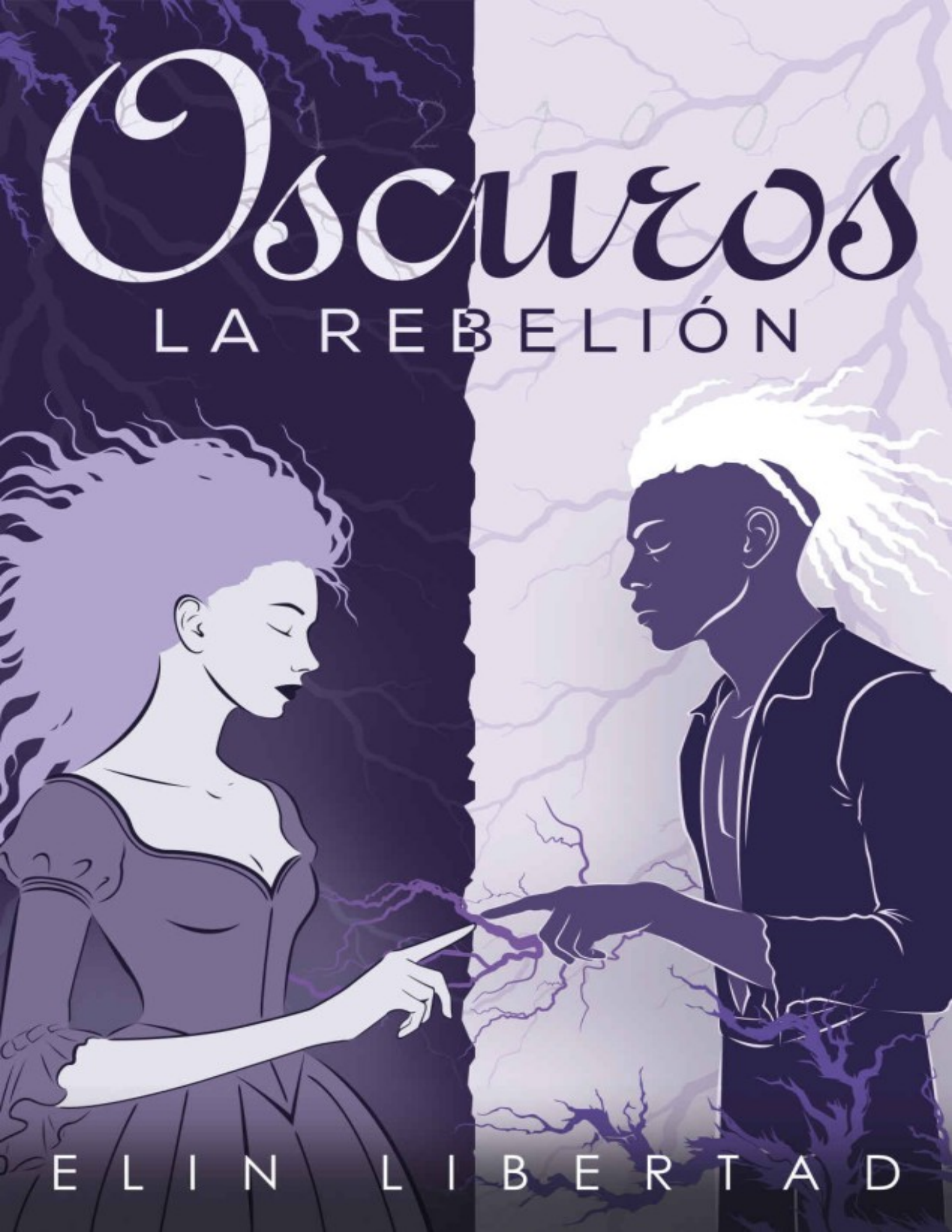
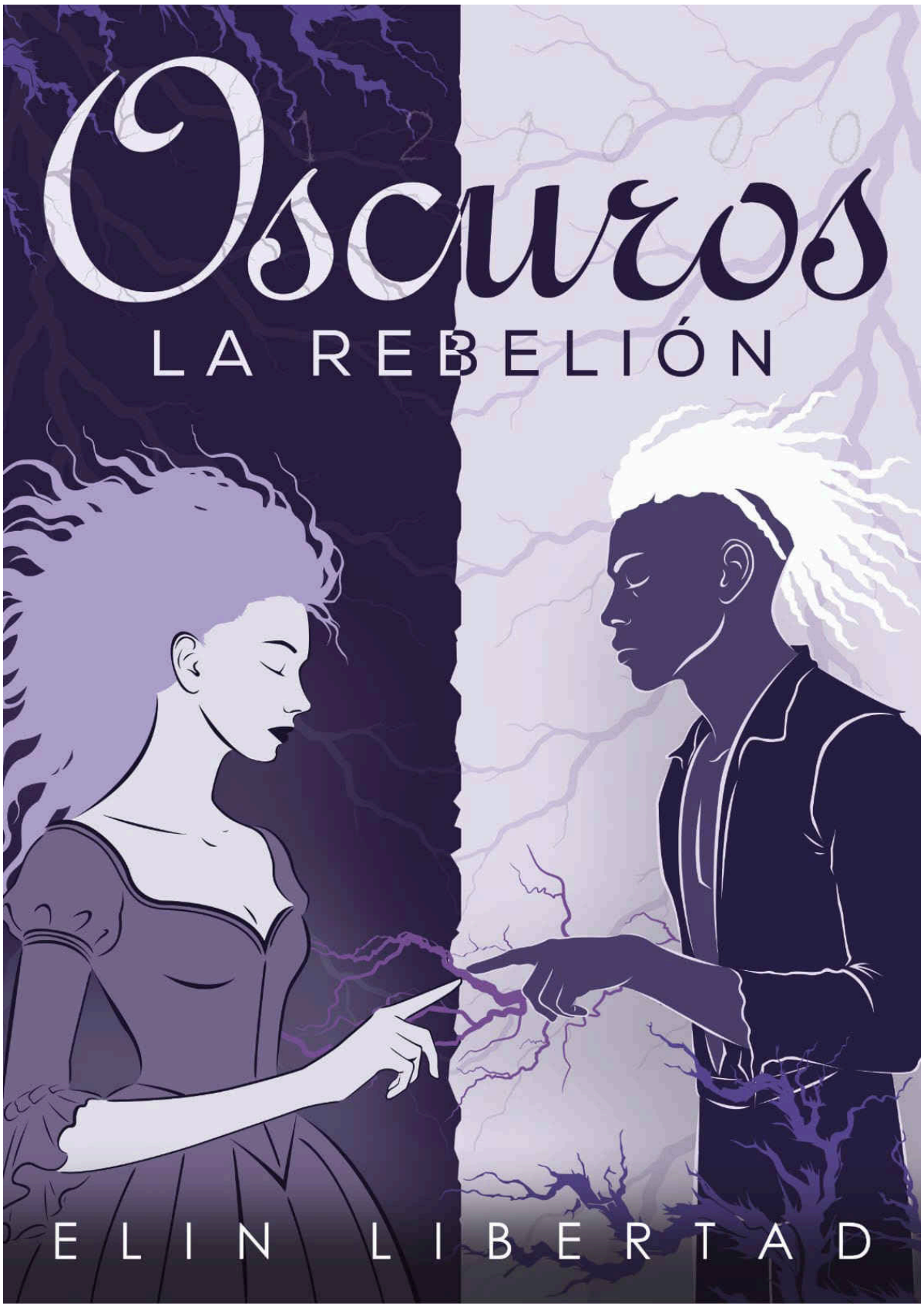
Oscuros

LA REBELIÓN



ELIN LIBERTAD


Oscuros
LA REBELIÓN
ELIN LIBERTAD

Título original: *Oscuros, la rebelión*
Primera edición: diciembre 2025
© Elin Libertad
Redes sociales: @elinlibertad
www.elinlibertad.es
Corrección y maquetación: El Quijote sin Mancha
Diseño de cubierta: Francisco José López

Este texto contiene violencia y violencia sexual explícita. No está recomendado para menores de 18 años.

Reservados todos los derechos. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright. Queda expresamente prohibido utilizar este contenido con fines de entrenamiento de tecnologías de inteligencia artificial.

Printed in Spain-Impreso en España

Para mis niñas piel chocolate y piel leche.

El amor no entiende de color.

Para mi marido, por ser un pedacito

de todas mis novelas.

Para Ángeles, de El Quijote Sin Mancha, por recordarme que no todos los ángeles tienen alas.

Prólogo

Año 2109

El mundo está azotado por diversos virus que no dejan de mutar y quitar la vida a los seres humanos.

Un grupo de científicos chinos investiga los agujeros de gusano con la intención de utilizarlos para viajar en el tiempo y encontrar al primer contagiado para fabricar una vacuna. El desarrollo de la investigación se lleva a cabo bajo el más estricto secreto.

Año 2170

Los virus y sus muchas mutaciones genéticas azotan el planeta entero creando la mayor pandemia conocida hasta ese momento. Los muertos se cuentan ya por cientos de millones.

La investigación sobre los agujeros de gusano se archiva bajo el nombre de «Origen» por falta de personal cualificado vivo.

Año 2175

El mundo clama oficialmente por la extinción de las personas de piel clara… Los únicos supervivientes son las personas de piel oscura genéticamente puras, que están sufriendo diversas mutaciones genéticas.

Los virus comienzan a debilitarse, pero han acabado con casi el cien por cien de la población. La vida para los humanos es insostenible como la conocían hasta ese momento, ya que no hay mano de obra suficiente para poner en marcha fábricas, granjas, centrales energéticas…

El nuevo Gobierno al frente del mundo reabre la investigación «Origen» y decide usar los agujeros de gusano para traer personas del pasado a nuestra época, con el fin de ampliar el número total de la población humana.

Año 2176

La operación «Origen» se descontrola y, aunque en un principio se pretendía traer personas del siglo XXI, acaban llegando a nuestra actualidad un gran número de habitantes de diferentes etnias de Estados Unidos de principios del siglo XIX, antes de que Abraham Lincoln aboliera la esclavitud.

El caos y la guerra se desatan en todo el mundo entre los denominados «oscuros» —personas de piel oscura— y los «verdaderos» —personas de piel clara—. Mientras tanto, el Gobierno intenta poner en funcionamiento una sociedad tecnológica como la que se conocía diez años atrás y apacigua las rebeliones bajo el lema de la igualdad.

Año 2180

Los verdaderos toman el control del Gobierno y someten a los oscuros, acabando así con la guerra en todo el mundo.

Los verdaderos crean una sociedad anclada a la tecnología de principios del año 2000 a la par que clásica, donde vuelven a implantarse costumbres del siglo XIX, como la esclavitud, las dotes, las presentaciones en sociedad, el gusto por el lujo, la construcción de enormes mansiones con salones de baile…

1. Infancia

Dakari

—¡Mami, mami! —grito a mi mamá mientras entro en la cocina a toda velocidad. Estoy tan emocionado que paso por alto el gran número de olores que percibo y que siempre me molestan.

—¡Dakari, hijo! No des esos gritos ni corras tanto, te vas a caer. —Ella sigue cocinando, es lo que hace siempre porque es una esclava doméstica. Algún día, yo también lo seré y, según dice mi mami, eso es lo mejor que me puede pasar.

—¡Si esperas que con seis años no grite ni corra, estás loca, Mary! —le dice su compañera de cocina y ambas se ríen.

—¡Mami, mami, escúchame! —Le tiro de la falda larga que lleva mientras ella gira la cuchara sopera dentro de la olla.

—¿Qué pasa? —pregunta algo desesperada.

—Queee… ¡va a venir una niña a la casa!

Le suelto la falda y comienzo a dar vueltas sobre mí mismo lleno de alegría. ¡Por fin voy a tener a alguien con quien jugar!

Mi mami y su compañera se miran sorprendidas. Mi madre me pregunta:

—¿Una niña? La señora Moore dijo que vendría su hijo a vivir a nuestra casa, pero no mencionó nada de una niña. Pobre hombre, ha debido ser terrible perder a su mujer… ¿Es que ya han llegado y has visto a una niña verdadera?

Sigo girando sobre mí mismo y mi madre tiene que pararme. Me caigo al suelo mareado y me río, pero ella se pone seria y rechista, así que contesto:

—No han llegado aún, pero la he olido, huele como las niñas esclavas, pero lleva mucho perfume y…

—¡Cállate, Dakari! —Mi mami me coge del brazo mientras su compañera se hace cargo de la sopa. Me lleva a una esquina de la cocina y se agacha para quedar a mi altura.

—Ya lo sé… —digo con tristeza—. No puedo hablar de mis mutaciones, pero todo el mundo ve mi pelo blanco y no pasa nada —le recrimino enfadado.

—¡Dakari, hijo! Eres un negro con el cabello blanco, un esclavo doméstico como tu madre, eso es todo lo que eres porque es inofensivo. Los oscuros con mutaciones peligrosas mueren. ¿Lo entiendes?

No contesto porque estoy enfadado. Lo entiendo, tener el pelo blanco no es peligroso, tener un olfato superdesarrollado, sí. Frunzo el ceño y arrugo los labios hacia delante, quiero que le quede bien claro que no me parece bien, pero ella rechista de nuevo y me zarandea. Veo sus ojos preocupados y le digo:

—Vale, mami, desde ahora, no oleré nada de nada —me pongo la mano en la nariz y hago el tonto—, pero ¿crees que me dejarán ir al cole con ella?

Mi madre niega con la cabeza:

—No, hijo, ella es una verdadera, ni siquiera podrá ser tu amiga, es tu dueña. Y da gracias a que te permiten estudiar *online*. Muchos oscuros no han tocado un ordenador en su vida. Recuerda no curiosear por ahí. ¿Qué hacemos los oscuros con respecto a los verdaderos?

—Oír, ver, callar y olvidar —digo en voz baja con algo de tristeza.

—¡Muy bien! Anda, ve a jugar y pórtate bien.

Mi madre me abraza, se da media vuelta y cruza la enorme cocina. Ella siempre está aquí y yo me aburro mucho. Mi momento favorito del día es cuando el ordenador se activa y puedo conectarme al cole *online*. Participo en juegos, pinto, leo y aprendo mucho. Me enseñan a ser un buen esclavo doméstico, pero me gustaría más ir a la escuela de verdad con la nueva niña. No sé por qué los mayores

siempre dicen que los verdaderos y los oscuros somos tan diferentes, porque esa niña blanca huele casi igual que las niñas negras.

Me voy a jugar un rato, mi mami siempre me dice que disfrute mucho, que en cuanto cumpla nueve años, terminará mi educación y trabajaré en la casa. Así que salgo al patio de atrás, ahí nunca hay nadie, por lo que NADIE puede echarme la bronca. Me entretengo un rato jugando. Finjo que me presento a la niña y ella me invita a ir a su cole de verdaderos. Fantaseo con que voy y juego al escondite con un montón de niños. ¡Qué divertido sería eso!

Después de un rato, me aburro de esconderme para que «nadie» me encuentre y me acerco al macetero rectangular lleno de flores que hay en el patio. Justo debajo, tengo escondida una caja secreta llena de pinceles, pinturas y piedras que me encuentro. La saco, escojo una piedra y me paso un rato dibujando en ella la cara de la niña que he olido, tal cual me la imagino.

Al cabo de un rato, noto olores nuevos en la casa. Sé que no debería hacer caso de ellos, pero… ¿quién se va a enterar?

Guardo mis pinturas y pinceles debajo del macetero rectangular, donde nadie los pueda encontrar, y salgo a toda velocidad del patio trasero.

Corro a través de la mansión, justo lo que dice mi mami que no haga, pero no hay nadie porque todos están recibiendo al hijo de nuestra ama, la señora Moore. Salgo por una puerta lateral y rodeo el edificio. Antes de llegar a la entrada principal, ya sé que su hijo no es tan pequeño como yo creía porque huele como la gente que tiene la edad de mi mami, también sé que la niña es más o menos de mi edad y que lleva toneladas de un molesto perfume que me da ganas de vomitar.

Me escondo a los pies de la escalera de entrada, detrás de un jarrón gigante. La señora Moore sube los peldaños que la acercan a la puerta de la mansión agarrada de su hijo, un hombre blanco de la edad de mi mami. Él y nuestra ama parecen muy contentos de estar

juntos. La niña está más seria y se aferra a la mano de su papi. Todos los esclavos aguardan con una postura rígida a que los amos entren en la casa, pero, entonces, la niña se gira y me ve, me señala, pero nadie le hace caso, así que se suelta y camina escaleras abajo.

Se acerca al enorme jarrón donde me escondo y se para frente a mí. Me quedo congelado porque nunca había visto una niña verdadera. Tiene unos ojos azules grandes que resaltan en su cara, pero lo que más me sorprende es su pelo, muy diferente al de los oscuros, pero me gusta porque brilla con el sol y parece muy sedoso. Su piel, aunque no es como la mía, me resulta bonita: es blanca y parece reflejar los rayos del mediodía.

—¡Hola! —le digo con una media sonrisa.

Ella se esconde un poco detrás de su melena voluminosa, creo que es algo tímida.

—Buenas… tardes —contesta con mucha educación.

Mi mami dice que ella es mi ama, pero tiene que estar equivocada porque solo tiene mi edad, ¿cómo va a ser mi dueña? Creo que vamos a ser grandes amigos, aunque su perfume huele muy fuerte para mí y tengo que contener las ganas de vomitar.

—¿Quieres ver una cosa? —le pregunto y ella asiente, tímida, y mueve su frondoso cabello delante de sus ojos. Entonces, le muestro la piedra donde he pintado su rostro—. Mira, eres tú. Lo he hecho para ti.

—Gra… cias —dice, avergonzada.

La niña extiende su mano para coger la piedra, pero la pintura aún no está seca y se la mancha. Pone una cara de asco que la hace muy fea. Entonces, se lleva la mano al vestido blanco de encaje que viste y se lo ensucia. Abro la boca porque sé que la van a castigar. Ella comienza a llorar y me grita:

—¡Me has ensuciado el vestido!

Llora con mucha intensidad y oigo a su abuela y a su papi preguntar a lo lejos:

—¿Luna? ¿Dónde estás?

—¿Qué ocurre?

Ahora ya sé cómo se llama la niña: Luna. Me acerco a ella porque no quiero que la castiguen, ya que ha sido sin querer, e intento limpiar su vestido con mi camiseta.

—Lo siento, solo es un poquito de pintura, sigues estando muy hermosa —le digo con una sonrisa para que deje de llorar.

La niña hace un gesto de asco al tenerme cerca y da un pequeño paso atrás.

—¡No me toques! —me chilla—. Vas a contagiarme y me convertiré en un mono feo como tú.

Me aparto de ella justo en el momento en que la señora Moore y su hijo —el papi de Luna— terminan de bajar las escaleras. Me pongo recto y aguanto las ganas de llorar.

¿Soy un mono feo?

—¿Qué ha pasado, cariño? —le pregunta su papi mientras la coge en brazos, pero Luna solo llora y lo abraza, parece un bebé. Su papi se la lleva y la señora Moore me mira con desprecio.

—Si vuelves a tocar a mi nieta, no volverás a ver a tu madre ¿me oyes?

La señora Moore levanta su bastón, ese rojo que la acompaña siempre, y me golpea tan fuerte en la cara que caigo al suelo. Escucho un gemido de horror en la distancia y sé que es de mi mami. Me pongo en pie y frunzo el ceño con fuerza para no llorar.

—Lo siento, señora Moore, soy un sucio oscuro y debería estar agradecido de que usted, una verdadera, haya acogido a mi familia en su casa —repito en voz alta las palabras que mi mami me ha enseñado a decir en situaciones como estas.

La señora asiente satisfecha y se va. Yo hago esfuerzos para no llorar, pero entonces, me llevo la mano a la cabeza y veo sangre en mis dedos. Me estoy mareando…

* * *

Lavadora, lavavajillas, aspiradora… Creo que ya está todo, así que no veo por qué debo quedarme aquí observando cómo dan vueltas los calzoncillos del señor en la lavadora. Miro hacia ambas partes de la sala de limpieza y no hay nadie, mi madre está en la cocina, justo al lado, pero no se percatará de que me marcho porque está demasiado ocupada con la comida.

Me voy de la cocina, subo a la planta principal y cruzo la casa. Me deslizo sigilosamente hasta el patio trasero de la mansión. Sé que no hay nadie antes incluso de llegar porque mi olfato me avisa de esas cosas.

Voy hasta el macetero cuadrado, allí donde guardo mi arsenal secreto, y saco la piedra que estoy pintando, es un monstruo superhéroe. Juego con la roca, la zarandeo en el aire mientras disfruto del cálido día. Me imagino que el monstruo superhéroe viene y nos rescata a mi madre y a mí y nos lleva al país de los oscuros, donde nadie nos odia y todos son como nosotros. Sé que ya tengo diez años y que soy mayor para creer en cuentos, no existe ese país, ni mucho menos, los monstruos superhéroes, pero lo cierto es que me gusta fantasear con esa idea.

Escojo un pincel, lo mojo en la pintura blanca y termino de marcar los ojos del monstruo. Hace buen día y aquí se está bien. Ojalá nunca hubiera cumplido nueve años, porque, desde entonces, me convertí en esclavo doméstico y no tengo casi tiempo para pintar.

Percibo el olor que me da ganas de vomitar y escondo rápidamente los pinceles y la piedra, pero no me da tiempo de volver a ponerme los guantes de esclavo que me he quitado para que no se manchen. Luna, que tiene solo un año menos que yo y es la persona más odiosa del mundo, se acerca al patio con un refresco

en la mano. Finjo que estoy arreglando las flores mientras ella se sienta en el columpio. Entonces, gira su cabeza y me ve.

—¿Qué haces ahí, cara de mono?

Siempre me llama así cuando no hay nadie, lo hace con asco y de forma despectiva.

—Señorita Luna —le digo formalmente—, estaba arreglando unas cosas, pero la dejo sola.

Hago amago de irme, pero ella me llama:

—Ven aquí.

Doy unos pasos con mi tronco erguido y aguanto las ganas de vomitar, no soporto el perfume que usa. Frunzo el ceño y arrugo los labios hacia delante para intentar aguantar el olor y que ella no perciba lo que ocurre.

—Desea algo, ¿señorita Luna?

—Sí, que te mueras, pero como mi abuela dice que vales algo de dinero, no puedo matarte, así que tengo que aguantarte.

Tengo ganas de gritar y de golpear algo. ¿Tan horrible soy que merezco morir? ¿Tan malos somos los oscuros? Ella es una verdadera y yo un oscuro, ella me insulta y yo aguanto, es lo que hay. Lo único que puedo hacer es quedarme quieto y serio a la espera de que me dé permiso para irme; sin embargo, Luna ya no es la niña tímida que lloraba a todas horas porque había perdido a su madre, ahora se ha convertido en una ama mucho más severa incluso que su abuela, la señora Moore. Así pues, dibuja una sonrisa llena de maldad en su rostro y me ordena:

—¡Súbete al macetero de ahí e intenta saltar al otro sin tocar el suelo!

Los maceteros estarán a casi dos metros de distancia, es imposible, por no hablar de que estropearé las flores y lo menos que puede suceder es que me castiguen con unas cuantas descargas.

—¿A qué esperas, cara de mono? ¡Vamos! —me apremia mientras agarra los pliegues de su vestido azul y agita su bebida.

—Señorita Luna, no creo que su abuela vea bien que me suba al macetero.

Ella comienza a reír y toma un sorbo de su bebida. Después, se tira el resto encima y se mancha el vestido de encaje azul que lleva. Me mantengo firme, pero sé que me va a culpar de eso, lo presiento.

—¿Encima de que me has ensuciado no me obedeces? —me reta.

Cómo me gustaría que mi monstruo superhéroe saliera del dibujo de mi piedra y cobrase vida…

La observo: cabello dorado y ojos azules. Cualquiera diría que es un ángel, pero veo la maldad en ella. Su vestido largo de encaje, típico de las niñas y señoritas verdaderas, está manchado de arriba abajo y ella está dispuesta a castigarme a mí por eso.

Doy unos pasos y me subo con cuidado al macetero, para no pisar las flores. Luna se ríe todo el tiempo de mí. Estoy deseando que cumpla la mayoría de edad para que le regalen un móvil y tenga otros entretenimientos mejores que yo.

—¡Venga! Yo cuento hasta tres y tú saltas. Si no llegas al otro macetero, te castigaré, ¿vale, cara de mono?

—Como usted mande, señorita Luna.

Esto va a acabar mal, lo sé. Flexiono las rodillas, ella cuenta y salto con todas mis fuerzas, pero caigo sobre el suelo sin llegar a tocar el otro macetero. Ella se ríe con malicia y se acerca hasta mí.

—Estás manchando el suelo con tu sangre. ¿Cómo te atreves? —pregunta con maldad.

Es cierto, la tela de mis pantalones se ha roto por las rodillas, que están sangrando y ensuciando el suelo. Me pongo en pie a duras penas y arrugo los labios para no llorar de dolor, ya soy un adulto, tengo diez años, los adultos no lloran.

—Bueno —interviene ella—, es normal que no hayas podido saltar, eres un oscuro tocado por la oscuridad y el diablo, pero yo soy una verdadera, tocada por la luz y por los ángeles, así que ellos me darán alas para saltar.

¿Se ha vuelto loca? ¿Va a intentarlo? Pero, antes de que pueda procesar la información, la niña ya está subida al macetero y se dispone a saltar.

—¡Señorita Luna! Va a hacerse daño, baje de ahí, por favor —le ruego, esto va a terminar mal para ambos.

—¡Tú no me das órdenes! —grita con cara de asco.

Intento pensar en cómo detener esta situación, pero ella salta. Al igual que me ha sucedido a mí, cae lejos del macetero, con tan mala suerte que se golpea en la cabeza. Se queda tumbada en el suelo con toda su espesa melena sobre la cara y yo acudo corriendo.

—¡Señorita Luna! ¿Está bien?

Entonces, oigo un relámpago y miro al cielo, que se vuelve oscuro, aunque hace un instante disfrutábamos de un cálido día de primavera. ¡Qué raro! Unos rayos blancos cruzan el cielo un momento y, después, el sol vuelve a hacer su aparición.

Agacho la cabeza y miro a Luna, tiene los ojos cerrados, pero no hay sangre. No llevo guantes, me los he quitado para pintar, y está prohibido por ley que un oscuro toque a un verdadero sin ellos; sin embargo, creo que está inconsciente y, aunque me siento tentado de irme y dejarla, permanezco aquí, preocupado por ella. Le golpeo suavemente la cara, rozándola directamente con mis dedos, y ella abre los ojos y me mira asustada. Me aparto.

—Lo siento, señorita Luna, no quería tocarle la cara, es que usted…

—¡Uno, dos, uno, cero, cero, cero! —exclama confundida y, después, respira profundamente mientras no deja de mirarme.

La señorita permanece tumbada en el suelo y creo que se ha dado un buen golpe en la cabeza porque no es normal que se haya puesto

a recitar números. Ahora, alza sus brazos, los pasa delante de su cara y los observa. Luego, me presta atención y me pregunta:

—¿Puedes ayudarme, por favor? Creo que no me encuentro bien.

Su voz suena amable. Definitivamente, se ha dado un golpe enorme porque Luna nunca es amable.

Miro mis manos.

—No llevo guantes.

Ella se ríe, divertida, pero no es de mí, es una risa más jovial y alegre.

—¡Normal! Estamos en primavera. ¿Quién usa guantes en primavera? —Arruga la nariz con alegría y me tiende la mano. Se la agarro, la ayudo a ponerse en pie y la acompaño hasta el columpio, donde se sienta un tanto insegura.

—¿Está bien, señorita Luna? —pregunto mientras le suelto las manos, nunca había tocado a una verdadera sin guantes, espero no haberle contagiado nada.

Ella se toca la cabeza y me mira confundida.

—¿Me llamo Luna? —pregunta y yo asiento asustado. ¡Ha debido golpearse muy fuerte!— Me siento algo… rara —confiesa mientras se toca el estómago. Entonces, baja su mirada hasta el vestido azul de encaje y lo observa anonadada, como si no lo hubiese visto nunca.

—Voy a traerle un poco de agua.

Me giro para marcharme con la intención de buscar a mi madre y contarle lo que ha pasado, creo que Luna necesita un médico, pero me culparán de su golpe y es posible que no solo se conformen con un montón de descargas, podría suponer incluso el fin de mi vida o la de mi madre. Luna me coge del brazo con delicadeza para impedirme que me vaya y me doy la vuelta, alucinado, dando gracias por que a este patio nunca venga nadie, porque no puede tocarme, es peligroso para ella.

—¡Espera, *porfi*! —me dice con cierto tono infantil y yo me pongo firme frente a ella, a la espera de que me diga qué es lo que quiere que haga—. No recuerdo tu nombre… lo siento.

Esbozo una media sonrisa sin poder evitarlo.

—Nunca se lo he dicho, señorita Luna.

—¿No? Pero tú sí sabes el mío… Señorita Luna —me imita de forma divertida, luego se ríe y me saca la lengua de manera muy infantil.

Me río sin poder evitarlo. Esta chica parece otra y me está resultando muy graciosa y elocuente.

—Me llamo Dakari.

Ella se levanta del columpio con energía y creo que ya se encuentra mucho mejor. Después, hace una reverencia cogiendo su vestido y me dice, imitando mi voz:

—Encantada, señorito Dakari.

Ambos nos reímos y, por primera vez en toda mi vida, creo que sé lo que es jugar con una niña de mi edad… Aunque yo ya tenga diez años y no deba jugar.

Entonces, alguien irrumpe en el lugar.

—Luna, ¿qué haces?

Me pongo firme y escondo mis manos para que la señora Moore, la abuela de Luna, no vea mis dedos negros sin guantes.

—Es que… creo que me he dado un golpe en la cabeza —explica la niña algo confundida mientras se muerde el labio inferior.

La señora Moore la escruta y luego mira su vestido, se percata de que está sucio y levanta su bastón rojo hacia mí.

—¿Qué le has hecho? ¡Responde!

Me cuadro y me preparo para recibir el golpe, cuando Luna se mete en medio y le dice a su abuela:

—Él no ha hecho nada, es mi amigo.

¿A-mi-go? ¿Cómo se le ocurre decir eso?

La señora Moore abre los ojos y la locura se refleja en ellos. Entonces, alza el bastón y la golpea. No lo hace muy fuerte, como cuando castiga a los esclavos, pero sí lo suficiente como para que Luna se toque el rostro dolorida.

—¿Has perdido el juicio, Luna? —pregunta la abuela—. Es un oscuro, no tu amigo. ¡Ve a cambiarte inmediatamente!

La señora Moore se da media vuelta y se marcha. Me quedo plantado ahí, intentando entender por qué se ha llevado ese golpe por mí.

—Lo siento —susurro agachando la cabeza, como el sucio oscuro que soy.

Ella arruga la nariz y pone una mueca muy graciosa.

—¿Por qué? Tú no me has pegado, ella sí. Es ella quien debería disculparse, no está bien pegar a la gente. Creo que… —su rostro dibuja una expresión de enorme confusión— me lo enseñó mi madre.

—¡Luna! —le grita la abuela.

La niña me dice adiós con la mano y se adentra en la mansión.

Corro hasta el macetero y saco de debajo la piedra con el monstruo superhéroe que he pintado. Lo miro y le digo en un susurro:

—Creo que no hace falta que vengas aún, ya tengo una amiga.

* * *

Lavadora, lavavajillas, aspiradora… Los calzoncillos del señor giran y giran y creo que me voy a quedar dormido del aburrimiento. En la cocina, que queda justo al lado de donde estoy, escucho cotorrear sin parar a mi madre y a las otras esclavas, pero, de repente, se callan y percibo un olor diferente. Alguien ha entrado, es un olor nuevo, pero, al mismo tiempo, me resulta familiar.

—Buenas tardes —escucho decir a Luna con una voz amable y cercana para estar dirigiéndose a sus esclavas—, ¿puedo hablar con Dakari, por favor?

Me acerco a la puerta de la sala de limpieza para poder verla. ¡Es Luna, no hay duda! Pero huele diferente y… ¡ya sé qué es! No lleva el perfume que me da ganas de vomitar. ¡Qué raro! Lo usa desde que la conozco. Y sus palabras suenan igual de amables que hace dos días, cuando se golpeó la cabeza. ¿Qué ocurre? ¿Y si está fingiendo y esto es alguna clase de juego perverso? Ella es perfectamente capaz de eso.

—Sí, claro, señorita Luna —le dice mi madre—, pero no hace falta que venga hasta la cocina, ¿es que no funciona el modo inteligente de la casa? —pregunta y hace una prueba: dice el código de la mansión y le hace una pregunta. La casa responde, así que no está estropeada.

No tiene sentido que Luna haya bajado hasta aquí a buscarme, igual que tampoco lo tiene el hecho de que pregunte por mí.

—¡Dakari, la señorita Luna requiere tu presencia! —me llama mi madre, pero yo ya estoy entrando en la cocina.

Cuando Luna me ve, una enorme sonrisa se dibuja en su cara y me saluda con la mano, pero después, se la agarra y la esconde, como si quisiera ocultarla. ¿Qué le pasa? Todas las esclavas la miran porque se comporta de forma extraña. Me acerco a ella y me detengo. Soy más alto, así que bajo la mirada y pregunto formalmente:

—Desea algo, ¿señorita Luna?

Ella arruga la nariz de forma divertida y me pide en un susurro:

—Vamos al patio de atrás, *porfi*, necesito tu ayuda. Mantente a distancia.

Ambos salimos de la cocina ante la mirada atónita de todas las oscuras. Luna camina delante de mí. Lleva un hermoso vestido de encaje amarillo, pero se lo coge con las manos de forma extraña,

como si temiera caerse al caminar. Nunca la he visto hacer algo así. Yo voy detrás, a cierta distancia, no porque me lo haya pedido ahora, sino porque un oscuro no puede acercarse a un verdadero si este no lo exige, es lo habitual. ¿Qué le pasa? ¿Por qué parece que ha olvidado todo? ¡Un momento! ¿Y si se golpeó la cabeza y no recuerda nada? Tengo que decirle a alguien lo que pasó, pero eso supondrá un castigo demasiado severo para mi madre o para mí.

Cruzamos la mansión. Su abuela está en la sala de la televisión, le encanta ver películas porque dice que, en el siglo XIX, no había de eso, y ella vivía en esos tiempos antes de viajar hasta esta época. El padre de Luna no está porque por la mañana suele dirigir la fábrica, así que solo hay esclavos en la casa. Estos días no hay colegio, por eso Luna está aquí un martes por la mañana y por eso también yo me pregunto si de verdad se golpeó la cabeza y no recuerda lo mala que era o esto es parte de su plan para cometer alguna fechoría mayor. Quizá sea su forma de matar el tiempo en los días de vacaciones escolares: torturarme.

Llegamos hasta el patio trasero de la mansión. Entonces, Luna mira a ambos lados y pregunta:

—¿Es seguro? —La miro sin saber a qué se refiere y esbozo una media sonrisa sin poder evitarlo—. Me refiero a que si estamos solos —susurra.

—Sí, aquí no suele venir nadie, ya lo sabe, señorita Luna.

Entonces, ella me abraza y comienza a llorar. Ahora soy yo el que mira hacia todas partes, desconcertado. Después de un rato, se aparta, sorbe las lágrimas y me enseña la mano, la que ha ocultado rápidamente cuando me ha saludado en la cocina. La analizo y veo que, sobre su pálida piel, hay unos números escritos: uno, dos, uno, cero, cero, cero.

—Me he despertado con esto pintado y no sé cómo quitarlo. La señora Moore…

—Su abuela —la corrijo.

—Sí, mi abuela —dice ella, algo confundida—. Ella me pegará si los ve y no sé cómo borrarlos. ¿Puedes ayudarme, Dakari?

Es una trampa. Aquí guardo las pinturas y también material de limpieza para cuando mancho algo que no debo. Luna está fingiendo para poder pillar mi escondite y castigarme… Pero actúa demasiado bien porque parece una persona diferente, incluso no lleva la colonia que me produce náuseas.

Como no contesto, insiste con un tono infantil:

—*Porfi*, Dakari, eres mi único amigo aquí.

Me mantengo de pie sin hacer nada, analizándola. ¿Es una trampa o de verdad necesita mi ayuda?

Luna se frustra por mi silencio y se sienta en el columpio.

—Vale, lo pillo —dice mientras saca la lengua, algo enfadada—, no quieres ayudarme porque soy blanca. ¿Es eso?

Doy un paso atrás y me rasco la nuca muy confundido. Me mantengo así un rato, con el codo flexionado en el aire mientras la observo. El problema no es que ella sea blanca, más bien es que yo soy negro… O eso creo.

—Mi obligación es ayudarla, señorita Lu…

—Solo Luna, *porfi* —me pide mientras arruga la nariz poniendo una cara muy graciosa.

Entonces, me río.

—Vale, Luna, sí, la ayudaré.

—La ayudaré, no, te ayudaré —me recrimina—. ¡Que no soy una viejecita, no me hables de usted! —Y se zarandea en el columpio mientras se ríe.

Realmente, Luna parece muy cambiada y no quiero que vuelva a ser la niña que me insultaba y conseguía, día sí y día también, que me castigasen con descargas.

Me acerco al macetero rectangular, revelando así mi escondite secreto. Ella se pone en pie y viene hasta mí. Saco la caja que está adherida a la parte inferior, la abro y escojo el alcohol para limpiarla. Luna agarra la piedra con el dibujo del monstruo superhéroe y la alza.

—¡Hala! ¿Lo has pintado tú?

La observo, parece que lo pregunta en serio, pero todo me suena a trampa. Pienso que va a estampar la piedra contra el suelo en cualquier momento y que llamará a su abuela para contarle mi secreto; sin embargo, ella parece verdaderamente fascinada con mi dibujo.

—Sí.

Se la quito y la guardo, algo avergonzado.

Luna se sienta en el suelo, no como una señorita, sino como lo suelo hacer yo, de forma desenfadada. Me ofrece la mano y le borro los números. Restriego el trapo mojado en alcohol contra su pálida piel y la tinta se va diluyendo. La miro un momento y está roja como un tomate, eso me causa un poco de gracia y dibujo una media sonrisa en mi cara.

—Gracias, Dakari —me dice cuando termino. Recojo el trapo y el alcohol y, cuando voy a guardar la caja, ella me lo impide—: ¿Te importa enseñarme tus dibujos?

Trampa, trampa, trampa… Pero la observo y está expectante e ilusionada… Así que lo hago, abro la caja de nuevo y le muestro todas mis piedras.

—¿Quién es? —pregunta y yo me avergüenzo. Señala la que tiene el rostro de una niña de seis años. Es ella, el dibujo que le hice antes de conocerla.

—Una niña.

—¿Tu hermana?

Me río porque la niña es blanca y me hace mucha gracia que Luna crea que puedo tener una verdadera por hermana. ¡Qué ocurrencia!

—No, lo hice antes de conocerte, creía que serías así.

—¡Hala! —dice entusiasmada—. Pues acertaste con el color del pelo, es rubio como el mío.

Dibujo una media sonrisa en mi cara y confieso:

—En realidad, lo pinté blanco, pero se emborronó un poco cuando la agarraste.

Ella parece confundida y, después, acaricia un mechón de mi pelo entre sus manos. ¿Por qué hace eso? Llevo el cabello propio de los oscuros, recogido en gruesos mechones y un poco más largo de lo que le gustaría a mi madre, un poquito por debajo de las orejas, pero a mí me agrada así.

—¡Me encanta tu pelo blanco! ¡Es muy chulo! —exclama sonriendo y arrugando la nariz. Luego, señala la piedra con el monstruo—. ¿Y esta?

—Una tontería —digo mientras me rasco la nuca algo nervioso.

Ella agita la piedra frente a mi cara y pone una voz muy graciosa, como si hablase:

—Hola, soy una tontería, gracias por dibujarme, señorito Dakari.

Ambos nos reímos sonoramente. Me lo estoy pasando genial.

—Vale —confieso—, es un monstruo superhéroe que algún día nos llevará a un país donde no hay esclavos…

Entonces, Luna se pone en pie y grita con un tono de voz grave y gutural:

—*Mua* —ríe—, voy a por ti, Dakari, soy un monstruo maligno.

Luna me persigue por el patio agitando la piedra y yo corro y finjo huir. Se me olvida que tengo diez años y que ya soy un adulto, porque, ni siquiera siendo niño, me lo había pasado nunca tan bien.

* * *

Lavadora, lavavajillas, aspiradora… Los calzoncillos del señor giran y yo los miro nervioso, la verdad, porque no todos los días se cumplen años. Hoy hago catorce y creo que va a ser el mejor cumpleaños de toda mi vida. Mi amiga Luna me ha dicho que me escape esta noche porque tiene una sorpresa para mí. No sé la cantidad de veces que nos habrán castigado por pillarnos jugando juntos, pero nos da igual. Hubo una vez que casi me muero por recibir tantas descargas y mi madre me rogó que dejase en paz a Luna, así que, desde entonces, hemos tenido más cuidado, sobre todo, con la señora Moore, ya que al padre de Luna parece que le da igual que seamos amigos.

La lavadora termina, saco las prendas y me dispongo a tender mientras, en la cocina, mi madre y sus compañeras cotorrean como siempre.

—Que te digo que esa jovencita no está bien de la cabeza. Esta mañana, la pared de su cuarto estaba otra vez pintada con esos números y, encima, con tinta permanente. No veas para quitarlo. Y gracias que la señora Moore no lo ha visto, si no, la chica se habría llevado un buen porrazo.

Presto atención de repente. Pobre Luna, desde que se golpeó en la cabeza, hace ya cuatro años, a veces, hace cosas raras que ni ella misma comprende.

—Lo mismo es quien le está robando las joyas a su abuela. Ayer oí decir a la señora Moore que ya le habían desaparecido dos anillos.

—¿Qué me dices? Pues espero que sea la niña y se descubra o alguno recibiremos un buen castigo por ese asunto de los hurtos.

—Debe ser la chica, que está mal de la cabeza. Yo, el otro día, la escuché discutir con su padre y no hacía más que decirle que su madre era una oscura.

—¡Qué horror! ¿Crees que será una mestiza?

¿De qué hablan? No es posible. Ella es de piel pálida, ojos azules y cabello dorado, no tiene nada de oscura.

Dejo los pantalones del señor y las pinzas que tenía en la mano para tenderlos y me acerco a la puerta de la sala de la limpieza, ya que, desde ahí, puedo escuchar mejor.

—Imposible, a los mestizos los matan nada más nacer y, además, hay un montón de fotos de la madre en el móvil del padre y la niña es clavadita a ella.

—Entonces, está loca de remate.

Todas se ríen y yo me enfado, me dispongo a gritarles que se metan en sus cosas y la dejen en paz, cuando mi madre toma la palabra:

—Pues yo estoy deseando que la casen ya, mi Dakari ha recibido un montón de descargas por culpa de esa verdadera. He oído que hoy traen al señorito Izan Davis para que la conozca. —Todas arman revuelo por la mención de ese nombre. Es el hijo del protector, la persona más importante de la ciudad de Nueva Fe, donde vivimos—. La señora Moore quiere comprometerlos.

Todas aplauden emocionadas ante la expectativa de una boda. No sé por qué les parece tan maravilloso, yo me enfado y arrugo los labios hacia delante. Me dirijo de nuevo a la sala de limpieza y tiendo los malditos pantalones del padre de Luna, apretando las pinzas como si se tratase del cuello de ese señorito. Luna es mi amiga. Si se casa, se marchará.

* * *

Doy gracias de no ser el jardinero de la casa, porque los terrenos de la mansión Moore son inmensos, tanto que puedes incluso perderte. Luna está paseando con el señorito Izan Davis por ellos. El señorito parece ya un joven, mientras que Luna, que solo tiene trece años, parece una niña a su lado.

Pasean juntos, pero, a cierta distancia, los sigue la doncella de Luna, que no es más que otra oscura, una esclava a la que ordenan acompañarla noche y día. Yo también los sigo, solo que nadie me lo ha pedido, así que intento pasar inadvertido.

Luna lo agarra del brazo y caminan cogidos, como si ya fuesen una pareja. No sé por qué, pero me enfado. La perspectiva de que estén juntos me molesta. ¿Qué tendrá él, dieciocho años? ¡Que la deje en paz! ¡Es una niña!

Luna se ríe y, de repente, él sale corriendo y tira de ella. La doncella les intenta seguir, yo también, pero pronto los perdemos.

Me conozco bien estos jardines, así que busco con ímpetu. Todo está muy verde y las flores se muestran frondosas y coloridas. Uso mi desarrollado olfato para encontrar a Luna y sigo su aroma hasta dar con ellos, están junto a una estatua. Me escondo entre unos arbustos y los observo.

—Señorita Luna —le dice él—, ¿sabe que quieren que nos casemos?

Mi amiga se pone roja y se muerde el labio. Me río internamente porque ella es así, de vez en cuando saca esa timidez que tenía de niña, claro que, aunque tiene trece años, sigue siendo una niña. Es cierto que su altura ha aumentado, pero su cuerpo aún es flacucho y se parece al que tenía hace unos años, no ha cambiado demasiado. Hoy viste un vestido ajustado hasta la cintura color rosa palo, que la hace parecer algo mayor, y una falda pomposa que cae hasta el suelo. Creo que nunca la había visto tan hermosa.

—Solo sé que, si no regresamos pronto, mi abuela se enfadará —dice Luna educadamente.

El señorito le suelta el brazo y se coloca frente a ella. Lleva los dedos de su mano izquierda a su propia barbilla, acariciando su mentón mientras la observa de arriba abajo, como si quisiera analizar su cuerpo. ¿Por qué la mira así?

—¿Sabe lo que creo, señorita Luna? Que a usted le encanta desafiar a su abuela.

Ha dado en el clavo, así es mi amiga. Ella arruga la nariz y pone una expresión divertida. Me molesta un poco que se lo esté pasando bien con él, la verdad, aunque creo que mi malestar es solo porque quieren casarla y llevársela lejos… Y es mi mejor amiga.

—Puede —confiesa—, pero no me gusta tanto que me castigue con su bastón.

Ambos se ríen. Supongo que la señora Moore es famosa por el uso de ese objeto como correccional.

—Mi padre dice —comienza él— que lo hizo encargar de color rojo para que no se note la sangre de todos los oscuros a los que castiga con él.

Vaya, no sabía eso, y me parece horrible.

Luna se agarra a su pomposa falda, incómoda por el tema de conversación, ella odia que su abuela maltrate a los esclavos.

—Esa es mi abuela —concluye sin dar más pistas sobre lo que piensa.

Ahora, el señorito extiende sus manos y se las ofrece.

—Si usted aceptase ser mía, nunca le pondría una mano encima, es demasiado bonita para eso y no se rompen las cosas bonitas.

Luna se sonroja, se muerde el labio inferior y coloca sus manos encima de las de él. ¿Por qué hace eso? Acaba de llamarla «cosa».

—Y ahora, señorita Luna —prosigue con una delicada voz—, creo que debería demostrarme qué clase de esposa sería con un beso.

Luna da un paso atrás, confundida, mientras que yo doy un paso adelante, enfadado, pero aún me mantengo oculto tras los arbustos.

—Aún soy muy joven, señorito Izan.

—Es cierto, perdone mi atrevimiento —se disculpa sin soltarle las manos—. ¿Cómo se le habrá ocurrido a mi padre pensar que podría casarme con una niña pequeña? —Y ahora la suelta rápidamente y camina para retirarse del lugar.

Luna se enfada, lo sigue y le coge del brazo.

—¡No soy una niña pequeña!

—¡Demuéstralo! —le reta.

Aprieto los labios lleno de rabia, ¿por qué tiene que insistir? Ella no quiere darle un beso.

Luna se queda plantada delante de él sin hacer nada. La conozco bien, está incómoda y yo solo deseo salir y empujar al chico para apartarla de ella, pero no puedo, es un verdadero y hacer eso supondría mi muerte; además, Luna es perfectamente capaz de defenderse sola.

—Bah… No se preocupe, encontraré alguien menos infantil que usted para que sea mi esposa.

Luna aprieta la mandíbula enfadada y, después, se acerca y le da un beso rápido. Sus labios se unen un instante en un gesto inocente, pero que me causa un gran impacto y el pecho se me oprime de repente.

Cuando ella va a apartarse, el chico, que no es tan niño como Luna, coloca las manos sobre su cintura y la atrae hasta sí para alargarlo. Ella se lo intenta quitar de encima, pero él ejerce presión y el beso parece más fogoso porque el señorito abre su boca. Ella intenta apartarlo y yo me enfado, no quiero que haga daño a mi amiga. Intento calmarme y recordar que soy un oscuro y que debo oír, ver, olvidar y callar.

Luna le golpea con sus puños, pero es solo una niña en brazos de un adulto y no consigue su cometido…

No puedo más, no quiero callar, no quiero olvidar.

Salgo de detrás de los arbustos sin que él me vea, cojo una piedra grande y me acerco por la espalda. Le doy un fuerte golpe para apartarlo y cae de cara contra la estatua. Luna me mira, le tiendo la mano en silencio, porque creo que el señorito no me ha visto y es mejor así. Ella me toma la mano y lo deja ahí tumbado, tocándose la cabeza donde le he golpeado.

Corremos en silencio a través del inmenso jardín. Huelo la sangre del señorito, huelo el miedo de Luna y huelo mi propio nerviosismo. Corremos sin decir nada y, cuando creemos estar a solas, paramos,

tomamos aliento y nos miramos aún con nuestras manos entrelazadas.

—¿Estás loco, Dakari? Si llega a verte, te habrían matado.

—Deberían matarle a él por aprovecharse de ti.

Ella suelta mis manos y me saca la lengua de forma infantil, dejando claro que sigue siendo una niña.

—Solo ha sido un beso, y se lo he dado yo a él.

Me quedo confundido y me rasco la nuca, dejando el codo flexionado en el aire.

—Entonces… ¿quieres casarte con el señorito Izan Davis?

—No seas tonto, ¡yo me voy a casar conmigo misma! Algún día, seré una mujer independiente.

Dibujo una media sonrisa en mi cara y bromeo:

—Claro, y algún día yo seré un verdadero.

—Y viviremos en un país donde no habrá esclavos y las chicas seremos iguales que los chicos. —Adopta una postura muy masculina de forma graciosa.

Ambos nos reímos por las tonterías que hemos dicho. Jamás seremos eso y lo sabemos. Ella se tira al suelo y resopla, yo me siento a su lado. Luna se aparta su frondoso cabello dorado de delante de sus ojos azules y me mira. Su expresión se endurece un poco mientras se toca los labios, que están algo enrojecidos por el beso forzado.

—Gracias por quitármelo de encima, me estaba… agobiando un poco —confiesa mientras se pone roja como un tomate.

—De nada.

Nos quedamos ahí, mirándonos, sabiendo que siempre estaremos el uno para el otro. Luna es mi hermana, mi mejor amiga, mi… todo.

—Bueno —interrumpe el silencio—, creo que debería volver a dar alguna explicación. Nos vemos esta noche, Dakari, no lo olvides.

—Claro, Luna.

Ella se va saltando y canturreando como si tuviera aún cinco años y yo me muero de la risa. Espero un rato a que desaparezca por completo de los jardines. No quiero precipitarme porque no sé qué va a contar el señorito de lo ocurrido. ¿Confesará que se ha propasado con Luna y dirá que alguien lo ha golpeado? Algo sé del honor de las jovencitas y es que ningún hombre puede quebrantarlo antes del matrimonio. Lejos de entender qué significa exactamente eso, imagino que al señorito no le interesará airear lo ocurrido.

* * *

Creo que ya ha pasado algún tiempo, quizá más de la cuenta porque le he estado dando vueltas a todo lo ocurrido una y otra vez, así que salgo a hurtadillas del jardín.

Cuando llego a la entrada de la casa, veo a la señora Moore golpeando a mi madre con su bastón, que está mirando al suelo, prácticamente ida debido a la paliza. Su rostro está lleno de sangre y creo que va a morir. No lo pienso, salgo de mi escondite y corro hacia ella, pero alguien me retiene con fuerza. Es un oscuro, pero no es esclavo de la señora Moore.

—¡Shhh! —me susurra al oído y percibo un olor en él diferente a los demás oscuros.

La señora se percata de que estoy aquí, deja de golpear a mi madre y usa el bastón para bajar las escaleras de la entrada. Se planta delante de mí, aunque yo no la observo a ella, sino a mi madre, que parece bastante maltrecha. Contengo mi rabia porque, si no fuera así, no sé qué sería capaz de hacer ahora mismo para protegerla.

—Sabía que serías un problema desde que tu madre te parió. ¿Cómo se te ocurre golpear a un verdadero?

¡Lo sabe! ¿Cómo es posible? El señorito no me ha visto, estoy convencido.

—Además, seguro que has sido tú el que has estado robando objetos de la casa —prosigue.

—Lo siento, señora Moore, soy un sucio oscuro y debería estar agradecido de que usted, una verdadera, haya acogido a mi familia en su casa —me disculpo mientras el oscuro que me retiene ejerce más fuerza sobre mis brazos, haciéndome daño.

La abuela de Luna se baja las gafas y me mira por encima de ellas.

—Por tu culpa, voy a perder a mi mejor cocinera.

Miro a mi madre, llora mientras se desangra.

—No, por favor, señora Moore, no le haga daño. Yo pagaré por…

—¡Shhh! —me susurra al oído mi captor.

Mi ama hace una señal al capataz de la casa, un verdadero, que saca el maletín y grito. Sé lo que va a pasar. Mi madre ruega clemencia, pero la señora no la oye, se queda impasible observando su sufrimiento. El capataz le administra un pinchazo y mi madre me dedica su última mirada. Hay dolor en ella, pero también hay amor por mí. Y, en un instante, muere. Se hace así para poder vender sus órganos y salvar a algún verdadero que lo necesite. Porque, para ellos, solo somos propiedades que se usan, se venden o se explotan, incluso después de muertos.

Lloro y grito mientras el oscuro, al que no reconozco como miembro de esta casa, me retiene.

—¿Creías que mi nieta iba a permitir que golpeases a uno de los suyos? —me pregunta rabiosa mi ama. No, Luna nunca me delataría, es mi amiga—. Desde hoy, trabajarás en la fábrica de mi hijo y solo porque hemos gastado demasiado dinero en tu educación como para matarte. Espero —me dice mientras me golpea en el pecho con su bastón rojo sangre— que aprendas la lección: los verdaderos no somos tus amigos, somos tus dueños. Luna te ha traicionado porque no vales nada, oscuro. Nunca lo olvides.

Y así, este, que iba a ser el mejor cumpleaños de mi vida, se convierte en el peor, porque pierdo a las dos únicas personas que he

querido de verdad: a mi madre y a Luna.

2. Puesta de largo

Luna

«Soy Luna», me repito mientras borro los números de mi mano: uno, dos, uno, cero, cero, cero. He vuelto a despertar con ellos tatuados. Sé que me los dibujo sonámbula, pero no entiendo por qué y me pongo nerviosa, porque hoy todo debe salir bien. «Soy una verdadera y mi madre era blanca», me digo una y otra vez para apartar de mí la locura que, de vez en cuando, se apodera de mi mente y me hace creer en cosas extrañas.

Me miro al espejo de mi habitación y sonrío. El pintalabios rojo realza mi sonrisa. El vestido, de un color turquesa precioso, va provisto de telas sedosas y encajes perfectamente combinados. Se ciñe a mi cintura, marcando mi pecho, y es que hoy voy a ser presentada en sociedad oficialmente como mujer porque ya tengo diecinueve años. Unos volantes adornan mis mangas de encaje a la altura de los codos, pero, lo que más me gusta, sin duda, es la voluminosa falda larga cuya abertura delantera deja ver mis piernas al caminar. Mi abuela ha dado el visto bueno al atuendo, pero claro, ella no lo ha visto en movimiento y no se imagina que todos verán mis muslos. No sé si realmente escogí el vestido por la abertura o por observar la cara que pondrá ella.

Me río internamente mientras mi doncella termina de peinarme. La ayudo, como siempre, solo para que termine antes y pueda tener algo de tiempo libre, el que mi abuela le niega.

—Te ha quedado precioso, Anita.

Ella me sonríe con vergüenza y se marcha. El peinado consta de una bonita trenza que cruza toda mi cabeza a modo de diadema, engarzada con brillantes azules que le habrán costado un dineral a mi padre. Y, debajo de esa diadema de pelo, el resto de mi dorado cabello rizado cae perfectamente cepillado hasta mi cintura.

Salgo de mi habitación y recorro la primera planta de la casa. Abajo se encuentra mi padre. Todos los demás están fuera, en los inmensos jardines, bebiendo y comiendo, aguardando mi llegada junto a los invitados.

Bajo las escaleras y el movimiento del vestido es espectacular.

—Cariño, estás preciosa —me dice mi padre tan emocionado que creo que se le van a saltar las lágrimas—. Antes de que salgas ahí fuera, quiero regalarte algo, toma.

Lo observo, él sí que está guapo. Viste un elegante traje de color azul intenso y un sombrero de copa que disimula su ausencia de cabello.

—Gracias, padre, te quiero mucho —le digo mientras lo abrazo.

Cojo el paquete y lo abro. Cuando lo veo, una punzada de dolor surge en mi estómago. Es una foto de mi madre y mía en un bonito marco plateado, solo que nunca nos la hicimos, es un montaje. Ella posa feliz a mi lado y yo llevo este mismo vestido, es como si ella estuviera hoy aquí. Aprieto los dientes para no llorar.

—¿Te gusta?

Mi padre espera una respuesta, pero ahora mismo no puedo hablar. Ella y yo somos iguales, tenemos los mismos ojos azules, el mismo cabello dorado, similares facciones… Y mucho más ahora que soy adulta, pero no puedo recordarla y eso me enfada. Cuando pienso en mi madre, solo vienen a mi memoria unos brazos negros que me arropan. Sé que es fruto de la locura, Dakari me contó muchas veces que me golpeé la cabeza cuando éramos niños, pero, aun así, siento que esta de la foto no es mi madre.

Voy a decirle algo a mi padre, cuando la banda de música toca mi canción y cambio el discurso:

—Es la hora, padre. Gracias por estar aquí. —Y le doy un beso en la mejilla.

Dejo la foto en la casa, me agarro de su brazo, salimos al exterior y bajamos las escaleras de la entrada principal ante la mirada de

todos nuestros invitados.

La música suena. Es una pieza moderna de una cantante que me gusta mucho, pero que mi abuela ha exigido que la adapten al estilo del siglo XIX, porque ella, al viajar en el tiempo desde aquella época, es muy tradicional. Los músicos emiten sus bonitas melodías por todo el jardín mientras yo me aproximo a los pies de la escalera cogida de mi padre. Los invitados me reciben con un cálido aplauso y mi abuela se baja las gafas y me mira por encima de ellas, porque se ha dado cuenta de la abertura de la falda y creo que está pensando en atizarme con su bastón, solo que ya no soy una niña y no sería apropiado.

Sonrío a todos y me siento bonita, la verdad. Nos reunimos con mi abuela, que está esperando a los pies de la escalera, y cuando me encuentro con ella, me abraza y me susurra:

—Espero que tus piernas sean la única travesura que tienes preparada, niña.

—Abuela —le digo al oído—, ya no soy una niña, no hago travesuras, solo muestro mis encantos para encontrar un buen marido, como usted desea.

Las palabras llevan una doble intención bastante evidente y mi abuela se percata.

—Tu lengua nunca pide permiso a tu cerebro antes de hablar, Luna —refunfuña en voz baja. Termina el abrazo y toma la palabra ante el micrófono mientras todos guardan silencio—: Bienvenidos a la puesta de largo de mi nieta, la señorita Luna Moore. —Los invitados vuelven a aplaudir y ella levanta las manos para pedir silencio—. Hoy, en este día tan importante, nuestra casa es la vuestra. Yo quiero desearle a mi nieta —ahora me mira— que pronto encuentre un buen marido a la altura de la gran mujer que es. —Todos aplauden y ella me pasa el micrófono.

Respiro hondo y recuerdo que he ensayado esto mil veces. Miro hacia el frente y veo los jardines bien decorados, toneladas de

comida y bebida y centenares de personas. Es la mejor puesta de largo que podría soñar una jovencita.

—Gracias, abuela —digo formalmente y me dirijo a los invitados. Mis amigas están aquí, tan elegantes como yo; también todos los jóvenes en edad de casarse y algún que otro madurito viudo, divorciado o que aún no ha conseguido esposa. ¿Por qué tenemos que regirnos por las normas del siglo XIX cuando estamos en el año 2200? Sé que debo apartar esos pensamientos y ceñirme al guion que mi abuela ha preparado para la ocasión—: Es un honor para mí, como integrante de una de las familias verdaderas más importantes de nuestra ciudad, ofrecer mi mano en matrimonio a…

Sé qué palabras vienen a continuación, pero no puedo pronunciarlas porque no creo en ellas, no deseo casarme y que un hombre me mantenga. Quiero ser libre y, por un momento, fantaseo con ese país mágico donde todos somos libres, ese lugar con el que Dakari y yo soñábamos. Dakari… No puedo pensar en él. Hace algo más de cinco años que se fue de mi vida, solo es otro oscuro más y ya nada me importa. ¿Por qué demonios pienso en él ahora?

Mi abuela me pellizca la cintura y salgo de mi ensoñación, todos me están mirando.

—*Em*… Yo… estoy deseando ser una mujer más del rebaño y cumplir con las órdenes de un hombre mucho más inteligente que yo —digo sin pensar, haciendo honor a las palabras de mi abuela cuando me dice que mi lengua nunca pide permiso a mi cerebro para hablar.

Se hace un enorme silencio y me percato de que mis amigas están horrorizadas por lo que acabo de decir. Mi padre y mi abuela se remueven algo incómodos a mi lado. ¿Qué demonios me pasa? ¡Soy una idiota! Este día es importante y lo acabo de estropear.

Una pequeña risa suena a mi lado, es mi abuela, que coge el micrófono rápidamente e interviene:

—Para que vean, no solo es una Moore, sino que tiene un gran sentido del humor. Cualquier joven se divertirá mucho con ella.

Todos se ríen y aplauden. Yo finjo una sonrisa y me dispongo a marcharme, aunque mi abuela tira de mí. No cedo y me dirijo hacia mis amigas.

La música suena y todos vuelven a sus charlas, sus bebidas y su comida.

—¡Estás loca, encanto! —me dice Sherlyn nada más llegar—. ¿Es que quieres que tu abuela se muera de un infarto? —Y abre mucho los ojos, sorprendida.

Lleva un vestido amarillo chillón que hace daño a la vista, pero a ella siempre le gusta llamar la atención siendo la más rocambolesca allá donde va.

—Calla, Sherlyn —dice otra de las chicas—, ¡y saca el móvil para hacernos un *selfie*!

Mi amiga obedece y todas admiramos el teléfono como si se tratase de un objeto futurista de lo más sofisticado. Solo es un móvil, pero las jovencitas no podemos disponer de uno hasta nuestra puesta de largo y, de mi grupo de amigas, Sherlyn es la única que ya ha celebrado esa presentación.

Posamos y nos hacemos un montón de fotos: con filtros, sin ellos, haciendo el tonto, posando sexis... Lo cierto es que es entretenido y me alegra saber que hoy me regalarán uno, como viene siendo costumbre, aunque mi abuela se haya empeñado en decir que en su época no existían y eran muy felices.

—Bueno, Luna —dice Sherlyn mientras agita su cabeza adornada con enormes plumas amarillas—, ¿quién crees que será el primero en sacarte a bailar?

—¿Con esta música? ¡Mi padre!

Todas se ríen.

—En la fiesta de Sherlyn, el primero fue el idiota de Leopold —comenta Martha y Sherlyn bate lentamente sus pestañas, claramente ofendida.

—Porque en mi fiesta el que importó no fue el primero, sino el último —explica.

—¡El señorito Izan Davis! —coreamos todas a la vez y emitimos una risita tonta, como si fuéramos unas colegialas.

—Y hablando de… —susurra Martha y todas guardamos silencio.

Me giro y veo a Izan Davis viniendo hacia mí. Es, sin duda, atractivo. Tiene el pelo muy oscuro y una abundante barba que le da un aspecto muy formal. Tiene unos rasgos afilados que lo hacen muy sexi. Tiene cinco años más que yo, pero parece mucho más maduro.

Izan Davis se para ante mí y hace una reverencia. Mis amigas y yo nos ponemos nerviosas con su presencia.

—Señorita Luna, ¿quiere concederme este baile? He pedido su canción favorita.

Todas emiten una risita baja. Yo me muerdo el labio, algo avergonzada. Sabe cuál es mi canción favorita porque me escuchó rogarle a mi padre en la puesta de largo de Sherlyn que me dejase pedírsela a la banda, pero mis amigas no lo saben y ahora van a creer que guardamos algún tipo de relación íntima. ¡Qué vergüenza! Creo que me estoy poniendo roja y, además, llevo callada un rato como una idiota sin contestarle.

—Claro —confirmo rápidamente y apoyo mi mano delicadamente sobre la del señorito Izan Davis.

Hace buena temperatura, típica de la primavera, por lo que vamos a poder celebrar una bonita fiesta. El día acaba de empezar y ya voy a bailar con el joven más codiciado de la ciudad. Mi abuela debe estar loca de contenta, pues, según ella, los Davis conforman la mejor familia, además de la nuestra, claro.

Izan Davis me arrastra hasta el centro del gentío. Unos postes blancos con ramilletes de flores delimitan la zona de baile. Una vez aquí, todos nos observan y el señorito hace una señal a la banda. Entonces, comienza a sonar mi canción favorita: *Libre como el*

viento. Izan Davis me mira a través de sus rasgos afilados y esboza una sonrisa muy sensual. Me ofrece la mano, se la tomo y comenzamos a bailar. Es una canción a medio tiempo, así que nos movemos con cierta velocidad, liberando toda la energía que poseemos propia de nuestra edad y, quizá, alejándonos de los movimientos lentos que se presuponen deben tener las parejas en las puestas de largo.

El momento es divertido y me permito disfrutar. Davis parece simpático y baila bien, además de ser muy atractivo.

Mis amigas me miran entusiasmadas, aunque Sherlyn no tanto, creo que está celosa. Me gustaría poder decirle que por mí puede quedarse a todos los chicos de la ciudad, no me interesan, pero si hablamos de los deseos de mi abuela, Izan debe ser mi esposo a cualquier precio, así que despliego mis encantos para ser la nieta perfecta. Hago contonear mis caderas y deslizo mi pierna más de la cuenta para que la abertura de la falda turquesa deje a la vista gran parte de mi pálida y delicada piel. Al señorito le gusta, claro que sí, porque se queda mirando cada trozo de mi pierna como un idiota.

La melodía llega a su fin y todos nos aplauden. Hacemos una reverencia el uno al otro y, después, a los invitados. El señorito me ofrece el brazo, se lo tomo y me saca fuera de la pista. Coge un par de copas de una bandeja de un camarero y me ofrece una. Ingiero la bebida mientras me quedo frente a él, a la espera de que inicie la conversación. Izan se toma su tiempo para beber y mirarme de arriba abajo.

—Está muy bonita, señorita Luna —me dice mientras busca un camarero y deja su copa vacía.

—Gracias. Usted también es muy apuesto. —Y tomo un sorbo de la bebida.

Él acorta la distancia entre nosotros y me pongo nerviosa, todos me observan, es mi puesta de largo y es el primero con el que he bailado. Me muerdo el labio, insegura, pues no sé qué se supone que debo hacer, está muy cerca, demasiado.

—¿Puedo preguntarle cuál era su intención poniéndose este vestido? —Y lleva su mano sutilmente hasta la abertura, rozando por unos segundos la piel desnuda de mis piernas.

Me gustaría decirle que desafiar a mi abuela, pero creo que no sería apropiado, así que contesto:

—No tener calor en las piernas.

Ups, ha sido un comentario estúpido, pero él se ríe, cruza sus brazos y se lleva una mano a su oscura barba.

—¿Así que es usted de piernas calientes, señorita Luna? La tenía por una niña inocente…

Me quedo petrificada, probablemente, me esté poniendo muy roja. No quería que la conversación se terciase sexual, solo quería desafiar a mi abuela vistiéndome de manera que la provocase.

—¿Le habla así a todos los que intentan cortejarla o siente cierta predilección por mí?

Vaya, es muy directo y eso me incomoda.

—Es el primero con el que bailo… no lo sé —confieso algo confundida.

Él hace una reverencia y se marcha riendo. Lo veo reunirse con sus amigos. No sé qué les dice, pero todos me miran las piernas y comienzan a reír. Me siento algo violenta y me recuerdo que son todos unos idiotas. ¡No me casaré con ninguno de ellos! Salgo a grandes zancadas del lugar, con intención de alejarme para tomar el aire lejos de las miradas de los cientos de invitados, pero mi amiga Sherlyn me intercepta y casi me clava una pluma en un ojo.

—Vaya, va a ser verdad eso que dicen, que a los chicos les gustan las zorras.

Sus ojos oscuros me miran con celo y yo tengo que apretar los dientes enfadada.

—Yo no soy… —comienzo, pero ella se ríe.

—Es una broma. ¡Bien por ti si así pescas a un Davis! Pero ten cuidado, dicen que se ha tirado ya a media ciudad. No sé si lo querría como marido…

Sherlyn es amiga mía desde que éramos niñas. Lo es porque vivimos cerca y nuestras abuelas se llevan muy bien. No entiendo el porqué de esas palabras venenosas.

—Voy a tomar el aire, creo que no me siento bien —me disculpo y me marcho del lugar.

Todo está abarrotado de gente, así que no hay ni un solo rincón en los jardines donde estar a solas. Pienso en el patio trasero, pero… no voy allí desde que Dakari…

Me paro frente a unos arbustos cuando Leopold, el joven idiota del que hablaba Marthis, se detiene y me pregunta:

—¿Señorita Luna? ¿Me concede este…?

No puedo más, así que le hago un gesto con la mano a modo de disculpa y salgo corriendo, atravieso los jardines delanteros y me cuelo por el lateral de la mansión hasta llegar al patio trasero. Cuando estoy allí, sola, grito:

—¡Aaah!

—¿Está bien?

Alguien habla a mi espalda y caigo de frente por el susto, ruedo por los escalones del porche y acabo tumbada boca arriba con todo el vestido encima de la cara.

—¡Ay! —gimo.

Alguien aguanta una risita y pregunta:

—Señorita, ¿está usted bien? ¿Desea que avise a alguien?

No reconozco la voz, así que no es ninguno de nuestros oscuros, pero suena cortés. ¿Es posible que sea un invitado? ¿Puede ser que alguno haya venido hasta aquí?

—Estoy perfectamente —digo mientras me quito la falda de la cara y me pongo en pie, totalmente despeinada. Intento organizar las telas de mi vestido sin mirar al frente—. Disculpe, la fiesta es en el jardín principal, pensaba que no habría nadie aquí.

En ese instante, un rugido ensordecedor inunda el cielo. Lo miro y veo un rayo cruzarlo. ¿En plena primavera? Temo que vaya a llover y se estropee mi puesta de largo, sin embargo, el rayo desaparece y el sol vuelve a brillar.

—¿Señorita Luna? —pregunta la persona que está conmigo.

Alzo la mirada y veo a un joven con el rostro ovalado. Es grande, fuerte, tiene el cabello blanco recogido en rastas y largo hasta los hombros y una piel negra como la noche. Es un oscuro, pero no cualquier oscuro, es… ¡Dakari!

Nos quedamos mirándonos y creo que ninguno sabemos qué decir. Está muy cambiado, lo recordaba como un niño grande, pero ahora es un hombre. Ya no viste la ropa de los esclavos domésticos, sino que va ataviado con un sencillo pantalón color tierra y una camisa blanca que le queda demasiado ceñida y marca unos pectorales bien definidos. También lleva guantes negros, como es habitual en los oscuros.

—¿Dakari? —pregunto, aunque ya sé que es él.

Asiente y se torna muy serio de repente.

—Siento haberla molestado, señorita Luna, que tenga un buen día.

Se gira para marcharse y corro detrás de él hasta agarrarle del brazo.

—¡Espera! ¿Cómo estás?

Se gira y me mira confundido; después, presta atención a mis dedos sobre su bíceps. Lo suelto inmediatamente porque no está bien visto que un verdadero tenga tanta cercanía con un oscuro. Me observa de arriba abajo, como intentando descifrarme. Yo también le miro y me percato de que lleva un pinganillo en la oreja. ¡Qué raro!

—Hace mucho que no nos vemos… —comento tímidamente y me muerdo el labio inferior. Él solo asiente y temo que, si dejo de hablar, se marche—. ¿Cómo… estás?

—Bien —contesta secamente. Frunce el ceño y arruga sus labios hacia delante, lo hacía de niño cuando algo le enfadaba.

—Me… alegro.

Dakari vuelve a girarse y mi primer instinto es el de cogerle del brazo para que no se vaya, pero parece que eso le ha incomodado, así que me agarro la falda para no tropezar y corro para ponerme delante e impedirle el paso. Él aminora la marcha, pero no se detiene, así que camino de espaldas sin ver a dónde me dirijo, pero de frente a él. Dakari me observa algo incómodo, pero, después de varios pasos, se detiene y esboza una media sonrisa elevando la comisura derecha de sus labios.

—¿Qué hace, señorita Luna? —pregunta, ciertamente divertido.

Arrugo la nariz y respondo lo primero que me viene a la cabeza:

—Caminar de espaldas, es evidente ¿no?

Se rasca la nuca y deja su brazo flexionado en el aire. Se esfuerza por no reír y el resultado es que su media sonrisa se acentúa en su rostro ovalado.

—¿Y por qué camina de espaldas?

—¿Y por qué el cielo es azul? —comento de forma desenfadada—. ¿Quién lo sabe?

Dakari baja el brazo que tenía en su cuello y me mira desde su altura.

—La luz del sol se dispersa en todas direcciones debido a los gases y las partículas que posee el aire. La luz azul viaja en olas más cortas y se esparce más que el resto de los colores; por eso, vemos el cielo de color azul.

Me muerdo el labio y creo que la luz roja se ha esparcido sobre mí, porque estoy de ese color de la vergüenza.

—Sí, justo eso iba a decir —comento.

Dakari no puede evitarlo y esboza una enorme sonrisa, tanto que las arruguitas de su cara se acentúan un poco.

—Bueno, señorita Luna, si no tiene más preguntas sobre el color del cielo, debo marcharme.

Dakari intenta esquivarme, pero le pongo la mano en el pecho y él se detiene, la aparto corriendo y las palabras me salen atropelladas:

—Hace cinco años que no nos vemos. ¿Es que no me has añorado ni un poco?

El rostro de Dakari se ensombrece y me percato de que tiene un poco de barba. Es sutil y, solo ahora que estoy a unos centímetros de él, puedo percibirla. Va a hablar, pero se contiene y frunce su ceño. ¿Por qué parece enfadado?

—Pensé que nunca volvería a verte —le digo sin haberlo meditado, porque, como dice mi abuela, mi lengua nunca pide permiso a mi cerebro—. Lo pasé muy mal, Dakari. Tú… eras mi amigo.

Pero mis palabras no surten en él el efecto esperado y resopla un poco molesto, hinchando su ancha nariz.

—¿Usted lo pasó mal, señorita Luna? ¿Y no ha pensado en cómo lo pasaron los demás?

Ahora soy yo la que se enfada. Aprieto los dientes y lo vuelvo a hacer, hablo sin pensar:

—Lo siento, Dakari, pero tu madre se llevó su merecido y tú…

Pero él me interrumpe, perdiendo todos los modales:

—¡No hables de mi madre! ¡Ni se te ocurra! Mi único error en la vida fue hacerme tu amigo.

Aprieto los dientes para no llorar y me hago a un lado. Dakari se marcha sin decir nada y, cuando estoy a solas, dejo que las lágrimas salgan. Fui yo la idiota por hacerme amiga suya, por dejar que calase tan hondo dentro de mi corazón para luego romperlo sin importarle lo más mínimo.

Me seco las lágrimas y hago un esfuerzo por regresar a la fiesta. Me arreglo el cabello y estiro los pliegues de mi falda. Aparezco en el jardín principal y comienzo a fingir sonrisas a los invitados.

Leopold se me planta delante y observo su bigote moverse al mismo tiempo que me pregunta:

—¿Se encuentra mejor para bailar, señorita Luna?

Giro mi cabeza en busca de una escapatoria, pero mi abuela está a poca distancia mirándome por encima de sus gafas con una expresión de advertencia. Sus brazos descansan sobre el báculo rojo que la acompaña a todas partes.

—Sí, claro —miento.

Leopold me lleva a la pista de baile y dejo que me mueva a ritmo de la balada que está sonando. No le presto atención, aunque sé que él y todos me miran. En cambio, busco con la mirada a Dakari. ¿Por qué lo hago? Él trabaja en la fábrica de mi padre, ni siquiera debería estar aquí. Entonces, lo veo, está junto a un grupo de hombres grandes y fuertes. Se encuentran algo apartados de la fiesta, pero aquí, en el patio delantero. Son todos oscuros y creo que traman algo. Leopold me hace girar y mi vestido color turquesa ondea al viento dejando a la vista una de mis piernas. Dakari me observa en la distancia, pero en cuanto se percata de que le estoy mirando, gira su cabeza hacia otro lado.

El baile concluye, le hago una reverencia a Leopold y a su molesto y exagerado bigote y salgo corriendo antes de que pueda entablar una conversación que no me interesa lo más mínimo. Quiero acercarme a Dakari y exigirle una explicación. ¿Qué trama? ¿Qué hace aquí?

Cruzo los jardines y veo al capataz de la mansión. Me siento tentada de decirle que los oscuros traman algo, pero no traicionaría a Dakari así, no sin antes dejar que se explique. Cuando paso junto al capataz, le escucho decir por el móvil:

—Señor Moore, han desaparecido tres, está confirmado. ¿Órdenes?

Habla con mi padre. Me detengo y busco con la mirada en todas direcciones. A lo lejos, lo veo susurrándole algo a mi abuela mientras sigue escuchando por el móvil. ¿Qué está pasando? Hace cinco años, Dakari se comportó como un criminal, por eso acabó trabajando en la fábrica de mi padre. ¿Acaso ha venido para hacer algo similar?

Doy unas grandes zancadas hasta el grupo de oscuros fuertes y grandes. Afortunadamente, están bastante apartados de los verdaderos, por lo que podré decirles aquello que quiero sin montar una escena. Me planto a la espalda de Dakari. La verdad, es impresionantemente grande. No sé si debería gritarle, pero lo hago:

—¡Devuelve lo que sea que has robado o tendré que denunciarte a mi abuela!

Dakari se gira con los ojos muy abiertos, sorprendido por mi acusación. Mira hacia todas partes. Supongo que aquí, a la vista de todos, no puede hablarme con la confianza que nos hemos tratado hace un momento en el patio de atrás.

—Señorita Luna, no he robado nada, debería hablar con su…

—¡Silencio! —grito.

Aprieto los dientes, enfadada, y doy un paso hasta él. Dakari agacha la cabeza como hacen todos los esclavos cuando su ama les grita. De hecho, todos los oscuros que están aquí hacen lo propio y me siento mal por un instante, pero, aunque no apruebe la esclavitud, tampoco me parece bien que sean unos ladrones. Voy a plantarle cara hasta que confiese lo que ha robado, pero, entonces, escuchamos unos ruidos fuertes que parecen disparos y todos los invitados gritan.

Dakari y los oscuros de este grupo parecen ponerse en movimiento a la vez, como si supieran que esto iba a suceder. Me giro para ver qué ocurre y le doy la espalda a Dakari. Veo unos encapuchados recorrer el jardín con armas en las manos. Disparan y todo el mundo comienza a correr. El caos se desata en los jardines en un instante y no sé qué hacer.

Entonces, alguien me agarra del brazo y tira de mí, es Dakari. Corre y me lleva consigo. No pienso, solo le sigo, y debería pararme a reflexionar porque él es parte de este ataque y puede que solo quiera hacerme daño. Pero Dakari nunca me haría daño… ¿o sí?

Los disparos son incesantes, como también los gritos de la gente. Dakari me arrastra entre los invitados, que se agitan temerosos de morir y corren sin una dirección clara, dando lugar a caídas y aglomeraciones. No veo a mis amigas ni a mi abuela ni a mi padre. Rezo para que estén bien.

Avanzamos tan rápidamente como el gentío nos permite. Alguien viene corriendo y gritando y me golpea sin querer. Caigo al suelo y Dakari me intenta ayudar a ponerme en pie, pero la gente sigue corriendo y comienzan a pisarme. Creo que huyen de un encapuchado armado.

—¡Dakari! —grito, pidiendo auxilio, aunque quizá debería dirigirme a otra persona que sepa que no es un delincuente.

—¡Luna! —grita él y, después, ejerce una gran fuerza y aparta de un golpe a varios verdaderos, importándole poco que puedan castigarle por usar la violencia contra ellos. Gracias a eso, consigue tenderme la mano, se la tomo y seguimos corriendo.

Dakari me lleva a la mansión, pero no entramos por la puerta principal, porque todo el mundo busca resguardarse dentro y hay una pila de personas luchando por entrar a la vez, sino a la puerta lateral, la que usan los oscuros y que muy pocos conocen. La cruzamos. Mantengo mi mano unida a la de Dakari y él la retiene con fuerza y tira de mí, parece que tiene muy claro hacia dónde va. Cruzamos el pasillo y alcanzamos la cocina. De ahí, nos dirigimos a la sala de la limpieza. Hacía años que no entraba aquí, desde que él se fue. Abre un armario, me empuja dentro y me dice:

—¡Quédate aquí, estarás a salvo!

Hace amago de marcharse, pero tiro de su mano.

—¡No te vayas, por favor! ¿Qué está pasando? ¿Has venido a robar?

—¿Qué? —pregunta confundido y, después, se echa la mano a la oreja y se enfada—. ¡Lo he perdido!

—¿Has perdido qué? —pregunto tirando de él para que se meta en el armario conmigo.

—¡El pinganillo!

—¿Para comunicarte con los encapuchados armados? ¡Pensaba que eras un ladrón, no un asesino!

Dakari va a decirme algo, pero entonces, lo noto olfatear y me pone una mano en la boca para que me calle. Me hace el gesto de silencio y tira de mí fuera del armario. Vuelve a olfatear y me susurra:

—¡Están aquí! En cuanto te diga, corre al patio trasero sin mirar atrás. —Asiento y él me quita la mano de la boca, va hasta la lavadora, la enciende y me dice—: ¡Ahora!

Entonces, corremos como si el mismísimo diablo nos persiguiera. El ruido de nuestros pasos queda enmascarado por el escándalo del electrodoméstico en funcionamiento. ¡Qué astuto! Cruzamos la cocina; después, el pasillo en dirección de nuevo a la puerta lateral de la mansión, pero ya están aquí, lo sé porque escucho disparos. Han entrado en la casa. Dakari acelera la marcha y me coge del brazo nuevamente. Yo también acelero y, ya en el exterior, nos dirigimos lejos del gentío, al patio trasero.

Mientras rodeamos la mansión, escucho el caos. Los gritos de los invitados son tan aterradores que en verdad creo que voy a morir.

Llegamos al patio de atrás, donde tantas veces jugamos de niños y nos escondimos de mi abuela. Dakari me conduce hasta la valla que separa la mansión del bosque. Se detiene y me dice:

—¡Hay que saltar!

Asiento sin más, no sé por qué, pero confío en él. ¿Por qué demonios lo hago? ¡Es un ladrón!

Dakari une sus manos y se inclina hacia mí. Levanto mi pie descalzo —he perdido los zapatos en la huida— y lo apoyo en sus manos. Me impulso con su espalda y me elevo por encima de la valla. El vestido se me engancha, pero tiro con fuerza porque aún escucho los disparos y sé que mi vida depende de que nos alejemos de aquí. Consigo cruzar y Dakari salta detrás de mí con una destreza envidiable. ¿A qué se ha dedicado todos estos años en la fábrica de mi padre? ¿Acaso cargar muebles te hace tan fuerte y ágil?

Corremos nuevamente, alejándonos de mi hogar, adentrándonos en un bosque que sé que no lleva a ninguna parte. Un bosque que hará que nos perdamos, pero, al menos, estaremos vivos.

Corremos entre los árboles y me engancho a cada paso, pero sigo tirando y el vestido se va rompiendo más y más.

No hablamos, solo huimos.

No puedo continuar y me detengo, agotada, me tiro al suelo y cojo aire. Dakari hace lo propio, pero está menos cansado que yo.

—¡Tenemos que seguir! —me exige.

Respiro y hablo entrecortadamente:

—Hace rato… que no escucho… los disparos y… no puedo más, no soy un gigante… como tú.

Él pone mala cara y me siento mal, no pretendía insultarle.

Nos recomponemos un poco, sentados sobre el suelo del bosque. Me percato de que el precioso vestido está hecho girones. No queda mucho de la falda, así que se pueden ver mis piernas casi enteras. Me pongo roja de la vergüenza y me muerdo el labio, pero Dakari no me mira, aún se está restableciendo del esfuerzo. Apoya su espalda en un tronco y respira intensamente. Está tan fuerte y su cara es tan diferente de como era hace cinco años… Es él, pero es más… guapo. Y es como si todo el amor que sentía por él regresase de un plumazo, lo que me recuerda que es un delincuente, así que me pongo en pie y me planto delante.

—Gracias por salvarme, pero te exijo que devuelvas lo que has robado.

Levanta la cabeza y me mira desde el suelo. Creo que ahora sí se percata de que llevo las piernas al descubierto. Esboza una media sonrisa y eleva una de las comisuras de su boca.

—No he robado nada.

—He oído al capataz decir que habían desaparecido tres.

Él se ríe y se explica:

—Tres personas.

—¿Has robado tres personas? —pregunto confundida.

—¿Yo? ¡No!

—Entonces, ¿qué hacías en la fiesta? —grito enfadada, no le creo.

Se pone en pie y frunce su ceño. Si quisiera, podría hacerme cualquier cosa, es enorme, ancho de hombros y alto. Me impresiona, pero no doy ni un paso atrás.

—Estaba protegiéndola, señorita Luna. ¡Su padre nos ordenó a unos cuantos oscuros de la fábrica que fuéramos a proteger a su familia a la fiesta!

No entiendo nada. ¿Mi padre encargando la protección de la familia a unos oscuros? Hay guardaespaldas y seguridad privada para eso. Ese cometido es cosa de verdaderos, nadie dejaría la protección de su familia en manos de los esclavos.

Me relajo un poco.

—Entonces, ¿quiénes son los encapuchados?

Dakari aparta la mirada, creo que no quiere hablar de eso. Flexiona su codo en el aire, se lleva la mano a la cabeza y se recoloca las rastas de su atípico cabello blanco.

—Creo que… es un grupo de rebeldes, de oscuros que luchan contra la opresión de los verdaderos... —Me mira y ambos nos sentimos incómodos. De pequeños, soñábamos con un país donde

oscuros y verdaderos fuéramos iguales, pero esas fantasías no incluían que los oscuros se liasen a tiros contra los verdaderos—. Están desapareciendo oscuros en todas partes, al menos, es lo que dijo su padre, señorita Luna. Supongo que los encapuchados los…

Se calla porque no quiere decirlo, pero yo sí:

—¡Los rescatan! Los encapuchados vienen a rescataros —digo y él asiente.

Me aparto y me siento en el suelo, agotada. Él me imita y permanecemos un rato en silencio. Puede que Dakari rompiera mi corazón, pero me ha salvado la vida. Si la historia que cuenta es cierta, podría haber intentado fugarse con los encapuchados, pero me ha puesto a salvo.

—¡Siento haberte gritado, Dakari! —exclamo y me muerdo el labio inferior—. ¡He sido una idiota!

—Señorita Luna…

—Estamos solos —le interrumpo—, llámame Luna.

Él sonríe y se le marcan unas arruguitas en la cara que me parecen entrañables. Me doy cuenta de que me gusta que sonría.

—Luna —dice y ahora soy yo la que sonríe—, siento que se haya estropeado tu puesta de largo y tu vestido.

Miro los jirones de encaje que caen desde mi cintura. Era un bonito vestido color turquesa y puede que me hiciera ilusión el día de hoy, pero reconozco que aquí, con Dakari, hablando sobre encapuchados que rescatan oscuros y matan verdaderos, todo eso parece un tanto trivial.

—Da igual. Además, no sé de qué hablas —me pongo en pie y giro sobre mí misma—, el vestido está en perfectas condiciones.

Ambos nos reímos y Dakari se relaja. Se lleva las manos a la nuca y flexiona sus codos, quedando tumbado sobre el tronco del árbol mientras me observa dar pequeños saltitos para lucir mi atuendo.

Me pongo un dedo en el bigote, fingiendo ser Leopold, y hago una reverencia mientras lo imito con voz grave:

—¿Me permite este baile, señorita Luna?

Dakari emite una risa sonora y finge ser yo con una voz dulce y muy aguda:

—Oh, sí, me encantaría.

Entonces, le ofrezco la mano y Dakari la toma. Se pone en pie y finjo ser el chico, le hago girar y él lo hace torpemente.

—¿Es que no sabe bailar, señorita Luna? —pregunto con una voz demasiado tosca para ser Leopold, pero que resulta graciosa—. ¿No le han enseñado a ser una señorita?

Dakari se ríe y yo tiro de él, pero no es muy diestro bailando y acaba pisándome.

—¡Lo siento!

—¡Ay, au, ay!

Doy varios saltitos mientras me agarro el pie desnudo y acabo cayéndome encima de él. Me sostiene, agarrándome en el aire por la cintura y nos quedamos mirándonos un momento. Siento algo extraño en la boca del estómago. Era mi amigo y me rompió el corazón. Y está aquí y me hace sentir tan…

—Luna, yo… —susurra y sus ojos castaños se llenan de un brillo especial. Sus manos se aferran a mi cintura y, poco a poco, me devuelve a la posición vertical.

Aparta sus manos de mí y yo recoloco lo poco que queda de mi vestido.

—¿Qué ibas a decir?

Él me mira con una expresión que no le había visto nunca y que no alcanzo a descifrar, pero es que hemos pasado cinco años separados.

—Te he echado de menos —confiesa y esboza una preciosa sonrisa que marca unas arruguitas en su cara ovalada que me parecen preciosas.

—Yo también —le digo y contengo las ganas de llorar.

Entonces, da un paso adelante y acorta la distancia entre nosotros. Alzo la mirada y me vuelve a impresionar lo grande y fuerte que está. Nos observamos un instante y creo que hay palabras flotando en el ambiente que no nos estamos diciendo. Extiendo mis brazos hacia él y lo abrazo sin más. Dakari se queda plantado en el sitio sin abrazarme y comienzo a sentirme una idiota de nuevo. Entonces, hace fuerza para apartarme y siento que se me parte el corazón. Doy unos pasos lejos de él y me advierte:

—Luna, hay…

Pero yo le interrumpo:

—Vale, Dakari, lo pillo, soy una verdadera y tú un oscuro, nunca seremos amigos, ya lo dejaste bien claro en su día.

Él mira hacia todas partes.

—No, escucha, es que…

Entonces, una voz femenina nos interrumpe:

—¡Luna! Menos mal que te encuentro a salvo.

Sherlyn me abraza y casi me mete otra pluma en el ojo. Luego, se aparta y me coge de las manos. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? La miro y me percato de que su vestido también está algo roto. ¿Nos ha seguido?

—Sherlyn, ¿qué haces tú aquí?

—Lo mismo que tú, encanto, huir de los disparos. Os he seguido, pero ibais demasiado rápido y os perdí —Sherlyn mira con desprecio a Dakari—, pero menos mal que te he encontrado yo, una amiga, porque tú sola con este oscuro y sin ropa... —Mira mis piernas desnudas—. ¡Quién sabe lo que podría decir la gente! Pero tranquila

—enseña su móvil—, he llamado a mis padres y el peligro ya ha pasado, podemos volver.

Miro a Dakari, que ha adoptado la pose que toman todos los esclavos a la espera de las órdenes de sus amos: cabeza al frente y mirada abajo. Ojalá Sherlyn no hubiera aparecido, ojalá él no fuera un esclavo, ojalá no existieran los esclavos, ojalá…

—¿Qué haces ahí plantado, cara de mono? —le grita ella y yo me percato de que también lo ha reconocido—. Llévanos de regreso.

—Sí, señorita —dice Dakari e inicia la marcha delante de nosotras.

Sherlyn me coge del brazo y se ríe:

—¿Te acuerdas cuando le llamabas «cara de mono»? ¿Qué tenías, seis años?

Lo cierto es que no, no lo recuerdo y me incomoda hablar de ello, no quiero herir los sentimientos de Dakari, así que finjo una sutil sonrisa.

—Éramos pequeñas, Sherlyn, ahora somos más civilizadas.

Ella se ríe, se aferra más fuerte a mi brazo y vuelve a usar sus palabras venenosas:

—Desde luego, Luna, tu puesta de largo va a ser inolvidable: primero, ese vestido de zorra —Dakari se detiene y se gira, pero le hago una señal y sigue caminando, no le ha gustado la expresión, igual que a mí—, y luego, una matanza al estilo de las últimas pelis que se rodaron en el siglo XXII. —Habla como si las hubiera visto, pero están censuradas en su mayoría por su amplio y explícito contenido sexual y violento.

Sherlyn sigue hablando de las publicaciones que hará la gente en redes sociales y de mil cosas más y yo empiezo a sentirme mal. Llevo un rato así, creía que era cansancio, pero es otra cosa. Todo se vuelve borroso y siento que la cabeza se me va, me detengo y caigo de rodillas al suelo.

—¡Luna! ¿Qué haces, encanto? —pregunta Sherlyn.

—Señorita Luna, ¿qué le ocurre?

Dakari intenta ayudar a ponerme en pie y sé que Sherlyn le grita, pero yo no puedo prestarles atención porque creo que mi cabeza vuela a otra parte. Veo unos números delante de mí, están escritos en alguna parte y sé que son importantes. Estiro mis dedos y dibujo el perfil de cada uno de ellos sobre la tierra del bosque: uno, dos, uno, cero, cero, cero.

3. Fiesta

Dakari

Ojalá la señorita Sherlyn no hubiese aparecido, porque estaba a punto de confesarle a Luna que llevo enamorado de ella desde hace años. Y sé que soy un tonto, porque ella me delató y, como resultado de ello, mi madre murió, pero… ¿debería culparla? Solo tenía trece años. Me he pasado todo este tiempo enfadado con ella por eso, pero hoy, cuando he vuelto a verla, he comprendido que la vida es mucho más divertida y buena cuando Luna está cerca.

Avanzo por el bosque, preocupado porque le haya pasado algo. La llevo inconsciente en mis brazos y me doy cuenta de que todo es culpa mía. Se golpeó cuando éramos niños y no dije nada por miedo a que nos ocurriera algo a mi madre y a mí. Desde entonces, sufre episodios de locura que creía que habrían desaparecido con los años, pero sigue igual…

Llegamos a la casa y, tal y como mi olfato me ha prevenido, hay heridos. También veo a los cuerpos de sanidad y seguridad de la ciudad. Al menos, ahora estoy más alerta, ya que Sherlyn casi nos pilla a Luna y a mí abrazados solo porque estaba demasiado distraído disfrutando del roce de sus brazos y no pendiente de olfatear nada que no fuese su dulce fragancia.

Nos adentramos en el salón, donde se encuentran el señor Moore al móvil, varios policías y heridos por todas partes. Escucho a algunos invitados comentar a las autoridades que los rebeldes les han robado los teléfonos. ¿De verdad les preocupan esos objetos cuando puede haber muertos? ¿Y para qué se llevarían los rebeldes unos móviles?

La señora Moore se acerca y me grita:

—¡Quita tus manos de mi nieta!

Levanta el bastón para golpearme, incluso aunque llevo a Luna en mis brazos. Había olvidado lo cruel que puede llegar a ser. El padre de Luna le agarra el bastón rojo sangre para impedir que nos golpee.

—¡Madre! El oscuro la ha protegido por orden mía.

La señora se recoloca las gafas, ahora asombrada, y susurra:

—Vamos arriba.

El señor Moore cuelga el teléfono, busca a un médico y subimos a la habitación de la señorita Luna. No ha cambiado mucho desde la última vez, sigue teniendo ese toque infantil que la caracterizaba. La dejo en la cama con cuidado. Sus cabellos dorados quedan extendidos sobre la almohada. Sus labios aún se mantienen pintados de color rojo. Lo cierto es que parece un ángel.

La señorita Sherlyn comienza a hablar:

—Hemos huido hacia el bosque para protegernos del tiroteo. Nadie la ha herido, pero, de repente, ha empezado a decir números extraños y se ha desmayado.

La abuela y el señor Moore se miran, incluso el médico, que es el de la familia y conoce la locura de Luna.

—Gracias, señorita Sherlyn, ahora necesitamos estar a solas.

El señor la despacha y el médico analiza a Luna. Yo permanezco en un lado de la habitación porque nadie me ha dicho que me vaya. Mantengo la cabeza al frente y la mirada baja, aunque pendiente de mi amiga… porque… sigue siendo mi amiga ¿verdad?

—¿Cómo se te ocurre ordenar a un oscuro que cuide de tu hija? —le pregunta la abuela a su hijo, mirándole por encima de las gafas—. ¿Has perdido el juicio, Frederick? ¡Qué vergüenza! Espero que nadie se haya percatado de tu insensatez.

—¿Y qué quería que hiciera, madre? Es evidente que toda buena familia que se preste necesita protección. Hay una rebelión y hoy casi morimos. ¿Y lo único que le importa es que haya puesto a

oscuros a echar una mano, a defender la que también es su casa y su familia?

El médico se siente tan incómodo como yo al presenciar la discusión.

Es cierto que esta también es nuestra familia, pero solo porque dependemos de ellos. Mi madre siempre me decía que lo mejor que me podía pasar era ser un esclavo doméstico, porque, en una casa, siempre se vive mejor que en una fábrica y el trabajo es más llevadero. Sin embargo, lo que no es nada fácil es tener que soportar el carácter y los golpes de esa vieja verdadera. Es cierto que el capataz de la fábrica es muy duro, pero el señor Moore, que es quien dirige la empresa, es buena persona y jamás nos ha pegado; al contrario, siempre que puede, nos ayuda y nos pregunta qué necesitamos para estar mejor. A menudo, nos trata como empleados y no como esclavos.

La señora Moore se aferra a su bastón muy enfadada.

—Frederick, si hubieras contratado guardaespaldas, hombres verdaderos y no sucios oscuros, ¡tu hija no estaría en esa cama!

Me gustaría gritarle que he sido yo quien la ha puesto a salvo, pero soy un esclavo y aprendí muy bien a oír, ver, callar y olvidar.

—¿Y cuántos dices que se han escapado? —pregunta la abuela.

—Tres oscuros: el jardinero, su mujer y su hijo.

Pienso en ese niño y me alegro de que se lo hayan llevado. No tengo muy claro qué pretenden los rebeldes ni cuántos son ni si, de verdad, hay esperanza para los que son como yo, pero ese chico estará mejor lejos de las garras de esta señora.

El médico toma la palabra:

—Parece que solo está deshidratada, deberíamos dejarla descansar. —Le da agua y veo que ha despertado, pero aún no es muy consciente de lo que sucede a su alrededor.

Su padre se inclina sobre ella, le acaricia el rostro y le pregunta:

—Cariño, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, padre, solo… mareada.

Luna busca con la mirada por toda la habitación y se detiene cuando me ve. Yo agacho la cabeza, pero me percato de que el señor Moore sabe que Luna me está mirando. ¿Por qué lo hace? ¿Es a mí a quién estaba buscando nada más despertar?

—Él te ha traído, Luna. —Su padre se pone en pie y me dice—: Gracias, Dakari.

Creo que todos los de esta habitación se han quedado mudos al escuchar esa muestra de agradecimiento de un verdadero a un oscuro. Yo solo asiento y no digo nada por miedo a las represalias de la señora Moore. Oír, ver, callar y olvidar.

—Voy a realizar algunas pruebas ahora que está consciente —comenta el médico—. ¿Pueden dejarnos a solas?

El señor Moore me hace una señal para que lo siga. Él y la abuela salen en primer lugar. Lanzo una mirada rápida y discreta a Luna; ella también me está observando. Parece tener mejor color. Me alegro.

Salimos de la habitación, recorremos los elegantes pasillos del primer piso de la mansión y vamos hasta el despacho del amo. Una vez allí, él enciende el ordenador y, mientras, la abuela me mira por encima de sus gafas. Sé que me ha reconocido. Mi cabello blanco es único entre los míos.

—Ya te recuerdo, niño. —Ahora se gira hacia su hijo y le dice—: Este es el oscuro que casi mata al señorito Davis y, ahora, ¿lo pones a cuidar a tu hija? Y no me vengas con eso de que, como yo he vivido en el siglo XIX, no entiendo las cosas modernas, porque esto es inadmisible, Frederick.

El señor se sienta en la silla tras la mesa, le da la vuelta al ordenador portátil y le hace una señal a la abuela. Ella da unos pasos, se recoloca las gafas y observa la pantalla. Yo también, la verdad. Le muestra una tabla de cuentas. La reconozco porque,

además de transportar cajas y muebles pesados en la fábrica, también reviso la contabilidad. Soy uno de los pocos oscuros que ha estudiado matemáticas.

—Estamos arruinados —dice la señora y afino la vista. Es cierto, al menos, eso reflejan los números de la tabla—. ¡Frederick! —exclama ella mientras se zarandea mareada.

Hago amago de ir a ayudarla, pero su hijo me dirige un gesto con la cabeza porque la señora reniega de los oscuros. Él la ayuda a sentarse, se acerca a la nevera del despacho y le ofrece una botella de agua. La anciana ingiere el líquido.

—No podemos permitirnos guardaespaldas, madre —explica el señor Moore y me mira.

Supongo que por eso nos ordenó a varios esclavos que viniéramos a la fiesta a vigilar, porque la familia Moore está en quiebra.

—¿Y la dote de Luna? Dime que no la has tocado, sin ese dinero nadie se casará con ella.

El señor Moore coge una silla y se sienta al lado de su madre, la abraza, pero ella lo aparta y lo mira con un enfado muy feroz.

—Ese dinero es lo único que nos queda.

—Menos mal —dice la anciana—, ocultaremos la desdicha de la familia hasta que se case, lo arreglaré todo para que sea lo antes posible.

Esas palabras me producen malestar. Luna siempre quiso ser libre e independiente y ella habla de casarla. Una rabia crece en mi interior, es la misma impotencia que siento cuando me doy cuenta de que los oscuros no somos libres de escoger nada en nuestras vidas. Vivimos un sendero prefijado por el que debemos caminar y, si nos salimos de él, nos castigan con descargas.

—Madre —el señor Moore le coge las manos con cariño—, si invirtiésemos el dinero de la dote en la fábrica, estaríamos salvados.

Ella le suelta las manos, molesta, agarra el bastón y da unos golpes con él en el suelo.

—¡No! Luna debe casarse, hablamos de su futuro, Frederick, por el amor de Dios.

—Luna no quiere casarse —dice él porque la conoce de verdad—, así le daríamos tiempo para que se hiciera a la idea. Solo tiene diecinueve años, podrá casarse a los veintitrés, cuando hayamos recuperado nuestra fortuna.

—¿Has perdido la razón? Yo me casé a los quince.

La abuela levanta el bastón para pegarle, a él, que ya es un hombre. El señor lo coge al vuelo y se lo impide. Se miran con una furia inmensa.

—¡Madre! Estamos en el siglo XXIII. Si tanto empeño tiene en casarla ya, tendrá que ser sin dote.

La señora Moore baja el bastón y rechista enfadada. El amo se pone en pie y apaga el ordenador, se coloca su sombrero de copa sobre la cabeza ausente de cabello y me hace una señal para que nos marchemos.

—¡Espera! —Ambos nos detenemos y la observamos. Se pone en pie, ayudándose de su bastón rojo sangre—. Está bien, usa a los oscuros para proteger a la niña, pero —me mira con asco— haz el favor de ponerles un uniforme y no traerlos con la ropa de la fábrica.

—Por supuesto, madre —promete el señor con gran satisfacción.

Ella golpea el suelo con el bastón y añade:

—Usa la dote para salvar la fábrica, pero la niña se casará con Izan Davis. Le ofreceremos la dote a su padre y ya me encargaré yo de forzar la situación para que no exija cobrarla hasta después de la boda.

—Pero no tendremos ese dinero hasta pasados unos años, madre.

—¡Silencio, niño! —exclama ella golpeando el suelo nuevamente. Lo mira detenidamente por encima de sus gafas y se explica—:

Cuando ya estén casados y hayan consumado el matrimonio, le contaremos la verdad a su padre, que no hay dote. Entonces, será demasiado tarde. Nos odiará, pero no tendrá más remedio que aguantarse sin montar un escándalo, porque, de otra forma, mancharía el buen nombre de su familia también.

El señor Moore sonríe satisfecho. Él, al que tengo como a un caballero, acaba de aceptar engañar a la familia Davis, la más poderosa de la ciudad. No es que me preocupe lo más mínimo esa gente, pero sí el hecho de que hablen de casar a Luna en contra de su voluntad y la vayan a obligar a consumar el matrimonio.

Oír, ver, callar y olvidar… No sé si voy a poder olvidar la rabia que siento dentro de mí en estos momentos.

* * *

Cargo el último de los muebles en el camión y paso los códigos para el seguimiento del envío. Al precio que vende el señor Moore los muebles del siglo XIX que fabricamos aquí, no entiendo cómo puede estar arruinado. Aunque, pensándolo bien, viendo el derroche de la fiesta de Luna, no me extraña. Los oscuros nos alimentamos con comida sencilla y muy barata para ahorrar, mientras que ellos encargan la más elaborada y solo consumen un diez por ciento. Conforme mayor me hago, más oigo y veo, y menos puedo callar y olvidar.

—¡Dakari! —me llama el capataz de la fábrica y me pongo alerta. No me gusta que ese verdadero me dirija la palabra porque nunca es para nada bueno. Me detengo a observarlo y me lanza una bolsa —. ¡Dúchate y ponte eso! ¡Te vas de fiesta en quince minutos! ¡Vamos! —me apremia mientras se recoloca su sombrero de paja.

¿Fiesta?

Abro la bolsa y veo un elegante traje como el que nunca en mi vida he llevado. Es verde oscuro con bordados en dorado. Parece el atuendo del cochero personal del señor Moore.

Me apresuro a ducharme y me pregunto si esto es por lo que dijo hace una semana la señora Moore, que accedía a que los oscuros

protegiéramos a Luna. Desde su puesta de largo, nuestro capataz y el amo han pasado más tiempo en la mansión que aquí, supongo que en alerta por si volvían a sufrir un ataque, aunque, por lo que cuentan los oscuros en todos los rincones, los rebeldes solo han aparecido en grandes aglomeraciones hasta ahora.

Estoy listo y, la verdad, también elegante, o eso creo, porque el viejo espejo del baño de hombres oscuros de la fábrica está demasiado roto y desgastado. Eso sí, espero que no me castiguen si rompo el atuendo, porque no es para nada de mi talla. Soy un chico grande de veinte años y la chaqueta ceñida que no puedo abrocharme lo deja bastante claro. La camisa es un poco más holgada, pero se me ajusta igual, marcando mi cuerpo. Estoy en forma gracias a la cantidad de muebles que tengo que cargar día sí y día también.

Salgo del baño y el capataz ya me está esperando con mala cara. Me mira con desprecio, como siempre, y deja ver sus dientes amarillentos. No me habla, comienza a andar y lo sigo. Atravesamos el edificio hasta el aparcamiento exterior. A las afueras de la fábrica, se encuentra uno de los elegantes coches del señor Frederick Moore. El capataz me abre la puerta del copiloto y me da un móvil.

—Solo hasta que regreses, no tiene contraseña y comprobaré el registro de llamadas y de búsquedas cuando me lo devuelvas… ¡intacto! Métete en el coche y espera a que el señor Moore te llame. Y, por si se te ocurre la brillante idea de escapar… —Me pone una elegante pulsera negra en la muñeca y usa su huella para cerrarla. Sé lo que es, pero él me lo explica porque cree que soy tonto—: esta pulsera está conectada a mi móvil, así que podremos localizarte allá donde vayas.

Asiento sin más, me meto en el coche y el capataz cierra la puerta. El conductor arranca, es un hombre muy viejo que no había visto nunca, es más, jamás había montado en un vehículo tan elegante. Los asientos son de cuero y el embriagador aroma a limón se me mete por todas partes. El interior está tan reluciente como el exterior.

Miro al frente, es media tarde y no tengo ni idea de a dónde vamos. Por ahora, el chófer sale del polígono donde está situada la fábrica y toma la autovía. ¿Vamos a casa de los Moore?

—No te preocupes, chico, yo también llevo una de esas pulseras y no dan descargas ni nada —me dice el cochero de forma amigable.

—¿A dónde vamos?

—No te lo han dicho ¿eh? —responde con picardía.

El móvil suena y descuelgo.

—¿Sí? —pregunto con inseguridad.

—Dakari, soy el señor Frederick. Escucha, Luna va esta noche a una fiesta solo para jóvenes que ya han tenido su presentación en sociedad. Es la primera vez que acude a una y es importante para ella, ¿lo entiendes?

—Sí, señor Moore.

—Oficialmente, les hemos dicho a todos que eres aprendiz de chófer, pero estás ahí para protegerla. Confío en ti, Dakari, abre la guantera.

Obedezco y veo una pistola. Miro al cochero, que sonríe como si le hiciera gracia la expresión de mi cara, claramente de horror.

—Hay un… —comienzo.

—Sí, una pistola. Sé que no sabes usarla, pero hay un manual de instrucciones descargado en el móvil y un par de vídeos tutoriales. —El señor hace una pausa y yo recuerdo que está prohibido que los oscuros llevemos armas de fuego bajo pena de muerte, no hay excepción en eso—. Dakari… —Resopla—. Sé que aprecias mucho a mi hija y eres inteligente y fuerte… Y sé que mi madre no debió matar a la tuya aquel día. Soy un verdadero, ¡joder! No debería decir estas cosas —el señor parece alterado—, pero gracias por haber defendido el honor de la señorita Luna aquel día y gracias por ponerla a salvo en su fiesta de presentación.

Me quedo callado, no solo porque es lo que me han enseñado, sino porque, literalmente, me he quedado mudo. ¿Esto está sucediendo? Tengo un arma a mi alcance, me han vestido de forma elegante y me han dado un móvil. No solo eso, el amo, un verdadero, se está disculpando por la muerte de mi madre y me está agradeciendo que golpeara a otro verdadero.

—¿Dakari? Dime que no me estoy equivocando contigo.

—No… —dudo—. ¡No, señor Moore! Gracias por sus… palabras.

—Bien. El cochero te explicará el resto. No te despegues de Luna y… gracias.

—De nada, señor Moore —respondo y creo que es la primera vez en mi vida que uso la expresión «de nada» en una frase dirigida a un verdadero que no sea Luna.

Nada más colgar, el chófer se presenta oficialmente, se llama Naim. Me explica cómo usar el arma, cómo debo esconderla en los pantalones y todas las precauciones que debo tener. Me leo las instrucciones y veo los vídeos del móvil. Aún estoy asimilando todo esto, especialmente, que este cochero, que viajó en el tiempo desde el siglo XIX, sea un experto en pistolas de la época actual.

Hacemos una parada en un lugar abandonado y que fue destruido en las guerras entre verdaderos y oscuros. El anciano, que en verdad necesitaría un aprendiz de chófer debido a su avanzada edad, saca otra pistola y me hace una demostración. Si alguien nos pillase aquí, daría igual que nuestro amo nos hubiese ordenado usar las pistolas, nos inyectarían la droga de la muerte y venderían nuestros órganos al mejor postor. No es que me asuste desafiar a la autoridad, pero no soy tonto, sé que estoy corriendo un grave riesgo solo para proteger a Luna.

Disparo y disparo, pero, por mucho que me esfuerce, no voy a aprender a usar el arma en un rato; sin embargo, me ayuda a adquirir seguridad.

Después de unos cuantos disparos fallidos a larga distancia y otros tantos acertados en distancias cortas, nos vamos a recoger a Luna.

La noche ya ha caído.

«No te despegues de Luna», me ha dicho su padre. Me separaron de ella durante cinco años sin poder despedirme siquiera, mataron a mi madre por defenderla y ahora me dan un arma y me exigen que no me separe de ella. Siento rabia, enfado, cólera… pero también unas ganas inmensas de pasar tiempo con la señorita, lo que me produce miedo, inseguridad y tristeza… No sé si quiero volver a estar con Luna, porque ella es como una droga de la que fácilmente te haces adicto.

—Bueno, recuerda abrirle la puerta a la señorita Luna, que parezca creíble que eres un cochero —me dice el chófer mientras gira el volante.

—Vale, gracias. Oye, ¿y dónde es la fiesta?

—En casa de los Davis… ¿Te lo puedes creer? —pregunta Naim entusiasmado con una voz que suena demasiado vieja—. En el siglo XIX, habría sido impensable que unas señoritas acudieran a una fiesta para estar con chicos de su edad antes del matrimonio.

—¿Habrá chicos? —pregunto sorprendido, aunque es evidente: el señorito Izan vive allí y, si la fiesta es en su casa, estará, pero el chófer ha hablado de ellos en plural.

El anciano se ríe.

—Pues claro, qué sería de las mujeres sin los hombres… y, peor aún, qué sería de nosotros sin ellas, sin sus curvas… —Su risa suena más escandalosa ahora y, de repente, me da un codazo para advertirme de algo.

Miro a través de la ventanilla, hemos llegado a la mansión. La señorita Luna comienza a bajar las escaleras de la entrada en dirección nuestra, pero al verla… No es una señorita, es una… ¡mujer! La respiración se me entrecorta y la mandíbula se me desliza hacia abajo. Luna camina con un vestido corto y ceñido que no deja nada de su silueta a la imaginación. Sus cabellos dorados están sueltos y caen rizados hasta su cintura, escondiendo unos encantadores ojos azules. La prenda es roja, como el color de sus

labios. Es tan bonita, delicada y sensual que podría estar mirándola eternamente.

—¿Por qué viste así? —pregunto, porque jamás había visto a una mujer con un atuendo similar, parece que va… desnuda.

Naim se ríe.

—Pues, al parecer, solo les está permitido vestirse así al caer la noche, cuando salen de fiesta y ya se han presentado en sociedad, pero aún no se han casado. Se supone que es para que los jóvenes puedan ver si tienen buenas caderas y buenas tetas y no equivocarse al escogerlas para casarse. —Se vuelve a reír y señala a la señorita sutilmente mientras ella termina de bajar las escaleras y se acerca al coche—. Y, por lo que veo, la señorita Luna no va a tener problemas con esas caderas y ese buen par de tetas. —Se ríe como un viejo verde.

De repente, aparto la mirada. Me siento incómodo por lo que dice el cochero, incluso sucio por haberme quedado mirando lo hermosa que está. Tetas y Luna en la misma frase es algo que me produce una extraña sensación. Ella no es un objeto para que un hombre la vea en un escaparate y la compre. Luna es mucho más que eso. Odio a los verdaderos y sus tontas normas.

El chófer sale del auto y yo le sigo. Hace una reverencia a la señorita y yo voy a ello, pero entonces, Luna me mira y se muerde el labio, creo que se ha puesto roja de vergüenza. No puedo evitar dibujar una media sonrisa al verla, ella se percata y se pone más roja aún. Le hago la reverencia y le abro la puerta de atrás. Se mete y tengo que hacer un esfuerzo para que mi mandíbula se quede en su sitio habitual, porque está tan hermosa que parece brillar por sí sola en plena noche. Naim abre la otra puerta y da paso a la doncella de la señorita Moore. Me alegra que esté aquí, porque no sé quién me da más miedo, si los rebeldes o lo que los chicos de esa fiesta deseen hacerle a Luna.

El cochero y yo regresamos a los asientos delanteros. Recorremos las calles de la ciudad de Nueva Fe, que se ve hermosa iluminada a

estas horas de la noche. Pasamos varios controles donde tenemos que dar nuestros códigos de esclavos. Comprueban que tenemos autorización para ir solos, sin un capataz. Con esos códigos, además, saben exactamente a dónde nos dirigimos. Aunque no llevase la pulsera y el móvil, creo que sería imposible que pudiese huir con tantos controles. Supongo que por eso el señor Moore nos ha dejado a cargo de la protección de la señorita Luna, porque sabe que no hay escapatoria posible. Además, esta noche hay mucho trabajo en la fábrica y el capataz debe quedarse a vigilar a los esclavos, que harán turno extra para elaborar el último pedido. Tal y como está la economía de los Moore, entiendo que el amo nos haga trabajar el doble, pero no es justo para los oscuros, porque es su familia quien ha despilfarrado el capital, no ellos.

Llegamos a la entrada de una enorme casa. Es la mansión de los Davis. No la había visto nunca, pero cualquiera sabría que es la de ellos. Es bonita, grande y lujosa, como debe ser el hogar del protector de la ciudad.

Hay un gran despliegue de oscuros recibiéndonos, aunque no muchos coches. Aparcamos donde se nos indica y abrimos la puerta a las damas. La señorita Luna sale y se estira la corta falda. Nuestras miradas se cruzan un momento y me parece que baja la vista para observar cómo me sienta el traje de chaqueta. Después, me sonríe y se dirige a la casa. Su doncella camina unos pasos por detrás de ella, nosotros también, pero el chófer es quien indica la distancia que debemos guardar con la señorita y no parece pequeña. Es más, nadie diría que vamos juntos.

Los criados de los Davis nos guían por la mansión hasta un salón bastante oscuro con unos focos de colores que se mueven y apuntan en todas direcciones. Hay una mesa llena de bebidas y comida. Veo un puñado de jóvenes charlando y un par de señoritas gemelas bailando al ritmo de la animada música. No parece una fiesta muy concurrida. También está la amiga de Luna, la que nos encontró el día de su puesta de largo.

Un esclavo al servicio de los Davis le indica a Luna que acceda al salón. Ella se gira y me mira algo insegura, pero enseguida, su amiga Sherlyn la intercepta y se la lleva cogida del brazo. Doy un paso para seguirla, pero un oscuro nos advierte:

—Las doncellas pueden aguardar aquí. —E indica unos asientos a la entrada del salón donde hay unas cuantas ya sentadas. La doncella de la señorita Luna toma asiento—. Los cocheros pueden esperar fuera si lo prefieren.

No hay ningún chófer aquí, supongo que fuera pueden hacer lo que quieran: hablar, entretenerse o dormir en el coche, qué se yo, así que todos han escogido esa opción. Naim me susurra:

—Tú quédate aquí, yo vigilaré fuera. Además, conozco a todos los cocheros de estos chicos y te aburrirías mucho con ellos, aquí puedes disfrutar de las vistas.

Se ríe y se marcha. El esclavo de los Davis me mira sorprendido.

—¡Esperaré aquí! —le aclaro, porque parece que no comprende que decida quedarme voluntariamente cuando hay alternativa.

Él mira a las doncellas y pone mala cara, así que me quedo de pie, apoyado en la pared. Supongo que estaría mal visto que me sentara con las mujeres oscuras, así que cuadro la postura y me planto donde no moleste, pero que no pierda a Luna de vista, tal y como me han ordenado, tal y como… deseo, creo.

Sherlyn tiene acaparada a la señorita, están sentadas en un sillón y hablan, así que creo que, por ahora, está a salvo.

Nunca he hecho de guardaespaldas, pero supongo que es buena idea analizar todo lo que veo a mi alrededor. El salón no es muy grande, así que no creo que sea el principal de esta inmensa mansión. Hay cuatro chicos, imagino que todos son señoritos de grandes familias. También hay cuatro chicas, Sherlyn, Luna y dos más que son exactamente iguales entre sí y cuyos nombres desconozco.

Al cabo de un rato, el señorito Davis aparece y observo su espesa barba que lo hace parecer mayor. Todos se desviven por saludarlo. Lo recuerdo: por su culpa, mi madre está muerta. Todas las atenciones del señorito se centran en la señorita Luna, que le sonríe mientras se pone roja. Lo reconozco, no me gusta ver a Izan Davis cerca de Luna y, menos aún, que ella le sonría, porque no es trigo limpio, pero mi opinión no cuenta para nada. Ver, oír, callar y olvidar.

Bailan, hablan, beben…

Esta situación es totalmente nueva para mí. No conocía nada sobre estas fiestas, pero parecen lúgubres y con un matiz muy sexual. Los jóvenes van sacando a bailar a las señoritas y se permiten tocarles la cintura, las caderas. Ellas también los agarran. Luna parece algo avergonzada todo el tiempo, pero se esfuerza por participar e integrarse. Supongo que, si se divierte, está bien, aunque me resulta muy confuso todo porque, en la boca de mi estómago, hay muchos sentimientos agolpados.

Me permito usar mi mutación y percibo demasiadas cosas a la vez: excitación, miedo, alegría, inseguridad... También huele a metal y pólvora, así que, en ese salón, debe haber armas y balas.

Saco el móvil y veo que ya ha pasado una hora y media desde que llegamos. Un esclavo de los Davis nos ofrece pasar a la cocina a cenar, pero lo rechazo porque mi cometido es proteger a Luna.

Al cabo de otro rato más, alguien apaga la música y el señorito Izan Davis toma la palabra:

—¡Vamos a jugar a un juego de beber! ¡Atrevimiento o verdad!

—¡Es un juego de niños! —se queja una de las gemelas.

El señorito se aproxima a ella, le pasa un brazo por el hombro y la empuja cariñosamente para que se siente en el suelo. Poco a poco, todos forman un círculo y se acomodan de manera informal sobre la alfombra de terciopelo que viste el lujoso espacio.

—¿Desde cuándo los niños beben alcohol? —pregunta otro de los chicos. Lleva un bigote marcado que, en mi opinión, le queda

bastante ridículo.

Todos se ríen y parecen encantados con la expectativa de tomar alcohol. Los oscuros lo tenemos prohibido, pero sé que sus efectos van desde la euforia hasta los vómitos e, incluso, la muerte. Debe saber muy bien, porque, si no, no comprendo por qué se ponen en riesgo de esa forma solo por una bebida.

Todos ríen y hacen comentarios sobre el juego, sus normas y peculiaridades. El señorito Izan gira una botella. Cuando se detiene, el tapón queda frente a una de las gemelas y el culo hacia el chico del bigote.

—¿Atrevimiento o verdad? —pregunta el joven.

—¡Atrevimiento, Leopold! No he venido aquí a contar mi vida —contesta la señorita.

Todos se ríen y el tal Leopold se rasca su bigote y le dice:

—Así me gusta. ¿A que no te atreves a darme un beso con lengua?

Abro los ojos, impresionado por la pregunta. Conocía el juego, pero, efectivamente, no sabía que se podía jugar de esta forma.

—¿Estás loco? ¡No!

Todos la abuchean y, por lo que sé, ella debe beber un vaso de chupito del líquido que llaman alcohol como castigo por haberse negado.

Uno de los jóvenes comenta:

—Mary ya va bastante borracha, ¿y si hacemos beber a su doncella?

Todos se ríen menos Luna, que se pone seria y me mira, aunque aparta la vista corriendo cuando se percata de que mis ojos están clavados todo el tiempo en su dirección.

—Ven aquí —le dice la señorita Mary a su doncella. La oscura, que está sentada junto a las demás, las mira con inseguridad—. ¿Es que no me has oído, oscura?

La voz de la joven suena como si no supiera hablar. Otro de los maravillosos efectos del alcohol.

La doncella se pone en pie y creo que está a punto de echarse a llorar. Se acerca al grupo de jóvenes y su ama le hace tragar todo el líquido de golpe mientras los demás vitorean y aplauden. Al terminar, la doncella tose intensamente y regresa tambaleándose a la silla mientras los demás la observan y se ríen de ella. Algo me dice que esto no va a acabar bien.

Uso mi mutación y estudio los olores de todos los que estamos aquí. Percibo que la doncella de la señorita Mary ahora huele un poco diferente, quizá por el alcohol en su sangre.

El juego se repite varias veces. Luna participa solo preguntando, pero, después de unos cuantos giros, le toca escoger y elige atrevimiento. Su amiga Sherlyn es quien debe poner el reto y le susurra algo a su oreja.

—¡Eh! —exclama Izan Davis—. No es justo, tenemos que escucharlo todos.

—¡No voy a hacer eso, Sherlyn! —dice Luna y arruga la nariz, no sé si divertida o enfadada, ya que se esfuerza bastante por encajar entre esta panda de tontos.

—Entonces, bebe.

—¡Es lo justo, señorita Luna! —le dice el señorito Izan mientras le ofrece un chupito.

Luna coge el vaso entre sus manos y lo acerca a su nariz, lo huele y la arruga.

—¿Cómo os podéis tomar esto? Huele fatal.

Todos se ríen y Sherlyn se burla:

—Es que es la primera fiesta de Luna, aún es una niña y no ha probado el alcohol.

—No soy… —comienza ella molesta.

—Bueno —interviene el señorito Izan, que se pone en pie, se sienta a su lado y la coge de la cintura con una confianza que nadie le ha dado—, a las niñas hay que enseñarles.

Todo el mundo emite un sonido de asombro y el señorito se bebe un chupito de golpe; después, le acerca otro a Luna y creo que se lo va a beber cuando, de repente, saca la lengua de forma infantil y dice:

—Esta niña va a cumplir el atrevimiento.

Todos se ríen y ella se pone en pie. Su olor es ligeramente diferente, está muy nerviosa. Camina hasta mí y Sherlyn le grita:

—Pero dile que venga, que todos lo oigamos.

—¿Oír el qué? ¿Cuál es el reto? —pregunta un chico y Sherlyn les enseña su móvil a todos. Ven algo en la pantalla, ella les explica en susurros y se llevan las manos a la boca, horrorizados.

Luna se acerca a mí emanando puro nervio.

—Dakari, ¿puedes acercarte, por favor? —me pide en voz baja.

—Educada hasta con los esclavos —dice Mary con retintín.

Asiento. Ella se gira y camina de regreso al grupo, yo la sigo. Su olor me muestra altos niveles de adrenalina en sangre. ¡Está inquieta y no sé por qué! No creo que me vaya a morir si me hacen beber un poco de alcohol, aunque odio ser el juguete de estos jóvenes verdaderos. Luna se detiene justo antes de llegar con los demás, me mira, se muerde el labio y respira lentamente. La observo, sus cabellos dorados esconden sus ojos azules.

—¿Cómo está tu madre, Dakari?

Todos emiten una risa baja y ella los mira, parece confundida. Yo frunzo el ceño y arrugo los labios hacia delante, enfadado. ¿Se está riendo de mí? Mi madre está muerta y lo sabe. Luna dibuja una suave sonrisa, mira hacia sus amigos y luego a mí.

—¿A qué se dedica y eso…? —pregunta con inseguridad mientras el grupo se troncha de la risa.

Sé que debo contestar, pero no puedo porque estoy lleno de ira. Luna me hizo la vida imposible cuando era niño, era una persona odiosa. De repente, se convirtió en mi amiga, para luego traicionarme y conseguir que mataran a mi madre. Ahora, cinco años después, pensaba que ella podía seguir siendo mi amiga, pero solo es otra verdadera más a la que no le importan lo más mínimo los oscuros con tal de satisfacer sus propios deseos.

—¿Es que no vas a contestar, oscuro? —inquiere Sherlyn con malicia. Esa señorita es una malnacida, siempre tan llena de maldad.

—¡No seas borde! No son tan inteligentes como nosotros, se lo está pensando —comenta el señorito Izan y creo que va borracho.

Luna agacha la cabeza, incómoda. Después, vuelve a mirarme y me exige:

—¡Contesta!

—¡Está muerta! —le digo con una voz feroz y todos se quedan petrificados, incluso ella, y yo no sé por qué le sorprende.

Después, regreso junto a las esclavas y todos se ríen a mi costa.

—Ha sido cruel hasta para ti, Sherlyn —dice uno de los chicos.

Luna se acerca a su amiga y la coge del brazo, muy enfadada. Las risas se apagan de repente.

—¿Por qué me has hecho preguntarle eso? —inquiere Luna.

Yo aguanto las ganas de golpear algo mientras me cuadro de nuevo.

—Porque es divertido ver cómo dice que está muerta. —Y se ríe.

—Me encanta esta app, Sherlyn, ¿están todos los oscuros? —pregunta Mary mientras coge el móvil de Sherlyn y mira la pantalla con detenimiento.

—Sí —contesta—, puedes consultar hasta el tamaño de sus pechos.

—¿Qué dices? —pregunta interesado el chico del bigote.

—¡Este juego es un aburrimiento! —inquiere Luna enfadada, aún de pie junto al grupo. Después, me mira y le aparto la vista. Ojalá su padre no me hubiera sacado de la fábrica para estar con ella. La señorita eclipsa y destruye a partes iguales.

Izan Davis se pone en pie y coge a Luna de la cintura.

—Si mi chica quiere jugar a otra cosa, así se hará.

¿Su chica? ¿Acaso ya se han comprometido?

Luna se deshace de sus brazos sutilmente y se sienta en el sofá.

—¡Fuera todos los oscuros, menos la doncella de la señorita Sherlyn! —ordena el señorito de la casa.

Sus esclavos nos indican que nos marchemos, y sé que no debería perder a Luna de vista por si sufrimos un ataque de rebeldes, pero estoy tan lleno de ira que hago lo que me ordenan sin rechistar.

* * *

¡Han pasado dos horas enteras! ¿Qué hacen ahí dentro solos? ¿Por qué han pedido que se marchasen todos los esclavos? Eso es infrecuente. Somos como muebles, simplemente, estamos ahí, ¿para qué querrían echarnos? ¿Y para qué se han quedado con la doncella de la señorita Sherlyn?

Estamos en el pasillo y lo único que escuchamos es música, algún que otro grito y risas. Huelo a sangre y me inquieto, pero estoy convencido de que no es de Luna.

Al cabo de un rato, la doncella de la señorita Sherlyn sale por la puerta. Está sudando y ahora sé que la sangre es suya. No es perceptible a la vista, pero el olor la delata. Viene hasta mí, me mira con los ojos tristes y dice:

—¡Te toca! Tu ama quiere azotarte.

Miro al salón y veo a Luna de pie con un látigo en la mano. Hay restos de sangre de la doncella en el suelo y comprendo rápidamente cuál ha sido su nuevo entretenimiento: azotar esclavos al más puro estilo del siglo XIX.

Mi rabia aumenta y me doy cuenta de que Luna nunca dejó de ser esa niña odiosa que me hacía la vida imposible.

4. Tormenta

Luna

—¡Fuera todos los oscuros! —grita Izan Davis y, como amo y señor de la casa, todos siguen sus órdenes, incluso Dakari se marcha, aunque está aquí para protegerme por petición de mi padre.

Izan se va un momento a por algo y yo aprovecho para acercarme a mi amiga Sherlyn y llevarla a un rincón del salón.

—¡No vuelvas a hacer algo así nunca! —le exijo furiosa.

Ella se ríe y bate sus pestañas postizas color rosa chillón, a juego con su vestido. Así es ella, siempre llamativa y rimbombante.

—¿Qué es lo que te molesta, que me ría de un oscuro o que me ría de TU oscuro?

Arrugo la nariz confundida y más enfadada aún, pero también preocupada. La amistad entre Dakari y yo es algo que nadie debería conocer.

—No puedes reírte de mí —le digo, aunque no me refería a eso.

—¿Es que no sabías que su madre había muerto? —pregunta—. En la app de esclavos pone que fue hace cinco años, por una inyección como castigo…

—¿Qué? —inquiero y le cojo el móvil.

Hay una app abierta que te da toda la información que desees sobre el oscuro que busques. Deslizo la página y veo la información sobre la madre de Dakari. Cuando la leo, me horrorizo. Efectivamente, murió hace cinco años por una inyección como castigo por mal comportamiento, no especifica nada más. Un dolor aumenta en mi pecho. Dakari solo tenía catorce años y ha vivido sin su madre todo este tiempo. Y yo he sido tan estúpida de preguntarle solo por seguirle el juego a Sherlyn, para que pudiera reírse al ver su expresión de sufrimiento. Yo… no tenía que haber caído en su

trampa, pero pensaba que la esclava estaría trabajando en la fábrica y que sería una pregunta inofensiva. Mi padre me dijo que ambos habían estado robando y que, como castigo, los habían denigrado de esclavos domésticos a esclavos obreros. Sé que no estuvo bien que su madre robase, pero… ¿la muerte como castigo? ¡Qué horror! ¡He sido una estúpida!

Sherlyn me quita el móvil y tengo que contener las ganas de llorar. ¿Cómo puedo ser amiga de alguien como ella? ¿Y por qué demonios le he seguido el juego?

—No deberías mostrar tanta preocupación por los oscuros, alguien podría pensar que eres una rebelde —dice mientras agita sus pestañas postizas y, después, se marcha con los demás.

Aprieto los dientes porque quiero llorar e irme de la fiesta, porque deseo salir corriendo y pedirle disculpas a Dakari por lo de su madre, porque me agobia saber que, al día siguiente de mi puesta de largo, el señorito Izan Davis, el hijo del protector, le dijo a mi padre oficialmente que estaba interesado en la posibilidad de casarse conmigo. Ahora se supone que debo mostrar todos mis encantos para que él se termine de convencer de que soy la mejor opción. ¿Y si no es eso lo que quiero? ¿Importa lo que desee yo?

Alguien me agarra de la cintura, me giro y veo a Izan observarme a través de sus ojos oscuros. Sonríe y pone una expresión muy sexi, es un chico elegante y atractivo, debería gustarme la idea de que desee casarse conmigo.

—Eres muy bonita, señorita Luna, y que seas tan sensible con los esclavos me parece divertido.

Sonríe y yo me aparto de sus brazos con delicadeza para que no se ofenda. Me obligo a sonreír también y pregunto:

—Entonces, ¿a qué vamos a jugar ahora?

—Creo que te toca a ti reírte de Sherlyn.

Arrugo la nariz, confundida, pero reconozco que las expectativas de vengarme un poquito me hacen sentir mejor.

Izan me coge de la mano y me lleva al centro del salón. Allí, sobre una mesa, hay algo que todos están observando ya. El señorito Leopold, cuyo bigote me pone tremendamente nerviosa, me mira y exclama:

—¡Un látigo!

Izan se suelta de mí, se acerca al equipo de sonido y sube la música; después, coge el látigo y lo agita ante la mirada atónita de todos.

—Damas y caballeros, os presento un látigo al más puro estilo del siglo XIX. —Un murmullo de asombro se entremezcla con la música y él prosigue con la explicación—: En aquel entonces, poco les importaba que la piel de sus esclavos se estropeara, tenían que coserla después y, a veces, les golpeaban tan fuerte que llegaban al hueso.

Todos nos horrorizamos, pero bien conocemos las tradiciones de nuestros abuelos, que viajaron en el tiempo desde el pasado. Ahora se usan las descargas como castigo, que solo producen dolor, pero no rasgan la piel, así los amos no tienen que gastar dinero ni recursos en curarlos ni se corre riesgo de que el esclavo muera. Nuestros abuelos viajaron en el tiempo, pero no sirvió para que dejásemos esas barbaridades atrás, sino para mejorarlas en beneficio de los verdaderos. Se me encoge el corazón.

Izan me mira, me entrega el látigo, coge a Sherlyn y la fuerza a ubicarse delante de mí.

—¿Qué haces? —pregunta ella divertida mientras bate sus pestañas fucsias, creyendo que es alguna clase de juego inocuo.

—Te has reído de mi chica, es lo justo. Vamos, Luna, ¡azótala!

Todos me miran y se ríen como si esto fuese una broma, creo que es el alcohol lo que les hace estar así. Yo observo el látigo sin saber qué hacer. Sherlyn se pone histérica y grita:

—Quítame las manos de encima o…

—¿O qué? —exclama Izan con aires de grandeza mientras la suelta.

Davis se acerca, me quita el látigo de las manos y lo agita en dirección a la doncella de Sherlyn. No la toca, pero ella grita igual, despavorida. Sherlyn se queda pasmada, pero Izan Davis se ríe, va hasta la música con el látigo en la mano y la sube más aún. Sé que dice algo, pero no le oigo debido al volumen de la música. Coge un enorme vaso con alcohol, se aproxima a mí y me lo coloca en la mano, sin darme opción a rechazarlo.

Sherlyn nos mira con envidia y odio.

—No, gracias —le digo a Izan.

El señorito mira el vaso con alcohol, luego lleva sus dedos a mi cara y roza mis pómulos mientras sujeta el látigo con la otra mano. La situación me pone tensa. La luz es tenue y los colores de los focos móviles me azotan la cara de cuando en cuando. La música suena fuerte y agitada, nada que ver con las melodías que escuchaban nuestros abuelos. Me siento fuera de lugar mientras él sigue rozando mi cara y yo sujeto el vaso.

—Eres tan ingenua, tan inocente, tan bonita… ¿Vas a rechazar mi hospitalidad?

Sé que estoy siendo descortés, pero no quiero emborracharme y convertirme en una idiota como ellos. Le saco la lengua de forma desenfadada.

—No estoy rechazando nada, es que nunca he bebido alcohol.

—¡Eh, Izan! —grita Olivia, la hermana gemela de Mary—. ¡Déjanos el látigo! ¡Queremos probarlo!

El señorito se lo entrega y ella se va corriendo con el resto. Están eufóricos y rodean a la doncella de Sherlyn. La oscura se inquieta y yo me pongo nerviosa por ella, pero Izan me agarra la cara y me obliga a mirarlo, acerca sus labios hasta mi oreja y me susurra:

—Mi inocente señorita Luna, me va a encantar descubrirte el mundo, sabes tan poco… —Ahora, se agacha y se pone de rodillas

como si fuera a pedirme matrimonio, yo me pongo roja de vergüenza y él me quita el vaso y lo eleva—. ¡Señorita Luna Moore! —grita y todos nos miran—. ¿Me harías el honor de ser mi compañera de vaso? —Toma un sorbo y, después, me lo ofrece.

—Venga, Luna, ¡estrénate ya! —grita alguien y todos me vitorean.

Sherlyn me mira con odio, yo también me odio por formar parte de los verdaderos, por todo lo que les hacemos a los oscuros. Estamos aquí, divirtiéndonos a su costa… Pero no puedo cambiar las cosas y, entonces, siento rabia por todo lo que se supone que debo ser y no soy. Mi abuela se molestó porque me puse un vestido con abertura en mi puesta de largo, pero ha sido la primera en acompañarme a seleccionar el vestido más provocador de la tienda para esta noche, porque se supone que mi único trabajo en la vida es gustarle a un hombre, a ESTE hombre que tengo arrodillado ante mí. Y yo solo puedo pensar en Dakari, en su madre, en la esclava negra que está muerta de miedo llorando en el centro de la sala y en todas las injusticias de este mundo. Quisiera cambiarlas, pero… ¿qué puedo hacer yo? Solo soy una mujer.

—¿Qué me pasará si bebo? —le pregunto a Izan.

—Que todo lo malo se irá y solo sentirás felicidad —responde él aún de rodillas.

Ojalá sea así. Cojo el enorme vaso y alguien me grita:

—¡De una, Luna!

Comienzo a beber, el señorito se pone en pie, se sitúa detrás de mí, con una mano me agarra la cintura y, con la otra, el vaso y me fuerza a tomármelo entero de un solo trago. Toso al terminar y casi vomito, el sabor es asqueroso. Todos me vitorean y claman lo felices que les hace que me haya estrenado.

Izan me susurra:

—Eres tan bonita, Luna, estoy deseando que seas mía, solo mía.

Tira de mí y comienza a bailar sin soltarme. Lo hace ágilmente, como si llevara toda la vida moviéndose a ritmo de estas melodías

rápidas y modernas. Lo imito y siento que la cabeza se me nubla un poco. Sé que el grupo está divirtiéndose con el látigo y con la doncella de Sherlyn, pero no presto demasiada atención, sino que me centro en ser lo que se espera de mí: un objeto a merced de este señorito.

Es cierto que me divierto, que me agradan los halagos de Izan Davis y que sus rasgos afilados lo hacen apuesto y sensual. Una cierta curiosidad se despierta en mí y siento ganas de tocarle, creo que… estoy excitada. Me acerco a él y le pongo las manos sobre su pecho con inseguridad. La cabeza se me va un poco, supongo que debido al alcohol. Izan tiene una expresión triunfal en la cara, creo que le gusta la idea de que lo desee.

Me acerco un poco, pensando en mi abuela, en que esto es lo que se supone que debo hacer y, la verdad, tampoco está tan mal… Acerco mi cara a la suya y él me mira con deseo mientras lleva sus manos a mi espalda y las baja hasta casi tocarme el culo. Me inquieto, pero me obligo a continuar bailando. Lo intento con todas mis ganas, pero a mi cabeza solo viene un rostro: el de Dakari. Me aparto e Izan se percata de que algo va mal; entonces, se va y regresa con otros dos enormes vasos de alcohol, me pone uno en los labios y ayuda con sus dedos a que me lo beba de golpe. No sé si quiero, pero no se lo impido porque sería descortés.

Me siento muy aturdida.

Creo que seguimos bailando y que él se acerca y me toca en zonas en las que nadie había depositado nunca sus manos, pero no me incomoda porque me siento desinhibida y feliz…

Pronto pierdo la conciencia de lo que realmente está sucediendo alrededor. Lo reconozco, la sensación me encanta porque todo lo malo desaparece y solo tengo ganas de reírme.

Bailo.

Bebo.

Izan se acerca.

Bailo.

Bebo.

Izan me toca.

Floto.

Alguien se ríe y yo también. Hay una mujer oscura desnuda, en sujetador, todos la azotan por turnos y su espalda está roja. ¿Roja?

—¿Roja? —pregunto en voz alta y me río—. Yo me pongo roja de vergüenza —digo—. ¿Su espalda tiene vergüenza?

—¿Qué dices, Luna? —pregunta Leopold y me da la sensación de que su bigote es enorme.

—Tu bigote es feo. —Y me río.

Izan me da el látigo. No sé por qué, pero lo cojo y él exclama:

—¡Estás muy borracha! —Ahora se dirige a los demás gritando—: ¡Luna se ha estrenado!

Todos me vitorean. Cierro los ojos, me zarandeo y floto.

Cuando los abro, ya no hay nada rojo, la doncella de Sherlyn camina hacia la puerta y va vestida. Busco a Izan y le veo a lo lejos sentado en un sillón. A cada lado, tiene a una de las gemelas, que lo agarran y él a ellas, como si fueran sus chicas. Pensaba que se había interesado por mí y que por eso me tocaba de forma tan cercana, pero está haciendo lo mismo con ellas… Supongo que no soy tan guapa como mi abuela cree.

Sherlyn se acerca a su doncella y le dice algo; después, camina hacia mí contoneándose mientras los colores de los focos hacen cambiar el tono de su vestido fucsia. Señala el látigo lleno de sangre que tengo entre las manos y grita:

—¡Sigamos con los castigos! Luna está deseando darle su merecido a su esclavo.

Quiero preguntarle que de qué habla, pero, aunque intento moverme, es como si no pudiera, todo se agita a mi alrededor y me

siento mareada y muy aturdida. ¿Y Davis? Ha estado toda la noche conmigo, bailando, bebiendo, tocándome… ¿Por qué me ha dejado sola de repente? El alcohol me ha parecido maravilloso hace un rato, pero ahora empiezo a padecer unos efectos que no me gustan tanto y necesito que Izan me guíe, he bebido por él. Le vuelvo a mirar y las chicas le están metiendo mano, y él a ellas, también. Parece que se están besando… ¿Por qué hace eso? ¿Podemos tocarnos y besarnos antes del matrimonio?

Siento ganas de vomitar y todo se tambalea alrededor. Me aferro al látigo como si eso pudiera impedir que me cayera. Entonces, la puerta se abre y ladeo mi cabeza, Dakari entra y toda mi atención es para él. Su cabello blanco, recogido en rastas y largo hasta los hombros se zarandea de un lado a otro conforme acorta la distancia entre nosotros. El traje de chaqueta verde con bordados dorados se ciñe demasiado bien a su cuerpo… Ahora sí que me siento alterada y excitada.

Sherlyn se apresura a cerrar y a ordenarle que se quite la chaqueta y la camisa. Él camina hasta el centro de la sala, pasando por mi lado.

—Estás guapo —le digo y me sorprendo de haber pronunciado esas palabras en voz alta, pero creo que la música está demasiado fuerte y nadie me ha oído. Menos mal, porque mi lengua no ha pedido permiso a mi cerebro.

Dakari no deja de mirarme, su ceño está fruncido y sus labios arrugados hacia delante. Conozco esa expresión, está enfadado. Algo me dice que es culpa mía, pero todo está tan nublado que no termino de procesar lo que está ocurriendo.

Sherlyn me empuja hacia él y le ordena nuevamente:

—¡Desvístete, sucio oscuro, tu ama va a castigarte!

Doy un traspiés y acabo a unos centímetros de él. Me siento flotar como nunca. La boca de mi estómago se encoje al tenerlo tan cerca y me pongo nerviosa. Se quita esa chaqueta que contornea su fornido cuerpo. Hace un movimiento raro con ella, como si quisiera

esconder algo, supongo que soy la única que me percato de ello porque toda mi atención es para él. Ahora se quita la camisa y se queda totalmente desnudo de cintura para arriba a excepción de los guantes negros que llevan los oscuros. Todos en el salón lo observan. Está fuerte a más no poder. Su cuerpo está bien definido y musculado y me produce una extraña sensación observarlo. Su piel negra me parece espectacular, pero será algo que jamás podré pronunciar en voz alta.

—¡Vamos, Luna! ¡Os habéis divertido con mi esclava, ahora le toca al tuyo! —dice mi amiga mientras se recoloca el vestido color fucsia, y es que es tan corto, como el mío y el de todas, que si no se lo baja pronto, le veremos el culo.

—¡Que malvada eres, Sherlyn! ¡A este no lo tumba nadie ni con cien latigazos! —comenta Leopold haciendo mover su bigote.

Doy otro paso hasta Dakari, alzo la cabeza para observarle y cruzamos una mirada intensa. Él mira mi mano, ¿por qué lo hace? Yo también la observo y me doy cuenta de que llevo el látigo. ¡Oh! Lo suelto rápidamente y me muerdo el labio, excitada, alterada, enfadada. No quiero que piense que he sido yo quien ha golpeado a la doncella de Sherlyn, porque nunca haría daño a una persona solo por el color de su piel, nunca le haría daño a él.

Los chicos y chicas de la fiesta me gritan algo, la música suena fuerte, Izan está liándose con las gemelas y las luces de colores me ciegan. No me siento a salvo aquí y, como es habitual en mí, mi lengua no pide permiso a mi cerebro:

—Dakari, sácame de aquí —le ruego con la voz de trapo y a punto de desvanecerme, creo que he bebido demasiado.

Su expresión cambia y creo que está preocupado, pero entonces, alguien me empuja y caigo al suelo. Una figura borrosa con un vestido fucsia se me acerca y coge el látigo. Es Sherlyn. ¿Qué demonios hace? En ese momento, levanta la mano en dirección a…

¡Oh, no! Aunque estoy ida, la situación hace que mi cuerpo despierte y regrese a la realidad de lo que va a ocurrir.

Sherlyn agita con fuerza el látigo y golpea a Dakari con él, produciéndole un corte en el brazo. Todos se ríen. Intento levantarme del suelo, nerviosa y enfadada. Miro en dirección a Izan Davis para suplicarle que detenga esto, pero él sigue borracho metiéndole mano a las gemelas. Me pongo en pie a duras penas y me sitúo entre Sherlyn y Dakari mientras grito:

—¡Basta!

El látigo de Sherlyn se agita en el aire nuevamente y cae sobre mi cara, produciéndome un gran dolor. Caigo al suelo debido al golpe y Dakari se abalanza sobre ella y la empuja contra un sofá. Sherlyn cae de culo sobre el mueble y da un bote. Dakari es muy fuerte. Él se acerca de una zancada a Sherlyn y le quita el látigo, lo alza contra ella y yo solo puedo pensar en que lo matarán por esto.

—¡Dakari! ¡Detente! —le grito con el miedo recorriendo cada rincón de mi cuerpo.

Él frena el golpe, se gira y me mira. Tira el látigo al suelo, viene corriendo, me tiende la mano y se la tomo para ponerme en pie. Me llevo los dedos a la cara y veo sangre entre ellos.

—¡Ostras, Luna! ¡Lo siento! —dice Sherlyn, tan borracha que creo que no ha sido consciente de que un esclavo la ha empujado y ha estado a punto de darle un latigazo.

Suelto la mano de Dakari y observo a Izan acercarse corriendo con el rostro lleno de ira. Creo que va a matar a Dakari aquí mismo por haber empujado a una verdadera, pero tengo que explicarle que no le ha hecho daño, que solo ha sido para impedir que me golpeara con el látigo. Sin embargo, el señorito coge a Sherlyn del cuello y le dice:

—¡No vuelvas a estropear lo que es mío! —La suelta y se gira hacia mí, me pone un dedo sobre la herida mientras Dakari se mantiene quieto a mi lado.

¿Qué va a suceder ahora?

—Deberías marcharte —me dice Izan Davis—, la noche se está poniendo fea para las niñas inocentes como tú.

Sonríe, pero justo después, pone una extraña expresión, se va a un lado del salón y vomita. Me percato de que todos están demasiado borrachos y no son conscientes de lo que acaba de suceder. Necesito sacar a Dakari de aquí, él se ha visto envuelto en esta situación por orden de mi padre, para que me protegiera y, sin embargo, soy yo la que necesito cuidar de él alejándolo de estos verdaderos. Le hago una señal para que me siga y salgo del salón con él detrás. Una vez cruzamos la puerta, me dirijo a un esclavo de los Davis y le pregunto:

—El baño, ¿por favor?

—La acompaño, señorita —me dice mi doncella, que viene corriendo alarmada por el estado en que me encuentro, creo que es evidente para todos que estoy borracha.

—No —le digo—, esta casa no es segura. Busca al cochero y preparaos para irnos.

—Pero su cara… —dice ella.

—¡He dicho que te vayas! —le grito y sale despavorida. Bien, no quiero que sea la siguiente en ser golpeada.

—La acompaño al baño —me dice el esclavo de los Davis.

—¡No! —le interrumpo—. Dígame dónde está y mi cochero me acompañará… por seguridad —añado.

El mayordomo no entiende mi actitud, pero tampoco replica, nos indica la dirección y Dakari y yo recorremos los pasillos de la elegante casa sin intercambiar una palabra hasta el baño. La puerta está abierta, me apoyo en el marco y creo que voy a vomitar.

—Señorita Luna, ¿está bien? —pregunta a un metro de distancia de mí.

Le miro y, de repente, todo el enfado se me pasa. Va desnudo de cintura para arriba y ahora entiendo por qué el mayordomo ha

puesto mala cara cuando le he dicho que veníamos solos.

—Van a pensar que estamos haciendo… —Me muerdo el labio y escondo mi rostro detrás de mis cabellos—. Vas desnudo, Dakari —digo mientras me río y me aferro al marco de la puerta para no caer.

Dakari frunce el ceño, mira la camisa y la chaqueta que lleva en el brazo y comienza a ponérselas. Cuando va a meter el brazo izquierdo por la manga, me doy cuenta de que está sangrando y voy hasta él, saliendo al pasillo. Le toco el brazo y él mira a todos lados.

—Señorita Luna —me advierte, y es que no debemos mostrarnos cercanos en público.

Entonces, tiro de él sin pensarlo demasiado y lo meto al aseo, cierro la puerta, echo el cerrojo y lo empujo con suavidad para que se siente en la taza del váter. Cojo una toalla, la humedezco y se la paso por la herida.

—¿Qué hace? —pregunta esbozando una media sonrisa sin poder evitarlo.

—¡Curarte!

—¿A mí? —pregunta mientras emite una risa comedida.

—No sé —arrugo la nariz—, ¿hay alguien más en el baño?

Me coge la mano con delicadeza y la aparta. Luego, se pone en pie y me conduce al espejo. Se sitúa detrás de mí y me obliga a mirar nuestros reflejos.

—Es usted la que está gravemente herida.

Me acerco al espejo tanto que me golpeo la cabeza y Dakari se ríe.

—¡Es verdad! ¿Cómo me he hecho esto? —pregunto confundida mientras observo el corte sangriento de mi rostro. Creo que lo sé, pero todo está tan difuso…

—¡Está usted borracha! —dice mientras esboza una perfecta y entrañable sonrisa.

Me giro para quedar frente a él, de espaldas al espejo. Dakari me frota la herida de la cara con la toalla mientras yo no puedo parar de mirarlo. Llevo mi dedo índice a su boca e intento tocar sus dientes. Él se aparta, divertido.

—Tus dientes son blancos —comento.

Él se ríe.

—Sí, señorita, como los suyos. —Y aprieta con cariño cada trocito de la piel de mi cara con la toalla húmeda.

—¿Los míos también? —pregunto y me giro para mirarlos en el espejo. Sonrío de forma muy graciosa, o eso creo, porque él se ríe.

—Sí, lo son. ¿Puede estarse quieta? Está borracha.

Dakari intenta hacerme girar de nuevo y poder curarme la herida, pero yo sigo mirándome los dientes, sorprendida porque sean igual de blancos que los de él. ¿No somos tan distintos los verdaderos y los oscuros? ¿Por qué nuestros dientes son iguales?

—¿Borracha? —pregunto mientras me giro para quedarme a unos centímetros de su rostro. Él sigue intentando curarme.

—Sí —afirma al tiempo que me lava la cara con cuidado y la sangre se queda en la toalla blanca—, supongo que habrá sentido una gran euforia y excitación al principio, pero, como su organismo no está acostumbrado al alcohol, ha perdido usted la capacidad de coordinar sus movimientos y, peor aún, ahora se encuentra en la fase de estupor, por eso muestra un bajo nivel de conciencia y usa un lenguaje incoherente.

Me gusta que sea inteligente. Todos dicen que los oscuros son idiotas, pero Dakari es listo y me encanta eso de él, me gustaba mucho de niña y… creo que ahora también me agrada.

—Vayaaa, cuántas palabras… ¡Sí, eso iba a decir yo, listillo! —exclamo mientras le saco la lengua de forma divertida.

Dakari se ríe, termina de curarme y me doy cuenta de que ha puesto una enorme tirita en mi cara, puede que sí esté borracha

porque no tengo ni idea de dónde la ha sacado.

—¿Excitación? —pregunto mientras me subo al lavabo y me siento en él. Dakari está frente a mí con la camisa a medio poner. Me doy cuenta de que la chaqueta está tirada en el suelo.

—¿Qué? —pregunta confundido y lo noto nervioso al verme sentada con este ceñido vestido.

—Has dicho que estaba excitada. —Y me río avergonzada mientras me muerdo el labio y me pongo roja como un tomate.

Él niega con la cabeza, coge un vaso, lo enjuaga, lo llena de agua y me lo da.

—Beba, se sentirá mejor.

Lo ingiero mientras observo a Dakari, que no deja de poner unas sonrisitas que me están volviendo loca. Un enorme calor me recorre el cuerpo y, aunque el vestido es corto y no tapa mucho, me gustaría quitármelo. Dejo el vaso sobre el lavabo, estiro mis brazos y cojo su mano derecha, le quito el guante y junto mis dedos con los suyos, él me deja hacerlo. Ahora, tiro de nuestras manos unidas, las llevo a mi cara, al pómulo que no está herido, y apoyo mi cabeza sobre ellas.

—Tengo mucho sueño —le digo mientras cierro los ojos y aprieto nuestras manos unidas. Ojalá pudiera dormir, aquí, con él, con el suave roce de su piel.

—Debería llevarla a casa, señorita Luna.

—No —le pido y abro los ojos para mirarle intensamente—, llévame a ese país.

—¿A qué país? —pregunta mientras tira de su mano y la aparta de mí.

Lleva la camisa abierta dejando a la vista su cuerpo esbelto y está tan cerca que me pone muy nerviosa. Todo él, su forma de ser, de mirarme y de sonreír me causa una inquietud extraña. Me mantengo

sentada sobre el lavabo, con las piernas ligeramente abiertas, este vestido ajustado y un calor que me desborda.

—Al país donde los verdaderos y los oscuros pueden ser amigos —le explico y llevo mis manos a su cintura desnuda. Deslizo mis dedos por debajo de la camisa y atraigo su cuerpo hasta el mío. Siento un gran deseo por Dakari, que va mucho más allá de lo físico. No sé qué me ocurre y puede que sea el alcohol, pero necesito abrazarlo y sentirlo cerca de mí.

—Ese país no existe —me dice mientras vuelve a apartar mis manos de él y se abotona la camisa.

Me enfado porque sé que él nunca me querrá por el color de mi piel, por ser una verdadera, por ser su ama, por… Aún recuerdo su mirada de odio cuando me ha visto con el látigo. La ira me desborda por un momento.

—¿Por qué me tratas así? —pregunto molesta mientras aprieto los dientes, dolida por su constante rechazo.

—¿Yo a usted? —inquiere enfadado y recoge la chaqueta, se la pone y se dirige a la puerta con intención de quitar el cerrojo y marcharse.

Voy corriendo hasta él y le obligo a darse la vuelta. Entonces, me mira con una expresión que no alcanzo a descifrar.

—Siento lo de tu madre —digo sin haberlo pensado.

—Un poco tarde para eso, ¿no cree, señorita Luna?

Hace amago de marcharse, pero no quiero que este momento de intimidad termine, porque solo aquí, con él, siento que soy yo misma.

—¡No sabía que había muerto! Nunca sería cruel contigo, Dakari —añado avergonzada mientras dejo que mis cabellos escondan mis ojos azules.

Solo después de mis palabras, Dakari se detiene, pero su rostro ovalado muestra incredulidad. Piensa que miento. Apoya su espalda

en la puerta y se lleva la mano a la nuca, se rasca su cabeza y hace agitar sus rastas color blanco. Me observa y juraría que me huele. A veces, hace eso, ¿por qué? Entonces, la expresión de su rostro cambia y parece que, de repente, me cree.

—¿Cómo que no lo sabía?

En ese instante, me siento muy mal, creo que voy a vomitar y no quiero que esté presente.

—¡Sal! ¡Sal ya!

Me mira confundido, pero acata mis órdenes, las órdenes de su ama. Se marcha y cierra al salir. Cojo agua y me lavo la cara, pero el malestar solo empeora. Intento vomitar, pero no lo consigo y la angustia se hace más intensa. Miro mi reflejo borroso, lloro y lo golpeo. No me gusta lo que veo, no me gusta quién soy ni ser una verdadera. A veces, sueño que soy una oscura, sé que sus vidas son miserables y que no sería feliz viviéndolas, pero me martiriza la idea de ser quien empuña el látigo contra ellos.

De repente, el espejo adopta una forma femenina de mujer. Es una mujer negra con parte de la frente quemada. Ya la he visto otras veces y sé que debería desear que se marchase porque solo es producto de mi imaginación, pero me reconforta su presencia. Ella extiende una mano hacia mí y sonríe. Entonces, mi reflejo en el espejo también es negro y yo no soy yo. Unos ruidos fuertes golpean el mundo hacia todas partes y siento una extraña sensación. La señora de la frente quemada mira a mi yo oscuro y parece feliz, yo también parezco feliz a su lado.

—¿Mamá? —pregunto, pero es como si ella no me oyera, como si no estuviera aquí.

La imagen desaparece, yo también. El ruido golpea intensamente, pero también se apaga.

Todo se marcha.

La oscuridad prevalece.

—¡Luna! —alguien me golpea la cara y me llama una y otra vez. Abro los ojos y veo el techo del baño y a Dakari sobre mí, preocupado. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo he acabado tumbada en el suelo?

—He visto a mi madre —le digo, pero él no me escucha, tira de mí con prisa y me ayuda a ponerme en pie.

—¡Hay una fuerte tormenta! Si no nos vamos ya, no sé si podremos regresar a su casa.

—Dakari… —susurro y me dejo vencer por el sueño, la pesadez y el malestar.

Él me agarra con fuerza. Salimos del baño y se esfuerza por arrastrarme por los pasillos de regreso hacia la entrada principal de la mansión.

Creo que nos hemos encontrado con un esclavo de Izan, pero me siento muy mal y no soy capaz de fijar la vista. Dakari le dice:

—La señorita no se encuentra bien, nos vamos ya.

—Su cochero ya está en la puerta esperando.

Cuando salimos, me percato de que una furiosa tormenta se ha desatado en la que parecía iba a ser una noche tranquila de primavera. El mayordomo nos entrega un paraguas y nos refugiamos bajo él. Avanzamos hasta el coche mientras la lluvia y el viento azotan con fuerza. Dakari golpea la puerta del vehículo, pero nadie sale a abrirnos, así que se las ingenia para abrirla sin dejarme caer y me mete dentro. Anita no está.

—¡Dakari! Mi doncella —digo y él mira hacia el asiento vacío de mi lado y luego hacia el del conductor, donde tampoco está el chófer.

Dakari tiene la espalda fuera del coche y una intensa lluvia lo está empapando. Los rayos del cielo asustan y, de repente, oímos una fuerte explosión. ¡Algo está ocurriendo! En unos instantes, el coche empieza a echar humo y Dakari me saca a toda prisa de él. Corremos bajo la lluvia sin paraguas porque no hay tiempo siquiera de abrirlo. Me mete de nuevo en la mansión, donde me recoge uno

de los oscuros con intención de que lo acompañe, pero me aferro a la puerta y grito:

—¡Dakari! ¿Dónde vas?

Él sale de nuevo bajo la lluvia. Su cabello blanco se empapa con rapidez, igual que su traje de chaqueta, pero no se para: se dirige al aparcamiento, lo veo desde aquí. El oscuro me insiste en que me cobije en la casa, pero los rayos son cada vez más abundantes y uno de ellos casi alcanza a Dakari. Me inquieto. Mi malestar pasa a un segundo plano y todo mi cuerpo se pone alerta.

—¡Dakari! —grito.

Él se planta en medio de la oscuridad de la noche y parece que se queda quieto un instante, como si quisiera percibir algo. ¿Qué hace? Después, me mira y viene corriendo, pero los rayos caen por todas partes y hacen explotar cosas. ¿Qué está ocurriendo? Una estatua salta por los aires, haciendo que cientos de fragmentos de mármol lluevan peligrosamente y Dakari cae al suelo a tan solo unos metros de la casa. Creo que está bien, pero el miedo a que le suceda algo es tal que salgo al exterior sin pensarlo.

La lluvia golpea furiosa mi piel desnuda y odio llevar este vestido tan escaso de tela, porque el frío pronto deja huella en mí y empiezo a tiritar. Nada de eso importa. Dakari está tendido en el suelo, así que corro hacia él y le ayudo a ponerse en pie.

—¡Luna! —grita enfadado. Y es que es a él al que le han encomendado la misión de protegerme, pero yo no puedo evitar cuidar de él.

Corremos hacia la puerta sin mirar atrás mientras numerosos fogonazos blancos nos rodean. Cuando llegamos, el esclavo cierra a toda prisa la puerta. Miro a Dakari, está empapado, su cabello blanco desprende agua y su ropa está calada como si se hubiera metido en una piscina. Corre hasta el esclavo y le pregunta:

—¿La única seguridad que tienen es tecnológica?

—Sí… —contesta dubitativo mientras Dakari pone mala cara. ¿Qué ocurre?

—Revisa que siga funcionando. Los cocheros han desaparecido. Los rebeldes están aquí, hay que llamar a la policía.

El mayordomo se pone tan nervioso como yo y se marcha. Entonces, Dakari saca un móvil y, al mirarlo, no da crédito y me pregunta, perdiendo todos los formalismos:

—¿Y tu móvil? ¿No te regalaron uno en tu puesta de largo?

—No me lo he traído… No me... —me miro el ajustado vestido color rojo— cabía.

Dakari se frustra y comienza a mirar hacia todas partes. Creo que busca los sistemas de seguridad de la casa. Entonces, el esclavo regresa:

—No funciona nada —explica—: ni las cámaras ni la alarma ni los móviles ni los cierres de seguridad de la casa, ningún aparato tecnológico.

—El coche… era eléctrico —explica Dakari en voz alta, aunque parece que esté hablando para sí mismo—, puede que los rebeldes hayan usado un inhibidor de tecnología. —Ahora, mira al oscuro y le habla con seguridad—: Debería avisar al señorito Izan Davis y al resto de las personas que haya en la casa para que se escondan.

El esclavo asiente preocupado y se marcha. Yo me pongo muy nerviosa y pregunto:

—¿Qué está pasando? ¿Son los rebeldes? ¿Han rescatado a los cocheros y a mi doncella?

Dakari inhala el aroma de la estancia.

—Luna —me dice agobiado mientras me coge de las manos ahora que no nos ve nadie. Me parece entrañable—, ve con el señorito Izan Davis, yo tengo que buscar a los rebeldes.

—¡No! —exclamo—. No voy a separarme de ti.

—¡No te pasará nada! El señorito tiene armas en el salón.

—¿Cómo demonios lo sabes? —pregunto algo más irritada de lo que había pretendido, pero él guarda silencio y yo me enfado y arrugo la nariz—. ¡Y no me preocupa que me pase algo a mí! ¡Es que no quiero que te pase nada a TI! A no ser… —digo, y soy consciente de la realidad— que desees que los rebeldes te rescaten también.

Dakari se sorprende por mis palabras y creo que le cuesta un poco asimilar lo que acabo de expresar.

—Son asesinos, señorita Luna —regresa a la formalidad y me trata de usted—, por eso debo dar con ellos. No están en la casa, pero podrían entrar y hacerle daño. Debo salir…

¿Salir de la casa? Esta tormenta lo matará. Así que ahora soy yo la que le cojo de la mano y lo arrastro por el pasillo, en busca de alguna estancia donde no haya nadie.

—¡Señorita Luna, suélteme, por favor!

No le hago caso y él tampoco se resiste demasiado. Sé que los padres de Izan no vendrán hasta mañana y que mis amigos están en el salón. ¿Quién puede vernos? ¿Algún oscuro? Ellos no dirán nada y no pienso permitir que Dakari se ponga en riesgo por protegerme a mí ni a ningún verdadero de esta casa.

Tiro de él hasta el primer piso y busco la habitación de los señores Davis, porque, si no están, nadie entrará en ella. Me cuesta unas cuantas puertas hacerlo, pero la encuentro. Empujo a Dakari dentro y cierro.

Me dirijo a los armarios y busco un par de mantas. Me coloco una encima y le echo otra a él, que me mira totalmente desorientado.

—¡Estás empapado!

—Señorita Luna… —me intenta interrumpir.

—¡Basta! —grito muy enfadada y él agacha la cabeza como si yo fuera su ama y él un esclavo, porque es lo que somos—. ¡Siéntate! —le ordeno ferozmente y él se sienta sobre la cama de matrimonio

de los Davis—. Querida Luna —comienzo y él alza su cabeza, confundido.

Hace cinco años, me dejó una carta en nuestro escondite secreto, aquel macetero donde guardaba las piedras con los dibujos que hacía. Recuerdo en voz alta todas y cada una de las palabras de su carta porque me la he leído mil veces:

«Querida Luna,

Siento no poder despedirme en persona. Han pillado a mi madre robando objetos de valor en la mansión y, como castigo, la envían a la fábrica de tu padre a vivir y trabajar. Solo me hice amigo tuyo para poder ayudarla. Me han preguntado si deseaba irme con ella y he dicho que sí, porque aquí no tengo nada que me importe. No quería hacerte daño, por eso te cuento la verdad, pero has sido muy tonta creyendo que un oscuro sería tu amigo. ¡Suerte en la vida!

Se despide, Dakari».

Cuando termino de recordar la carta en voz alta, estoy sentada junto a Dakari, sobre la cama. Él está llorando y no sé por qué, porque fue él quien escribió eso y me abandonó.

—Me rompiste el corazón cuando me dejaste esa carta, Dakari —me sincero—. Te fuiste de mi vida y lo único que tenía de ti eran los recuerdos y esas duras palabras… Te llegué a odiar por engañarme, pero nunca quise creer que en verdad te importaba tan poco. No sabía nada de lo de tu madre y te pido perdón. Aunque me utilizaras para robar, aunque ella fuera una ladrona, no se merecía lo que le hicieron y…

Dakari levanta su mirada y me pone un dedo en la boca para silenciarme, está llorando y yo tengo que apretar los dientes para no hacerlo también. No soporto verle sufrir.

—Hace cinco años… —comienza—, cuando golpeé al señorito Izan Davis para evitar que se aprovechara de ti… ¿Se lo contaste a alguien? —pregunta con una gran angustia mientras se limpia las lágrimas con la manta.

Creo que nunca había visto a un hombre llorar, porque ellos no lloran, o eso dice mi abuela, les hace femeninos; sin embargo, no me parece femenino, me parece sincero, llora porque no puede más y yo quiero ser quien calme ese dolor.

—No, Dakari, jamás haría nada que te pusiera en peligro. ¿Por qué preguntas eso ahora?

Entonces, Dakari lleva sus manos a mi herida de la cara y sonríe, mostrando unas arruguitas en su rostro que me parecen de lo más entrañables.

—¿Te ríes de mi tirita? —pregunto divertida y él vuelve a sonreír más aún—. ¿No me habrás puesto una de esas de niños pequeños con animalitos? —Y le saco la lengua.

Él se tercia un poco triste de repente y me mira a los ojos con una sinceridad que jamás le había visto.

—Tu abuela me dijo que tú me delataste. Mató a mi madre porque intenté protegerte. Yo nunca escribí esa carta, Luna. Mi madre no era una ladrona. Te engañaron a ti y me engañaron a mí. Hay un hombre en la fábrica que nos contó lo de los robos… Era vuestro cochero, cuando eras pequeña, y lo degradaron a trabajar en la fábrica porque lo pillaron robando. —Aparta la vista y mira al frente —. Y ambos creímos el engaño porque, en este mundo, un verdadero y un oscuro no pueden quererse.

Sus ojos reflejan una inmensa paz, igual que la que deben transmitir los míos, y es que, al fin, después de cinco años, ambos sabemos la verdad. Dakari no me utilizó para robar, solo era mi amigo y yo no lo delaté porque también era su amiga.

Hemos vivido separados, engañados, por culpa de la conspiración de mi abuela y de mi padre, pues fue él quien me explicó lo que había pasado con Dakari y su madre. Me enfado en silencio con ellos y, aunque hace un instante he sentido paz al descubrir que mi mejor amigo no me traicionó, ahora la ira no deja lugar a nada más dentro de mí. Mi abuela mató a la madre de Dakari, mi padre me engañó… Ellos, que son mi familia, han causado más dolor en mí que nadie.

Uno mi mano a la de él. Afuera la tormenta golpea con fuerza y no podemos irnos de la casa. Los rebeldes han entrado y se han llevado a varios oscuros. Posiblemente, ya se hayan marchado, o eso quiero pensar. Ni el señorito Izan Davis ni nadie de esta casa sabe que estamos aquí.

—En este mundo, un verdadero y un oscuro no pueden quererse —repito sus palabras en voz alta y me acerco mucho a él. Mi cara está a unos centímetros de la suya y, como suele decir mi abuela, mi lengua no pregunta a mi cerebro, y le pregunto—: ¿Eso significa que me quieres?

—Luna… —comienza.

No le dejo seguir porque tengo miedo de que el momento se acabe y todo haya sido una ilusión, así que me precipito y soy yo quien se declara, en contra de las normas establecidas que dictan que el hombre debe hacerlo ante la mujer.

—Dakari, te quiero —le digo casi a punto de tocar sus labios—. Eres la única persona que sabe cómo soy en verdad y, aun así, me acepta y me respeta. La vida sin ti ha sido triste y amarga y no quiero seguir viviendo ni un minuto más en un mundo donde alguien pueda azotarte, darte una descarga o matarte solo por el color de tu piel.

Sus ojos se llenan de un brillo especial y mi respiración se entrecorta. Me siento mucho mejor que hace un rato, pero aún está latente el mareo en mí que, además, parece acrecentarse conforme acorto la distancia entre nosotros.

—Luna —susurra él, acercando su boca a la mía—, tus palabras parecen mías porque yo siento exactamente lo mismo por ti. Quiero tocarte —se quita los guantes, lleva sus dedos a mi cara y, después, los desliza por mi cuello—, quiero reírme en público con tus elocuencias y que todo el mundo sepa lo divertida que eres. —Y se ríe y yo también y nuestras bocas se acercan tanto que casi se rozan ya—. Y quiero que seas la mujer que escoge por sí misma lo que

hacer con su vida y no la que sigue un camino prefijado a la sombra de un hombre.

Ya está todo dicho y puede que esto nos cueste la muerte, pero la vida está para ser feliz y, ahora, me siento más viva que nunca y quiero consumir esa felicidad. Acorto los milímetros entre nuestras bocas y le beso. Él lleva sus manos a mi cintura, yo a la suya y acercamos nuestros cuerpos suavemente mientras nuestro beso se hace más intenso.

Me besa el labio inferior y yo me abro camino dentro de él con mi lengua inexperta, mientras llevo mis manos a su camisa y le desabrocho los botones. No pienso en si esto está bien, en si debería seguir adelante sabiendo que no estamos casados y que soy una verdadera. Lo cierto es que me da igual: si los oscuros son hijos del demonio, entonces, abrazo al demonio y lo invito a cenar a mi casa, porque Dakari lo es todo para mí.

Le abro la camisa y meto mis manos dentro de ella para recorrer su cuerpo. Me enciendo y siento un inmenso calor. Nunca he hecho algo así, supongo que él tampoco.

Dakari me tumba sobre la cama y desliza sus cálidos besos por mi cuello mientras recorre mis brazos desnudos con sus dedos en delicadas caricias.

Deseo más, lo quiero todo, y es que tengo miedo de que el sol salga mañana y esto solo haya sido un sueño. Así que me incorporo sobre la cama, le hago tumbarse, mientras que yo me pongo de pie, me quito el vestido y me quedo en ropa interior. Le miro y me muerdo el labio inferior, algo avergonzada. Estoy nerviosa, ¿qué demonios hago? ¿Por qué tengo tanta prisa por hacer esto con Dakari? Acabo de recuperarlo y sé cómo es este mundo en que vivimos… Aun así, quiero desafiarlo y sentir que, por una vez en mi vida, escojo yo. Y esto es lo que deseo, aquí y ahora, lo deseo a él.

—¡Estás roja, Luna! —me dice Dakari con una media sonrisa que le hace elevar la comisura de su labio derecho. Presiento que también está nervioso y eso me parece entrañable.

Me aparto el cabello de la cara y me deslizo hasta la cama, me pongo sobre él y comienzo a besarle con una fogosidad extrema. Noto endurecerse su entrepierna y yo me pongo muy nerviosa porque esto es nuevo para mí. Él me aparta suavemente y me advierte:

—No deberíamos, no estamos casados y…

—Y nunca lo estaremos, Dakari —le digo—, no en este mundo.

Sus ojos oscuros, grandes y bonitos, miran los míos azules y temo que quiera ser más casto que yo.

Entonces, él desliza sus manos por mi espalda desnuda y llega hasta mi sujetador, quiero que lo desabroche, anhelo que me toque los pechos y supongo que es un deseo normal, porque todo esto es nuevo para mí; sin embargo, se detiene.

—¿Estás segura? Creo que no me estoy comportando como un caballero.

Le saco la lengua de forma juguetona y él se ríe.

—¿Y qué es ser un caballero, Dakari? ¿Ser como Izan Davis? —pregunto poniendo una voz muy refinada a modo de burla—. Yo nunca seré la señorita que mi abuela espera y tú nunca serás un caballero.

—Vaya, gracias, señorita Luna, usted sí que sabe cómo conquistar a un hombre. Halagadoras palabras.

Su matiz humorístico me fascina y ambos nos reímos. Entonces, soy yo la que se lleva las manos al sujetador y lo desabrocho. Dakari me lo quita y se excita de forma intensa. Lleva sus manos a mis pechos y creo que esto también es nuevo para él. Bajo mi boca a la suya y le beso mientras él juguetea con mis pezones, haciéndome gemir de placer.

Sé que vamos a llegar hasta el final, porque no hay ningún motivo de peso para no hacerlo, pero un profundo malestar se apodera de mí y no es por el alcohol, es una sensación diferente. ¿Es

culpabilidad? ¿De verdad creo que Dios me va a castigar por esto? No… no es eso…

—¡Dakari! —le advierto—. No me encuentro bien…

Se detiene, me tumba sobre la cama y se disculpa:

—Perdona si me he sobrepasado, si he hecho algo que te haya incomodado, Luna, lo siento, de verdad.

—¡Dakari! —le interrumpo mientras siento cómo la cabeza se me va. Es como si se marchara a otro lugar y luego regresara—. Uno, dos, uno, cero, cero, cero.

Convulsiono sobre la cama sin poder evitarlo, pero soy, a la vez, muy consciente de ello. Dakari me sujeta para que no me golpee con algo. Noto una fuerte presión en la cabeza y me agito más y más sin poder evitarlo.

—¿Luna? ¿Qué ocurre?

Hay un nombre que se repite una y otra vez dentro de mí. Es como un eco que rebota en todos los rincones de mi cabeza.

Las convulsiones terminan y me siento agotada, como si hubiera recorrido un viaje muy largo. Abro los ojos, miro a Dakari y exclamo:

—¡Zala!

—¿Quién es Zala? —pregunta confundido.

—La chica negra del espejo.

Dakari pone una extraña expresión, me lanza la manta para taparme, coge su camisa y su chaqueta y se las pone rápidamente.

—¡Vístete, alguien viene!

¿Cómo sabe eso?

Me apresuro a vestirme, él mira hacia todas partes, creo que está pensando en esconderse, pero entonces, alguien abre la puerta y la que asoma es Sherlyn, que abre la boca escandalizada al vernos a los dos a medio vestir.

5. Mutaciones

Dakari

Miro el reloj y solo son las tres de la tarde, parece que hoy el tiempo no avanza.

—¡Dakari, espabila! —me grita el capataz mientras le veo agitar la pistola de descargas a modo de amenaza. Una sonrisa malvada deja ver sus dientes amarillentos.

Intento darme prisa porque aún queda un camión entero lleno de maderas por descargar y debo hacerlo solo. Creo que estoy tardando más de la cuenta porque me siento distraído y porque ya se va notando el calor de finales de mayo y, en la zona de carga, no hay aire acondicionado. Me concentro en bajar las maderas lo más rápidamente que puedo, pero lo que sucede es que solo puedo pensar en Luna y me distraigo.

Creo, además, que el capataz la ha tomado conmigo desde que el señor Moore me puso a cargo de la protección de su hija, supongo que no soporta que me haya convertido en un miembro indispensable para la familia. Llevo dos meses acompañando a la señorita Luna aquí y allá. Desgraciadamente, no hemos tenido ocasión de volver a estar a solas por más de unos instantes.

Cojo un panel de maderas que pesan una tonelada. Estoy sediento, pero no creo que sea prudente ir a beber agua con el capataz observándome y deseando usar su pistola. Y, aunque intento apartar a Luna de mis pensamientos, es la señorita Sherlyn quien me quita el sueño: nos vio prácticamente desnudos y a solas en la habitación. Le prometió a Luna que no hablaría de eso porque era su amiga y fingió que no había visto nada, pero su olor al decir su promesa era diferente… Creo que mentía. Además, la olí demasiado tarde porque estaba tan centrado en Luna... Debo tener más cuidado. Y, lo más extraño, olfateé a una cuarta persona en la habitación, pero no había nadie más. Quizá me confundí.

Tampoco puedo parar de pensar en que, hace unas semanas, se hizo oficial el compromiso entre el señorito Davis y Luna. Se casarán el mes que viene, pero ella no aparenta estar demasiado preocupada, como si creyese que eso nunca va a suceder: les sigue el juego a todos, pero no parece tener idea de lo que significa haberse comprometido con él. Cuando estén casados, él será su dueño y la tocará como la toqué yo el día de la tormenta. Luna me deseaba aquella noche y creo que lo hace todos los días que me ve porque se pone roja como un tomate y se muerde el labio. Entonces, ¿quiere que el señorito también la toque así? ¿Lo desea? El recuerdo de aquel instante, de sus besos, sus caricias, su cuerpo, sus sonrisas y sus palabras me hacen sentir feliz, pero también muy desdichado porque ella y yo nunca podremos ser más de lo que somos ahora. Oír, ver, callar y olvidar. ¿Debería olvidar lo que pasó en la mansión de los Davis?

Tal vez, lo mejor que me podría suceder es que los rebeldes me rescatasen a mí también y me llevasen lejos, porque no creo que pueda aguantar ver a Luna casada con el señorito Izan Davis y ella tampoco parece muy incómoda con la perspectiva de ser su esposa.

Cojo el último panel de madera y miro el reloj: ya son las cuatro. Sonrío, porque todas las tardes, a las cinco, voy a recoger a Luna con el chófer, al que resultó que no habían rescatado los rebeldes, sino que estaba escondido. Voy a dejar el bloque en la estantería y realizo un mal gesto, probablemente, porque estoy pensando en los rebeldes, en la señorita Luna, en su doncella y en todos los cocheros desaparecidos… El bloque de maderas cae al suelo.

—¡Inútil! —me chilla el capataz mientras se acerca.

—Discúlpeme —digo con la cabeza agachada y me dispongo a recoger las maderas que acabo de tirar.

El capataz se detiene a mi lado. Al levantar el panel, ambos nos percatamos de que una de las esquinas de la madera se ha picado sutilmente.

—¿Quién te has creído que eres para estropear así las cosas de tu amo? —pregunta, cargado de ira mientras me da una patada en el estómago.

Aguanto el golpe.

—Soy un sucio oscuro y debería estar agradecido de que mi amo, un verdadero, me haya acogido en su fábrica.

El capataz se agacha y tira de mis rastas hacia atrás. Después, me pone la pistola en el cuello y me lanza una descarga demasiado intensa y larga para el pequeño error que he cometido. Disfruta con esto, lo sé. El dolor me recorre el cuerpo como si mil agujas se clavasen por todas partes. Da igual las veces que te hayan dado una descarga, nunca te acostumbras a ese dolor.

Cuando termina, estoy flexionado sobre el suelo y me obliga a mirarlo. Lleva un sombrero de paja y tiene los dientes amarillos. Me causa repulsión.

—No olvides cuál es tu lugar, oscuro. Por mucho que vayas a fiestas con la señorita Moore, sigues siendo un hijo del demonio.

Lo reconozco, quisiera matarlo, a él y a todos los que nos dañan día tras día y nos tratan como si fuéramos animales. Creo que podría quitarle la pistola rápidamente y, después, golpearlo con mis puños hasta matarlo, porque soy mucho más grande y fuerte que él. Pero no lo hago, me limito a ver, oír, callar y… ¿olvidar?

Después de esto, me voy a la ducha y observo que tengo el cuello rojo debido a la descarga. De hecho, me duele todo el cuerpo. Me pongo el traje verde con bordados dorados que me está pequeño y me recoloco las alargadas rastas blancas.

El capataz me acompaña hasta la puerta de la fábrica. Me entrega el móvil y la pulsera —que solo se puede quitar con su huella dactilar— para que no me escape. Me meto en el elegante vehículo y cierro la puerta.

El cochero, Naim, me sonríe y arranca. Ha puesto música de reguetón, un género que nadie escucha ya y que él me ha dado a

conocer. No sé de dónde saca esas canciones, ni siquiera creo que sean legales. Escuchando las obscenas letras, entiendo por qué le gustan tanto: es un viejo verde.

—Naim, ¿puedo hacerte una pregunta? —Él baja la música y asiente mientras gira el volante—. La noche que desapareció la doncella de la señorita Luna… —comienzo.

—Ya te lo he dicho, Dakari, estaba montado en el coche y, de repente, la Anita gritó, me giré y ya no estaba. Salí corriendo y no había ni rastro de ella, así que fui a buscarla al aparcamiento, pero comenzó la tormenta y me tuve que resguardar en el cobertizo trasero de la casa.

Dicho esto, sube la música, pero yo la bajo y él rechista.

—Es que no lo entiendo. ¿Cómo pudieron llevársela tan rápidamente? ¿No escuchaste la puerta del coche abrirse?

Él niega con la cabeza, sube la música y se pone a canturrear. Yo saco el móvil y me siento tentado una vez más de buscar la información que necesito en internet, pero sé que el capataz comprueba las búsquedas cada noche cuando regreso, así que lo dejo, cojo la pistola de la guantera y la pongo a buen recaudo dentro de la chaqueta.

Al cabo de un rato, Naim baja la música y me percato de que ya hemos llegado a la mansión de los Moore. Luna no está en la puerta todavía, pero un mayordomo se asoma pronto y nos hace una señal para que aguardemos.

—Puedes borrar el historial de búsquedas para que el capataz no sepa lo que has visto —me dice Naim y yo le miro sorprendido—. El truco está en borrar solo las búsquedas de hoy y no todas, para que no se note. Tampoco lo hagas todos los días o será demasiado evidente.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto. Ya sé que tiene un móvil para emergencias, es el cochero de los Moore, pero también es un anciano que viajó en el tiempo desde el siglo XIX, no es para nada el perfil de persona que sabe de estas cosas.

—Porque veo porno en el móvil —me explica y se ríe.

No me lo puedo creer.

Aprovecho este tiempo de espera para meterme en internet y buscar información sobre los rebeldes y las desapariciones de los oscuros. Hay un montón de noticias de todas partes del país que hablan sobre esclavos que están desapareciendo, así como de ataques de oscuros encapuchados y armados. Me llama la atención que nunca haya muertos por disparos, suelen ser más bien por aplastamientos en los intentos de huida de los verdaderos, así que los rebeldes no han matado a nadie directamente… También me percato de que, a veces, sustraen objetos tecnológicos y, en otras ocasiones, se llevan a personas, pero salvo en la fiesta de Luna, nunca habían sucedido ambas cosas. Me paro a pensar en todo… ¿De dónde salen estos rebeldes? ¿Realmente existe un país solo de oscuros? ¿Alguna ciudad oculta de la que no tenemos constancia? Están rescatando oscuros… pero también roban tecnología… Y nunca hacen ambas cosas en el mismo ataque… No sé si entiendo muy bien el porqué. En la puesta de largo de la señorita Luna, los rebeldes atacaron, robaron algunos móviles y se llevaron al jardinero y su familia, pero, en la fiesta del señorito Izan Davis de hace dos meses, no vi a rebeldes ni los olí ni se llevaron nada tecnológico, pero sí desaparecieron un montón de oscuros…

No sé para qué busco información… ¿Acaso pretendo alentar la idea de que existe un lugar donde poder escapar con Luna? ¿Es que creo acaso que la señorita querría venir conmigo? Soy un tonto. Puede que ella me aprecie, pero ha abrazado la idea de casarse sin rechistar. Me dispongo a cerrar las páginas y borrar el historial de búsquedas de hoy para no meterme en un lío, cuando veo una noticia que me llama la atención:

«Tormentas electromagnéticas azotan el país entero, dejando a su paso un reguero de aparatos electrónicos estropeados».

Me dispongo a leer más, cuando Naim sale del coche. Alzo la vista y veo que la señorita Luna ya está bajando las escaleras de la mansión. Me giro hacia el cristal que separa los asientos delanteros

de los de atrás y dibujo con mis dedos una cara sonriente. Lo hago todos los días desde que me convertí oficialmente en ayudante de chófer y en guardaespaldas de manera extraoficial. Es mi forma de decirle que la tengo presente en mis pensamientos. Algunas veces, dibujo cosas más elaboradas, pero hoy me he despistado leyendo el móvil. Salgo a ayudar al cochero a abrir la puerta del vehículo, es entonces cuando me percato de que Luna va acompañada de su padre y su abuela, que no se despega de ese bastón rojo sangre ni un momento. La señorita me mira de reojo y dibuja una sutil sonrisa en su rostro; luego, los tres ingresan en el vehículo y Naim y yo hacemos lo propio.

El cochero arranca y pregunto en voz baja:

—¿Cuál es el destino hoy?

—Vamos a un mitin del protector.

El protector es el señor Davis, padre del señorito Izan. Él es quien gobierna y protege nuestra ciudad, tiene el cargo más alto de Nueva Fe.

Miro por el espejo retrovisor y me percato de que una furgoneta nos sigue. La reconozco, es de la fábrica. Es posible que este acto esté lleno de personas y sea peligroso, así que, seguramente, en la furgoneta vengan los capataces de la fábrica y la casa y algún que otro esclavo para proteger a los Moore. Palpo la pistola, solo para asegurarme de que la llevo, y agradezco que Naim me haya estado enseñando a disparar estos meses porque he mejorado bastante. En lo que no he avanzado demasiado, por más que se ha esforzado el cochero, es en aprender a conducir.

Pasamos bastantes controles policiales hasta llegar al mitin. Naim aparca, salgo del vehículo y el sol de media tarde me ciega. Le abrimos la puerta a la familia. Veo que la furgoneta aparca algo más alejada, pero enseguida salen de ella tres esclavos y los dos capataces, tal y como yo había previsto.

El señor Moore se recoloca su sombrero de copa y viene hacia mí mientras Luna y su abuela se dirigen a la inmensa plaza.

—Hay mucha seguridad aquí, pero también es un acto muy peligroso. Confío en ti, Dakari.

—Sí, señor Moore.

Ahora, se dirige al cochero:

—Manteneos a una distancia prudencial, no quiero que la gente chismorree sobre por qué los cocheros nos acompañan a todas partes.

Ambos asentimos con la cabeza e iniciamos la marcha a unos metros detrás de la familia. Pronto llegamos a la abarrotada plaza y avanzamos con dificultad a través del gentío. Intento no perder de vista a la familia, especialmente, a Luna, porque no es que me preocupe mucho que le ocurra algo a su abuela.

La señorita se detiene en un escaparate de una tienda de vestidos de novia que hay en la plaza y comenta algo con la señora Moore. Toca el cristal con sus dedos y me mira un instante. Parece que me haya hecho una señal, pero, posiblemente, es que estoy volviéndome loco, porque esto está lleno de gente y sería muy imprudente por su parte. Lo más seguro es que esté decidiendo qué vestido se comprará para su boda.

El señor Moore obliga a las mujeres a avanzar y, cuando nosotros dos pasamos por el escaparate, me detengo un momento a ver el vestido. Lo cierto es que le quedaría precioso, ya que ella es muy hermosa. Entonces, me percato de que sobre el cristal hay unas marcas de dedos que han dibujado una cara sonriente. Ha sido ella, ha visto el dibujo que le he dejado en el coche y esta es su respuesta.

Una media sonrisa aparece en mi cara y una inmensa felicidad me recorre durante unos instantes, hasta que alguien me golpea en la nuca. Es el capataz de la fábrica con su sombrero de paja y esos dientes amarillos. Va junto al de la casa. Ambos son verdaderos y se creen estar por encima de nosotros, claro.

—¿Vas a casarte y no nos habíamos enterado? —pregunta con acritud mientras echa un vistazo rápido a los vestidos de novia. No

le contesto y sigo mi camino junto al cochero, poniendo distancia entre ellos y nosotros.

Caminamos entre el gentío con una clara dirección: el escenario donde el protector va a dar el discurso.

—¿Tan enamorados estáis? —me pregunta Naim.

Miro al viejo y me hago el loco.

—No sé de qué hablas.

Él se ríe y me dice en voz baja:

—La chica está bien para hacerse una pajilla, pero es una verdadera, chico, no te conviene.

Miro al viejo verde y me gustaría golpearle en la cara por el comentario que acaba de hacer sobre Luna; sin embargo, no puedo y sé que no lo dice con mala intención, es solo que no sabe expresarse de otra forma. Niego con la cabeza y miro al frente. Esta conversación sí que no nos conviene, y menos en público, pero él insiste:

—La señorita puede que también crea estar enamorada de ti, Dakari, tiene un plan, pero si de verdad la quieres, deberías impedírselo.

Ahora sí que lo miro y frunzo el ceño confundido, alterado y enfadado. ¿Qué dice? Luna es una verdadera que va a casarse.

—¿De qué hablas, Naim?

—Ha estado preguntando sobre los rebeldes a todos los esclavos de la casa. La Ana María, con la que a veces me doy algún que otro revolcón, me contó el otro día que la chica está empeñada en comunicarse con ellos.

—¿Y qué sabe Ana María de eso? —pregunto preocupado—. Solo es la cocinera de los Moore.

—Pues eso, no sabe nada, pero la señorita Luna se cree que, por ser negros, tenemos línea directa con los rebeldes. —Se ríe—. Esa chica está mal de la cabeza, entre las cosas raras que dice a veces y

ahora esto… Si su abuela se entera, estoy seguro de que usará su bastón con ella.

Llegamos a nuestro destino y la conversación se detiene, pero yo siento que todo me da vueltas en la cabeza y que muchos sentimientos se agolpan a la vez. Por eso Luna, que siempre ha defendido que quería ser libre, no parece preocupada por el hecho de tener que casarse. ¿En verdad no quiere a Davis y desea que ella y yo huyamos con los rebeldes? ¿Cómo puede ser tan ingenua? Eso es imposible. Además, los rebeldes son ladrones, malhechores…

Pero, tengo que reconocerlo, me alegra saber que Luna no pierde la esperanza, que… me ama y sigue siendo esa niña que he extrañado todos estos años.

La familia Moore llega a los pies del escenario. El señorito Izan Davis está allí, se acerca a Luna y le da un beso en la mejilla, justo donde hace semanas recibió un latigazo por mí; afortunadamente, casi no se nota la marca ya. Ella se pone roja de vergüenza y esconde su rostro detrás de su voluminosa melena dorada. Después, él la coge del brazo y la arrastra al escenario. La abuela y el padre de la señorita Luna se quedan abajo, pero cerca. Naim y yo nos mantenemos a un lado del gentío, para no impedir la visibilidad a los verdaderos.

Aguardamos a que el mitin empiece. La policía se detiene a pedir los códigos de esclavo a cada oscuro que ve y comprueba las autorizaciones para estar aquí. Nuestros capataces se acercan a explicarles que vamos con ellos, pero, al terminar, se alejan hacia el lado contrario de donde estamos, supongo que para cubrir más terreno. Con ellos van los otros tres esclavos.

El calor es insoportable, a pesar de ser las seis y media de la tarde. Me toco el cuello de la camisa y me doy cuenta de que me duele bastante la zona donde me ha atacado el capataz de la fábrica con la pistola de descargas.

Observo a la señorita Luna, mi amiga, mi ama, mi… amada. Lleva un vestido dorado al más puro estilo siglo XIX, cuyo uso en estos

actos es habitual. La tela se ve rígida y cara, su padre no ha escatimado en gastos, a pesar de estar arruinado, y es que Luna va a ser la esposa del hijo del protector y toda la prensa la está fotografiando para especular después sobre ella.

El himno de nuestro país, Los Nuevos Estados Unidos de la Luz, suena y todos lo entonamos. Hacia el final, el protector de la ciudad sale al escenario de la mano de su esposa y el público le aplaude. Sonríe y saluda.

La plaza está abarrotada y es que Nueva Fe es la ciudad más grande del país, con un millón de habitantes que se agolpan por todas partes. Los verdaderos con más dinero viven a las afueras en amplias mansiones de reciente construcción de estilo siglo XIX, los que tienen menos estatus social ocupan los edificios reformados que quedaron tras las guerras y las pandemias. Los oscuros vivimos en pequeños espacios en las empresas o en las casas de los amos.

—Buenas tardes a todos los habitantes de la ciudad de Nueva Fe y a aquellos que os habéis acercado desde todas las partes del país —comienza el protector dirigiéndose al micrófono, que está conectado a unos amplios altavoces. Lo observo y me doy cuenta de que su hijo es físicamente igual a él, ambos son morenos, elegantes y llevan una notoria barba—. Antes de anunciar algunas noticias importantes, quisiera recordaros a todos lo orgulloso que estoy de vosotros, los verdaderos, que habéis sido tocados por la luz y por los ángeles. Ellos —señala al cielo— nos trajeron aquí desde el pasado para poder limpiar el futuro de sucios oscuros. —La gente aplaude y vitorea y yo acabo de comprender que este es el peor lugar para que alguien con mi color de piel esté presente—. El demonio trajo los virus y las enfermedades y mató a todos los hijos de Dios, y los oscuros gobernaron el mundo y pasearon a sus anchas, incluso aquí, en esta plaza. —La gente asiente, abrumada y triste por el relato, como si realmente el mismísimo diablo hubiera caminado por estas calles hace veinticuatro años—. Pero hoy es un día de celebración, los oscuros fueron sometidos por nosotros, los verdaderos.

La gente aplaude y yo siento pena, no sé si de ellos o de mí. ¿Estoy tocado por el diablo? ¿Por eso mi piel es oscura como la noche y tengo mutaciones? ¿Acaso merezco cada paliza, cada golpe y cada maltrato por ser como soy? Miro a Luna y me percato de que tiene la vista clavada en mí. Nuestras miradas se encuentran y quisiera poder preguntarle si ella cree que el diablo me creó. ¿De verdad está dispuesta a encontrar a los rebeldes para que nos fuguemos juntos? ¿Es que no le asusta que Dios le dé la espalda por hacer algo así?

—Pero la oscuridad acecha en cada esquina —prosigue el protector desde el escenario— y el diablo está atacando de nuevo. Hay incursiones de rebeldes por todas partes, se llevan a sus oscuros al infierno para que el diablo pueda tener un ejército y regresar a por nosotros, pero no les dejaremos. Los ángeles están de nuestra parte y, por eso, voy a reforzar todas las medidas de seguridad de esta ciudad.

La gente vitorea y el protector procede a explicar las acciones que realizará para proteger Nueva Fe de los ataques rebeldes. Si había alguna remota posibilidad de que Luna y yo escapásemos, ahora quedaría totalmente anulada.

De repente, huelo a sangre y, también, a algo más que reconozco. Es el olor que desprendían los rebeldes que atacaron la puesta de largo de la señorita Luna. Me pongo en alerta y miro hacia todas partes. ¿Han conseguido franquear la seguridad y van a realizar un ataque?

—Los ángeles —prosigue el protector desde el escenario, hablando con seguridad al micrófono— han decidido tocarme con su luz. —Hace una señal y el olor a sangre y a rebeldes se intensifica. Pronto, aparecen en el escenario un reguero de verdaderos reteniendo a oscuros que van tapados de los pies a la cabeza con sacos—. Por eso, he podido capturar a varios de estos rebeldes.

Los verdaderos destapan a los oscuros y todo el mundo suspira horrorizado. Todos tienen mutaciones evidentes, supongo que por eso siempre iban encapuchados en los ataques. Hay, entre otros,

una mujer que tiene cuatro brazos y un hombre con cola que realmente parece la de un diablo. La gente les grita y les abuchea, pero yo solo veo personas asustadas ahí. El olor de los rebeldes que capté el día de la puesta de largo es el mismo que emanan ellos, es el olor de las mutaciones, mi olor.

Muchos están llorando y no parecen tener fuerza para ser soldados, ¿son estos los terroríficos rebeldes? ¿Los que han estado aterrorizando a todo el país y secuestrando oscuros? No lo parecen. Detecto su miedo.

—Hoy y aquí, en presencia de los hijos del diablo, quiero hacer tres anuncios. El primero es que me presento a candidato para la presidencia de nuestro país, Los Nuevos Estados Unidos de la Luz. —Los verdaderos aplauden eufóricos porque lo ven como a un salvador. Sé que pronto hay elecciones a la presidencia—. La segunda noticia es que mi hijo, Izan Davis —lo señala y él da un paso adelante y saluda de manera muy correcta y estudiada—, asumirá la vicepresidencia y, desde hoy, será el protector adjunto de esta ciudad mientras yo preparo mi candidatura a la presidencia.

Todos aplauden y yo arrugo los labios hacia delante, enfadado. Si ya era difícil que Luna evitase la boda con él, ahora será imposible. Ese señorito se acaba de convertir en una de las personas más importantes de la ciudad y, si su padre gana las elecciones, lo será del país.

—¿Eso significa que el chico podría ser presidente? —pregunta el cochero.

—Solo si su padre gana las elecciones y muere durante el cargo —explico y Naim me mira como si yo fuera un sabelotodo, pero solo soy curioso. Siempre que los verdaderos me han dejado, he estudiado y aprendido. Si el padre del señorito se convierte en presidente y, tal y como ha prometido, nombra a su hijo vicepresidente, podría convertirse en el mayor mandatario del país si su señor padre falleciese y, en tal caso, Luna sería la primera dama.

—Y, una última noticia, la que todos estabais esperando; especialmente, las damas. —Ahora señala a Luna y ella da unos pasos tímidos hasta colocarse junto a Izan. Su vestido dorado brilla como ella, sus ojos azules parecen tener un color más intenso bajo el atardecer—. Mi hijo se casará con la señorita Luna el mes que viene por puro amor y, como muestra de ello, no aceptaré la dote de su familia.

La gente aplaude y oigo rechistar al cochero:

—¿Sin dote? ¡Qué cosa más moderna! Una mujer sin dote no vale para nada.

Hago oídos sordos al comentario de Naim porque, si abriese la boca, solo sería para contradecirle e insultarle. Luna vale mucho más que todo el dinero que alguien pueda pagar por ella.

No entiendo nada. La abuela y el señor Moore dijeron que nadie se casaría con Luna sin dote, urdieron un plan para engañar al señor Davis, pero este acaba de decir que no aceptará dote alguna. ¿Por qué hace eso? ¿Y dice que se casarán por amor?

La noticia parece encantar a las damas de la ciudad, que aplauden y sonríen. Todos fotografían a Luna, que hace un esfuerzo para no esconderse detrás de sus cabellos.

—Y ahora —prosigue de forma ceremonial—, por el poder que nos han otorgado los ángeles, nosotros, los verdaderos, os condenamos a vosotros, oscuros, hijos del demonio, a morir sin juicio alguno.

La gente emite un murmullo ensordecedor. No había presenciado una barbaridad así desde que vi morir a mi madre. Estas cosas ya no se hacen en plazas públicas, eso forma parte del pasado, pero este hombre va a matar a diez oscuros aterrorizados delante de todos.

Los verdaderos del escenario sacan unos cuchillos afilados y obligan a arrodillarse a los negros con mutaciones. ¡No van a usar las inyecciones! Noto inquietarse al público, pero también a los oscuros que hemos venido con nuestros amos. Los verdugos estiran los brazos de los rebeldes a cada lado, formando una cruz, y se disponen a cortarles las venas delante de todos. Miro a Luna, está

horrorizada y a punto de echarse a llorar, sus ojos están clavados en esa pobre gente mientras se aferra al brazo de Izan. Está tan cerca que es posible que la sangre salpique su vestido dorado.

Suena el himno de nuestro país y todos entonan la melodía, pero yo me he quedado mudo. No puedo ver, oír, callar y olvidar. Esto no.

El protector da la orden y todos los verdugos cortan las venas de los rebeldes a la vez y los vemos desangrarse. El olor es abrumador para mí. El verdadero que está junto a la mujer de los cuatro brazos va a cortarle las venas a los otros dos, pero esta emite un sonido agudo ensordecedor, como si un altavoz acoplase, pero de una manera muy fuerte. Todos, especialmente los que estamos más cerca, nos llevamos las manos a los oídos y caemos al suelo por el dolor intenso. Y sé, justo en este instante, que no contaban con esa mutación, igual que nadie sabe que mi olfato está muy desarrollado.

Mientras mis manos están en mis orejas y mi vista clavada en el suelo por la reciente caída, huelo el miedo de Luna, un temor repentino y atroz. Levanto la mirada, a pesar del dolor, y veo a la señora de los cuatro brazos agarrándola y llevándosela del escenario. Intento seguirla, pero el dolor de los oídos es tan insoportable que nadie puede moverse. Parece que nos fueran a explotar los tímpanos. Avanzo lentamente, pero no consigo ni dar dos pasos. El sonido, de repente, cesa y se forma un tumulto inesperado con el que, seguramente, no contaba el protector. La gente corre despavorida de la plaza y la seguridad de los Davis saca a la familia rápidamente de allí. Izan discute con su padre y sale corriendo, imagino que a buscar a Luna. Creo que la seguridad de los Davis se moviliza rápidamente para buscarla también.

El señor Moore nos hace una señal para que acudamos, pero yo percibo el olor de la señorita, su miedo, su adrenalina, y no puedo permitirme ni un segundo de distracción o perderé el rastro, así que, aunque todos los esclavos y los capataces acuden hasta donde está el señor Moore, yo salgo disparado entre el gentío siguiendo el olor de Luna, aprovechando que la policía no me pedirá mi código de esclavo debido al caos.

Hay una estrecha calle detrás del escenario. La recorro y veo una alcantarilla. La mujer se está desangrando, la huelo. Es inteligente, nadie buscaría debajo de la acera. Levanto la tapa y me cuelo en el desagüe subterráneo. Sigo el olor a toda prisa y sé que las alcanzaré pronto porque la mujer está herida y, en ese estado, no llegará muy lejos.

Avanzo por el estrecho pasadizo, guiándome por la poca luz que se cuela a través de las alcantarillas.

Las escucho antes de verlas.

—Te lo suplico, dime dónde os escondéis, cómo llegar hasta vuestra ciudad y cómo contactar con los rebeldes —le pide Luna.

—Eres una verdadera —le contesta la mujer con asco y una voz agónica.

Me acerco sigilosamente, no sé en qué estado se encuentran y no quiero poner en riesgo la vida de Luna.

—Sí, soy una verdadera que odia a los verdaderos —replica la señorita—. Tengo un amigo oscuro como tú, al menos, sácalo a él, aquí no está a salvo.

—Nadie lo está. ¡Cállate!

Oigo un golpe y huelo la sangre de Luna. Doy un paso adelante y veo a la señora sujetar con un brazo a Luna contra la pared. Tiene sangre en la boca y está algo aturdida. La agarra con ímpeto del cuello y, con el otro brazo, se termina de hacer torniquetes en los otros dos que tiene heridos. Saco el arma, le apunto y me acerco con cuidado con intención de reducirla, pero ella se percata de mi presencia y suelta a Luna, se gira y empieza a lanzar puñetazos en mi dirección. Está acostumbrada a hacerlo, no es la primera vez, lo noto. No creo que sea muy diestra, pero cuatro brazos marcan una gran diferencia respecto a su oponente, que soy yo. Esquivo los golpes sin disparar, no quiero matarla, y creo que, debido a la poca luz y a su miedo, no se ha dado cuenta de que soy oscuro como ella.

—¡Para! ¡Hablemos! —le ruego, pero ella no me escucha.

Arremete contra mí con los cuatro puños a la vez y consigue darme en el costado. Me doblo por el dolor, pero aprovecho esa posición para lanzarme contra ella, le cojo de la cintura al mismo tiempo que golpeo mi cabeza y mi hombro contra su estómago y la tumbo de un golpe. Me coloco encima y le apunto con el arma a la cabeza. Entonces, ella se detiene y supongo que no usa su mutación porque alguien más la oiría y sabría que se esconde aquí.

—¿Defiendes a tu ama, negro? —pregunta disgustada.

—No quiero hacerte daño —le digo y aparto un poco el arma.

—Podemos ayudarte —dice Luna desde el suelo mientras se limpia la sangre de la boca.

—Estoy muerta —explica ella mirando sus muñecas y, es cierto, aún con los torniquetes, morirá si no va pronto a un hospital.

Luna viene corriendo, yo me aparto y guardo el arma. Ella le hace presión en las muñecas, manchándose de sangre su hermoso vestido dorado.

—Por favor —le suplica—, dinos dónde se esconden los rebeldes o cómo contactar con ellos…

La señora me mira a mí y me pregunta con sus últimas fuerzas:

—¿Quieres marcharte de aquí?

Miro a Luna y aclaro:

—Marcharnos.

Ella esboza una sonrisa sangrienta.

—Allí solo hay oscuros... ¡Acércate!

Llevo mi oreja a su boca y ella me susurra cómo encontrar a los rebeldes para que nos lleven al lugar soñado por Luna y por mí. Me da todos los detalles y me advierte de lo que le pasará a Luna si va conmigo. Después, estira su mano y me la toma.

—Gracias —le digo.

Miro a Luna, ella pone mala cara porque sabe que esta mujer va a morir. Se acerca y apoya la cabeza de la señora con delicadeza sobre sus piernas.

—¿Tienes familia? —pregunta Luna.

—Sí —contesta casi sin voz—. Mi hija… la mataron los tuyos —le recrimina—. Tenía seis años.

Abrazo los dedos de la rebelde mientras huelo su sangre y veo cómo la vida se va de ella.

—Pronto estarás con tu niña —le dice Luna— y os abrazaréis y jugaréis…

—La veo… —dice la señora y, al cabo de unos instantes, cierra los ojos y muere.

La señorita Luna deja con cuidado la cabeza de la oscura sobre el suelo. Yo también suelto sus manos con pesar. Mi amiga llora, pero se esfuerza por disimular su pena.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta mientras se me acerca y me señala el cuello.

—¿A mí? —inquiero confundido—. Te han secuestrado a ti, Luna.

—A mí, no, Dakari, a ella. —Y la señala—. A ella la secuestraron los verdaderos y a su hija y a ti y a todos los que no tienen este maldito color. —Y se señala sus manos blancas.

Entonces, Luna me abraza de forma espontánea y llora. Yo la arropo con mis brazos y permanecemos sentados en el suelo unos instantes, hasta que ella mira algo en mi cuello y se aparta, dibujando en su rostro cierto tono de preocupación.

—Dakari, en serio, ¿qué te ha pasado? Tienes el cuello hinchado y muy rojo.

Es por la descarga del capataz. Me percato de que la camisa se me ha abierto durante la pelea con la señora, así que procedo a cerrarla y me recoloco la ropa.

—No te preocupes, Luna.

—Sí lo hago, ¡no quiero que vuelvan a ponerte una mano encima! —grita y le hago el gesto de silencio, solo si nadie nos encuentra podremos hablar un poco más.

—Vale —le digo dibujando una media sonrisa, me parece entrañable que se preocupe por mí—. El capataz de la fábrica me ha dado una descarga, pero es que he tirado unas maderas y…

—¡No hay excusas, Dakari! —clama ella, apretando los dientes enfadada mientras se pone en pie—. ¡Aquí no estás a salvo! ¿Qué te ha dicho la señora? ¿Dónde están los rebeldes?

Me levanto, me llevo la mano derecha a la nuca, agobiado, y me recoloco las rastas, dejando mi codo flexionado en el aire.

—Ese lugar no es seguro para ti, Luna.

Ella aprieta los dientes enfadada, me agarra de las manos y me pregunta:

—¿Pero existe? ¿Y es seguro para ti?

—Sí.

—Entonces, iremos allí.

Pero sé que no puedo permitirlo porque, en cuanto pisemos ese sitio, Luna dejará de ser libre.

Huelo algo, alguien se acerca, el aroma me es familiar, pero aún no está tan próximo como para saber de quién se trata.

—Luna —le advierto—, alguien viene.

—¿Cómo lo sa…?

—Escucha —la interrumpo—, no pueden volver a pillarnos, Izan es ahora el hijo de alguien muy importante…

—Su padre aún no es presidente —arruga la nariz y reconozco que me hace reír su tono infantil—, pero vale, diré a todos que me salvaste la vida de esta malísima oscura mutante. —Y mira a la señora con tristeza, porque eso no ha sido exactamente lo que ha pasado—. Pero tenemos que organizar la fuga, Dakari…

Le pongo un dedo en la boca porque el aroma de la persona que viene directamente hasta nosotros está muy cerca y es… Izan Davis.

6. Modernistas

Luna

No sé cómo demonios ha acertado Dakari, pero alguien se acerca y no es cualquiera, es el señorito Izan Davis, mi prometido. Viene por el desagüe. Dakari se hace a un lado y agacha la cabeza, pero Izan lo escruta con una dura expresión; después, ve a la mujer de cuatro brazos tendida sobre el suelo y le toca el cuello.

—No tiene pulso —dice y se me acerca, me coge de la cabeza y me analiza—. ¿Estás herida? —Se muestra preocupado al ver tanta sangre sobre mi vestido dorado.

—No es nada, mi cochero me ha salvado de ella —miento, aunque, en parte, sí ha sido así.

Izan me mira con una dura expresión y siento algo de miedo por lo que pueda hacerle a Dakari. Lo normal sería premiarle por salvarme, pero bien sé que los verdaderos tenemos mentes retorcidas y nunca premiamos a los esclavos.

—Luna, deja de mentir —me dice mientras acerca mi cara a la suya, cogiéndome con fuerza de los pómulos. Dakari se inquieta y yo me pongo nerviosa—, sé que no es tu cochero —y mira en su dirección—, tu familia está tan arruinada que no tiene dinero ni para guardaespaldas. —Izan me suelta, va hasta Dakari sin darme opción a réplica y le pregunta—: ¿Qué ha ocurrido aquí, oscuro?

Dakari mantiene la cabeza agachada, pero noto que frunce su ceño, agobiado.

—Vi cómo la rebelde arrastraba hasta aquí a la señorita Luna y los seguí porque debo lealtad a la familia Moore. Al poco de llegar, la rebelde murió desangrada.

No da datos sobre que se han peleado, supongo que es mejor así, a nadie le gusta creer que un oscuro es capaz de ponerse violento y defenderse.

—No —dice Izan—, eso no fue lo que ocurrió.

¿Qué demonios quiere decir? Me pongo muy inquieta y me asusto.

A lo lejos, escuchamos gente gritar mi nombre y los tres nos miramos, sabemos que solo es cuestión de minutos que nos encuentren. Davis va hasta el cadáver de la señora y la golpea con sus puños ferozmente. No entiendo qué hace. Aparto la vista de esa cruel escena, contengo las ganas de llorar y aprieto la mandíbula.

Izan destroza un cuerpo sin vida y yo no puedo aguantarlo más.

—Para, está muerta.

Davis deja el cadáver y me percato de que tiene los puños enrojecidos de golpearla. Se acerca hasta mí y coge mi cara entre sus manos.

—Lo que ha sucedido es que he salido corriendo a buscar a mi prometida —me dice— y te he oído gritar cuando la rebelde te estaba golpeando. —Toca con sus dedos la sangre reseca de mi cara —. Tu cochero estaba cerca y ha venido a ayudarme por la lealtad que siente por tu familia. —Ahora Izan me da un suave beso en los labios y su espesa barba me hace cosquillas. Cuando se aparta, me mira con una sonrisa de superioridad—. Ahora no podemos permitirnos un escándalo, es mejor que nadie sepa que tu padre pone tu seguridad en manos de oscuros, pero, no te preocupes, en cuanto seas mía, no te faltará de nada.

Me agarra de la mano y tira de mí en dirección a la salida.

—¡Izan! —exclamo sin que mi lengua haya pedido permiso a mi cerebro—. ¿Cómo sabes lo de mi familia? ¿Y por qué tu padre ha perdonado mi dote?

—Tu amiga Sherlyn me lo contó —contesta sin más y yo aprieto los dientes enfadada—. Dice que oyó a tu abuela y a tu padre discutir el día de tu puesta de largo sobre que no tenían dinero y que ha visto varias veces a este oscuro comportarse como un guardaespaldas. Es bastante evidente que te protege por orden de tu padre, no iba a ser porque te aprecia ¿no crees? —comenta con sorna.

Me pregunto si sospecha que hay algo más entre Dakari y yo, porque Sherlyn nos encontró desnudos y, si le ha contado que mi familia está arruinada, puede haberle hablado de eso también.

—¿Y por qué te casas conmigo entonces? —pregunto confundida y, quizá, enfadada, aunque no sé por qué. Sin dinero, la reputación de mi familia puede verse comprometida y no es algo que le convenga al hijo del protector y del posible futuro presidente. Y, la verdad, una parte de mí habría preferido que rompiese el compromiso al enterarse de que mi familia está arruinada, pero… ¿perdonar la dote?

Izan se detiene, también Dakari a poca distancia nuestra, y me doy cuenta de que esta conversación no debería tenerla delante de él, a quien he confesado mi amor, a quien he estado a punto de entregarle mi cuerpo y a quien he suplicado que se fugue conmigo.

—Porque no hay ni una sola señorita en toda la ciudad que merezca la pena, Luna —me dice mientras acaricia mis labios con sus dedos de forma sensual. Noto el deseo en él—. Convencí a mi padre de que, si rechazaba la dote, ganaría votos entre los que apuestan por leyes más modernas… ¿Has oído hablar de ellos? —Niego con la cabeza y él me aclara—: Los modernistas... Me da igual tu dinero —se acerca—, el apellido de tu familia —lleva sus dedos a mi cuello y me fuerza a quedar a unos centímetros de su cara. Yo me pongo roja como un tomate y reconozco que despierta en mí cierta atracción—, me da igual todo con tal de hacerte mía, mi pequeña niña inocente.

* * *

Mi abuela me mira por encima de las gafas. Me he probado ya quince vestidos de novia y ninguno le parece lo suficientemente ostentoso. No tenemos dinero, mi dote se ha invertido en sacar adelante la empresa familiar. ¿Cómo van a pagar este vestido?

—¿Y bien? —pregunto arrugando la nariz.

La señora de la tienda se incomoda porque llevamos ya tres horas aquí.

—Deberíamos haber encargado uno a medida —gruñe mi abuela mientras da un golpe en el suelo con su bastón.

—Ya no da tiempo, me caso en dos semanas, pero si ninguno te convence, puedo escogerlo yo. —Y le saco la lengua de forma divertida.

—Antes muerta que dejar que elijas tu vestido de novia.

Entonces, mi padre entra en la tienda.

—¡Padre! —grito con ilusión.

—¡Estás preciosa, cariño!

—¡Calla, niño! No le digas eso a tu hija que entonces querrá llevarse ese y no me gusta —le gruñe mi abuela—. En fin, cámbiate, te espero en la entrada de la tienda. Nos vamos a otra, aquí no tienen nada que merezca la pena. —Y se marcha, pasando con desdén delante de la dependienta, que la mira alucinada.

Mi padre pone los ojos en blanco porque conoce de sobra el carácter de su madre, viene hasta mí y me besa la mejilla. Me miro en el espejo, con mi padre al lado, y reconozco que me haría ilusión que me acompañase al altar, pero eso nunca sucederá. Me fugaré con Dakari y lo más probable es que no vuelva a verle. Lo abrazo y lloro, y él cree que es por la emoción.

—¡Te quiero, Luna! ¡Estás tan bonita! Eres la viva imagen de tu madre el día que nos casamos.

Un nombre repiquetea en mi interior al mencionar a mi madre: Zala, pero ella no se llamaba así. Algo se ensombrece en mi rostro y mi padre lo percibe, pero no dice nada porque ya sabe que me pongo así siempre que hablamos de mamá. Supongo que cree que siento pena por haberla perdido tan joven, pero la tristeza es más bien por no ser capaz de recordarla y, en su lugar, solo tener imágenes de una oscura en mi cabeza. Dakari dice que es por el golpe que me di de niña, pero la sensación de que esa negra era mi madre es tan real…

Mi padre me abraza y yo aprovecho para pedirle aquello que necesito por encima de cualquier vestido:

—Padre, ¿podrías regalarme algo por mi boda? —Él cambia la expresión porque no tenemos dinero. Arrugo la nariz, divertida, y le explico—: Me gustaría visitar El Purgatorio.

—¿Cómo? —pregunta confundido mientras deshace el abrazo, se quita su sombrero de copa y se coloca frente a mí—. ¿Por qué?

La verdad es que esa ciudad es la frontera con el mundo sin civilización, nuestra vía de escape a la guarida de los rebeldes, al menos, es lo que le dijo la mujer de cuatro brazos a Dakari. Pero claro, no puedo decirle eso a mi padre, así que me muerdo el labio para parecer inocente y disimular la verdad.

—Nunca he salido del país y tengo curiosidad por ver cómo es el mundo de ahí fuera, sin civilización, salvaje, libre…

—No hay mucho que ver, Luna —comenta con un tono que deja claro que esto es una reprimenda. Mientras, zarandea el sombrero—. Después de los virus, esa zona del mundo quedó prácticamente abandonada y, con las guerras entre los verdaderos y oscuros… ¡En fin! Es un sitio feo y triste al que la señora Davis no debería ir.

Le saco la lengua y él se ríe.

—Aún no soy la señora Davis, padre, por eso tengo que ir antes de serlo. —Él pone mala cara, pero solo si vamos a la frontera, podremos escapar Dakari y yo—. *Porfiii* —añado.

Mi padre resopla y me susurra:

—Está bien… ¡Te dejaré viajar a El Purgatorio! Aprovecharemos que este fin de semana son las elecciones a la presidencia para alejarte de la ciudad. Nueva Fe va a llenarse de personas y me tranquiliza saber que no estarás aquí, puede que sea peligroso, pero ni una palabra a tu abuela, ya se lo diré yo cuando estés en el avión y no haya vuelta atrás.

Hago el gesto de ponerme una cremallera en la boca y mi padre sonríe y me da un beso en la frente.

* * *

La cocinera me mira estupefacta y yo no quiero recurrir a la presión de ser su ama para que me dé las respuestas que necesito.

—¿Y bien? —pregunto.

—No sé, señorita —me dice ella mientras abandona la olla con la comida y baja la mirada—. Consúltelo en internet, ahí está todo y seguro que sabe más que yo.

Aprieto los dientes, enfadada por no obtener la respuesta que esperaba. En internet no hay nada. El Gobierno bloquea todo lo que pueda ser nocivo para los verdaderos. Jamás había buscado nada fuera de lo normal, pero cuando ayer tecleé «¿Cómo dormir a una persona sin herirla?», automáticamente me salió un mensaje que decía que los ángeles nos habían traído al futuro para obrar el bien y que cambiase mis parámetros de búsqueda. Probé de mil formas y solo conseguí que internet me recomendase llamar a mi médico si tenía problemas para conciliar el sueño.

—Entonces… ¿No hay ningún ingrediente, hierba o remedio casero para conciliar el sueño de forma intensa? —pregunto de nuevo.

Ella niega con la cabeza y yo salgo de la cocina apretando los dientes, enfadada a más no poder.

Evidentemente, mi padre no iba a ver bien que me fuera sola a la frontera, así que invité a Martha, que tuvo su puesta de largo hace una semana y ya puede viajar sin sus padres, y ella invitó a Sherlyn. Oficialmente, sigue siendo mi amiga, pero la realidad es que no quiero ni que se acerque a mí. Quiso usar un látigo contra Dakari; después, me hirió y, luego, le dijo a mi prometido que mi familia está arruinada. Sé que, en el fondo, solo debería sentir lástima por ella, hace todo eso porque desea casarse con un Davis y está celosa… ¿Quién sabe? Cuando me fugue con Dakari, quizá la escoja a ella como esposa. El caso es que tal vez necesite dormirlas a ambas, a las doncellas y al cochero para poder huir y había pensado en algún tipo de somnífero, pero está visto que ese camino no es factible.

Cuando termino de subir las escaleras hasta el piso principal, escucho la voz de mi abuela:

—¡Qué grata sorpresa, niño! Luna estará encantada con tu visita.

Recorro el pasillo principal de la casa y voy hasta el salón de la televisión, donde se encuentra mi abuela sentada con una manta y una película en pausa. El señorito Izan Davis está de pie, detrás de él se encuentra su esclavo. Es un negro con las orejas grandes y la cara llena de arrugas. No es alguien que pase inadvertido porque lleva muchos pendientes en las orejas y sus ojos son grises. Nunca le he oído hablar, pero desde que Izan se convirtió en el protector adjunto de la ciudad hace dos semanas, lo acompaña a todas partes.

El señorito me ve aparecer y esboza una sonrisa de satisfacción haciendo que sus rasgos afilados se marquen un poco más.

—Aquí llega la cosa más bonita de la ciudad.

Es halagador, no hay duda. Me acerco algo avergonzada y escondo mi rostro detrás de mi cabello. Él me toma de la mano, eso es algo que sí nos está permitido hacer ahora que estamos oficialmente comprometidos.

—¡Niña! Hueles a comida. ¿Dónde has estado? —pregunta mi abuela dando un golpe en el suelo con su bastón.

Arrugo la nariz y pienso una mentira rápidamente:

—Se ha estropeado el modo inteligente de la casa y he tenido que bajar a la cocina para coger un vaso de agua.

Mi abuela se enfada, dice el código para llamar a la casa y esta responde:

«¿En qué puedo ayudarla, señora Moore?»

—Quiero un vaso de agua.

«Perfecto. Un oscuro se lo subirá enseguida».

Mi abuela refunfuña en voz alta:

—En mis tiempos, tocabas una campana y no había lugar a errores. Estos chismes modernos…

Izan Davis esboza una sutil sonrisa mientras me mira; después, le hace una reverencia a mi abuela.

—Tiene usted toda la razón, señora Moore. Ahora, si me disculpa, quiero hablar con mi prometida sobre la boda.

Nos despedimos de mi abuela e Izan me conduce al salón principal de la casa sin soltarme de la mano. Recorremos los pasillos mientras me pregunta:

—¿Y el vaso?

—¿Qué?

Él se ríe, entramos en el salón, se detiene y su esclavo lo hace a unos metros. A una señal de Izan, cierra la puerta, quedándose fuera, de manera que nos quedamos a solas en el gran salón para fiestas de mi familia. Él coge mis pómulos entre sus dedos y me besa dulcemente en la boca, haciéndome cosquillas con su espesa y oscura barba. Le sigo el juego, pero ya llevamos prometidos lo suficiente como para que mi abuela me haya explicado que no debemos tener ningún contacto íntimo antes de la boda. Izan Davis nota mis dudas, se detiene y me susurra:

—Qué inocente eres, por eso me gustas tanto, Luna.

Me agradan sus palabras, pero no voy a negar que tienen un matiz posesivo que me asusta. Creo que piensa que seré una propiedad suya más cuando nos casemos. Suerte que eso nunca sucederá.

Me agarro con nerviosismo el vestido rosado informal que me he puesto hoy porque no esperaba su visita. Izan se aparta y esboza una expresión curiosa en sus afilados rasgos.

—¿Y el vaso con agua que has ido a buscar a la cocina? —pregunta.

Arrugo la nariz y miento:

—Bebí y lo dejé allí.

—¿Hasta cuándo vas a seguir mintiéndome, futura señora Davis?

Le miro sin saber qué responder. ¿Acaso sabe algo de lo que tramo?

—Imagino que habrás ido a buscar algo para dormir —prosigue.

¿Qué? ¿Cómo sabe eso?

Se rasca su oscura barba, después me entrega una bolsa y se sienta en un sillón. La abro, hay dos medicamentos y no reconozco ninguno.

—¿Qué es… esto?

—Eres demasiado bonita y quiero disfrutar de ti antes de compartirte con un bebé. ¿Qué opinas?

Me quedo plantada en el sitio. Disfrutar… ¿sexualmente hablando? Me pongo tensa por el tema de conversación. De repente, tengo calor.

—Son pastillas anticonceptivas —explica, pero no sé si entiendo bien de qué habla y él se ríe con superioridad—. ¡Qué inocente eres, mi pequeña niña bonita! Debes empezar a tomarlas ya para no quedarte embarazada. La boda es en menos de dos semanas.

—Si las tomo… no me quedaré embarazada cuando hagamos el amor —comento avergonzada con un hilo de voz.

—¿Hacer el amor? —Él se ríe con superioridad—. No creo que yo sepa hacer eso, señorita Luna, pero no te preocupes, te enseñaré todo lo que debes saber… —Se pone en pie y me agarra de la cintura con fuerza—. ¡Estoy loco por ti!

No sé si estoy excitada, asustada, avergonzada o un poco de todo. Izan Davis es tan explosivo y atractivo y siempre tiene palabras tan halagadoras que, aunque tengo claro lo que siento por Dakari, reconozco que despierta cierta curiosidad en mí.

—¿Y el otro medicamento, para qué es? —pregunto mientras señalo la segunda cajita.

Izan se aparta y saca el móvil, creo que le ha llegado un mensaje al que atiende mientras me contesta:

—Tu médico me ha llamado esta mañana, dice que habías estado buscando somníferos en internet y le ha saltado el aviso.

¿Qué? ¿Cómo es que le ha saltado un aviso a mi médico? ¿Y por qué demonios le ha llamado a él y no a mí? Pero no quiero gritarle esas preguntas a Izan; además, me hace una señal de disculpa y llama a alguien por el móvil. Mientras, yo analizo la caja, son somníferos, no hay duda. Me leo el prospecto y presto atención a la información sobre dosis máxima recomendada, efectos secundarios y demás.

Izan termina la llamada y me dice:

—Disculpa, ser el protector adjunto es básicamente ser el protector de la ciudad porque mi padre está ocupadísimo con las elecciones. Hay un problema con unos rebeldes…

—¿Problema? —pregunto con atención.

—No te preocupes —me dice, como si ese asunto quedase totalmente fuera de mi alcance—. Bueno —señala las pastillas—, tu médico dice que no tomes muchas y que es normal que no duermas por el estrés de la boda, pero que lo llames a él antes de ponerte a buscar por internet. Y no olvides tomar las anticonceptivas o se nos acabará la diversión muy pronto. —Me da un beso en los labios y concluye—: Pásatelo bien en El Purgatorio, nos vemos el lunes.

Se da media vuelta y se dirige con prisa a la puerta, pero yo no puedo evitarlo y le pregunto:

—¿Por qué te ha llamado mi médico a ti?

Él se gira y esboza una sonrisa de superioridad.

—Porque ya eres prácticamente mía y cuido de todas mis pertenencias.

Creo que abro la boca sorprendida por sus palabras, pero él se marcha sin más.

Izan Davis es guapo, sus rasgos afilados son sensuales, es halagador y quizá podría haberme casado voluntariamente con él, pero me inquieta el hecho de que me trate como a una pertenencia… ¿Es así como se sienten los oscuros, como meros objetos dispuestos para el uso de sus amos? No deseo una vida así y siento más ganas aún de huir con Dakari.

* * *

El viaje a El Purgatorio ha sido largo y todos estamos agotados mientras esperamos en la recepción a que nos den las habitaciones del hotel, pero Sherlyn clama que es viernes y que deberíamos salir a cenar a algún restaurante de la ciudad. En lo único en lo que puedo pensar yo es en que llevo todo el día de viaje en avión, coche y autobús con Dakari y no he podido hablar con él por las malditas leyes de que oscuros y verdaderos no pueden sentarse juntos ni comer en la misma mesa ni mil cosas más.

—Sherlyn —dice Martha mientras se sienta en un bonito sillón de la recepción—, el plan era dormir para disfrutar del sábado a tope.

—Pero el domingo regresamos, vamos a estar nada de tiempo y yo quiero salir… —lloriquea como una niña pequeña y me mira—. ¿Qué dices, Luna? Este es tu viaje, ¿salimos a cenar?

Miro a Dakari de reojo, que está colocando las maletas en un carro, y me doy cuenta de que puede ser mi oportunidad de estar a solas con él para terminar de planear la fuga, porque apenas hemos podido hablar estas últimas semanas y lo único que sabe es que he hecho este viaje con la intención de fugarnos.

—¡Creo que tienes razón! —exclamo—. ¡Vayamos a cenar!

Sherlyn aplaude y da saltitos de alegría, mientras Martha refunfuña desde el sillón.

Nos lo explican todo al detalle en la recepción del hotel y presto atención. Las tres compartiremos una habitación, porque una joven sin casar no puede dormir sola. Nuestras doncellas dormirán en la habitación contigua, por si necesitamos algo, y los cocheros, en otra planta. Así que Dakari estará demasiado lejos.

Subimos a las habitaciones a prepararnos para nuestra salida. El hotel es lujoso, no hay duda. Espero que mi padre no haya gastado demasiado dinero en esto.

Sherlyn me trata como si nada hubiera pasado entre nosotras y yo finjo que todo va bien. Es más, creo que, en verdad, quiero disfrutar un poco de mis amigas porque no volveré a verlas nunca más.

Nos preparamos entusiasmadas como tres simples amigas, como si nada más importase, llenando el baño y la habitación de vestidos, maquillajes, bolsos y zapatos.

Aunque estoy agotada por el viaje, me miro al espejo y me veo guapísima. Como es de noche y no estamos casadas, se nos está permitido llevar estos cortos y ajustados vestidos. El mío es azul, con forma de tubo. Es sencillo, pero elegante. El de Sherlyn es un pequeño trozo de tela plateada brillante a más no poder que deja toda su espalda al descubierto y tiene un pronunciado escote.

—¿No llevas sujetador? —pregunto inocentemente.

—No, y es comodísimo —dice con picardía y las tres nos reímos.

Las doncellas terminan de arreglarnos el cabello y el maquillaje y bajamos a la recepción. Allí nos reciben el cochero y Dakari. Su mandíbula se desliza hacia abajo al verme y yo me pongo roja como un tomate. Él esboza una sutil sonrisa torcida y observo las arruguitas de la comisura de sus labios. ¡Es entrañable! Me encanta verle así, sonriendo, feliz, y pronto todos los días de nuestra vida serán de esta manera.

Nos llevan con el coche alquilado hasta el restaurante y me percato de que Dakari ha dibujado con sus dedos una cara de una niña en el cristal que separa los asientos delanteros de los nuestros. Es el rostro que dibujó de niño antes de saber cómo sería mi cara. Sonrío, pero pronto guardo mis sentimientos y él borra el dibujo para que mis amigas no se percaten de su existencia.

Cruzamos la ciudad de El Purgatorio y las luces la hacen bonita en mitad de la noche.

Llegamos al restaurante, lo ha escogido Sherlyn porque es el lugar al que van a cenar los jóvenes en edad casadera aquí, en El Purgatorio. Y lo cierto es que no parece un restaurante, más bien es como la fiesta que dio Izan en su casa. La luz es tenue y hay bolas de colores que se deslizan por el techo creando una atmósfera de juerga. Hay jóvenes bailando demasiado pegados, otros cenan, otros ríen, otros beben alcohol. Pensaba que esto solo podría ocurrir a puerta cerrada, en las reuniones privadas.

—Creo que podría venirme a vivir aquí —comenta Sherlyn entusiasmada mientras el camarero nos guía a una mesa.

—En Nueva Fe no hay sitios así ¿verdad, chicas? —pregunta Martha, pasmada ante la escena.

—Claro que no —responde Sherlyn mientras toma asiento—, pero es que en la frontera son más modernos. Se dice… —comenta bajando la voz— que nuestra ciudad es la más beata de todas, pero que hay muchas otras que se están cansando de tanta mojigatería y desean una sociedad más moderna… Como la de antes de los virus.

Martha mira horrorizada a Sherlyn.

—¡No digas tonterías! El demonio vino precisamente porque la gente se volvió demasiado… moderna.

Sherlyn se encoge de hombros y ambas miran la carta para decidir la cena.

Me paro a reflexionar un momento sobre lo que ha dicho porque Izan Davis también me habló de los modernistas y de que su padre ganaría votos entre ellos al rechazar mi dote, porque la dote es algo anticuado.

La historia que conocemos es la que nos han contado, que los verdaderos —los blancos— llegamos aquí traídos por los ángeles a través de una máquina del tiempo para repoblar la Tierra y someter a los oscuros —los negros—. No puedo creer que Dakari esté tocado por el demonio, eso es absurdo, es una persona maravillosa. Sin embargo, una pequeña duda anida en mí. ¿Y si me equivoco y traiciono a Dios y a los ángeles huyendo con Dakari? ¿Y si es el

demonio quien me está haciendo caer en la tentación y estoy yendo directa a su trampa? Una voz me grita que debería escoger a Izan Davis: es apuesto, simpático y ha aceptado casarse conmigo aunque mi familia esté arruinada. Y… es un verdadero, tocado por los ángeles.

Busco a Dakari con la mirada y lo veo de pie a la entrada del restaurante. No le han dejado pasar, así que aguarda ahí con otros esclavos. Sus ojos están clavados en mí y me sonríe, yo hago lo propio sin poder evitarlo y me lleno de felicidad. No, no puedo tener dudas, Dakari es lo que deseo y me niego a creer que el demonio esté en él o que Dios vaya a castigarme por alejarlo del sufrimiento y el peligro que le procuran quienes le rodean, con independencia del color de su piel. Dakari es bueno y lo amo. Me siento una idiota por haber dudado hace un instante.

Pedimos la cena al joven camarero, que parece bastante cansado y, después, miro el móvil solo por cortesía hacia Izan y le escribo un mensaje:

«¿Cómo van los resultados de las votaciones? ¿Ha ganado tu padre?».

Contesta al instante:

«¡Ha ganado! ¿No has visto las noticias? Acaban de decirlo».

El mensaje va acompañado de unos emoticonos de champán.

—¡Felicidades, señora Davis! —me dice alguien. Levanto la cabeza y es el camarero. Mis amigas lo miran sin comprender.

—El padre de Izan acaba de ganar las elecciones —les aclaro y ellas abren la boca alucinadas.

—Felicidades —insiste el camarero, pero noto un extraño matiz en él. Es un joven verdadero poco agraciado que tiene unas pronunciadas ojeras.

Mis amigas comentan lo que va a suponer que me convierta en la esposa del vicepresidente de Los Nuevos Estados Unidos de la Luz. Incluso Sherlyn está emocionada, pero también llena de envidia.

Mientras, el camarero deja con cuidado la comida y nos apresuramos a ingerirla, estamos hambrientas.

Noto un sabor extraño en uno de los alimentos, quizá sea un sabor exótico típico de la frontera. Qué diferente parece este lugar.

Un poco antes de que llegue el postre, comienzo mi teatro y me disculpo por encontrarme mal. Hago un gesto a mi doncella, que espera fuera, y me acompaña hasta el aseo. Cuando llego al estrecho pasillo que da a los baños, me cruzo de frente con el camarero de ojeras pronunciadas. Él le lanza una mirada de desprecio a mi doncella y me dice:

—Aunque sea usted la esposa del vicepresidente, debe atenerse a las normas. Este local no es suyo, es mío, y no están permitidos los oscuros.

Las palabras suenan con tanta acritud que me quedo petrificada por el odio que va implícito en ellas. Además, aún no estoy casada con Izan y me molesta que dé por supuesto que soy una Davis.

—Disculpe, es mi doncella, lo habitual es que me acompañe a todas partes —me explico mientras me pongo delante de la oscura temiendo que el chico le haga algo.

—Ya, claro, porque en Nueva Fe son todos unos anticuados, pero aquí no hacemos las cosas así. Las mujeres no son idiotas, pueden ir al baño solas. Aquí somos más modernos.

Aprieto los dientes molesta por el insulto.

—Claro que podemos ir al baño solas, pero no es prudente que una mujer…

Él me interrumpe:

—¿Va a seguir las normas de MI restaurante o tengo que echarla? ¡No quiero esclavos en mi local!

Le hago un gesto a mi doncella y se marcha rápidamente. El joven hace amago de seguir con sus cosas, pero yo le agarro del brazo y le digo:

—Para ser tan moderno, odias más a los oscuros de lo que he visto a nadie hacerlo en Nueva Fe.

Él esboza una sonrisa burlona, se rasca la nariz y me aclara:

—No los odio por ser negros, los odio por ser esclavos. —Y se da media vuelta y se marcha, pero entonces, se cruza con Dakari y lo mira con desprecio—. ¿Este esclavo también es suyo, señorita Davis? ¡Sáquelos a todos de aquí o llamaré a la policía! —Y se va.

Me quedo a solas un momento en el pasillo de los baños con Dakari, que ha debido adentrarse en el local temeroso de que algo sucediese. Se acerca hasta mí y mira cómo se va el verdadero.

—¿Qué le ocurre a ese joven? —pregunta incrédulo—. La doncella me ha avisado de que parecía alterado. ¿Está bien, señorita Luna?

Me mira con preocupación mientras frunce el ceño, pero yo no tengo ni idea de qué acaba de pasar. Creo que no era consciente de lo que supone la política en diferentes partes del mundo, aquí parece que las cosas tienen una perspectiva diferente. Observo a Dakari, tan guapo con sus alargadas rastas blancas y su enorme porte, observándome a través de sus preciosos ojos. Viste el traje de chaqueta verde con bordados dorados que le marca los músculos. Reconozco que me deja sin respiración. Sin embargo, me obligo a centrarme, aprovechando que estamos solos.

—¿Tienes algún plan para la fuga?

Él cambia la expresión y se pone en modo intelectual. Es inteligente y astuto y me encanta.

—Tengo clara la carretera que hay que tomar, pero no sé qué haremos si nos encontramos con controles. No tenemos autorización para salir de El Purgatorio y esa carretera cruza la frontera del país y lleva hasta la Tierra Abandonada. No sé qué sorpresas nos auguran.

—¿Y la pulsera? —pregunto mirando su muñeca, porque sé que le rastrean.

—¡Tengo unos alicates! Espero que sirva. —Y continúa hablándome de formas de usar el móvil sin que lo puedan localizar y de no sé

qué palabras más que no alcanzo a comprender.

De repente, esboza media sonrisa y se acentúan las arruguitas de su cara, creo que le hace gracia ver mi expresión de incomprensión, así que yo también sonrío y él arruga sus labios ahora.

—¿De qué se ríe, señorita Luna?

—Es que… —me muerdo el labio— me encanta oírte decir esas cosas de listillo…

Emite una suave carcajada.

—No son cosas de listillo, hablo de móviles, señorita Luna.

—Pues eso, listillo —comento arrugando la nariz—, ¿quién entiende esos chismes? —Y sueno como si fuera mi abuela. Dakari se ríe más aún y yo me acerco un poco a él y exclamo—: ¡Te quiero!

Él se siente tentado de besarme, lo percibo, pero entonces, resopla algo disgustado y contesta:

—Yo también, Luna, pero no estoy tan convencido de esto como tú… No es seguro para ti…

—Pero es lo mejor para ti, Dakari —le interrumpo sin dejar espacio para que hable, porque no cambiaré de opinión—. ¡Y ahora, regresa con los oscuros a la puerta del restaurante o ese camarero acabará echándonos!

Dakari se ríe, niega con la cabeza y yo le saco la lengua de forma juguetona. Se va y aguardo unos instantes para salir y dirigirme a la mesa.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Sherlyn con demasiada curiosidad —. Tu doncella ha salido corriendo sin ti y luego tu cochero ha ido al baño. ¿Qué hacíais a solas?

Sus palabras siempre están envenenadas, pero yo me limito a contarles la verdad, más o menos, y Martha se queda tan confundida como yo por la actitud del camarero. Sherlyn se ajusta el escote del vestido y creo que lo hace para mostrar más pecho que para taparlo. Después, nos susurra:

—Estos son los modernos de los que os hablaba. Luna, ahora que tu marido es vicepresidente, vas a tener muchos enemigos. Los modernistas dicen que los esclavos les quitan el trabajo a los verdaderos de clase social más baja.

—¿Qué trabajo? —pregunta Martha inocentemente.

—¡No seas tonta! —exclama Sherlyn sin dar crédito a la pregunta —. Si no existiera la esclavitud, el padre de Luna, por ejemplo, tendría que contratar a verdaderos para hacer el trabajo y pagar por ello.

—O podrían contratar a oscuros y pagarles —comento y ambas me miran estupefactas.

Martha toma la palabra:

—Entonces… ¿esta gente quiere que liberemos a los oscuros solo para poder hacer su trabajo y que les paguen por ello? —Sherlyn asiente y se encoge de hombros—. ¿Pero es que no les da miedo que el diablo regrese a la Tierra y nos mate a todos otra vez?

Ninguna contestamos. Me siento confundida, no tenía ni idea de que existían pensamientos de este tipo en otras partes del país.

—Chicas, no me encuentro bien. Le pediré a un cochero que se quede aquí para llevaros al hotel luego, yo me voy ya —les digo y, aunque pretendía ser una mentira, lo cierto es que tengo un poco de malestar en el estómago.

—De ninguna manera. Si estás mal, nos vamos todas —dice Martha.

—No, en serio, quedaos aquí un rato y disfrutad de la fiesta.

Sherlyn aplaude encantada, pero Martha refunfuña.

Me voy del restaurante y me encuentro con los cocheros y mi doncella. No conozco mucho a la mujer porque es quien sustituye a la que desapareció y no somos muy íntimas, pero espero que no sea un problema para mi plan.

—No me encuentro bien —le digo a Naim—, quédate para llevar a mis amigas al hotel más tarde en un taxi. Tú —me dirijo a Dakari con indiferencia, como lo haría el ama—, llévame al hotel con mi doncella.

Todos asienten y no discuten porque son esclavos. Dakari me abre la puerta del coche y le noto nervioso porque va a conducir él solito.

Una vez que estamos acomodadas en el interior, le digo a mi doncella:

—Se me ha olvidado el pintalabios en la mesa, ve a buscarlo.

—Pero, señorita, el joven verdadero ha dicho que estaba prohibida la entrada…

—¡Haz lo que te mando! —le ordeno y ella sale del coche sin rechistar.

Una vez que la puerta se cierra, toco en el cristal que me separa de Dakari y él lo baja.

—¿A dónde desea la señorita que la lleve esta noche? —pregunta bromeando.

—Al país con el que soñábamos de niños —digo con una melodiosa voz, como si esto fuera un juego infantil.

—Entonces, tendrá que dormirse, solo así podré llevarla a mis sueños.

Él finge conducir y nos reímos, pero después, nos ponemos serios porque somos conscientes de que lo que vamos a hacer puede salir mal de una y mil formas. Para él, puede suponer la muerte y, para mí… No lo sé, la verdad. No tengo constancia de ninguna verdadera que haya intentado fugarse del país con un oscuro.

—¿Y ahora qué? —pregunto—. Tengo el somnífero para la doncella. La dormimos y… ¿dónde la dejamos?

—No podemos dejarla en cualquier sitio, sería peligroso para ella, seguramente, la matarían por cómplice de secuestro o algo así…

Aprieto los dientes frustrada. Sí, esto no puede salir mal y no debo poner la vida de nadie en riesgo.

—¿Entonces? ¿Quieres que nos la llevemos en contra de su voluntad?

—Ya está aquí en contra de su voluntad —aclara Dakari.

Asiento con la cabeza y él me sonríe para quitarle hierro al asunto. Después, pasa sus dedos por el hueco libre de la ventana que separa ambas partes del coche y agarra mi mano.

—Luna, ¿crees que serías feliz con el señorito Davis? Parece que te aprecia mucho.

—¿Por qué dices eso? Me voy contigo.

Él aferra mi mano y sé que está pensando algo importante, su rostro se muestra serio.

—Y yo quiero que vengas, pero no a la guarida de los rebeldes, ese lugar no es para ti.

—¿Por qué? —pregunto enfadada—. ¿Porque tengo la piel blanca? —Dakari pone mala cara y yo le suelto la mano—. Si no quieres que vaya, no iré, pero me aseguraré de sacarte de este país, aunque me cueste la vida.

Dakari esboza una sonrisa y me mira, pero yo me mantengo seria. No sé por qué demonios tiene que preguntarme por Izan, no quiero al señorito Davis, le quiero a él. Entonces, Dakari echa vaho sobre el cristal y dibuja con el dedo a su monstruo superhéroe. Lo miro y aflojo el enfado, le sonrío.

—Tienes un corazón muy hermoso, Luna —me dice—, pero entiende que no quiera ponerte en peligro, y no sé si hay un lugar para ti junto a los rebeldes.

En ese momento, llega la doncella y Dakari sube el cristal. La mujer entra en el coche a punto de echarse a llorar.

—Lo siento, señorita Luna —me dice—, no he encontrado su pintalabios y me han echado del restaurante. Soy una sucia oscura y

usted…

—Está bien —la interrumpo—, gracias, me he despistado y lo tenía aquí.

Dakari arranca y, la verdad, conduce fatal.

No conozco demasiado bien la ruta hacia el hotel, pero yo diría que nos está llevando a la carretera que sale de El Purgatorio hacia la Tierra Abandonada. Cojo la botella de agua que he mezclado con los somníferos y se la entrego a la doncella.

—Toma, bébetela —le digo y ella me mira insegura. Es evidente que, por ley, está obligada a hacer todo lo que yo le diga porque soy su dueña, pero, aun así, no entiende la orden porque no tiene sentido. Yo odio tener que comportarme como su ama, pero la miro con el rostro serio y ella se toma el agua hasta que no queda nada.

Estoy agotada. Lo cierto es que no había planeado que nos fugaríamos hoy; en realidad, no tenía demasiado claro el plan, pero aquí estamos, a punto de marcharnos del país.

Miro por la ventana mientras el somnífero le hace efecto a mi doncella y observo una manifestación de personas en plena noche. Jamás había visto nada igual. Bajo la ventanilla y los oigo gritar:

«¡Fuera los oscuros, queremos trabajar!».

Miro con más énfasis y leo algunos carteles que me inquietan:

«Davis = Pobreza».

«Queremos trabajar, no a los esclavos».

«Estamos en el siglo XXIII, no en el XIX».

«Fuera el presidente Davis».

Me quedo sorprendida. Creo que en Nueva Fe sería imposible una aglomeración como esta, allí todo es siempre… demasiado correcto.

Miro a mi doncella, está haciendo un esfuerzo enorme por no dormirse, pero está prácticamente KO, así que doy unos golpes en el

cristal que nos separa de Dakari. Él ralentiza la velocidad del coche y lo baja.

—¿Has visto eso? —Señalo el grupo de manifestantes—. Quieren hacer el trabajo que hacen los oscuros y que les paguen por ello.

—Sí, señorita Luna —dice formalmente—, pero si piden que no seamos esclavos… ¿qué quieren que seamos?

—¿Libres?

Dakari chasquea los labios y nos conduce ahora con algo más de velocidad fuera de la manifestación.

—No buscan nuestra libertad, piden trabajar.

—Buenooo —comento poniendo una voz infantil—, no es incompatible. Quizá haya un futuro lleno de cambios aguardándonos, Dakari.

Él esboza una sonrisa, pero cambia de tema:

—¿Cómo va la doncella?

La miro y contesto:

—Totalmente dormida.

Entonces, Dakari acelera y da algunos bandazos, está claro que conducir no es lo suyo. Nos encontramos con un control policial que ni siquiera le pide a Dakari su código de esclavo, solo me preguntan a mí a dónde me dirijo y le digo que a dar una vuelta en coche para conocer la ciudad. Es extraño, El Purgatorio parece un lugar muy diferente donde la seguridad no es la prioridad, ya que ni siquiera se sorprenden al ver a mi doncella dormida en el coche, algo que es totalmente inapropiado y que en Nueva Fe le habría supuesto unas buenas descargas por parte de los propios policías si su ama no se las hubiera dado antes.

Miro por la ventana y veo que Dakari se detiene en una especie de mirador totalmente destruido. Está bastante alejado de la civilización, pero aún dentro de la frontera del país. Baja del coche para acudir a mi puerta, pero yo me apresuro a abrirla sola porque

Dakari nunca más será un esclavo. Lo hago en el mismo instante que llega y acabo golpeándolo.

—¿Luna? ¿Qué haces? —pregunta de forma divertida mientras se toca la rodilla.

—Es que ya no eres un esclavo.

—¿Y por eso me golpeas? —comenta en broma y esboza una enorme sonrisa mientras deja su pierna quieta en el suelo.

—No pretendía golpearte, quería abrir la puerta yo sola —le aclaro mientras le saco la lengua.

Miro alrededor y me doy cuenta de que estamos en lo más alto de la ciudad. Corro hacia la estropeada barandilla con cuidado de no caerme. La altura impresiona: por un lado, se ven un montón de luces iluminando El Purgatorio, esta ciudad moderna llena de detractores de los Davis; por el otro lado, una inmensa oscuridad: la Tierra Abandonada.

De repente, oigo música, es mi canción favorita: Libre como el viento. Me giro, dando la espalda a la ciudad, y veo a Dakari bailar y dejar el móvil del que procede la música sobre el suelo. Me mira y hace mover sus caderas mientras bailotea a mi alrededor. Tiene una media sonrisa perfecta y entrañable en sus carnosos labios. Le observo totalmente fascinada y me muero de vergüenza.

—¿Me concede este baile, señorita Luna? —pregunta mientras me tiende una mano y yo me pongo roja como un tomate y me muerdo el labio.

—¿Qué haces? ¿Y si alguien nos ve? —Me escondo detrás de mi cabello.

Dakari se quita los guantes de esclavo y lleva lentamente sus dedos a mi cara, aparta los mechones de pelo que me tapan la visión, colocándolos detrás de mis orejas.

—Si nos pillan, diré que te secuestré.

—Pero…

Él me pone sus dedos en la boca para impedirme que siga hablando y sonríe, produciendo unas lindas arrugas en su cara.

—Luna, no sabemos dónde amaneceremos mañana, pero sí que ahora estamos aquí, juntos. Baila conmigo, por favor.

Tiene razón, así que le doy mis manos para bailar formalmente, pero él se mueve de forma libre mientras lleva sus manos a mi cintura y me hace mover alegremente al ritmo de la melodía de mi canción.

Acerco mi cara a la suya, tanto, que nuestras narices se tocan y me río, él también. Apoyo mis brazos delicadamente sobre sus hombros y cruzo mis manos por detrás de su cuello. Nos miramos a los ojos y disfrutamos de la canción.

—¿Qué te gustaría ser de mayor? —pregunta mientras me hace girar y coloca nuevamente sus manos en mi cintura.

—No sé si te entiendo —contesto y él me mira con esa expresión divertida que siempre pone.

—A mí me gustaría ser empresario, creo que se me dan bien los números y tengo un montón de ideas. Quizá podría contratar a esa gente de la manifestación. Supongo que, en ese país imaginario al que vamos… podré ser empresario ¿no?

Me sonríe y yo a él. Es bonito soñar despiertos y me permito apoyar mi cabeza sobre sus hombros y desear también. ¿Qué quiero ser de mayor? Nadie me hizo esa pregunta porque soy mujer. Mi futuro ha sido siempre ser bonita, educada, correcta y encontrar un buen marido, rico y de clase alta.

—Me gustaría ser contrabandista —digo con una voz algo teatralizada.

Dakari detiene el baile y me mira confundido, pero divertido.

—¿Contrabandista?

Yo me río de él y le saco la lengua.

—Sí, contrabandista de personas. Me dedicaría a sacar personas de este país y llevarlas al nuestro imaginario, para que allí pudieran ser libres.

Dakari vuelve a cogerme de la cintura y seguimos bailando los últimos segundos de la canción.

—¡Luna, la libertadora! —dice.

—No sé qué significa eso, listillo —bromeo—, pero suena mucho mejor «contrabandista».

—Te aseguro que no —dice entre risas y yo le cojo una rasta de su cabello blanco y tiro de ella mientras le saco la lengua.

La canción termina, pero seguimos bailando un poco más porque no queremos que este momento termine nunca. Entonces, el malestar en el estómago que he sentido en el restaurante regresa, pero no digo nada.

—¿Lista para empezar tu carrera de contrabandista? —pregunta Dakari y yo asiento.

Me coge de la mano y vamos hasta el coche juntos, pero el dolor aumenta y me detengo. Él me mira, aunque continúo avanzando para alcanzar el vehículo.

—¿Vas a golpearme de nuevo con la puerta, señorita contrabandista? —pregunta Dakari, divertido.

Me siento tan mal que apoyo mi mano contra el coche y le digo:

—¡Me duele el estómago! —Caigo de rodillas al suelo y emito un grito—. ¡Algo no va bien, Dakari!

Él se arrodilla a mi lado y lo escucho coger aire intensamente. ¿Qué hace?

—Luna. ¡Te han envenenado!

—¿Qué?

Pero Dakari ya está en pie con el móvil en la mano.

—¡Vamos! —me dice—. Estamos a diez minutos en coche del hospital.

Empiezo a escupir sangre por la boca y me desplomo en el suelo. El dolor es muy intenso. Dakari me coge en brazos y me mete en el asiento delantero del coche, en el del copiloto. Cierra la puerta y ocupa rápidamente el asiento del conductor. Arranca y conduce a toda velocidad.

—¡El chico del restaurante! —exclamo recordando el sabor extraño de uno de los alimentos y el trato que me ha dado—. Ha sido él, la comida… —Quiero seguir hablando, pero el malestar aumenta y toso sangre.

—Luna, aguanta, por favor.

La voz de Dakari suena preocupada y noto movimientos rápidos y bruscos debido a su conducción. Me está llevando al hospital, pero esta era nuestra oportunidad de escapar. Llevo mis manos hacia él y consigo tocarle el brazo.

—¡Huye! —le digo, pero no contesta. Pone el coche a tanta velocidad que creo que vamos a morir en la carretera. Ante su silencio, insisto—: ¡Vete! —E intento cogerle el brazo para que se detenga y cambie el rumbo a la Tierra Abandonada.

—¡Luna! —me grita—. Si no llegas pronto al hospital, vas a morir. ¡Eso es lo único que me importa ahora!

¿Cómo ha sabido que estaba envenenada? ¿Por qué habla con tanta certeza de que voy a morir? ¿Cómo puede saber esas cosas?

—Vale —le digo con un hilo de voz, porque no puedo más, creo que me voy a desmayar—. Déjame en el hospital y huye. Quiero que te vayas, Dakari, quiero que seas libre…

La oscuridad se cierne sobre mí.

* * *

Abro los ojos, alguien me lleva en brazos y chilla:

—¡Es la señorita Luna Moore, la futura esposa de Izan Davis, el vicepresidente! ¡La han envenenado!

¿Dónde estamos? Todo se muestra borroso y diluido, creo que tengo fiebre.

Alguien habla y noto numerosos movimientos a mi alrededor. Creo que Dakari me deja en una camilla y se sitúa junto a mí.

—¿Dakari?

Él me mira y se alegra de verme despierta.

—Huye —le digo, pero él niega con la cabeza, así que uso las pocas fuerzas que encuentro dentro de mí para susurrarle—: Te quiero. —Y ahora grito ferozmente—: ¡Este sucio oscuro me está tocando! ¡Quiero que se vaya al coche con mi doncella! ¡Echadlo del hospital!

—No, Luna, no te dejaré —me dice en un susurro, pero es demasiado tarde, soy una verdadera y solo he necesitado pedirlo para que lo expulsen de aquí.

Veo cómo lo echan con malas formas del hospital, cómo se queda detrás de la cristalera del edificio, mientras a mí me llevan a alguna parte para curarme. Me encuentro demasiado enferma, creo que voy a morir, así que mis últimos pensamientos se los dedico a él:

«Dakari, sé libre, sé feliz, vive».

7. Boda

Dakari

Miro hacia la doncella de Luna, sigue dormida en el interior del coche. No paro de dar vueltas de un lado a otro de la calle junto al coche, a las afueras del hospital. He olido el veneno… Lo detecté desde que salió del restaurante, pero me confundí, pensaba que eran los somníferos de la doncella. Y estaba nuevamente distraído por Luna, por mis nervios, por la fuga y por la preocupación de si estaba haciendo bien arrastrándola conmigo a una ciudad solo de oscuros…

Miro el móvil y le mando un mensaje a Naim para que traiga de inmediato a las otras señoritas al hospital. Es posible que también las hayan envenenado. Está claro que es por la familia Davis. Doy una patada al suelo, enfadado. Había llegado a creer que quizá Luna podría quedarse aquí y casarse con Izan, ha mostrado mucho interés por ella y le ha perdonado la dote, pero con el cargo de su padre, todo ha empeorado y creo que Luna nunca estará a salvo en este país. ¿Y cómo se le ocurre pedirme que me marche solo? Lo único que tengo claro en mi vida es que deseo estar junto a ella.

Me llevo las manos a la nuca, agobiado, y dejo mis codos flexionados en el aire, respiro lentamente y llamo al señor Moore con el móvil.

—¿Dakari? ¿Qué ocurre? —contesta alarmado. Tiene motivos para estarlo porque nunca lo llamo y, menos aún, en plena noche.

—Han envenenado a la señorita Luna. Acabo de dejarla en el hospital.

—¿Qué? ¿Está bien? ¿Cómo ha ocurrido?

—Llame al Hospital Sur de El Purgatorio para preguntar por ella, a mí me han echado —le explico—. Luna y sus amigas han cenado en

un restaurante y, al parecer, el camarero tenía unos ideales políticos alejados a los de los señores Davis.

—¡No te despegues del hospital hasta que llegue yo! Cojo un avión ahora mismo.

LUNES

Hay dos camiones enteros para cargar con muebles. Tengo dos compañeros, pero no les dirijo la palabra porque no estoy de humor. El domingo regresé en avión sin saber el estado de Luna. Me dejaron aquí, en la fábrica, y no me dieron explicación alguna.

MARTES

Estoy agotado por todas las maderas que he tenido que colocar en el almacén y, sin embargo, no puedo dormir. Naim no ha venido a recogerme, así que supongo que no necesitarán mis servicios como cochero ni guardaespaldas. ¿Qué ha sido de Luna? ¿Está bien? He intentado preguntar a los oscuros de la fábrica, pero la mayoría ni siquiera ha visto a la señorita en su vida y nada pueden contarme de su actual estado.

Y, por si fuera poco, una tormenta electromagnética azota nuevamente la ciudad y parece que no tenemos luz en toda la fábrica. No puedo dormir ni me dejan dormir. El capataz nos despierta a unos cuantos para que nos aseguremos de que la fábrica está en orden.

Los truenos rugen con fuerza imitando mi malestar.

MIÉRCOLES

El señor Moore no se ha pasado por la fábrica, es raro porque, normalmente, suele hacerlo todos los días. El capataz me ha ordenado organizar la contabilidad, ya que ayer se apagaron las máquinas de golpe por la tormenta y teme que hayamos perdido algunos datos, así que tengo acceso a un ordenador. Intento entrar en internet para ver las noticias, pero han desconectado la wifi. A veces, tengo suerte y se les olvida, pero hoy no es el día.

Creo que me va a dar algo debido a la preocupación. ¿Y si Luna ha muerto y por eso el señor Moore no viene? Quizá esté de luto.

JUEVES

Hace calor y llevo toda la mañana cargando cajas de muebles; sin embargo, el capataz no hace más que encargarme tareas concretamente a mí. Estoy agotado y sediento. ¿Me están castigando? ¿Acaso la doncella ha dicho que la dormimos para fugarnos? ¡No! Ella despertó avergonzada a las afueras del hospital y le dije que, seguramente, se habría envenenado con el agua de la señorita Luna, así que no puede haber contado nada porque no sabe nada.

Quizá Luna esté bien y están preparando la boda. Supuestamente, se casarán este próximo sábado. ¡Me enfado y cojo las cajas con una gran ira! Sé que Izan Davis la tratará bien, siempre parece atento con ella, y también sé que Luna siente algún tipo de atracción por él, lo huelo cuando están juntos. Si la quiero de verdad, debería bastarme con saber que pueden ser felices; aunque ella no consiga su tan ansiada libertad, vivirá más o menos bien.

VIERNES

Oír, ver, callar y olvidar.

¡Qué gran consejo me dio mi madre! Ahora mismo solo puedo pensar en cómo olvidar a Luna, porque jamás volveré a verla.

Aparto la vista del artículo donde habla sobre ella y me centro en la hoja de cálculo que tengo abierta en el ordenador del despacho de la fábrica.

¡No, no puedo! Hoy he tenido suerte con internet y por fin sé qué ha sido de Luna. Abro la página de la noticia y la vuelvo a leer:

«¿Saben quién es Luna Moore? La futura mujer del vicepresidente Izan Davis. ¿Y saben dónde estaba el día de las elecciones? Debatiéndose entre la vida y la muerte en un hospital en El Purgatorio. Según nuestras fuentes, la señorita había ido a visitar la ciudad con unas amigas de despedida de soltera y un joven a favor

del partido modernista la envenenó. ¡Pero no se preocupen, que este sábado habrá boda! La señorita Luna Moore, pronto Luna Davis, confirmó a los medios de prensa este mismo lunes que se encontraba en perfectas condiciones y que estaba deseando casarse con su amado Izan Davis. Así que, ya saben, la boda más esperada del año sigue en pie».

«Su amado Izan Davis…».

Cierro la página con un alivio inmenso, porque había llegado a creer que estaba muerta, pero también enfadado. Va a casarse con él y nunca volveré a verla. El señor Moore solo me sacó de la fábrica para proteger a su hija porque no tenían dinero para un guardaespaldas, pero la señorita Luna, con quien estaba a punto de fugarme hace unos días, se convertirá mañana en la segunda dama del país y tendrá guardaespaldas de verdad, blancos y verdaderos.

Soñamos con un país que no existe donde no hubiera diferencias entre oscuros y verdaderos, ni entre hombres y mujeres…

Soñamos… pero hemos tenido la mala suerte de despertarnos.

Oír, ver, callar y olvidar.

Gracias, mamá, pero no me diste el consejo más importante: ¿cómo hago para olvidar a Luna Moore?

SÁBADO

—¡Tú! ¡Deja el desayuno y ve al despacho del señor Moore! —me dice el capataz mientras me enseña sus amarillentos dientes.

Los otros oscuros me miran con preocupación. Nuestro amo me llama en mitad del desayuno, eso no puede significar nada bueno. Llevo una semana mentalizándome de que cualquier día puede ser el último para mí porque alguien sabría que intenté fugarme con Luna.

Voy con la camisa blanca de la fábrica y los pantalones color marrón, está claro que no me va a pedir que haga de chófer. Toco a la puerta de su despacho y él me da acceso. El capataz se queda fuera y la cierra. El señor Moore sonríe al verme.

—¡Dakari! —me dice con confianza, mencionando mi nombre. No parece enfadado—. ¡Pasa y siéntate, por favor!

No entiendo muy bien por qué me trata con tanta cercanía, pero me acerco a la silla que hay frente a su mesa y tomo asiento. Me percato de que tiene unas ojeras muy marcadas y que es demasiado temprano para que esté aquí. Son las seis y media de la mañana y el sol está empezando a salir. ¿Qué ocurre?

—¿Has pensado en tener hijos?

Estoy mirando al suelo porque soy un esclavo, pero ante esa inesperada pregunta, alzo un momento la vista para escrutarle, no parece una pregunta trampa. Agacho la cabeza y respondo:

—No lo sé, señor.

Él se ríe y se mueve un poco nervioso sobre su cómoda butaca. Lleva sus manos a la mesa y juguetea con el sombrero de copa que normalmente suele llevar puesto y que ahora descansa sobre el mueble.

—Claro que sí, es ley de vida. Te casarás con una chica guapa porque eres un hombre apuesto e inteligente, pero te diré una cosa, esa chica no será mi hija.

Levanto la cabeza y nuestros ojos se encuentran. Está serio, pero no enfadado. Sabía que este momento podía llegar y lo único que temo es no haber podido despedirme de Luna antes de que me pongan la inyección para acabar con mi vida.

No digo nada y él prosigue hablando:

—No soy ciego, Dakari. Mi hija era una niña triste y desdichada por la muerte de su madre, pero un día, de repente, todo eran risas y juegos y fue gracias a ti. ¡Joder! —exclama ahora enfadado—. Soy un verdadero, no debería decir estas cosas, pero sé que ella sería feliz contigo y te respeto, aunque nunca me oirás decir esto fuera de estas paredes. Eres todo lo que un padre podría querer para su hija, por eso te puse a protegerla, sabía lo que sentías por ella.

Levanto la mirada y ya no me esfuerzo en agacharla. Es la primera vez en toda mi vida que un verdadero que no es Luna me dice palabras bonitas y agradables, que reconoce mi valía y me trata como a un ser humano.

—Desde hoy, vivirás en la mansión otra vez. Oficialmente, serás mi cochero, pero tendrás un despacho para trabajar, acceso a internet ilimitado y un ordenador. No responderás ante ningún capataz, solo ante mí. Quiero que lleves el negocio por mí. He revisado tu trabajo y creo que eres la única persona capaz de conseguir que no nos volvamos a arruinar. ¿Harás eso por mí, Dakari?

No me lo está ordenando, me está preguntando. No habrá ningún capataz para golpearme y podré dirigir una empresa… Parece que mis sueños se hacen realidad… ¿Por qué está pasando esto?

—Claro, señor Moore —digo dibujando una media sonrisa sin poder evitarlo—. Gracias, señor.

Él resopla y me mira con el rostro serio nuevamente.

—Ahora tengo que pedirte algo a cambio. Podría ordenártelo como tu amo, pero no soy tu amo ahora, soy el padre de la mujer que amas. —Habla con tanto convencimiento de la realidad que no puedo evitar tensar todo mi cuerpo y estar alerta. Y percibo el olor de Luna, está aquí—. Algún día, serás padre y entenderás lo que voy a pedirte. Mi hija solo clamaba un nombre en el hospital y no era el de su prometido, era el tuyo, Dakari. Lleva toda la semana en casa con esas crisis que le dan a veces. Habla de una tal Zala y no hace más que repetir ese número… —La preocupación de su padre es más que evidente—. Y creo que es por ti que esas crisis han vuelto. Necesito que sea feliz, Dakari, pero es imposible que lo sea junto a ti ¿lo entiendes? El mundo no lo permitirá. Voy a darte todas las comodidades que pueda, pero necesito que le digas que no la amas, que abandone toda perspectiva de tener un futuro contigo, porque, si no, será infeliz por siempre. Anímala a casarse y a disfrutar de su vida. Si la quieres, si de verdad la amas, tienes que hacerlo por ella.

Su padre me está mirando y ha elevado un poco el tono de voz. Huelo su preocupación y su estrés. No puedo contestar inmediatamente porque necesito entender lo que me está pidiendo. ¿Quiere que anime a Luna a casarse con otro hombre aun sabiendo que ella y yo nos amamos?

—Si os pillan juntos, si os pillan intentando fugaros… —comienza su padre con un hilo de voz, roto de preocupación—. A ti te matarán y ella no querrá seguir viviendo y, peor aún, Izan pediría el divorcio y nadie se casaría con ella, quedaría excluida de la sociedad, podrían incluso encarcelarla. ¿Quieres eso para Luna?

Su cabeza ausente de cabello está sudando y sus dedos juguetean con el sombrero de copa. Está muy preocupado.

—No, señor Moore —contesto sin dudar.

—Entonces, ya está todo dicho.

Se levanta, se coloca su sombrero de copa, abre la puerta y sale del despacho. Le escucho hablar con alguien.

Al cabo de unos pocos segundos, entra Luna y cierra tras de sí. Nos han dejado solos. Me levanto de la silla con el corazón roto, pero también con una inmensa felicidad al verla de nuevo. Ella no se lo piensa, viene corriendo y me abraza; después, se aparta y comienza a hablar:

—Le he pedido a Izan Davis que deje ir a la boda a todos los esclavos de mi familia y él ha aceptado porque es una buena forma de ganar votos entre los modernistas. ¿Crees que podrías robar el coche de Naim? —No me da opción a contestar y sigue hablando, nerviosa, precipitada, agobiada—: Intenta llevar un arma o herramientas, comida… Tenemos que irnos hoy, en algún momento después de la boda. Durante el banquete, yo…

Llevo un dedo a sus labios y la hago callar, ella me mira con los ojos desorbitados, creo que sabe perfectamente que nada de eso va a suceder. Aparto el dedo, le agarro de la cintura con delicadeza y la beso fugazmente porque no quiero alargar más la agonía. Siento sus labios y su calidez. Aparto mi boca de la suya y guardo este

momento para el recuerdo; después, dibujo en mi cara una media sonrisa y ella arruga su nariz.

—Tu padre me ha pedido que dirija la empresa familiar —le digo y ella me mira confundida—. Aunque oficialmente seguiré siendo solo su cochero, viviré mejor, sin ningún capataz que me dé descargas —me aparto de ella y me apoyo en la pared de forma desenfadada, con los brazos flexionados en el aire y mis manos apoyadas en mi nuca—, con un despacho solo para mí, acceso a internet y… i en la mansión! Las habitaciones de los oscuros allí son mejores. —Y me río.

—¿Y qué importa eso, Dakari? Nos vamos hoy… ¿no?

La miro y vuelvo a sonreír. Está tan hermosa, con sus cabellos dorados cayendo por delante de sus ojos azules, con ese rostro inocente y sus dientes mordiendo sus labios… La amo demasiado y su padre es muy consciente de ello. Y siempre lo supe, fugarnos nunca fue una opción real, solo fue un sueño. La única manera de terminar esta historia y que no salgamos mal parados es hacer justo lo que me ha pedido el amo.

—No vamos a fugarnos, Luna —le digo y ella aprieta el rostro enfadada—. Hay demasiados riesgos y… no estoy dispuesto a correrlos. Si nos pillan, me matarán, y no quiero… morir por ti —miento y siento que mil descargas me recorren el cuerpo.

Sus ojos se enrojecen y huelo su tristeza, le estoy rompiendo el corazón.

—Pues fuguémonos por separado —dice, aferrándose a un sueño imposible mientras contiene las lágrimas.

Si la pillan, pueden encarcelarla y, si llegase a conseguirlo, los rebeldes tampoco la aceptarían. Su único lugar es este, con el señorito Davis.

—Los rebeldes matan a todos los verdaderos que se acercan a su guarida —le miento para ser tajante y quitarle esa tonta idea de la cabeza—, así que no tienes a dónde ir. Izan Davis te quiere, ser su

mujer es lo mejor que te puede pasar —vuelvo a mentir, sabiendo que mis palabras le están produciendo un gran dolor.

—¿Por qué dices eso? —pregunta angustiada mientras se acerca a mí y comienza a llorar sin poder evitarlo.

Me mantengo con los brazos en la nuca, sin tocarla, sin mostrar cercanía. Esto está doliendo demasiado porque la amo y querría salir corriendo con ella, pero no puede ser.

—¿Cuándo vas a madurar, Luna? —pregunto con acritud para que me odie—. Tu padre me ha ofrecido un buen futuro, no voy a tirarlo por la borda, quiero quedarme aquí —miento— y no hay más que hablar.

Ella sorbe las lágrimas y se frustra.

—Me dijiste que me querías, Dakari…

Sus ojos azules se empapan de dolor y yo tengo que esforzarme por ocultar el mío propio.

—Cuando eras pequeña, me hacías la vida tan imposible que me daban descargas día sí y día también por tu culpa. Te odiaba, pero dejaste de ser tan cruel cuando te golpeaste la cabeza. La gente cambia, Luna, y yo he… cambiado. ¡Que seas muy feliz con Izan Davis! —le digo mientras me acerco a ella y le doy un suave beso en la frente y me marcho, dejándola sola, llorando, triste, agonizando…

* * *

No quiero estar aquí, en esta boda, no deseo ver a Luna casarse con Izan Davis y no soporto la idea de haberle partido el corazón, de haberla empujado a abrazar una vida en la que tendrá que limitarse a ser solo una esposa, una mujer sin libertad ni ideas propias.

El cura concluye la ceremonia, que se está celebrando en los jardines de la casa de los Davis, y creo que ahora se besan para poner el punto y final al acto. No lo sé con exactitud porque a los oscuros nos han dejado atrás del todo, de pie, alejados de la última fila de asientos de verdaderos. Todos aplauden y yo no puedo evitar recordar que me dijo que quería ser contrabandista de personas

para hacerlas libres. Dibujo una media sonrisa porque ella siempre me causa ese punto de alegría con su elocuencia, incluso en mis recuerdos. Aplaudo como los demás y cuento los segundos hasta que esta agonía termine. Podré olvidarla cuando deje de verla todos los días.

Vamos hasta la zona de aperitivos. Nos han dejado una mesa apartada del resto con comida. Los jardines de la casa de los Davis son aún más inmensos que los de la familia Moore. Todos disfrutan del día, aunque sea caluroso. Los verdaderos se resguardan bajo unos toldos y se refrescan con bebidas frías. Nosotros tenemos agua a temperatura ambiente y una pequeña sombra que da un árbol. Aun así, los oscuros bailan y se divierten, porque pocas veces hemos tenido la oportunidad de estar en una fiesta.

Naim está conversando con otros hombres y lo escucho decir:

—¡Menuda suerte tiene el señorito Izan! He oído que quería acabar la boda cuanto antes para irse a la cama con la señorita Luna.

Todos se ríen y yo voy hasta él y le agarro del brazo ante la sorpresa de los demás, me lo llevo a un lado y le digo:

—¡No hables así de ella! Ya no es una señorita, es la señora Davis.

Él me mira con lástima.

—Te dije que te olvidases de ella, pero no me hiciste caso, chico. —Levanta las manos y se marcha a coger una botella de agua caliente. Me deja aquí, plantado como un tonto, enfadado y frustrado.

El aperitivo da paso a la comida y accedemos al gran salón de los Davis. Evidentemente, nosotros tenemos una mesa apartada del resto, menos elegante y con menos comida, pero es toda una novedad y los medios de prensa autorizados no paran de hacernos fotos. Y esto lo ha conseguido Luna, la contrabandista. Me río para mis adentros mientras tomo asiento.

La comida transcurre lentamente, entre sorpresas de los amigos hacia los novios, vídeos de cuando eran pequeños, historias de sus abuelos y sus padres antes de viajar en el tiempo y mil cosas más, típicas de una boda de verdaderos.

Evito mirar a Luna, pero me encuentro a mí mismo haciéndolo en más de una ocasión. Está hermosa, lleva el cabello recogido en un elaboradísimo moño del que sale un largo velo. El vestido, de un blanco puro, es de encaje con transparencias y creo que define muy bien la ropa del siglo XIX y la moderna por igual.

Los esclavos de los Moore nos sirven la comida, lo que es extremadamente extraño para todos, porque los oscuros no habían servido nunca a otros oscuros. Hay una joven que me sonríe al servirme el plato y me lo tira encima, manchándome el traje de chaqueta que me han prestado para venir aquí.

—Disculpe —me dice y me da una servilleta—. Tenga cuidado, nadie querrá ver cómo se limpia.

La chica mira con detenimiento la servilleta y hace un gesto extraño, después se marcha. Su actitud ha sido rara.

—Algunos tienen suerte. La oscura es guapa, te ha tirado la comida encima a posta —dice Naim y me da un golpe en la espalda mientras se ríe.

Ese viejo verde sigue comiendo y deja de prestarme atención, pero tiene razón, yo también me he percatado de que ha sido a propósito. Me limpio con la servilleta y, cuando le doy la vuelta, hay unas palabras escritas. Tiene que ser un mensaje de Luna, ¿de quién si no? Y, aunque debería enfadarme porque se ha arriesgado mucho, sonrío como un tonto. Hay una hora junto a la palabra «TV». ¿TV? Pienso rápidamente… ¿Quiere que vaya a esa hora al salón de la televisión de esta casa? Tiene sentido, sí, nadie irá allí en plena boda, pero… ¿por qué quiere que nos reunamos? ¿No la he disuadido de escapar? ¿No le he dejado claro que no la amo?

El banquete llega a su fin y la gente comienza a bailar y a beber alcohol, copa tras copa. A los oscuros no se nos permite beber, así

que vemos la decadencia de todos los verdaderos respetuosos de la ciudad conforme el alcohol entra en sus cuerpos.

La hora que indicaba la servilleta se aproxima y me mantengo a un lado del salón, sin bailar y sin divertirme, solo debatiéndome sobre si debo acudir a la cita de Luna. No servirá de nada, no hay escapatoria posible, no existe un lugar a donde podamos huir ni forma de hacerlo sin ponernos en riesgo.

Alguien coge el micrófono, es el presidente del país, el señor Davis, el padre de Izan Davis y suegro de Luna. La música se detiene y los invitados apagan sus voces para prestarle atención.

—Gracias a todos por haber asistido al día más importante en la vida de mi hijo, el vicepresidente de Los Nuevos Estados Unidos de la Luz. —Los verdaderos aplauden y los oscuros les imitamos—. Quisiera anunciar la retirada de los novios, que se van a consumar su matrimonio ante Dios y los ángeles.

Veo a Luna y a su marido acercarse hasta el presidente y sonreír a sus invitados. Luna está roja de vergüenza, pero su cabello está recogido y no puede esconder su rostro detrás de él. Izan Davis mira con orgullo a los invitados y, después, a su esposa, a quien parece desear con todas sus ganas. Me da rabia, es cierto, pero sé que la quiere. Aunque se propasó con ella cuando éramos niños, parece que ha madurado y la respeta. Al menos, es lo que llevo repitiéndome desde hace tiempo.

El presidente sigue hablando y los novios se retiran. No sé cómo tiene pensado Luna desaparecer justo en el momento en que debe consumar el matrimonio, pero decido en este preciso instante que iré al lugar citado. Sé que no debería, que no tiene sentido y que ella debería ir a acostarse con el señor Izan Davis, pero aparto todos los sinsentidos de mi cabeza y me retiro disimuladamente de la fiesta en busca de la estancia de la televisión.

La mansión es enorme y hay muchos oscuros y capataces por todas partes. También hay seguridad, son verdaderos, así que me resultará complicado vagar a mis anchas para dar con esa sala. La

hora citada llega rápidamente y, aunque he estado a punto de no asistir, ahora temo llegar tarde y que Luna crea que no deseo verla. Sé lo absurdo y contradictorio que es lo que siento, pero no puedo evitar nadar en un mar de confusión, en una lucha entre lo que debo hacer y lo que deseo hacer, entre escuchar a la lógica y seguir a mi corazón.

Consigo a duras penas llegar al salón de la televisión. En esta zona no hay casi nadie. Abro la puerta lentamente y ahí está ella con su vestido de novia, de pie, esperándome. El salón es acogedor y no muy grande. Cierro la puerta después de entrar y me quedo observándola. ¡Está tan hermosa! Me mira confundida, pero es ella quien me ha citado, así que doy unos pasos hacia donde se encuentra y aguardo a unos centímetros, sin tocarla, sin invadir su espacio.

—¿Dakari? —pregunta y yo asiento sin saber por qué menciona mi nombre con sorpresa.

Entonces, Luna me abraza y la arropo entre mis brazos. Después, lleva su boca a la mía y, aunque sé que no debería, la beso mientras uno su cuerpo al mío en un cálido abrazo. Ella termina el beso y me dice:

—Sabía que no hablabas en serio, que lo hacías por protegerme… —Se aparta de mis brazos y dibuja una sonrisa. Acto seguido, arruga la nariz y me golpea el pecho algo nerviosa—. ¿Cómo se te ocurre, listillo? Este es el peor momento para fugarnos. Además, alguien podría haber visto la nota…

Huelo algo, pero no viene de la puerta, sino de la pared, mientras Luna no para de hablar de fugarnos y de que yo le he enviado un mensaje para quedar. Algo no va bien y la interrumpo:

—Luna, no te he enviado ninguna nota, has sido tú, una camarera me ha entregado una servilleta donde me citabas a esta hora y en este lugar.

Abre la boca sorprendida y sé, en este preciso instante, que hay alguien más aquí y que nos han tendido una trampa. Lo huelo. El

olor, además, me resulta vagamente familiar…

—Yo no he… —dice, pero en la pared se abre una puerta que no sabíamos que existía y un oscuro sale de ella.

Luna se echa hacia detrás y yo me sitúo junto a ella para estar cerca por si el individuo pretende dañarla. La cara de él me suena, pero no alcanzo a saber quién es… Inhalo intensamente. Huele como los rebeldes, tiene mutaciones.

El hombre viejo, con muchas arrugas en la cara y varios pendientes en sus grandes orejas, da unos pasos hacia nosotros, que aguardamos en silencio a la espera de que se presente o dé alguna explicación de por qué acaba de salir de la pared. Lleva una elegante chaqueta, la abre y nos enseña una pistola que guarda en su interior; después, dice:

—Acompañadme, por favor.

—Es un rebelde —le digo a Luna. Tiene que serlo, huele como ellos. Los oscuros de la ciudad no huelen así porque no tienen mutaciones, este sí.

—No lo es —me aclara ella con el rostro lleno de terror—, es el esclavo personal de Izan Davis.

No entiendo nada. ¿Su esclavo? ¿Y por qué sale de la pared? ¿Por qué lleva un arma? Y… ¿por qué huele como los rebeldes? ¿Sabe su amo que tiene alguna mutación?

—¿A dónde vamos? —pregunto, aunque sé que, como oscuro, debería obedecer y cerrar la boca, es solo que esto me da mala espina y también percibo el miedo en Luna.

El oscuro saca la pistola, se acerca a nosotros y sitúo a Luna detrás de mí. Me apunta a la cabeza y ordena:

—Seguidme.

Luna sale de detrás de mí y el oscuro tira de mi brazo para que le sigamos. No hay más remedio, puede matarnos en cualquier momento, pero… ¿a dónde nos lleva? ¿Y por qué tiene un arma si no

es un rebelde? Aunque recuerdo que el señor Moore también me entregó una pistola a mí a pesar de estar prohibido por ley.

Cruzamos la puerta secreta de la pared, que da a unos pasadizos que están ocultos a la vista de cualquier persona que esté en la casa.

Avanzamos durante un rato por un angosto y sucio pasillo. Luna se mantiene cerca de mí, pero no nos tocamos, como si aún quisiéramos ocultar nuestros verdaderos sentimientos, cuando es evidente que nos han pillado. El esclavo se mantiene detrás, indicándonos por dónde avanzar mientras nos apunta con el arma.

Bajamos unas escaleras. Hay otra persona cerca, la huelo.

—A la derecha —nos dice el oscuro y tomamos la dirección—. Abra la puerta, señora Luna.

Ella hace lo que le ordena y ambos pasamos mientras el viejo sigue apuntándonos. Entramos en una habitación oscura con grilletes a los lados, también hay látigos, armas y un montón de cosas que no sé si son para torturar o qué, porque tienen un cariz bastante sexual. En el centro, hay un enorme sofá, o una cama, no alcanzo a describirlo. Sobre él hay alguien sentado que huele como Izan Davis y es, sin duda, el señor Izan Davis.

Luna tiene tanto miedo que puedo oler perfectamente el estrés que desprende. Yo analizo el lugar para ver cómo vamos a salir de esta porque no auguro nada bueno.

El oscuro apunta con el arma a la cabeza de Luna y me dice:

—Ve a la pared y encadénate.

No hago lo que me ordena, no me importa lo que puedan hacerme a mí, pero no dejaré a Luna sin protección.

—¿Izan? ¿Qué es este lugar? ¿Por qué me has traído aquí? —pregunta ella. Intenta evitar hablar de mí, como si su esclavo no nos hubiera encontrado juntos.

—Mi niña inocente —dice mientras se acomoda en la extraña cama —, es nuestra noche de bodas. ¿O ya has olvidado que ahora eres mía?

No me gusta cómo le habla y doy un paso al frente enfadado, analizo las posibilidades de quitarle el arma al oscuro antes de que dispare a alguno y creo que son pocas, pero tengo que intentarlo. Davis saca un arma y apunta en mi dirección:

—Un paso más y ambos estáis muertos. Luna, ven —le ordena. Ella me mira y una lágrima recorre su rostro. Yo niego, pero ella cede ante la petición y va directa hasta colocarse frente a la pistola. Ahora Davis se dirige solo a mí—: Mi oscuro te va a encadenar. Si haces alguna estupidez, la mato.

¿Lo dice en serio? ¡Acaba de casarse con ella! Lo huelo y no parece que esté mintiendo, solo percibo excitación en él, la desea tanto que tiene unos impulsos incontrolables. Si dejo que me encadenen… ¿qué le hará? Así que, en cuanto el oscuro viene a por mí, le golpeo en la cara con mis puños y forcejeamos. Escucho gritos a lo lejos, es Luna, pero no me detengo, sino que peleo contra el oscuro con más ímpetu. Está bien entrenado, pero es menos fuerte que yo. Me hace unas cuantas llaves estudiadas, pero yo uso la fuerza bruta y lo tiro al suelo.

—¡Dakari! —grita ella con la voz cargada de horror y me detengo a mirarla. Está sobre la cama con la boca ensangrentada. Izan la está ahogando. La ha golpeado, huelo su sangre sobre los puños de él. Esta distracción es suficiente para que el oscuro arremeta contra mí y me reduzca, inutilizando mis manos con unas cadenas al más puro estilo medieval. Tiro de ellas, pero están ancladas a la pared.

—¡Déjala ir! —le digo porque aún la tiene bajo sus manos y la está asfixiando—. ¡Ha sido culpa mía! ¡La engañé!

El señor Izan Davis la suelta y Luna empieza a toser sobre la extraña cama que parece un sillón. Davis se pone en pie y viene hasta mí. Su esclavo apunta con el arma a Luna.

—¿La obligaste a ponerse encima de ti y quitarse el sujetador el día que vinisteis a mi fiesta? —Se rasca la barba azabache y me observa a través de sus oscuros ojos—. ¿La obligaste a bailar contigo y a besarte en el mirador de El Purgatorio?

¿Cómo sabe esas cosas? Se gira y mira a su esclavo.

—¿Me he dejado algo? —Él niega con la cabeza.

Ato cabos rápidamente. Su olor me resultaba familiar… Claro que sí. Fue él, seguramente, quien estaba observando, a través de los pasadizos, la noche de la fiesta y vio todo lo que ocurrió. Percibí un cuarto olor aquel día. Y estábamos preocupados porque Sherlyn hablase...

—Estaba confundida —le digo—, castígame a mí y déjala en paz.

Davis afila más su expresión y va hasta Luna, la agarra del cabello y la tira al suelo. Ella grita y queda de rodillas.

—¿Estabas confundida, mi amor? ¿Te forzó? ¿Intentó violarte? ¿Quieres que lo mate por ello?

—¡No lo mates! —chilla desesperada y él la empuja contra el suelo, soltando su cabello con desprecio, de manera que su moño queda totalmente deshecho.

Estoy muy nervioso, gruño e intento hacer fuerza para soltarme de las cadenas, pero solo consigo hacerme daño. Izan se quita la chaqueta, la corbata y el chaleco de su traje de novio y lo coloca con cuidado en una silla. Después, va hasta Luna y la ayuda a ponerse en pie como si fuera un caballero.

—Te dije que cuido de mis pertenencias. ¿Pensabas que te dejaría ir sin más a El Purgatorio? ¡Imagínate mi cara cuando mi esclavo me llamó para decirme que estabas intentando fugarte con tu cochero!

¡Nos estaba espiando!

—Izan —le ruega ella—, ahora estamos casados, soy tuya, de verdad. Él no me importa, deja que se marche.

El señor Izan emite una risa sonora con un matiz tan irónico que huelo el miedo de Luna y el mío propio en la habitación.

—Ya eres mía, mi inocente niña. —Y le rompe el vestido de novia con fuerza, dejando a la vista sus pechos, la empuja contra la cama y comienza a besarla y a manosearla mientras ella hace un esfuerzo por no gritar y se limita a llorar.

—¡No le hagas daño! —le ruego—. ¡O te mataré!

Tiro de las cadenas con fuerza. Grito y le ruego que pare. Lo insulto, lo amenazo, pero nada lo detiene y huelo el miedo en Luna. El olor de la excitación de Davis me causa repulsión y juro en este mismo momento que lo mataré. Él la desnuda, la besa y la toca, forzándola a quedarse tendida en la cama. Luna solo llora, pero no se resiste, y es posible que piense que solo así me salvará la vida, pero no es cierto. No saldré con vida de esta, porque si Davis no me mata, lo mataré yo, y luego los verdaderos me pondrán la inyección como castigo.

—Para, por favor —la escucho decir e Izan se detiene y se aparta de la cama. Ella se hace un ovillo en un lado e intenta cubrir su desnudez. El hermoso vestido está destrozado, en su cara ya asoman algunos moratones y su boca está sangrando.

—Ya he parado. ¿Qué quieres, señora Davis? —pregunta mientras se pone en pie y se quita la ropa que le queda. Se deja puestos solo los calzoncillos.

—Soy tu esposa —le dice—, no tienes que forzarme. Me acostaré contigo, pero libera a mi esclavo, es importante para mi padre.

Izan viene hacia mí y observa mis cadenas.

—Ven, esposa.

Guardo silencio y pienso en todas las opciones de liberarme de las cadenas o de matarlo con ellas puestas.

Luna se acerca tapándose los pechos con los jirones del vestido. Mira al suelo, avergonzada, y ahora ella parece una esclava.

El señor Izan se gira, le coge los pómulos y la obliga a mirarme. Hay mucho dolor y rabia en ella, también en mí.

—¿Quieres que lo libere? ¿Quieres demostrarme que no te importa y que lo deje vivir?

—Sí —contesta ella con un hilo de voz mientras una lágrima le cae por la mejilla.

—Entonces, golpéalo con tus manos.

Le suelta los pómulos y se hace a un lado.

Luna me mira aterrada y le susurro:

—No dejes que te haga daño por mí.

—¡Estoy esperando! —clama Davis mientras abre un cajón y saca algo que no alcanzo a ver.

El esclavo de las orejas grandes con numerosas perforaciones se mantiene a un lado de la sala como si fuese un mueble más.

Luna se gira para mirar a su esposo y le ruega:

—Mi familia es una de las más importantes de este país. Libérame de inmediato a mí y a mi esclavo y no habrá represalias.

Davis nos muestra lo que ha sacado, es una mordaza de cuero con una bola roja en el centro. La hace girar entre sus dedos como si fuera un simple juguete. Se produce un momento de silencio en la habitación y, después, él le contesta:

—¿Represalias, mi niña inocente? Por ley, eres mía y puedo hacer lo que quiera contigo, y por ley, puedo matar a este oscuro por haber violado a mi esposa.

—¡Él no me ha violado! —grita enfadada—. Pero tú has estado a punto de hacerlo y, aunque sea tu esposa, no puedes forzarme, Izan.

Él se enfada, se acerca y la agarra entre sus brazos. Ella grita y forcejea para soltarse. Están tan cerca de mí que aprovecho para llevar a cabo aquello que he estado pensando durante un rato. Le

doy un cabezazo a Izan. Debido al golpe, suelta a Luna, que cae al suelo. Después, uso las cadenas para enroscarlas en el cuello de Davis y aprieto con todas mis fuerzas, pero el esclavo coge a Luna y apunta con la pistola a su cabeza.

—¡Suelta a mi señor! —me pide, pero no cedo, lo tengo entre mis brazos y lo estoy asfixiando, no quiero dejarlo ir—. Tenías nueve años la primera vez que te vi, te sujeté mientras mataban a tu madre —me dice el esclavo y el recuerdo me golpea. Ya sé de qué me sonaba su cara—. ¡Shhh! —dice haciendo el gesto de silencio con la mano libre—. ¿Quieres ver muerta a la señora Luna también?

Grito y suelto a Davis, que se aleja rápidamente de mí y se acerca al armario bajo de donde ha sacado la mordaza que aún lleva en la mano. Abre el mueble, saca una botella de agua y la ingiere. Tose y se recupera de mi intento de asfixiarlo. Después, se dirige a Luna y le pone la mordaza en la boca, ella intenta resistirse y yo ya no puedo callarme más:

—¿No eres un hombre? ¡Arreglemos esto como hombres! —le digo, apelando a su honor de caballero—. Suéltame y veamos quién gana.

—Ganarías tú —me dice mientras se coloca frente a mí con Luna, que está amordazada. Le agarra los brazos por encima de la cabeza y le aparta los restos de ropa del cuerpo para liberar sus pechos—. ¡Eres un oscuro bien grande! Y te equivocas apelando a mi honor porque no tengo. —Dibuja una sonrisa malévola en su cara y agarra los pezones de Luna con fuerza, tira de ellos y veo la expresión de dolor que se forma en su cara. Chilla, pero la mordaza ahoga sus gritos.

—¿Por qué la tomas con ella? —pregunto, desesperado e impotente, y él le suelta los pezones y lleva sus dedos a la entrepierna, que aún está cubierta con parte del vestido—. Soy yo quien te ha agraviado.

—Para castigarte —contesta—, es evidente. Y… porque me excita mucho pervertir lo que es puro e inocente —dice mientras presiona

su sexo con sus manos y ella chilla. Él le besa el cuello con ferocidad y huelo su excitación.

Miro al oscuro de la sala, porque no puedo dialogar con Izan Davis, está loco y enfermo.

—¡Es una verdadera de la alta sociedad! ¡Una Moore! Pide ayuda, no dejes que le haga esto.

El oscuro me mira con indiferencia. El señor Izan Davis suelta a Luna, que cae al suelo. Davis se aparta un poco para quedar lejos de mí: tiene el cuello enrojecido por mi ataque y no quiere volver a arriesgarse. Miro a Luna y frunzo el ceño. Nunca en mi vida, salvo cuando murió mi madre, había sentido tanta impotencia.

Me dice algo, pero no la entiendo por la mordaza. Lo repite varias veces y, por fin, la escucho decir:

—Lo siento. —Pero no sé por qué me pide perdón. Es ella a quien están golpeando y de quien están abusando, yo estoy entero y sin un rasguño, pero Luna siempre tiende a preocuparse por mí, aun cuando está en peligro.

—Yo lo siento —le digo.

Davis se acerca un poco hacia nosotros. Observamos su mano, Luna desde el suelo y yo desde la pared a la que estoy encadenado. En ella lleva una especie de puño de hierro.

—Pégale, Luna. ¡O lo haré yo con esto!

Ella mira horrorizada el puño de hierro. Si me golpea con eso en la cabeza, no tardaré mucho en morir.

—¡Pégame! —le ruego porque necesito vivir hasta poder matar con mis propias manos a este verdadero.

Luna niega con la cabeza.

—La última puta a la que pegué con este puño de hierro solo aguantó un golpe en la cabeza —dice el señor Izan Davis y el horror visita nuestros rostros—, supongo que tu esclavo soportará un par, tres como mucho. ¿Lo compruebo?

Entonces, Luna se pone en pie, se acerca, levanta la mano y me golpea.

8. Sentencia de muerte

Luna

Le intento decir que lo siento, pero la mordaza me lo impide. Miro a Dakari desde el suelo y sé que está encadenado por mi culpa. Yo fui quien lo metió en la habitación de los Davis en la fiesta y me lancé a confesarle mis sentimientos. Yo fui la que me desnudé para él. Yo y solo yo insistí una y otra vez para que huyéramos. No sé si lo que ha dicho esta mañana en el despacho de mi padre era verdad o no, pero tenía razón. ¿Cuándo voy a madurar? Estoy en esta situación por haber jugado con fuego tantas veces que me he quemado.

—Yo lo siento —me dice Dakari, pero él no es culpable de nada. Ha vivido toda su vida como un esclavo y va a morir así por mi culpa.

Me doy cuenta de que Izan está viniendo hacia nosotros y que lleva un puño de hierro en la mano. ¿No irá a golpearme con eso? Si lo hace, moriré enseguida y no podré pedir clemencia para Dakari.

—Pégale, Luna. ¡O lo haré yo con esto! —me ordena.

Lo miro verdaderamente asustada. No voy a dejar que le golpee con eso, lo matará, pero tampoco pienso ponerle una mano encima a Dakari.

—¡Pégame! —me pide él, pero yo me niego. Lo amo, él no es mi esclavo, no soy su dueña, él no está por debajo de mí, somos iguales.

—La última puta a la que golpeé con este puño de hierro solo aguantó un golpe en la cabeza —dice mi recién esposo y yo me horrorizo por todas y cada una de las palabras que acaba de pronunciar y lo que va implícito en ellas—, supongo que tu esclavo soportará un par, tres como mucho. ¿Lo compruebo?

La respiración se me entrecorta un instante y la imagen de esa mujer negra viene a mi cabeza. Su amor y su cariño son un recuerdo verdaderamente real, pero es una oscura, no puede ser mi madre. ¿Estoy sufriendo una crisis? ¡Ahora no!

No lo pienso, me pongo en pie, voy hasta Dakari, levanto mi brazo, cierro el puño y le golpeo en el estómago. Es fuerte, aguantará mis puñetazos mucho mejor que los de Izan. La que no creo que pueda soportar la humillación soy yo. La humillación de tener que pegar a quien amo.

Izan se ríe mientras me intento cubrir los pechos con el que ha sido un vestido caro y bonito y que ahora está hecho jirones.

—¡Otra vez! —me exige y golpeo a Dakari. No lo hago con mucha fuerza porque ni la tengo ni quiero herirlo—. ¡En la cara! —me ordena, miro a Dakari y asiente. Aprieto los dientes todo lo que la mordaza me deja. Estoy enfadada. Grito y pego a Dakari en la cara —. ¡Una vez más, esposa mía, en el ojo!

No puedo, ¿hasta cuándo va a continuar con esto? ¿Por qué lo hace? ¿De verdad está tan mal de la cabeza que disfruta con algo así? Miro a Izan, que no aparta ojo de mi cuerpo desnudo. Él es un verdadero, tocado por Dios y por los ángeles y no solo está siendo cruel con Dakari, sino también conmigo, que soy una verdadera como él. Y en este momento, cuando abandono toda creencia de que Dios esté aquí, ni en esta sala ni en Izan, igual que el diablo no está en Dakari. Dios y el diablo son inventos del ser humano para separarnos y aprovecharnos los unos de los otros.

Miro a Izan con tanto odio que creo que me van a explotar los ojos. Corro hacia él con todas mis fuerzas y le asesto tantos golpes como puedo. Sé que no le venceré, pero no aguanto ni un instante más bajo sus órdenes. Consigue apartarme, lanzándome con gran fuerza contra la cama, sobre la que doy una voltereta y caigo por el otro lado. Él no se molesta en preocuparse por mí, así que me quito la mordaza, no sin dificultad, me pongo en pie y le chillo:

—¡Nunca seré tuya, Izan! —El enfado recorre su rostro y, ahora sí, viene a por mí. Yo salto a la cama y le lanzo la mordaza a la cara—. ¡Amo a Dakari! ¡Es mucho mejor de lo que serás tú nunca! ¡Lo amo!

—¡Luna! —grita Dakari, y sé que debo callarme, pero no puedo ganarle en fuerza a Izan, así que hago lo único que sé hacer, hablar cuando no debo y de lo que no es prudente.

—¡Te odio! —le chillo mientras salto de la cama para huir de él, pero me captura, me agarra del pelo y me tumba de nuevo en el lecho. Me mira enfadado y yo le escupo. Me pega tan fuerte que creo que me parte una ceja. Ahora me arranca la ropa interior que me quedaba y me deja totalmente desnuda mientras yo sigo gritando—: ¡Dakari, te quiero! Nos vemos en nuestro país.

—¡Cállate! —me grita Izan Davis furioso y sé que lo estoy provocando.

He asumido que, en el momento en que entramos en esta sala, hemos firmado nuestra sentencia de muerte. Está claro que va a matar a Dakari, así que solo deseo provocarle tanto que me mate a mí también, porque no viviré ni un segundo más como su esposa ni en un mundo donde Dakari no esté.

Izan se quita los calzoncillos. Es la primera vez que veo un miembro masculino. Sé que debería estar duro para adentrarse en mí; sin embargo, no es así. Él se toca y yo me río, incorporándome un poco sobre la cama.

—¡No eres nada, Izan! —le digo y sus rasgos afilados se tercian enfadados.

Me golpea en la boca. El dolor es intenso y caigo boca abajo contra la cama.

—¡No! —grita Dakari y emite diversos gruñidos. Escucho las cadenas moverse y supongo que estará haciendo lo imposible por soltarse.

Izan se coloca sobre mi espalda. Sé qué pretende, pero no voy a llorar, no voy a suplicar. Intento resistirme, pero no sirve de nada.

Escucho los sollozos de Dakari y los jadeos de Davis. Entonces, me penetra y un dolor intenso se abre dentro de mí. Muerdo la cama para no gritar y él me embiste con tanta fuerza que creo que me va a partir en dos.

—¡Luna! —me grita Dakari—. Pronto estaremos juntos en ese país, no pienses en otra cosa, solo en eso. —Su voz suena aterciopelada y sé que intenta distraerme de la agresión.

—Allí nunca más serás un esclavo —le digo con la voz rasgada fruto del dolor que siento.

Izan me golpea en las costillas y me penetra con más fuerza y yo grito sin poder evitarlo.

—¡Luna! Te quiero —me grita Dakari—, te amo desde la primera vez que te vi. Me has alegrado la vida.

—¡Hazle callar! —ordena Davis a su esclavo y escucho golpes mientras noto la brutalidad que está poniendo Izan en violarme.

—¿Sabes? —me grita Dakari y escucho un golpe, se calla un segundo y prosigue con la voz rota—: Ya he aprendido a conducir y conozco el camino hacia nuestros sueños.

—¡Haz que se calle! —grita Izan y me embiste con tanta ferocidad que no puedo evitar gritar.

Escucho golpes y los gruñidos de Dakari. El esclavo le está dando una paliza.

Siento que me voy a romper, pero aguanto sin suplicarle que se detenga. Izan acelera el ritmo mientras oigo los impactos sobre mi amado.

Grito por el dolor desgarrador y lo convierto en un canto al amor:

—¡Te amo, Dakari!

—Te… —Pero no termina la frase y escucho más puñetazos.

Izan tira de mi cabello, sale de mí y me fuerza a girarme sobre la cama. Se pone en pie y yo no puedo ni moverme. Veo la decepción en él. No le he dejado disfrutar y está frustrado. Él golpea la pared

con rabia y yo ladeo la cabeza y veo la cara de Dakari cubierta de sangre. Me mira y hay lágrimas en sus ojos.

—Ya… casi estamos… llegando —me dice con un hilo de voz mientras Izan grita y se acerca a él cargado de furia.

—Ya veo al monstruo superhéroe —le susurro y cierro los ojos un segundo. Solo un segundo…

* * *

Cuando vuelvo en mí, veo a Dakari desnudo y tan ido casi como yo. Todo está borroso y se apaga por momentos. Me duele la cabeza y el cuerpo. Me centro en él y me doy cuenta de que su rostro está cubierto de sangre.

¿Cuánto tiempo lleva inconsciente? Hago un esfuerzo por mantenerme despierta. No veo a Izan; sin embargo, el esclavo sigue de pie, impasible, en un lado de la habitación. Entonces, noto un movimiento y me doy cuenta de que estoy atada a la cama con unos grilletes que se cierran en torno a mis muñecas y mis tobillos. Estoy totalmente desnuda y abierta de piernas. Me duele mucho la zona íntima, intento mirarme y veo sangre. El movimiento se intensifica y descubro por qué el lecho me pareció extraño al llegar aquí. Es una cama móvil con ruedas. Izan me pone en posición casi vertical y me empuja hasta quedar frente a Dakari.

—¡Cógele de las piernas! —le ordena a su esclavo.

¿Qué están haciendo? Dakari y yo nos miramos exhaustos y a punto de desmayarnos. Colocan las piernas de Dakari en torno a mi cintura. Mueven la cama hasta que consiguen que nuestros sexos se toquen. ¿Qué pretenden?

Ahora Izan coge a Dakari de los pómulos. Sus ojos se ponen blancos por momentos. No sé cuánto ha debido golpearlo el esclavo para dejarlo así, porque Dakari es uno de los hombres más grandes y fuertes que conozco y debe tener mucha resistencia física.

—¿La ves? —le pregunta Izan mientras aprieta sus pómulos. Él intenta apartar la cara, pero Izan Davis se esfuerza por retenerlo y

que me mire—. Quisiste tocar lo que es mío y este es el resultado.

—¿A que el país es precioso? —le digo a Dakari para que se centre en mí y él esboza una media sonrisa con dificultad, elevando solo la comisura del lado derecho.

—Lo es porque tú estás en él —contesta y sonrío.

Izan se enfada y lo último que veo es su puño llegando a mi cara.

* * *

Escucho truenos que empujan el sonido hacia todas partes. También oigo mi nombre en los labios de alguien y un sonido lejano de ambulancias. No creo que pueda abrir los ojos, todo me duele demasiado. Noto el sonido de la lluvia y, de repente, no oigo nada.

—¿Luna? ¿Estás bien?

Abro los ojos y creo que sí, que me encuentro perfectamente. Dakari me mira confundido y se ríe.

—¿Qué te ha pasado? Te has caído de repente.

—¿Dakari? —pregunto alarmada.

Él me tiende la mano para ponerme en pie y me doy cuenta de que no sé dónde estoy. Es un lugar poco iluminado, apenas unas cuantas velas dan luz al lugar. ¿Velas?

Él no parece él. Tiene el cabello blanco, sí, pero lo lleva muy corto, casi rapado. Tampoco está tan fuerte como lo recordaba, aunque no hay duda de que es él.

—¿Dakari? —pregunto y sonríe, las arrugas de su cara se marcan de forma diferente a como lo hacen siempre.

—¿Desde cuándo me llamas así? ¡Menudo golpe te has tenido que dar!

—¿Y cómo te llamo? —pregunto sin entender qué está pasando.

—Me llamas Dak —dice, como si fuera evidente—, ya sabes, porque Dakari se parece demasiado a Dracarys, el de *Juego de tronos.*

—¿*Juego de tronos*? —pregunto totalmente confundida y él hace un gesto divertido con su cara, como si me hubiera vuelto loca—. En serio, nena, ¿estás bien?

¿Nena? Entonces, me doy cuenta de que Izan puede venir en cualquier momento. ¿Dónde está? Dakari estaba encadenado, lo estaban matando a golpes y a mí me estaba…

—¿Dónde está Izan? ¿Cómo hemos escapado? ¿Estás bien?

—¿De qué estás…? —Pero no termina la frase y se aparta asustado, como si comprendiera de repente lo que está pasando—. ¡No!

Él se lleva las manos a la boca y me escruta de arriba abajo como si fuera una extraña. ¿Por qué lo hace? Entonces, miro mi cuerpo para comprobar qué heridas ha dejado Izan Davis en mí y lo que veo es imposible. Soy una oscura, tengo la tez negra. Miro mis manos totalmente alucinada.

—¡Estoy teniendo una crisis! —digo mientras aprieto los dientes enfadada—. Ahora no. Estoy con Izan Davis, su esclavo está matando a golpes a Dakari, esto no es real, tengo que volver para ayudar a Dakari.

El Dakari de mi alucinación me mira como si no me reconociera y me dice:

—Espera aquí ¿vale? Voy a buscar a tu madre. —Y se marcha.

Miro hacia todas partes. Estoy en un piso, no hay duda, es moderno, pero no tiene signos de electricidad. Es de noche y la única luz que hay es la que dan las pocas velas colocadas de manera estratégica. Entonces, alguien llega y me pregunta a mi espalda:

—¿Zala? ¿Eres tú?

Me giro y veo a la mujer negra, a la oscura que siempre me viene a la memoria cuando pienso en mi madre. Tiene parte de la cara quemada y me mira con grandes expectativas. Está aquí y no parece una alucinación.

—Soy… Luna.

La señora oscura se pone triste.

—¡Falsa alarma! —dice Dakari mientras respira aliviado.

—¿Quién es Zala? —pregunto y de nuevo sus expresiones cambian.

Ella viene y me coge las manos con cariño. Me mira de arriba abajo y siento algo, una especie de conexión… La abrazo.

—Es mi hija… Eres… tú —dice dudando.

—¿Mamá? —pregunto y la escucho llorar mientras me besa y me abraza con ansiedad. Siento que no es la primera vez que esos brazos me arropan; sin embargo, parece que hace demasiado tiempo de ello. Y sé que solo es mi imaginación, pero parece tan real…

—¡Jo-der! —dice Dakari. Nunca le había oído decir palabrotas—. ¿Cómo ha pasado esto? ¡Se ha adelantado! —pregunta, pero yo no sé de qué habla y me limito a disfrutar del falso amor que me producen las alucinaciones.

Entonces, escucho truenos otra vez, creo que ellos también. Me desplomo, pero ambos me agarran preocupados.

—¿Zala? —pregunta ella.

—¿Luna? —grita él.

—Quiero seguir soñando —les digo mientras noto que la cabeza se me va—. Izan nos va a matar...

Siento un golpe fuerte en la cabeza, un mareo intenso y una gran oscuridad.

—*¡Aaah*! —me despierto sobresaltada en una cama de hospital, llena de cables.

Mi abuela está dormida en el sillón y se despierta de golpe.

—¡Luna! Gracias a Dios.

Mi padre llega de alguna parte y me abraza.

—Hija mía.

—¿Es que no va a venir una maldita enfermera a ver a mi nieta? —gruñe mi abuela mientras escucho su bastón golpear el suelo.

Un médico acude y mi padre se aparta. Estoy muy nerviosa. ¿Qué hago aquí? No esperaba sobrevivir. ¿Y Dakari? Izan lo mató, lo sé.

El médico me analiza y me hace varias preguntas sencillas que no consigo responder.

—¿Dónde está Izan? —pregunto asustada.

—Tu padre ya le ha llamado —contesta mi abuela—. No te preocupes, tu marido llegará enseguida.

—¿Recuerda qué ha ocurrido, señora Davis? —me pregunta el médico y yo miro hacia todas partes horrorizada.

¿Qué se supone que debo decirles? ¿Que mi marido me violó y me dio una paliza? ¿Puede un marido violar a una esposa? No sé nada de eso, nadie habla de esas cosas.

No puedo respirar.

—Cariño, tranquila —me dice mi padre mientras me coge la mano.

Hay una máquina que pita y el médico llama a una enfermera. Me administran algo y me relajo al instante.

Duermo.

* * *

Noto una suave caricia sobre mi rostro baldado. Abro los ojos lentamente, aún confundida. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? ¿Dakari?

Veo a Izan sobre mí, acariciándome. Miro hacia ambos lados y no hay nadie más. Estoy en la habitación del hospital a solas con él. Tengo miedo y ganas de gritar. Él se atreve a acercar sus labios a los míos y me besa, molestándome con su barba. ¿Por qué demonios lo hace?

—Ya está, mi niña inocente. Ya pasó —me consuela con dulzura y yo lo miro asustada. Tengo la boca seca y me paso la lengua por los labios, él la mira con deseo—. Se fastidió un poco nuestra noche de bodas ¿eh? —dice como si realmente no hubiera sido él quien la destrozara—. Pero no te preocupes, tu esclavo ha obtenido su merecido y… —sonríe encantado— tenemos muchos días para jugar, la próxima vez será mejor.

¿Su merecido? ¿Próxima vez? Intento estirar mi mano para coger el agua que hay sobre la mesa y él me la pasa y me ayuda a beber con un cariño desbordante. Este es el Izan que se preocupaba por mí y me trataba bien antes de la boda, pero no el que me violó y me pegó, no el que mató a Dakari de una paliza, porque lo ha matado… ¿verdad?

—¿Mejor? —pregunta mientras devuelve el vaso a la mesita y yo asiento sin más y miro en dirección a la puerta, a la espera de que venga mi padre y pueda contarle los horrores por los que Izan Davis nos hizo pasar—. ¿A dónde te gustaría ir de luna de miel? ¡No te lo pregunté! —No contesto y él prosigue—: Hay un parque de atracciones divertidísimo. Creo que lo pasaremos genial si vamos allí, mi amor. —Me besa en la frente y respiro entrecortada, él me abraza y me susurra—: No pasa nada, ya estás a salvo, mi niña inocente. Siento mucho todo lo que ocurrió, te prometo que no volverá a pasar, ¿de acuerdo? —Se aparta y me mira enamorado. ¿Está fingiendo? No hay nadie, ¿por qué habría de hacerlo? ¿O es que en verdad cree que me quiere? ¿Y por qué demonios habla como si no fuera él quien ha estado a punto de matarme?—. Aunque lo que viviste… Te está bien empleado como castigo por haber intentado huir con un oscuro. —Me mira el cuerpo y se horroriza, como si no hubiera sido él quien me hubiese dejado prácticamente muerta—. Tú no eres una puta y él te trató como tal, pero tranquila, ya me he encargado del esclavo y no volverá a pasar. —Hace una pausa y yo quiero gritar, pero mi voz no se atreve a salir. ¿Se ha encargado de él? ¿Y por qué dice que me trató como una puta? La cabeza me da vueltas—. Y por el sexo… —prosigue cambiando el tono de voz—. No hay prisa, mi pequeña niña inocente, recupérate de las barbaridades

que te hizo ese esclavo porque ahora nos toca ser felices. —Y coge mi mano y la besa delicadamente.

¿Qué dice? Dakari no me hizo nada, fue él… Izan Davis me violó, me golpeó, torturó a Dakari… ¿Por qué finge lo contrario? No comprendo sus palabras ni qué quiere expresar con ellas.

Escucho voces fuera, mi abuela le está gritando a alguien. Izan mira hacia la puerta y sale a ver qué ocurre. Me deja sola. Creo que esto es una pesadilla, no puede ser verdad. Estoy casada con mi violador, que está loco y no es consciente de que casi me mata.

No debía haber sobrevivido. ¿Y si Dakari también lo ha hecho? Sé que soy una idiota por pensar eso. Estaba muy maltrecho y no hay ninguna ley que ampare la asistencia sanitaria a los esclavos, salvo para parir y poco más. Además… Si no murió por la paliza, seguro que Izan le puso una inyección y sus órganos ya están siendo vendidos. Ha dicho que le dio su merecido… ¿Se refiere a que lo mató o no?

No puedo respirar, me duele el pecho y la pena se adueña de todo mi ser. Alguien entra en la habitación e intento tranquilizarme. Es un policía junto a un médico. Ambos me sonríen e intentan que me sienta cómoda, pero no estoy cómoda, me duele todo y solo quiero morirme.

—Señora Davis —comienza el médico, pero yo deseo gritarle que soy Luna, no Davis—, sé que es muy doloroso hablar de lo que sucedió en su noche de bodas, así que el policía se limitará a relatar los acontecimientos y usted solo tendrá que asentir. ¿Lo entiende?

Tardo un poco, pero asiento. Sé que debería hablar, pero no puedo. Tengo un nudo en la garganta y me duele el pecho al respirar.

El policía se recoloca la gorra del uniforme y toma la palabra:

—Si desea parar en algún momento, lo haremos, pero es importante que confirmemos algunos detalles.

—Señora Davis, ¿lo entiende? —pregunta el médico y vuelvo a asentir. Él me sonríe y no comprendo por qué se esfuerzan en ser tan amables. ¿Por qué no se llevan detenido a Izan ya?

—Usted y su marido —comienza— estaban manteniendo relaciones sexuales la tarde noche de su boda en la habitación nupcial de la mansión Davis. ¿Es correcto?

No respondo. ¿Habitación nupcial? ¿De qué habla? No entiendo nada. ¿Por qué no detienen ya a Izan? La respiración se me entrecorta y me llevo la mano al pecho. El médico me ayuda a incorporarme un poco para respirar y me advierte:

—¡Tómeselo con calma, señora Davis! Tiene dos costillas fracturadas.

¿Dos costillas…? Izan me ha dejado así y acaba de estar aquí conmigo, ha besado mis labios… Solo puedo sentir miedo y me bloqueo.

—Veamos… —comenta dudoso el policía—. Prosigo. En mitad del acto, su marido se ausentó un momento. En ese instante, llegó su esclavo, de nombre Dakari, quien fue su cochero en las últimas semanas… ¿Sabe de quién hablo?

Asiento. Sí, Dakari. ¿Por qué me cuentan esta historia? No sé de qué hablan y nada tiene sentido para mí. Izan nos llevó a una extraña habitación oculta en las paredes de la mansión. ¿Acaso me lo he imaginado?

Me siento aturdida y me falta el aire.

—Muy bien —afirma el médico.

—Como decía… —prosigue el policía—. El esclavo irrumpió en la habitación nupcial, la golpeó y la violó con violencia hasta casi matarla... ¿Es correcto?

No digo nada porque el cerebro se me paraliza. ¿Violación? Sí, sé que pasó, pero la sola mención en sus bocas me produce un miedo enorme. Me bloqueo. El policía y el médico se miran.

—Señora Davis —me dice el médico—, entiende que la han violado ¿verdad? Usted era virgen y quizá no está familiarizada con el término, pero una violación es cuando un hombre…

—¡Sí! —interrumpo porque quiero que se calle. Me avergüenza que hablen de eso, solo deseo que se lleven a Izan ya.

—Entonces… —prosigue el policía mientras se recoloca nuevamente la gorra—. ¿Confirma que la han violado? —Tardo un poco, pero asiento avergonzada. Izan me ha violado—. Y… supongo que no recuerda mucho más, pero tengo que preguntar por lo que sucedió después. —El policía mira sus notas en el móvil y prosigue —: Su marido llegó a la estancia y la encontró al borde de la muerte mientras el esclavo la violaba, así que, para defender su honor y contener al agresor, lo golpeó numerosas veces con una gran violencia. ¿Recuerda que su marido golpease al esclavo?

Izan golpeó a Dakari, lo recuerdo…

Asiento.

—Lo ha hecho muy bien, señora Davis, es usted muy valiente — me dice el médico.

El policía y él se dirigen hacia la puerta y yo me pongo nerviosa. ¿Qué hacen? ¿Por qué se van? Respiro entrecortadamente, siento dolor en el pecho y grito:

—¡Izan me violó y me dio una paliza!

Ambos se giran estupefactos y regresan hasta la cama lentamente, como si cada paso hacia mí costase demasiado esfuerzo.

—¡Tranquilícese, señora Davis! —me pide el médico. No me cree, pero el policía saca su móvil y toma asiento. El médico le mira escandalizado—: No anote eso, por el amor de Dios, Izan Davis es el vicepresidente del país, es evidente que la señora está confundida debido el estrés postraumático.

—¡No me diga cómo hacer mi trabajo! —le grita el policía y me mira—. ¿Puede hablarme de lo que recuerda, señora?

Asiento, pero de mi boca no salen palabras. Lo intento, pero me bloqueo. Hay mucho dolor físico y emocional y mi cabeza se detiene, es como si el cerebro no funcionase.

—Señora Davis —me dice el médico y mira al policía para advertirle con el gesto que se mantenga callado—, hemos encontrado fluidos de su esclavo en usted. No se confunda, puede que haya sido amable alguna vez, pero está tocado por el diablo y prueba de ello es lo que le hizo.

¿Fluidos de Dakari? Eso es imposible, él nunca me haría nada. Fue Izan Davis… ¿Qué me pasa? ¿Estoy teniendo otra de mis crisis? No entiendo qué sucede y comienzo a gritar sin sentido. Grito y grito llena de rabia. El médico echa al policía y llama a alguien. Por la puerta asoman mi padre, mi abuela y mi marido, que me miran preocupados. Grito y me zarandeo, pero el médico me sujeta y pronto llega una enfermera y me inyecta algo que me relaja.

Dakari… ¿por qué te has ido sin mí a nuestro país? ¡Llévame contigo!

* * *

Me despierto lentamente. Sigo en el hospital y mi padre está dormido en un sillón a mi lado. Hay una ventana en la habitación y me doy cuenta de que es de noche. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que llegué aquí?

Intento poner en orden mis pensamientos, ahora que estoy algo más tranquila y no hay nadie precipitándose para preguntarme qué ha pasado. Izan Davis me espió y se casó conmigo a sabiendas de que Dakari y yo teníamos algo y habíamos intentado fugarnos. Después, nos tendió una trampa para vengarse de ambos. Yo casi muero y… ¿Y Dakari? Por ley, un verdadero no puede matar a los esclavos de otro y Dakari no le pertenece a los Davis, sino a los Moore. La ley dicta que, solo en situaciones de fuerza mayor, un verdadero puede matar a un oscuro que no le pertenece. ¿Les ha dicho Izan a todos que Dakari me violó para justificar el hecho de haberlo matado? Tiene que ser eso, si no, la policía no estaría

investigando. Es más… ¿por qué la policía se involucra en un caso de oscuros? No tiene sentido. ¿Y si Dakari sigue vivo y ha denunciado lo que Izan me hizo? ¡Soy una idiota! Nadie le creería por ser un oscuro… Así que no tengo ni idea de por qué la policía está investigando lo ocurrido.

Mi padre emite un fuerte ronquido y se despierta sobresaltado, tirando su sombrero de copa al suelo. Me ve incorporada sobre la cama y se despeja rápidamente.

—¡Cariño! ¿Cómo te encuentras?

—Bien —digo y él se alegra de oír mi voz.

—¿Quieres que llame a una enfermera? ¿Necesitas algo?

Niego con la cabeza. Miro la puerta, está cerrada, así que puedo hablar libremente. Mi padre es un verdadero, pero es mi padre y sé que me quiere. ¿Me creerá si le cuento lo que nos hizo Izan? ¿Estoy preparada para hablar de ello?

—Padre —comienzo con un susurro—, ¿por qué murió la madre de Dakari?

Él me mira confundido, pero yo sé que me mintió y necesito entender por qué, quiero saber si puedo confiar en él.

—¿Importa? —pregunta con el rostro muy serio y asiento. Entonces, él se pasa las manos por la cara para despejarse, porque aún está algo adormecido—. Si tu madre siguiera viva, habría tomado mejores decisiones, Luna, pero yo he hecho lo que he podido, he intentado criarte, quererte y hacerte feliz y… ¡mírate! Esto es culpa mía.

No ha respondido a mi pregunta, en su lugar, me está mirando desde su asiento con los ojos llenos de lágrimas y habla de mi madre… De esa que no recuerdo, pero que sé por las fotografías que era físicamente igual a mí, con el cabello dorado rizado y unos ojos azules como el cielo.

—No me has respondido —le digo fríamente.

—Supongo que… ya sabes la respuesta ¿no? —Asiento, confirmando que conozco su mentira, y él se justifica—: Pero solo te oculté la verdad para protegerte. No quería que supieras que tu abuela ordenó que la mataran… Estabas tan unida a Dakari… Y él debía marcharse de la casa después de atacar a Izan, así que escribí esa carta en su lugar. Sé que te rompí el corazón, pero pensé que te olvidarías de él y, ahora, mírate… ¡Esto es culpa mía! Cariño, perdóname.

Mi padre rompe a llorar, se pone en pie junto a la cama y me coge la mano y la besa desesperado. Cree que Dakari me ha violado y se culpa por haberlo puesto a mi cuidado, está claro.

—Padre —susurro y él intenta recomponerse mientras sigue agarrando mi mano—. ¿Tú me quieres?

—Cariño… Daría mi vida por ti —me dice algo dolido por la pregunta.

—Entonces… Tienes que matar a Izan Davis —concluyo y él mira de inmediato hacia la puerta de la habitación del hospital. Se pone en pie y va hasta ella, se asegura de que está cerrada y regresa a mi lado.

—Tienes que contarme lo que pasó aquella noche, Luna, porque estoy volviéndome loco. Cariño —prosigue mi padre en un susurro—, ¿qué ocurrió exactamente?

—Padre… —lo miro avergonzada y escondo mi rostro detrás de mi cabello— fue… horrible —concluyo, apartando la mirada de él. Quiero contarle la verdad, pero las palabras se niegan a salir.

—Lo sé, cariño, lo sé, pero tienes que hacer un esfuerzo… —Me coge los pómulos y me los gira para que lo mire, pero yo le aparto la mano porque me recuerda a la forma en que me coge Izan. Él retira sus manos de mí y se seca una lágrima. Después, prosigue—: Empezaré contándote lo que sé yo…

Asiento y aprieto los dientes. No sé si estoy preparada para oír las barbaridades que viví en la boca de mi padre.

—Izan Davis me llamó para decirme que Dakari te había… que él… —no puede ni hablar, le tiembla la voz y no hace más que frotarse los labios con la lengua, como si los tuviera secos— se aprovechó de ti en el campo sexual. ¿Fue eso lo que pasó? —Niego con la cabeza y lo veo respirar un poco más tranquilo—. Me dijo que había matado a Dakari para defenderte, aunque lo cierto es que no estaba muerto, pero su vida se acabaría en las próximas horas debido a la paliza que le había dado. Yo… estaba tan enfadado al verte así, tendida sobre la cama, desnuda, llena de sangre… que quería matarlo con mis propias manos. Así que llamé al médico de la familia y le dije que lo curase, que no permitiese que muriese, solo para poder castigarlo más tarde.

Dakari no ha muerto, mi padre lo ha salvado… Respiro entrecortadamente y siento el dolor de las costillas fracturadas. Tengo ganas de llorar de alegría, o de tristeza, no lo sé. Quiero abrazarlo, decirle que lo amo, que siento que haya pasado por todo esto por mí. Necesito preguntarle si lo que dijo la mañana de mi boda iba en serio… No lo creo... Dakari me ama, lo sé.

Me percato de que mi padre está roto de dolor y le cuesta mucho hablar de esto, así que me empapo de su pena y dejo que las lágrimas se desborden por mi cara. Él prosigue:

—Cuando se recuperó, comenzó a pedirme perdón por no haber podido defenderte de Izan Davis. Me dijo que era él quien te había golpeado y el que había… el que se había propasado con el… sexo, pero… no podía creerle, porque Izan Davis era tu marido, él tenía derecho a mantener relaciones contigo. Y tú estabas tan… enferma, te habían destrozado por dentro… ¿Cómo podría haberte hecho eso tu marido? Entonces, justo antes de pincharle con la jeringuilla —me horrorizo por el relato—, él no suplicó por su vida, solo me pidió una cosa.

—¿El qué? —pregunto con ansiedad mientras me muevo en un baile de emociones. Mi padre le arrebató la vida a Dakari.

—Que te protegiese de Izan Davis… Dime —me mira directamente a los ojos—, ¿fue tu marido quien te dejó en este estado?

Las últimas palabras de Dakari antes de morir fueron para mí, para intentar protegerme de Izan… El corazón me late agitadamente.

Asiento con la cabeza lentamente y mi padre golpea la cama sin poder creerlo. Me asusto porque él nunca ha sido violento.

—¿Estás segura? —insiste y yo asiento. Entonces, él continúa con el relato mientras intento asimilar que fue mi padre quien mató a mi amado—: Exigí a la policía que investigara lo sucedido, alegando que tenía sospechas para creer que había sido un verdadero quien te había atacado. Evidentemente, no di nombres, pero Izan Davis pareció encantado con la idea de que investigasen, como si no escondiera nada y pensé que Dakari me había mentido, pero ¿por qué? Él te quería… Entonces, encontraron sangre de Dakari en tus nudillos, le golpeaste, las marcas coincidían —dice y yo asiento mientras lloro porque me recuerdo dándole puñetazos y la culpabilidad me recorre entera—. Encontraron fluidos de él en ti y yo… cariño, yo ya no sé qué creer. No le protejas, sé lo que sientes, pero tienes que ser sincera porque lo único que tiene sentido es que haya sido un esclavo y no tu marido quien te haya dejado así.

—Izan Davis… —comienzo y él me mira con atención, pero entonces, cambio el relato para que sepa toda la verdad—. Padre, mi vida era maravillosa hasta que os llevasteis a Dakari de casa. Esos años lejos de él fueron tristes y, cuando regresó a mi vida, la alegría también. Él es la única persona que me ha aceptado tal y como soy. Así que quise fugarme con él en El Purgatorio… Él sabía cómo llegar hasta los rebeldes y pensamos que con ellos estaríamos a salvo. Pero me envenenaron en el restaurante y no pudimos… Después, Dakari me convenció de que lo mejor era separar nuestros caminos y que me casara. —En esta parte de la historia, mi padre comienza a llorar de nuevo—. Pero Izan lo sabía todo y nos tendió una trampa para vengarse de ambos… ¡Padre! —le digo furiosa—. Izan Davis me violó y me golpeó mientras Dakari recibió una paliza solo por intentar salvarme. ¡Y tú lo has matado!

Mi padre se lleva las manos a la boca y llora desconsolado. No disfruto con su dolor, pero él y mi abuela me obligaron a casarme

con Izan, me forzaron a prepararme para ser en la vida solo una mujer bonita a la altura de un hombre como él. Ellos me metieron en su cama, mataron a la madre de Dakari por intentar protegerme y, ahora, lo han matado a él.

—¡Estoy muerta! ¡Me mataste cuando acabaste con Dakari! —le digo—. Vete. ¡Vete!

Mi padre se levanta de la silla con un inmenso dolor y se va de la habitación. Me quedo sola y comienzo a llorar. Dakari, Dakari… no…

* * *

Los días y las noches pasan lentamente en un mar de agonía del que no puedo escapar. Las cuatro paredes de esta habitación parecen cernirse sobre mí, ahogándome a cada instante. Dakari está muerto y ya no tiene sentido fingir, así que repito una y otra vez que Izan Davis me ha violado, que él me dio una paliza, pero el médico insiste en explicarme que había fluidos de Dakari en mí, que mis puños estaban amoratados de golpearle mientras me defendía, que su sangre estaba en mis nudillos y que no existe la violación en el matrimonio.

Mi esposo viene a visitarme y me trata tan bien que me siento confundida. No parece una mala persona, sino un hombre enamorado y preocupado por mi bienestar. Mi padre finge que nunca confesó haber matado a Dakari y que no le dije quién me agredió. El médico familiar, el que lleva tratando mis crisis desde niña, viene a visitarme e insiste en que la mente olvida cosas y se inventa fantasías para escapar del horror. Yo apreciaba a Dakari, pero él solo quería mi cuerpo, eso fue lo que dicen que pasó. Y mi mente se ha inventado lo demás, como se inventó que mi madre era negra. Son solo imaginaciones para superar el trauma de la pérdida.

Sherlyn y Martha vienen a verme el día que cumplo veinte años. Me distrae estar con ellas, pero siento que estoy muerta por dentro y que nada importa.

En las noticias, veo cómo el mundo sigue avanzando sin mí, haciéndome notar lo insignificante que soy, porque soy una mujer,

nada importa mi voz, mi dolor o mi desaparición. Los rebeldes siguen atacando. La verdad, me alegra, quiero ver el mundo arder. Hay desapariciones de oscuros por todo el país, robos de material tecnológico, tormentas electromagnéticas y apagones en todos los rincones del planeta. El presidente Davis ha endurecido las leyes contra los oscuros y ha aumentado la seguridad para evitar que escapen con los rebeldes.

Los modernistas, un grupo más amplio de lo que creía, se manifiestan exigiendo ocupar los puestos de trabajo que ahora son propios de oscuros. Quieren acabar con la esclavitud, pero no para salvar a los oscuros, sino para salvarse a ellos mismos, que son todos verdaderos.

El verano pasa demasiado rápido y no hay vacaciones ni viajes a la playa ni baños en la piscina, porque sigo aquí, en este hospital.

Y pasan tres meses y septiembre llega precipitadamente. Creo que estoy mejor porque he aceptado que hay cierta locura en mí y que ni mi madre es una oscura ni Izan me agredió, no fue mi marido, fue un oscuro, un esclavo tocado por el diablo y al que no volveré a mencionar nunca…

* * *

Me miro en el espejo. Estoy guapa y me alegra verme así. Mi piel no tiene marcas porque hace tres meses del incidente. Mi cabello está bien peinado con un medio recogido que deja bastantes mechones sueltos. Mis labios, pintados de rojo, hacen juego con el vestido blanco y granate, estilo siglo XIX, que me ha regalado mi abuela para salir del hospital. Los guantes de encaje blanco hacen juego con la pequeña pamela que sostengo entre mis manos. Me dispongo a ponérmela cuando alguien llama a la puerta del baño. Salgo y veo a un policía de pie en mitad de la habitación de hospital. Es el caballero que vino varias veces a tomarme declaración sobre lo ocurrido. Observo la estancia, pero ha venido solo, lo que me extraña, porque siempre lo acompaña el médico.

—¡Señora Davis! —me dice—. ¿Está usted lista para salir del hospital?

—Sí —contesto sin comprender, pues estaba esperando a que mi marido viniera a recogerme. Nos vamos de luna de piel. Me causa cierto miedo, pero todos dicen que será divertido y seguro.

—Ya sabe cómo está la situación entre los rebeldes y los modernistas… ¿verdad? —pregunta mientras se recoloca la gorra de policía. Yo asiento y él prosigue—: Por seguridad, seré yo quien la lleve junto a su marido. Le ruego que salga conmigo y no se dirija a nadie.

—¿Y la seguridad de los Davis? —pregunto. Mi familia me había garantizado que ningún oscuro volvería a ponerme la mano encima, que al salir del hospital, tendría guardaespaldas y sería una persona infranqueable, ya que ahora soy la segunda dama del país.

El policía entrecierra un poco los ojos, aguarda unos instantes y contesta:

—Si la seguridad de los Davis se deja ver por aquí, atraerá a toda la prensa. Nadie sabe lo que le sucedió, así que lo más discreto es que la escolte un solo policía… Ya sabe, para pasar inadvertidos.

—Claro —le digo mientras sonrío.

Cojo mis cosas y le dedico un último vistazo a la habitación. Un nudo se forma en mi estómago porque muchas cosas han cambiado desde el día de mi boda, pero debo abrazar mi destino y agradecer que Izan Davis me quiera a pesar de mis crisis y de la situación económica de mi familia. Tengo suerte de que me ame. Me repito esas palabras antes de irme a vivir con él de forma definitiva, pero no puedo evitar sentir un miedo atroz que intento esconder.

—¿Vamos? —inquiere el policía y yo asiento, sonrío y le sigo.

Cruzamos los pasillos del abarrotado hospital. Pasamos desapercibidos hasta llegar al aparcamiento. Me percato de que el policía está inquieto y analiza la situación a cada paso.

Montamos en el vehículo. Me parece un poco extraño ir en la parte de atrás, donde suelen ir los presos, pero supongo que sería más raro aún ir de copiloto, soy una verdadera de la alta sociedad y las damas no van delante.

Veo la ciudad de Nueva Fe en esta tarde calurosa de septiembre y todo luce como siempre. El caos desatado por los rebeldes, los modernistas y las tormentas electromagnéticas parecen solo cosa de las noticias porque aquí todo está en orden. Cada uno sigue con sus vidas.

El policía gira en dirección opuesta a la casa de los Davis. No le doy demasiada importancia porque supongo que está cogiendo un desvío más seguro, pero, al cabo de un rato, comprendo que estamos saliendo de la ciudad y eso sí que me resulta extraño. Doy unos golpes al cristal que separa los asientos delanteros de los traseros, pero él no baja la ventanilla y sigue avanzando lejos de la ciudad. Golpeo y golpeo, pero no me hace caso. Comienzo a ponerme histérica, ¿qué demonios está pasando?

—¿A dónde vamos? —le grito, pero él no responde.

Me deslizo por los asientos hasta la puerta, no hay forma de bajar la ventanilla ni abrir el coche. Estoy atrapada.

Llevo tres meses intentando superar lo que viví aquella noche. Estaba preparada para salir del hospital, incluso estaba ilusionada con mi luna de miel, pero, ahora, el miedo regresa con más fuerza y me paraliza, tiemblo, a la espera de mi destino. Y, aunque sé que no tiene sentido, solo un nombre viene a mi mente: Dakari. Y su sola mención me causa alegría y tristeza a la par. Lo amaba, pero me utilizó.

Las horas transcurren en el coche sin saber a dónde voy. La noche cae y me quedo dormida.

Alguien me despierta.

—Señora Davis —me dice el policía mientras me apunta con una linterna a la cara.

Es de noche y estoy tumbada en los asientos de atrás del coche patrulla. Me incorporo y salgo del vehículo. Pongo en orden mi vestido blanco y granate y me percato de que hay alguien detrás de él, pero, con la luz dándome en la cara, no alcanzo a ver quién es.

—¿Dónde está mi marido? —pregunto con ansiedad mientras me cubro los ojos para no quedarme ciega.

—Señora Davis, en esta mochila tiene comida para, al menos, dos semanas, ropa y otras cosas básicas. —Me entrega un enorme bulto que cojo con dudosa dificultad porque pesa mucho y porque no entiendo nada—. Y tenga, su padre está al teléfono.

El policía no deja de apuntarme con la linterna y me doy cuenta de que estamos en mitad de la nada. Solo hay campo y oscuridad por todas partes. Su móvil está tendido hacia mí, estiro mi mano, lo alcanzo y me lo acerco a la oreja.

—¿Padre?

—Cariño —me dice—, espero que me perdones por no haberte sacado antes del hospital.

—Estaba enferma —le digo en un susurro a través del teléfono.

—Y siento mucho que el mundo no sea ese lugar que tú sueñas, Luna, pero quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti, que te quiero…

El estómago se me encoje y aprieto los dientes bastante agobiada.

—¿Qué pasa? —pregunto sin tener demasiado claro si quiero conocer la respuesta.

Escucho llantos a través del móvil y me preocupo.

—Espero que tengas la vida feliz que te mereces junto a la persona que amas… Lo… siento, por todo.

—Me estás asustando —le digo.

Él tarda un poco en contestar y le oigo sollozar.

—No iba a devolverte a los brazos de quien casi te mata y… ¡joder! —exclama y me asusta más aún, ¿por qué dice palabrotas? No entiendo qué le pasa—. No quería esto para ti, cariño, pero espero que seas feliz. ¡Te quiero! Perdóname por no estar ahí, pero no habría sido capaz de dejarte marchar…

Entonces, un mar de confusión pasa delante de mí. Devolverme a quien casi me mata… ¿Se refiere a Dakari? Los médicos dijeron que él fue quien… Entonces, me doy cuenta de que mi padre me está abandonando en mitad de la nada y que esto es una despedida. Un rayo de esperanza se abre dentro de mí, pero… ¿esperanza de qué? Y recuerdo que hace tres meses discutí con él sobre lo que ocurrió aquella noche y que dijo que había matado a…

La confusión y los sentimientos que he retenido este tiempo regresan a mí y lo único que tengo claro es que esto es una despedida.

—Yo también a ti, te… quiero —concluyo.

Lo escucho llorar y la línea se corta. Miro el teléfono y al policía, que sigue apuntándome con la linterna. Aunque no le entrego el móvil, él lo coge de entre mis manos y me dice:

—Mucha suerte, señora Davis.

Agacha la linterna y se va en dirección al coche. Yo me giro para seguir su camino con la mirada. Sé que hay alguien en la oscuridad, a mi espalda, y que pronto tendré que enfrentarme a la realidad, así que busco respuestas en el policía y exclamo:

—¡Espera! —Él me mira—. ¿Cuál fue el resultado de la investigación? ¿Qué decían las pruebas?

El policía se detiene y vuelve a apuntarme con la linterna a la cara.

—Mantuvo relaciones sexuales con su marido y con el oscuro. Y está claro que una de ellas, al menos, no fue consentida. Eso decían las pruebas.

Respiro de forma entrecortada y creo que él lo nota. No recuerdo a mi madre verdadera, igual que no recuerdo al esclavo abusando

de mí. He visto fotos de mi madre conmigo cuando era niña, somos iguales. El médico me dijo que el hecho de que no recuerdes una cosa no significa que no haya sucedido. El corazón se me para y el policía prosigue:

—Pero hay algo que nadie investigó, solo yo: el lugar del crimen. Y le puedo asegurar que en la habitación nupcial no hubo ninguna paliza ni ningún abuso… Solo usted tiene las respuestas y espero por su bien que su padre haya confiado en la persona adecuada… Algo está claro, el esclavo y usted estaban al borde de la muerte, solo Izan Davis pudo trasladar los cuerpos de donde quiera que ocurriese todo a la habitación nupcial. Si tiene dudas, pregúntese por qué haría algo así.

Haría algo así para ocultar la verdad…

—Gracias —le digo.

—No lo he hecho por usted —dice con cierta descortesía—, sino porque estoy a favor de los modernistas y totalmente en contra de los Davis y, si se va, estaremos haciendo daño a los Davis. —Hace una pausa, baja la linterna y concluye—: Buena suerte.

Se mete en el vehículo y arranca.

Veo cómo el coche se aleja, sus luces se marchan y el lugar se queda inundado de oscuridad.

Me quedo sola con la figura que hay a mi espalda plantada en medio de la nada. Escucho unos pasos y sé que se acerca. La respiración se me entrecorta y aprieto los dientes para no llorar. El hombre se detiene junto a mí y enciende una linterna.

—Luna —susurra y yo ladeo mi cabeza lentamente porque he reconocido su voz perfectamente.

—Dakari.

9. Camino hacia nuestros sueños

Dakari

—¡Te amo, Dakari! —me dice Luna mientras el señorito desata toda su fuerza contra ella y la penetra.

Huelo su dolor, huelo la excitación de Davis y mi propia sangre mezclada con la de ella. Quiero matarlo de una forma tan violenta que creo que, en verdad, el diablo puede estar ahora en mí. Huelo el miedo de Luna y solo deseo que se calme.

—Te… —Pero no puedo terminar de decirle que la amo porque el esclavo me golpea en la boca y todo se vuelve tan borroso que soy incapaz de pronunciar palabra alguna.

Abro y cierro los ojos y noto el tintineo de las cadenas que me retienen contra la pared. El esclavo me abre la boca y me obliga a tomar algo. Intento oponer resistencia, pero las fuerzas me han abandonado. Trago y creo que es una pastilla. ¿Para qué?

Veo al señorito tirar del cabello de Luna, quiero seguir hablando con ella, pero ya ni siquiera huelo su sangre porque estoy al borde de la muerte, lo sé.

Consigo centrarme un momento y la veo desnuda sobre la cama, su hermoso cuerpo está cubierto de sangre y de heridas y se me encoge el estómago. Frunzo el ceño y, sin poder evitarlo, lloro. Luna va a morir y no es justo. Ella es buena y no se merece nada de esto. Entonces, gira su cabeza hasta que nuestros ojos se encuentran y en lo único que puedo pensar es en llevarla a nuestros sueños para que sus últimos momentos de vida sean lo más agradables posibles.

—Ya casi estamos llegando —le digo sin saber de dónde saco las fuerzas.

—Ya veo al monstruo superhéroe —susurra y cierra los ojos, yo también, no puedo más.

* * *

Un calor intenso sale de mi nuca y se extiende por todo mi cuerpo. Me mantengo con los ojos entreabiertos, pero la habitación se oscurece por momentos y creo que soy yo. El esclavo me desnuda e intento apartarme. ¿Qué pretende? Pero solo consigo recibir otro golpe más.

El olor de Luna es extraño, como si la vida estuviera a punto de abandonarla. Noto que alguien tira de mis partes y vuelvo un poco en mí. Veo a Luna atada a la cama, abierta de piernas y desmayada. Está demasiado cerca de mí, huelo su sangre.

—Voy a matarte —le digo a Izan Davis, pero él se ríe, viene hasta mí y me agarra con fuerza de los pómulos.

—¡Cógele de las piernas! —le ordena a su esclavo.

Miro a Luna y ella abre los ojos en este instante. Colocan la cama de manera que quedamos demasiado juntos y en lo único en lo que puedo pensar es en aminorar el dolor y el pánico que siente; sin embargo, me desmayo y regreso un poco después.

—¿La ves? —me pregunta Izan mientras agarra fuerte mis pómulos y yo intento apartar la cara sin éxito—. Quisiste tocar lo que es mío y este es el resultado.

Esto es culpa mía, debí apartarme de ella. Mi madre me lo advirtió cuando era niño. Luna es una verdadera tocada por los ángeles y yo un oscuro tocado por el diablo. Huelo su sangre y no puedo ni imaginar el dolor que tiene que sentir por todo lo que Davis le ha hecho. No he podido defenderla, he fracasado y lo único que siento es culpa.

—¿A que el país es precioso? —me pregunta ella y dibujo una pequeña sonrisa en mi cara.

Soy yo quien tenía que haberla protegido y, aun así, no parece odiarme. Luna me ha alegrado la vida, así que le contesto:

—Lo es porque tú estás en él.

Ella sonríe y el señorito se enfada tanto que le pega un puñetazo en la cara que la deja totalmente inconsciente.

—¡No! —grito y me zarandeo.

* * *

—¡Métesela ya! —le ordena Davis a su esclavo.

No sé qué está pasando, pero noto mi miembro endurecido y no sé por qué. Una extraña y lejana sensación me envuelve, pero no soy capaz de discernir qué ocurre.

El señorito aprieta mis pómulos y me susurra:

—Vas a morir, oscuro, pero antes, quiero que sepas que Luna despertará creyendo que fuiste tú quien la violaste y la golpeaste hasta casi matarla. Tu semilla quedará en ella —se regodea mientras afila su expresión— y sus puños amoratados de golpearte la convencerán.

Intento apartar la cara de sus manos, pero me retiene con fuerza y creo que sé qué está haciendo. No sé cómo, pero han conseguido que me adentre en ella y ni siquiera estoy excitado, no puedo estarlo, no deseo acostarme con Luna ahora, no puedo hacerle eso, solo deseo arroparla y cuidarla. ¿Qué me ha hecho este malnacido? ¿Es por la pastilla que me han dado?

Intento apartarme de ella, pero el esclavo me retiene con fuerza. Izan suelta mis pómulos, se aparta un momento y lo veo regresar con el puño de hierro. Va a matarme.

—¡Adiós, esclavo! —me dice y lo último que veo es ese puño cernirse sobre mi pecho.

* * *

Abro los ojos y siento demasiado dolor. Hay un médico trabajando en mi cuerpo. ¿Me está curando? Es un verdadero, ¿por qué haría eso?

La cabeza se me va y solo puedo pensar en que Luna, seguramente, esté muerta.

* * *

Llevo un rato despierto en esta lúgubre sala. Sé que estoy en la fábrica, en uno de los antiguos almacenes que ya no se usan porque tiene humedades. Estoy conectado a unas máquinas, tengo vendas por todas partes y la cara tan hinchada que casi no puedo ni abrir los ojos. El pecho me duele.

Pasan bastantes horas hasta que alguien viene a verme. No he intentado escapar porque no creo que haya motivo para ello ni estoy en condiciones de hacerlo.

El señor Moore entra con el médico, que me observa sin hablar. Yo también guardo silencio. Analiza las máquinas y parece que también mi estado de salud. Después, le dice a mi amo:

—No sé qué pretende, señor Moore, pero esta es la última vez que vengo a curar a su oscuro. —Ahora me mira a mí y me deja unas pastillas—. Tómate dos de estas cada ocho horas con las comidas durante dos semanas y no hagas esfuerzos hasta dentro de, por lo menos, un mes. —Asiento, él mira al amo y le dice—: Su vida está fuera de peligro. —Sale de la estancia y, antes de cerrar la vieja puerta del almacén, le dice—: Yo nunca he estado aquí. ¿Lo entiende?

El señor Moore asiente y el médico se va.

No sé qué sabe mi amo, tampoco sé cómo he llegado aquí ni cómo está Luna, así que me precipito a darle explicaciones, porque él me confió la protección de su hija y he fracasado.

—Lo siento, señor Moore —y, conforme hablo, me doy cuenta de que no puedo hacerlo sin que se me parta el corazón al recordarla desnuda, cubierta de sangre y gritando de dolor—, intenté protegerla, estaba dispuesto a morir por ella, pero me encadenaron. Sé que no es excusa, solo dígame que está bien, que se recuperará.

El amo me mira confundido, se quita la chaqueta del traje, se remanga la camisa y se agacha a mi lado, me coge del cuello y coloca su puño frente a mí, pero no me golpea, sino que sus ojos se ponen rojos de rabia y tristeza.

—¿Cómo pudiste hacerle eso a mi niña?

Sabía que esta era la opción más lógica. Todos creen que fui yo, soy un oscuro, un esclavo y, además, el señorito Izan me hizo algo y me adentraron en ella cuando estaba al borde de la muerte. La rabia de los ojos de su padre es reflejo de la mía propia. Estoy vivo y voy a matar a Davis.

—No fui yo, señor Moore —le digo y él me suelta enfadado, se acerca a la puerta y abre un maletín. Sé lo que contiene, pero necesito que sepa la verdad—: El señor Izan Davis la golpeó y la violó —exclamo con dolor mientras él se gira y veo que ya tiene la jeringuilla preparada para matarme—. Por favor, amo, máteme si lo desea, pero si la señorita Luna sigue viva, protéjala de Davis.

El señor Moore se acerca. No tengo muchas fuerzas, pero quizá podría pelear y, tal vez, conseguiría deshacerme de él. Sin embargo, aguardo mientras coge mi brazo y lo prepara para inyectarme el líquido que me otorgará la muerte y me llevará a nuestros sueños, donde quizá Luna ya esté o venga pronto.

—Te salvé la vida solo para poder matarte a golpes —confiesa el amo mientras la mano que sostiene la jeringuilla le tiembla—, pero está claro que no soy esa clase de hombre —confiesa, decepcionado consigo mismo—. Y ahora me dices que fue su marido. No existe la violación en el matrimonio. Confiesa, Dakari, puse en tus manos a mi hija. ¡Joder! Está tendida en el hospital al borde de la muerte.

Luna está viva, es lo único que escucho.

—Señor Moore, por favor, no deje que el señor Izan Davis se acerque a la señorita Luna. Él la golpeó, la penetró sin permiso y no fue amable con ella, un marido no debería hacer sangrar a su esposa. Ella lloraba y gritaba de dolor. Si eso no es una violación… ¿qué es?

Su padre tira la jeringuilla y llora mientras grita desgarradamente. Yo contengo la rabia y frunzo el ceño para mantenerme fuerte.

* * *

No sé cuánto tiempo llevo encerrado aquí, en este húmedo y viejo almacén. Las heridas sanaron hace tiempo y me he dedicado a hacer ejercicio con el propósito de estar fuerte para matar a Davis.

El señor Moore viene de vez en cuando. Podría golpearlo y huir, pero no lo hago porque es el padre de Luna. No me dirige la palabra, solo me deja comida y enseres de aseo. Le he preguntado por la vida de su hija, pero no responde. A veces, pasa y se me queda mirando un rato, como si se debatiera entre aceptar que el señor Davis es un violador o lo soy yo.

No tengo reloj ni luz natural, pero eso no es lo peor, sino, más bien, el recuerdo de aquella noche, el horror en los ojos de Luna, la impotencia de que todo pasó delante de mí y no pude hacer nada. A veces, sueño que la salvo, que hago algo más aparte de limitarme a mirar, que ella y yo viajamos a ese país que no existe.

* * *

Escucho la puerta abrirse y, como siempre, es el señor Moore quien la cruza. Lleva una mochila enorme y me la lanza.

—¿Recuerdas cómo conducir?

—Sí, señor Moore —contesto eufórico. ¿Va a sacarme de aquí? ¿Me va a decir si Luna está viva?

—Bien, en la mochila hay ropa, comida y todo lo necesario para sobrevivir un tiempo.

Las expectativas bajan. Me está liberando porque me cree, pero no hay noticias de Luna porque murió hace tiempo, por eso su padre está así.

—Izan Davis —me dice— va a llevarse hoy a Luna del hospital. —Arrugo los labios hacia delante. Está viva y se la entrega a ese malnacido—. Los médicos la han convencido de que tú la violaste porque había fluidos tuyos en su zona íntima y porque tenía los nudillos amoratados de golpearte. Antes de traerte aquí, la policía te examinó. Les dije que eras mi esclavo y que acabaría con tu vida en

privado, tal y como es mi derecho. Nadie sabe que estás vivo, ni siquiera ella.

Sus palabras son como una tortura para mí. Yo no le hice nada, ella me golpeó porque Davis la obligó, yo no la violé…

Me mira a la cara muy serio. Si cree que fui yo, ¿por qué me libera? Por el contrario, si sabe que Davis le hizo eso… ¿por qué se la entrega?

—Señor Moore, por favor, no la deje ir con Davis… —comienzo, pero él no me deja acabar.

—Pensé que lo mejor era creerme la mentira de que fuiste tú y no su esposo, un verdadero de una familia respetada, que Luna había enloquecido de alguna forma... Pero te he mantenido aquí y solo Dios sabe por qué… —Se frota los ojos, que están enrojecidos—. Hace unos días, cuando supe que le daban el alta y que se iría con su esposo… ¡No puedo permitirlo! Soy padre por encima de todo, Dakari. —Se me acerca—. Supongo que mi hija y tú os acostasteis y él os pilló y que por eso tus fluidos estaban en ella y… lo de los golpes… ¡Joder! No sé qué paso, pero sé que sabes dónde viven los rebeldes y que puedes llevártela allí, a donde podáis estar juntos y a salvo. Sé que la quieres y que ella no podrá vivir sin ti… Sé que, si Izan se la lleva, no me lo perdonaré jamás y no puedo deshacer el compromiso ni demostrar lo que le hizo porque es el vicepresidente de Los Nuevos Estados Unidos de la Luz. —Me tiende la mano para que se la estreche, como hacen los caballeros, y me dice—: Te entrego a mi hija, llévatela de aquí, cuídala y sed felices.

Esto no puede estar pasando. Contengo las lágrimas, le estrecho la mano y dibujo una media sonrisa. Él también sonríe emocionado y me da un abrazo que no esperaba. Se aparta y concluye:

—¡Y quiero nietos! ¿De acuerdo?

—Claro, señor Moore.

Él asiente y me explica los detalles de la fuga.

* * *

Estoy quieto en medio de la oscuridad. Ella está aquí. La luz de la linterna del policía se refleja sobre su hermoso rostro. Está bien, está viva, pero pregunta por su marido. ¿Por qué? Sé que este reencuentro no va a ser el camino hacia nuestros sueños que he creído esta mañana. Luna ha pasado tres meses en el hospital convenciéndose de que fui yo quien la agredió.

El policía contesta a su pregunta:

—Mantuvo relaciones sexuales con su marido y con el oscuro. Y está claro que una de ellas, al menos, no fue consentida. Eso decían las pruebas.

Huelo el miedo de Luna. ¿Es por mí? El dolor aprieta y ahoga en el pecho, pero lo aparto porque da igual lo que ella piense, lo único que importa es que voy a alejarla de Davis para siempre.

El policía sigue dándole detalles de la investigación hasta que se despiden y él se marcha.

Estoy nervioso y ella también, lo huelo. Doy unos pasos lentamente hasta colocarme a su lado. Tenemos que irnos cuanto antes de aquí, pero llevamos tres meses separados y ambos hemos pasado grandes horrores, así que nos merecemos un reencuentro en condiciones.

Enciendo una linterna mientras la escucho respirar entrecortadamente.

—Luna —susurro y la miro a la cara.

Ella gira lentamente su cabeza y me mira con sus hermosos ojos azules.

—Dakari.

El silencio es lo único que se escucha durante un rato. Temo decir algo que le haga sentir mal, pero hay tanto que quiero compartir con ella que las palabras se agolpan para salir.

—Pensé que habías muer… —comienzo.

—Habías muerto —interrumpe ella—. Yo también lo creí de ti… —Mira al frente—. Quizá habría sido lo mejor.

Quiero abrazarla, arroparla y rendirle homenaje a la vida por estar juntos, pero no sé cómo hacerlo.

—Me alegra verte recuperada —digo con la voz apagada.

Ella no me mira, su cabeza está fija en el oscuro horizonte.

—Dakari… —comienza, pero no puede continuar, porque su voz se llena de dolor y sus ojos de lágrimas.

—Sé que estos meses han debido ser muy duros, pero tenemos toda la vida para recuperarnos.

Gira todo su cuerpo hacia mí y me mira a la cara.

—Tengo miedo —comienza y puedo olerlo.

Me rompe el corazón que esté asustada de mí.

—¿Sabes lo que pasó, verdad? Lo que Izan Davis te hizo… Luna, sabes que yo jamás te haría daño.

—¿Me violaste? —me interrumpe y sus ojos se llenan de lágrimas. La sola pregunta me rompe en dos.

—No —digo enfadado y lleno de ira. Mi ceño se frunce y mis labios se tensan arrugados hacia delante.

—¿Y por qué había fluidos tuyos dentro de mí?

Creo que está al borde de un ataque de ansiedad y, por eso, me mantengo a distancia, sin tocarla, sin abrazarla, y eso me duele.

—Porque así lo quiso él, supongo que formaba parte de su plan para que me odiases… —Agacho la cabeza, incapaz de mirarla—. Me dieron algún tipo de medicación y mi… —No sé cómo hablar de esto con ella, porque jamás he tocado así a una mujer y lo más cerca que he estado fue con ella aquella noche en casa de Davis—. No sé cómo, pero nos juntaron… de esa forma y…

Siento sus delicadas manos tocar mi barbilla. Me ayuda a erguir mi cabeza y a mirarla.

—¿Crees que estoy loca?

—No, claro que no.

Suelta mi barbilla.

—Cuando estaba en el hospital, vi a mi madre, era negra, Dakari, me dijo que me llamo Zala.

Sus palabras me pillan por sorpresa y no sé a dónde quiere ir a parar. Su madre era una verdadera tan parecida a ella que es innegable que sea su hija.

—Sufriste mucho aquella noche, Luna —le digo—, es normal ver cosas. Yo también tuve pesadillas mientras me recuperaba.

Ella aprieta los dientes y se enfada.

—¿Parece inverosímil que mi madre sea negra? —pregunta, pero no respondo—. Porque también lo parece el hecho de que tus fluidos estuvieran en mí y culpes a Izan de ello.

No sé qué espera que le diga, así que me obligo a centrarme en protegerla, da igual que me crea o no, yo sé la verdad, y es que cuanto antes la saque de aquí, mucho mejor.

—Tenemos que irnos ya —le digo, cambiando de tema, y ella arruga la nariz disgustada—. Tardaremos toda la noche en llegar a El Purgatorio y ese solo será el principio del viaje.

—¿Vamos a ir andando? —pregunta y yo dibujo una media sonrisa sin poder evitarlo.

—No, tenemos un vehículo… Un *quad*.

—¿Un qué? —pregunta ella algo más relajada.

Dirijo la linterna hacia el pequeño coche de cuatro ruedas. Es más bien como una moto, ya que el piloto va delante y el pasajero detrás y la forma de subirse es similar, con las piernas colgando a cada lado del vehículo.

—¿Vamos a llegar hasta los rebeldes en eso? —pregunta con cierto toque de diversión y me alegra recuperarla un poco.

—Eso espera tu padre, sí.

Nos acercamos al vehículo. Luna no sabe conducir, porque no está bien visto que una dama de la alta sociedad lo haga, así que toda la responsabilidad recae sobre mí. Recuerdo todas las clases que me dio Naim, pero… ¡esto no es un coche, es un *quad*!

Cargamos las mochilas en el portamaletas. Ayudo a Luna a subir, ya que, con ese largo vestido, no va demasiado preparada para el viaje. Después, subo yo y me preparo lentamente mientras recuerdo todo lo que me ha dicho el señor Moore. Arranco y el vehículo sale disparado unos metros de forma incontrolada, Luna me agarra de la cintura para no caerse.

—Lo siento —le digo mientras freno bruscamente y lo vuelvo a intentar. Ahora sí, arranco y nos desplazamos a través del campo.

Hay un GPS en el vehículo que me indica por dónde avanzar. El señor Moore lo ha programado para que nos lleve a la frontera entre Los Nuevos Estados Unidos de la Luz y la Tierra Abandonada. La ruta no será la que cogería un verdadero, viajaremos por zonas despobladas y alejadas de la policía; aun así, tengo que andarme con ojo.

Luna se aferra a mi cintura y apoya su cabeza en mi espalda. Sé que lo hace por seguridad y por ir más cómoda, pero su cercanía es un bálsamo para la soledad que he vivido estos tres meses.

Aunque las horas pasan y casi nos acercamos al amanecer, no tengo sueño, estoy demasiado alerta como para dormirme. No sé si Luna va durmiendo porque no ha hablado en todo el camino y tampoco es que el ruido del extraño coche nos deje conversar.

Nos acercamos a El Purgatorio, pero el GPS nos desvía hacia la Tierra Abandonada, donde no habitan verdaderos, donde, supuestamente, no vive nadie, pero la realidad es que allí se ocultan los rebeldes. Al menos, eso me dijo la mujer de cuatro brazos antes de morir.

Esta vez, la fuga tiene que salir bien, pero me preocupa cómo reaccionen los rebeldes cuando me vean llegar con una verdadera.

Intento centrarme en, primero de todo, alejarnos del país. Esta es la parte más peligrosa del viaje porque, si nos pillan, ya no habrá segundas oportunidades.

Las horas pasan y el GPS me indica que ya hemos llegado a nuestro destino. El límite máximo de la civilización. A partir de aquí, el aparato solo marcará si estamos en el norte, en el sur…

Detengo el vehículo en unas ruinas porque necesito estirar las piernas. El sol ya está saliendo. Cuando el ruido del motor se detiene, escucho a Luna repetir unos números.

—Uno, dos, uno, cero, cero, cero.

No me bajo porque sé que está dormida y se caerá si lo hago.

—Luna, despierta. ¡Luna!

Ella se sobresalta y se aparta de golpe. Ahora sí que bajo del vehículo y le tiendo la mano. Ella la mira con duda, pero después, sonríe y la toma para bajarse mientras dice:

—¡Ya no llevas guantes!

—¿Prefieres que me los ponga? —pregunto confundido.

Ella saca la lengua de forma desenfadada.

—Claro que no, listillo. —Mira hacia todas partes—. ¿Dónde estamos?

Yo también observo el lugar. Parece un hotel de carretera de los de antes de las guerras y los virus. Está bastante destruido.

—En la Tierra Abandonada —contesto.

Ella se estira su vestido blanco y rojo oscuro y pasea analizando el lugar. Yo también camino un poco porque tengo las piernas agarrotadas.

—¡Vaya decepción! —dice—. Pensé que sería más…

Huelo algo.

—¡Silencio! —le digo y me acerco a ella—. Viene alguien.

No se oye nada, pero percibo el olor. Aprovecho que la persona aún está lejos para mover el vehículo sin ponerlo en marcha. Lo sitúo donde creo que se verá menos y, entonces, oímos unas ovejas.

Sin pensarlo, cojo de la mano a Luna y la arrastro hasta un agujero en mitad de las ruinas. Allí aguardamos. Las ovejas suenan cada vez más cerca. Probablemente, se trate de un pastor que tiene la granja en la frontera y que ha salido a pasear algo más lejos de la cuenta.

El hueco donde nos escondemos es estrecho y me doy cuenta de que Luna no tiene miedo y sus dedos siguen unidos a los míos. La miro y dibujo una sonrisa en mi cara, es sutil, pero creo que ella la percibe porque sonríe en respuesta. Entonces, lleva sus dedos a uno de mis ojos y pasa su índice por la cicatriz que me dejó uno de los golpes del esclavo de Izan Davis. Su gesto se recrudece y me escruta de arriba abajo.

Pronto el pastor se marcha y salimos del agujero.

—Tenemos que seguir hacia el oeste hasta que veamos un gato rojo.

—¿Un gato rojo? —pregunta ella confundida, mientras me ayuda a empujar el vehículo fuera del escondite.

—La rebelde me dijo que, no muy lejos de la frontera, por el oeste, veríamos un gato rojo. Y que debíamos ir allí para llegar a su guarida.

Me encojo de hombros y ella se ríe. Abro el portamaletas y saco algo de comer para ambos. Ella ingiere el alimento y me mira intensamente. Nos apoyamos en las paredes ruinosas del hotel y disfrutamos del desayuno después de toda la noche viajando.

—Dakari, ¿qué ha sido de ti estos meses?

—Ya sabes… —comienzo inseguro y le doy un gran trago al zumo. No sé qué voy a contarle de la agonía que he vivido—. Nada interesante.

—¿Te costó mucho recuperarte?

—Un poco —contesto—, pero estoy bien. Y… ¿tú?

Huelo su miedo y me doy cuenta de que le incomoda el recuerdo de lo vivido este tiempo atrás.

—He deseado morir —confiesa y su mirada se torna triste.

Ingerimos el alimento en silencio unos instantes y yo también le confieso:

—Tu padre trajo un médico para que me curase… —Me levanto la camiseta y le dejo ver la enorme cicatriz que me recorre el pecho. El señorito me golpeó ahí con el puño de hierro. No sé cuál es el diagnóstico ni qué operación tuvo que realizar el médico, pero sí sé que ahí quedará esa marca para siempre.

Ella se horroriza y me doy cuenta de que he sido un tonto por preocuparla.

—¿Eso te lo hizo Izan aquella noche? —pregunta confundida.

Asiento y ella da unos pasos hacia mí, huelo su miedo y me parte el corazón. ¿Por qué se asusta cada vez que nos acercamos?

—No debería habértelo enseñado, perdona —le digo y comienzo a guardar las cosas en el portamaletas.

—A mí me dieron puntos… —Se calla, incapaz de continuar, pero sé de lo que habla. Aún recuerdo su sangre y cómo Izan Davis la embestía con agresividad.

Luna respira entrecortadamente y necesito hacer algo para calmar su dolor. Doy unos pasos y la abrazo despacio. Ella me deja hacerlo y comienza a llorar, mientras hunde su cara en mi pecho.

No decimos nada, solo nos sentimos, por fin, juntos, como si, al final, después de todo, fuéramos camino hacia nuestros sueños.

—Te he echado de menos —me dice y aparta la cara para mirarme.

—Yo también —confieso y ambos nos sonreímos.

Ella se seca las lágrimas, se aparta y se pone seria. Yo huelo su pena. Luna siempre es alegre, elocuente y dice tonterías que nos hacen reír. Creo que me toca a mí ser un poco como ella para alegrarla y le digo:

—He estado aprendiendo a ser un contrabandista de personas.

Ella dibuja una expresión de confusión en su rostro.

—¿Qué?

Me río.

—Me has preguntado que qué he hecho estos tres meses. Pues eso… —concluyo mientras me subo al *quad* y le ofrezco la mano.

Ella me la toma, saca la lengua y se monta. Arranco y se acerca más de la cuenta a mi cara. Me habla con un alto volumen para que la escuche por encima del ruido del motor:

—¿Y qué tal?

—¿Qué tal qué? —pregunto.

—Eso de ser contrabandista.

Me río.

—Ya ves, de maravilla, tengo mi propio coche… un cochazo, para ser exactos.

Luna se ríe y su risa es todo lo que necesito para estar bien.

* * *

Los días van pasando y nos recorremos el oeste de lado a lado, manteniéndonos justo a cuatrocientos cincuenta kilómetros de la frontera, tal y como me indicó la rebelde. Pero no encontramos el gato rojo, solo ruinas y silencio. Aquí no hay nadie. Lo bueno es que esto está tan solitario que no hay verdaderos que puedan delatarnos. Lo más difícil era sacarnos de Nueva Fe y eso ya lo hizo el policía gracias al señor Moore. Lo malo es que, de no encontrar pronto a los rebeldes, la gasolina se terminará. El vehículo no

consume mucha porque se recarga también con energía solar, pero acabará por agotarse, como la comida, y será nuestro fin.

Luna se muestra distante en general y yo la respeto, aunque me muero de ganas de abrazarla, incluso de besarla, de tenerla entre mis brazos y compartir ese amor tan intenso que siento por ella. Al menos, su alegría y su humor parecen regresar cada día más y pasamos buenos ratos riéndonos con su elocuencia, pero luego se acerca a mí, creo que ella también desea más, y huelo su miedo. Entonces, se detiene. No hemos vuelto a hablar de aquella noche de hace tres meses ni de si aún cree que yo la agredí.

—¿Qué haces, Dakari? —me pregunta.

Debe haberse despertado, yo no podía dormir y llevo un rato en este viejo taller donde nos hemos resguardado para pasar la noche.

—Apuntando la fecha en que hemos pasado por aquí, por si nos perdemos en un futuro…

Estoy grabando sobre un viejo cartel de metal con un cuchillo la fecha de hoy: 12-09-00. Luna pasa los dedos por los números y los lee de uno en uno:

—Uno, dos, cero, nueve, cero, cero.

Ambos nos miramos y pensamos lo mismo. Se parece bastante a la secuencia que repite ella desde niña cada vez que sufre un ataque.

—¿Crees que tus números son una fecha? —pregunto mientras guardo el cuchillo.

Luna da unos pasos alrededor del taller, pensativa.

—Doce del diez del cero cero… —Se para y me mira—. Si es una fecha, sería justo dentro de un mes, el doce de octubre del año dos mil doscientos.

La miro serio porque no sé si debo animarla a seguir con esa locura. ¿De verdad cree que su madre es negra y que ese número

significa algo? Luna se percata de mis dudas y aprieta los dientes enfadada; después, me dice:

—¡Déjalo! ¡No me crees! —Y se dispone a recoger el saco de dormir.

Me acerco a ella y la cojo suavemente del brazo, obligándola a que se dé la vuelta y me mire.

—Confío en ti, Luna. —Esbozo una media sonrisa que me hace elevar la comisura de mis labios y ella arruga la nariz—. ¿Qué crees que significa esa fecha?

—¿Un viaje en el tiempo? —Por el tono de su voz, no es la primera vez que se lo plantea.

—Pero… —Lo pienso—. Si hubiera otro viaje en el tiempo… ¿Cómo explica eso que recuerdes que tu madre era negra?

—No solo eso —me dice ella mordiéndose el labio, algo avergonzada—, es que yo también soy negra… En el hospital, te vi a ti, pero parecías diferente —me toca el cabello y mis rastas blancas alargadas se agitan—, y me vi a mí, era una oscura. Mi madre me dijo que me llamaba Zala.

Intento creerla, pero resulta complicado. La explicación más lógica es que se lo haya inventado, que su cabeza le haya jugado una mala pasada, pero ella lo dice tan convencida que hago un esfuerzo por buscar alguna teoría.

—No sé… —comento—. ¿Y si vamos a viajar a un futuro superlejano donde existe la realidad virtual y tú escoges ser negra en ella?

Luna comienza a reír sin parar, pero yo lo decía en serio.

—¡Vaya un listillo! ¿De verdad? No creo que haya nada más enrevesado que eso. ¿Y cómo encaja mi madre negra en esa teoría?

—No lo sé —le digo—. ¿Y si…? ¿Sabes si tuviste nodriza? —Ella niega con la cabeza y yo prosigo—: Quizá la tuviste antes de que tu

madre muriese y la mujer de tus sueños sea ella. Una nodriza negra, no es tan raro…

Luna me mira algo disgustada.

—Ya te lo he dicho, no son sueños, la vi, es real… La vi como te veo a ti.

Me quedo plantado un momento porque no sé qué quiere que le diga. Deseo creerla, pero parece una locura sin sentido. Ella termina de recoger sus cosas en silencio y yo hago lo propio. Después, busca algo de intimidad para asearse y cambiarse de ropa.

Me siento frente al cartel de metal donde he grabado la fecha de hoy. Le doy vueltas una y otra vez a lo que ha dicho Luna. Esa secuencia de números… Me llevo las manos a la nuca y estiro el cuello. A veces, las cosas no son lo que parecen… Entonces, me fijo en el dibujo desgastado y viejo del cartel. Lo he visto fuera del taller también. Es un mecánico sujetando una herramienta de color rosa… ¿Quién pone en un cartel una herramienta rosa? Me fijo con detalle y me doy cuenta de que no es rosa, es roja, pero, con el polvo y el paso del tiempo, se ha apagado su color. Voy corriendo y cojo una servilleta, limpio el cartel y lo veo claro.

—¿Te ha entrado un ataque de limpieza de repente? —pregunta Luna, ciertamente divertida.

La miro y la veo con un bonito vestido color amarillo. Es poco práctico para montar en el *quad*, pero todos los de las damas son así, largos, elegantes y con acabados propios del siglo XIX.

—¡He encontrado el gato rojo! —exclamo con una enorme sonrisa.

—¿Qué? —pregunta ella.

—No es un animal —le explico—, es una herramienta para levantar el coche. ¡Un gato rojo! —Y le señalo el cartel ahora que el polvo lo ha despejado. Se percibe claramente el color rojo desgastado de la herramienta que sostiene el mecánico: un gato.

Ella se empieza a reír, eufórica. Me pongo en pie y me acerco. Ambos damos saltos de alegría y nos reímos llenos de emoción.

Luna se coge el largo vestido color amarillo a juego con sus cabellos y hace bailotear sus pies cargada de emoción.

—¡Eres un listillo, señor Dakari! —me dice fingiendo ser una figura de autoridad con una voz muy graciosa.

—¿Señor? —pregunto dibujando una media sonrisa en mi cara.

Luna saca la lengua.

—Bueno, supongo que, en el país de los oscuros, podrás ser lo que desees y dijiste que querías ser empresario. Así que debería acostumbrarme a llamarte señor.

Luna hace una reverencia muy divertida mientras se agarra el vestido de forma delicada. Niego con la cabeza y voy a decirle alguna tontería, cuando huelo algo. El aroma viene de lejos, pero me es familiar. Por el momento, solo sé que es una persona, quizá varias.

—¡Tenemos que irnos! Alguien se acerca.

Ella se pone seria de repente y comienza a recoger las cosas mientras pregunta:

—¿Cómo lo sabes? No se oye nada.

No le contesto, solo le ayudo y le ofrezco la mano. Salimos lo más rápidamente posible de la fábrica hasta el vehículo. Ella comienza a guardar los bultos y yo me paro y olfateo intensamente. No tiene sentido ocultarle mi mutación a Luna porque los rebeldes también las tendrán. Sé que ella me ve perfectamente.

—¿Nos da tiempo a huir? ¿Y si son los rebeldes que vienen a rescatarnos? —pregunta ya subida en el vehículo.

La miro y no sé cómo decirle que el señorito Izan Davis está aquí.

—Luna —le digo mientras saco las armas—, sujétala con fuerza, como hemos practicado. —Y le entrego una.

Ella asiente preocupada. Ninguno de los dos somos demasiado buenos, pero, al menos, su padre nos dejó pistolas para protegernos y hemos podido entrenarnos un poquito estos días.

Subo al vehículo, arranco rápidamente.

—¡Agárrate!

Aprieto el acelerador y ni siquiera miro el GPS, sino que corro en dirección contraria al olor de Davis. Hay una carretera frente a nosotros, es vieja y está estropeada, pero es la forma más rápida de huir, pues alrededor solo hay un campo montañoso que parece muy peligroso.

Por más que acelero, no consigo que nos alejemos, al contrario, cada vez estamos más cerca. Huelo el vehículo, viene directamente hacia nosotros. ¿Cómo es posible? Llevamos días sin ver a nadie y, de repente, ha aparecido exactamente donde estábamos. ¿Cómo nos ha encontrado?

Escuchamos un ruido y nos giramos a mirar. Nos pisa los talones, es una furgoneta negra bastante grande y va mucho más rápido que nosotros.

—¡Dakari! —me advierte Luna, y es que el vehículo se acaba de situar a nuestro lado.

No lo pienso demasiado, giro el *quad* y me adentro en el campo. Tengo que aminorar la marcha para poder conducir por el terreno pedregoso, pero la furgoneta no podrá seguirnos por aquí. Escucho gritar a Luna porque este camino es muy peligroso. Doy varios frenazos y casi nos caemos.

Entonces, el olor del señorito vuelve a estar cerca. ¡No puede ser!

—¡Dakari! —chilla Luna desesperada.

Me giro y veo dos motos acercarse hacia nosotros. Sé perfectamente quiénes son y también que es cuestión de tiempo que nos alcancen.

Tenso todos los músculos de mi cara y busco algún terreno llano por el que huir. No existe, así que tomo una dirección cualquiera y avanzo mientras le grito a Luna:

—Si nos capturan, di que te secuestré, di que yo te violé aquella noche y que volví porque estaba obsesionado contigo. —Escucho a Luna sollozar mientras las motos nos rodean e intentan cruzarse para hacerme frenar—. ¡Prométemelo, Luna!

—¡No! —grita y comienza a disparar mientras sigo avanzando.

Los conductores reculan ante el inminente peligro y puedo seguir avanzando campo a través.

Al cabo de unos instantes, Luna deja de disparar.

—¡Se han ido! —me dice aliviada.

Sigo avanzando rápidamente y, pocos metros después, sentimos una explosión tan cerca de nosotros que tengo que frenar en seco. Salimos disparados hacia el suelo.

No pierdo el conocimiento, pero me duele la espalda por el golpe y los oídos por la explosión. Hay fuego cerca de nosotros y el *quad* parece inutilizado. ¿Qué nos han lanzado? ¿Una granada? No sé mucho de armas o bombas, y tampoco me paro a resolver la duda, busco a Luna y la ayudo a ponerse en pie.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, ¿y tú?

Asiento mareado, voy hasta el vehículo y le paso su mochila. Yo cojo la mía y nos ponemos en marcha cuanto antes. Ambos estamos cubiertos de polvo y tenemos algunos rasguños por la caída, pero no nos detenemos a cuidarnos, sino que corremos para huir del lugar a pie. Pronto escuchamos una moto acercarse, nos corta el paso y nos detenemos. Apuntamos con las pistolas al motorista, que lleva un peto de cuero y un casco negros. Antes de que disparemos, nos dice:

—Hay un lanzagranadas apuntándoos. Si me disparáis, moriréis.

Oteo el horizonte y creo que es posible que la furgoneta esté en algún lugar del campo. Huelo a alguien más, que bien podría llevar un lanzagranadas.

Empiezo a oler el miedo de Luna y sé que ha reconocido la voz del motorista. Él baja de la moto lentamente con las manos en alto porque seguimos apuntándole. Se levanta la visera y vemos su rostro afilado con su barba oscura. Siento ganas de matarlo.

—Baja el arma, Luna —le dice—. He venido a rescatarte, mi niña inocente.

Yo no dejo de apuntar, ella tampoco, pero le tiemblan las manos.

—¿Rescatarme? —pregunta Luna cargada de miedo y confusión.

El señorito me señala con la cabeza.

—Es normal que estés confundida, mi amor, el diablo vive en él. —Da unos pasos hacia ella y no sé qué hacer—. Te hizo mucho daño, pero ya estoy aquí para salvarte.

Luna baja el arma y Davis la alcanza y la abraza. Yo sigo apuntándole. Él me mira y se ríe en silencio para que ella no lo vea. ¿De verdad Luna le cree? Huelo el miedo en ella.

El señorito la retiene entre sus brazos de espaldas a mí. Él saca un arma y me apunta.

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunto, necesito saberlo.

Luna intenta soltarse, pero él no la deja y la escucho emitir unos gritos ahogados.

—Mi esclavo te ha escuchado… a cien kilómetros de aquí… —se regodea, intentando demostrar algo.

¿A cien kilómetros? Entonces, debe tener una mutación... Recuerdo a su esclavo porque fue quien nos tendió la trampa, fue quien me sujetó cuando era un niño y estaban matando a mi madre. Recuerdo sus orejas grandes llenas de pendientes.

Así que el esclavo tiene una mutación que le hace tener el oído hiperdesarrollado, igual que a mí el olfato. Por eso nos encontró en la fiesta cuando nos escondimos en la habitación de los padres del señorito, por eso nos pudo seguir tan fácilmente hasta el mirador de El Purgatorio. Por eso noté en él ese olor igual al de los rebeldes.

Davis lleva el dedo al gatillo y sonríe con aires de superioridad. Yo también tengo un arma y quizá pueda dispararle sin herir a Luna. Quizá…

PUM.

10. Rebeldes

Luna

La explosión me tira del *quad*, pero creo que sobreviviré. ¿Y Dakari? Lo busco inmediatamente y lo veo venir corriendo tendiéndome la mano.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, ¿y tú? —inquiero con ansiedad, preocupada por la posibilidad de perderle de nuevo. Él asiente.

Nos dirigimos al vehículo, cogemos las mochilas y nos disponemos a huir a pie, pero entonces, el ruido de un motor se acerca y, pronto, una moto nos corta el paso. Apuntamos con las pistolas. No volveré a dejar que nos separen.

El motorista nos dice:

—Hay un lanzagranadas apuntándoos. Si me disparáis, moriréis.

¡Esa voz! Su rostro se oculta tras el casco y mis manos tiemblan al reconocer que es Izan el que está aquí.

Se levanta la visera y me exige:

—Baja el arma, Luna, he venido a rescatarte, mi niña inocente.

—¿Rescatarme? —pregunto sin haberlo meditado. La confusión se entremezcla con el miedo. Sé que fue él quien me violó, quien casi me mata, quien dejó marcado a Dakari de por vida. Lo sé, lo sé, pero… las voces de los médicos asaltan mi cabeza, las pruebas de los fluidos de Dakari en mí, la investigación del policía… Una pequeña duda asola mi mente mientras él la hace crecer:

—Es normal que estés confundida, mi amor, el diablo vive en él. —Viene hasta mí—. Te hizo mucho daño, pero ya estoy aquí para salvarte.

Bajo el arma y no sé por qué. Izan ha conseguido paralizarme, estoy muerta de miedo. Me abraza, reteniéndome la mano donde llevo la pistola, y quedo de espaldas a Dakari.

Es mi esposo, dice que ha venido a salvarme, en el hospital dijeron que él golpeó a Dakari para protegerme…

El miedo se apodera de mí porque los brazos de mi marido me causan repulsión y recuerdo vivamente cada uno de los segundos que había intentado olvidar. Recuerdo su cuerpo desnudo sobre el mío, sus caricias desgarradoras, su empuje… Y recuerdo a Dakari hablándome de cosas preciosas para distraerme mientras recibía una paliza por ello. ¿Cómo he podido dudar de él?

—¿Cómo nos has encontrado? —le pregunta Dakari.

Intento soltarme del abrazo de Izan Davis, pero me retiene con fuerza y pega mi cabeza a su pecho, asfixiándome. Grito, muerta de miedo, pero su mono de cuero ahoga mi voz.

—Mi esclavo te ha escuchado… a cien kilómetros de aquí… —responde como queriendo demostrar algo.

No me paro a pensar lo que quieren decir sus palabras, sino que hago toda la fuerza que puedo para mover el brazo donde tengo el arma. Izan retiene esa mano, pero con un poco que la muevo, lo desestabilizo lo suficiente. Sé que no le mataré, esa es una cuenta que quedará pendiente. No sé dónde apunto porque él hace fuerza para retenerme. Disparo.

Izan cae al suelo y corro hacia Dakari. Ambos nos miramos y, sin decir nada, sabemos que debemos escapar. Regresamos al *quad*, porque está claro que huir a pie no es una opción. Está volcado, así que ponemos todo nuestro empeño en darle la vuelta mientras temo que nos lancen otra bomba, tal y como ha amenazado Izan.

—¡Lunaaa! —grita mi marido cargado de rabia—. ¡Eres mía! ¡Te encontraré!

Le dedico una última mirada mientras Dakari tira de mí. Izan Davis se sujeta la pierna con dolor. ¿Soy mala persona por haber deseado

que la bala le impactase en el corazón? Quiero que se quede cojo de por vida y no me siento culpable por ello.

Empujamos con más fuerza y conseguimos poner el vehículo en su posición. Nos subimos, Dakari arranca y nos alejamos lo más rápidamente que podemos.

El camino es horrible y creo que vamos a volcar en cualquier momento, pero, al menos, conseguimos poner bastante distancia entre nosotros e Izan. No sé si la suficiente, pero no escucho motores cerca.

Divisamos una carretera y Dakari sale de los caminos y la toma. Avanza rápidamente un tiempo en el que no me atrevo a decirle nada, solo miro de vez en cuando hacia atrás.

Al cabo de un rato, percibo un enorme malestar.

—¡Dakari! ¡Para!

—¿Qué ocurre?

—No me encuentro bien…

Se desvía fuera de la carretera y detiene el *quad* detrás de unos arbustos. Me bajo precipitadamente y caigo de rodillas al suelo, manchándome el vestido amarillo de tierra. En mi cabeza, un dolor martillea y me fuerza a recordar unos números:

—Uno, dos, uno, cero, cero, cero.

—¿Luna? ¿Qué ocurre?

—Uno, dos, uno, cero, cero, cero —repito.

Dakari me da una botella de agua, pero no tengo fuerzas para tomarla. Entonces, se sitúa a mi lado y me coge entre sus brazos, haciéndome beber.

—¡Tranquila! ¡Respira, Luna! ¡Ya no nos queda nada para llegar!

Siento que me desmayo, pero no del todo. Escucho unos truenos e, instantes después, la fuerza de la lluvia nos empapa. Es otra de esas tormentas electromagnéticas. Dakari me coge entre sus brazos

y se pone en pie. Me lleva hasta un árbol y me deja debajo con delicadeza. Todo está borroso y veo ese rostro en mis recuerdos: es la cara de la mujer oscura con parte de la piel quemada. Dakari me echa algo encima para protegerme de la lluvia.

El tiempo pasa y cada vez me encuentro mejor.

Estoy en los brazos de Dakari, pero tengo miedo. Creo que, de alguna forma, lo percibe porque me suelta.

—Lo siento —me dice.

—¿Por qué?

—Por asustarte —susurra con la voz rota de tristeza, mientras los truenos retumban y la lluvia nos rodea.

—Dakari… —comienzo—, tú no me das miedo, jamás lo has hecho…

Me incorporo un poco para mirarle a los ojos. Son oscuros y grandes y le proporcionan unas facciones muy bonitas en su rostro ovalado.

—¿Y por qué te asustas cada vez que me acerco a ti?

Me mira intensamente y sé que lleva razón, tengo miedo cuando se acerca.

—Creo que… —comienzo, haciendo un esfuerzo para no ponerme a temblar— tengo miedo de quererte de nuevo, porque, si lo hago y vuelvo a perderte, no podré soportarlo.

Su expresión cambia por completo y lo noto liberarse de alguna pesada carga, mis palabras lo han calmado.

—Luna… —susurra.

—No sé si algún día superaré lo que nos hizo Izan —me sincero—, porque cuando tus brazos me arropan, siento que son los de él los que presionan para herirme, porque tus caricias… —y le toco la cara mientras él acoge con gusto el tacto de mis dedos— a veces se confunden con las suyas…

Aparto mi mano de Dakari y agacho la cabeza, avergonzada. Debe odiarme por lo que le he dicho, por haber dudado de él, por lo que Izan le hizo por intentar protegerme.

—¡Eh! —me susurra dulcemente, pero yo no levanto la mirada—. No pasa nada… —Ahora lleva sus dedos a la tierra mojada que estoy mirando y dibuja un chico con el cabello similar al de él. Creo que se ha retratado a sí mismo—. Ahora mismo me muero de ganas de abrazarte y darte todo el cariño del mundo, pero si eso te agobia, hay muchas formas de abrazarnos… —Y ahora me dibuja a mí entre sus brazos.

Miro el dibujo y sonrío; después, levanto la cabeza y una lágrima me recorre la cara. Dakari está feliz, pero yo intento hacerle ver la realidad:

—Te digo que, aunque lo desee, no sé si podré volver a besarte, Dakari.

Él sonríe.

—Vale.

—¿Vale? ¿Te digo que quizá no podamos volver a besarnos y sonríes?

Él esboza una media sonrisa que hace que las arruguitas de su cara se marquen y me parece entrañable.

—No me importa nada de eso, Luna, solo quiero que estés bien, que seas feliz… Pensaba que yo te daba miedo… ¿Es que no lo entiendes? Yo tampoco superaré nunca aquella noche.

Sus palabras y el dolor que llevan implícito me golpean el pecho. Recuerdo la paliza que le dio el esclavo, los golpes que Izan me obligó a propinarle…

—Lo sé —le digo algo más triste—, lo que te hizo el esclavo de Izan…

—No —me interrumpe algo enfadado mientras frunce el ceño—. No puedo soportar lo que te hizo a ti. No podré perdonarme jamás

el haberlo permitido, el no haber hecho nada. Estaba ahí, Luna —su voz se tercia un poco más amarga— y no podía protegerte. La impotencia de ver sufrir a la persona que más he querido en toda mi vida es tan grande… La… —deja de hablar porque no puede, la agonía se lleva sus palabras.

Su dolor es tan inmenso que me doy cuenta de lo egoísta que he sido. Me he centrado solo en mi pena sin pensar que Dakari me ama tanto que aquello lo rompió, igual que me destrozó a mí verlo sufrir a él.

Y sé que mi comprensión es ahora lo que necesita, así que lo abrazo con fuerza y beso su mejilla con cariño. Y no siento miedo, sino amor. Él me necesita.

—Dakari —le susurro—, aquella noche me guiaste con tus palabras hasta nuestro país… Te encargaste de hacer llevadero el dolor y el horror, a pesar de que eso casi te supuso perder la vida… Te quiero.

Me aparto un poco para mirarle a la cara.

—Te quiero, Luna.

Acerco lentamente mi cara a la suya, mis labios a los suyos. Siento su respiración y la mía… Y nos besamos suavemente, superficialmente, brevemente, pero ya es más de lo que pensé que volvería a tener con él al inicio de esta conversación.

* * *

Las horas pasan lentamente. Hemos abandonado el *quad* porque Dakari dice que el esclavo puede oírlo. También sé que él tiene un olfato muy desarrollado. No hemos hablado de ello, pero es bastante evidente que ambos son oscuros con mutaciones. En nuestro país, matan a todos los esclavos que las poseen, pero Izan sabía lo de su oscuro y lo ha dejado vivir. No creo que mi padre sepa lo de Dakari.

Caminamos en silencio para evitar que nos encuentren y, al cabo de largas horas, regresamos al taller con el cartel del mecánico que sujeta un gato rojo. Antes de iniciar el viaje hasta aquí, Dakari me ha dicho que es poco probable que Izan nos busque de nuevo en

este lugar. Nadie en su sano juicio regresaría a donde ha sido atacado. Así que, a no ser que su esclavo nos escuche, estaremos a salvo.

Ahora, nuestra única esperanza es dar con una pista en este viejo taller sobre dónde se esconde la guarida de los rebeldes, porque la señora de cuatro brazos solo le dijo a Dakari que, encontrando al gato rojo, encontraríamos a los rebeldes.

El día pasa en silencio, no nos atrevemos a hablar o a hacer ruido por si nos encuentran. Nos comunicamos con mensajes escritos sobre la tierra en las afueras del taller.

La noche llega pronto y es cálida. Comemos algo, no mucho para no gastar los pocos recursos que nos van quedando.

Me acurruco junto a Dakari y le miro. No puedo evitar tener miedo, el contacto con otro ser humano me asusta desde aquella noche y, peor aún, el de Dakari duele más, porque lo quiero tanto que temo enamorarme más aún y volver a perderlo. Él percibe mi temor, supongo que lo huele, y esboza una extraña expresión de pena en su cara. Intento respirar y disfrutar del presente a su lado, aunque soy consciente de que Izan puede encontrarnos en cualquier momento. Observo la pistola que Dakari ha dejado junto al saco de dormir, como si esa arma nos fuese a salvar... Me relajo y me duermo en sus brazos.

* * *

Algo me despierta, es una voz. Abro los ojos y me doy cuenta de que estoy sola en el saco de dormir. Dakari está de pie a unos metros de mí frente a un grupo de encapuchados. ¿Los rebeldes?

—¿Nos estás diciendo que solo vendrás con nosotros si dejamos venir también a la esclavista? —pregunta una voz masculina tras una capucha.

—Ella no es una esclavista —contesta Dakari.

Ante la peligrosa conversación, cierro los ojos y finjo seguir durmiendo. Una voz femenina interviene:

—Pero tú eras su esclavo… Ella es tu ama, así que es una esclavista.

—Sí, pero…

No le dejan explicarse. El hombre encapuchado que habló en primer lugar toma la palabra:

—No tiene sentido, chico. ¿O es que te has vuelto loco y la has secuestrado? No te habrás encaprichado de una esclavista solo por ser guapa ¿verdad?

Abro los ojos, cojo la pistola que estaba junto al saco de dormir y les apunto. Los encapuchados dan un paso atrás y levantan las manos.

—Luna —me advierte Dakari—, baja el arma, ¡vienen a ayudarnos!

Lo miro mientras aprieto los dientes. ¿Encapricharse de mí por ser guapa? ¿Es solo eso lo que los demás perciben de mí cuando me ven? ¡Me enfado!

—¡Dakari es mi mejor amigo! —chillo—. ¡Jamás me secuestraría ni se encapricharía de mí por ser «guapa»! —expreso con acritud.

Uno de los encapuchados da un suave paso al frente y me hace una señal con las manos para que baje el arma. Lo hago lentamente, pero sin soltarla.

—¿Quieres venir a nuestra guarida, chica?

—Sí —asiento—, queremos… —comienzo con la voz dudosa— vivir en un lugar donde no se juzgue a las personas por el color de su piel, donde… —bajo el arma totalmente, doy unos pasos hasta Dakari y le cojo de la mano, él me mira y esboza una sonrisa torcida — no existan los esclavos ni los amos, donde poder ser solo… Dakari y Luna.

El silencio es lo único que reina entre nosotros durante unos instantes. Creo que todos están procesando lo que acabo de expresar.

—¡Está bien, podéis venir! —dice la mujer encapuchada—. Ahora os vamos a atar y a vendar los ojos. Es por precaución, solo unos pocos conocen el camino a nuestra guarida.

Dakari y yo nos miramos y, después, asentimos. Los encapuchados se nos acercan y soltamos nuestras manos para que ellos nos las aten a la espalda.

—Ya estás a salvo, Dakari —le digo con una enorme sonrisa mientras nos cachean, pero él no parece tan contento.

—No dejaré que te pase nada, Luna, esta vez no…

Los encapuchados nos ponen unos auriculares para aislarnos del ruido exterior. ¿No quieren que los oigamos hablar? También nos colocan unos sacos muy tupidos en la cabeza. Supongo que es normal que utilicen tantas precauciones, porque los rebeldes son ahora mismo las personas más buscadas del planeta.

Lo reconozco, tengo miedo, aunque quiero pensar que los rebeldes no harían daño a un oscuro como ellos. Han estado rescatando esclavos por todo el país, así que le darán un hogar a Dakari. No sé si puedo decir lo mismo de mí. Quizá nos separen ahora que no podemos ver y, en cualquier momento, me peguen un tiro en la cabeza por ser una esclavista.

Caminamos, subimos a algo… ¿Un vehículo? No parece un coche, quizá algo más grande, un autobús o un camión… Me obligan a sentarme y así permanezco tanto tiempo que me quedo dormida.

Supongo que pasan horas, porque cuando alguien tira de mí para que me levante, noto las piernas entumecidas.

Caminamos, nos paramos, creo que subimos a un coche, caminamos, nos paramos, caminamos, noto cambios de temperatura y de presión en los oídos, caminamos, nos paramos y me fuerzan a sentarme.

Me quitan la capucha y la luz artificial me molesta. Antes de nada, busco a Dakari, pero no está aquí. Me pongo nerviosa. La persona que me ha quitado el saco viste un uniforme que parece de policía,

aunque no es el típico de nuestro país y, además, es un oscuro. ¿Un policía oscuro? Me quita los cascos que me impedían escuchar, me desata las manos y me dice:

—Espere aquí.

Ni siquiera respondo o asiento. El policía se marcha y yo me pongo en pie y escudriño el lugar donde estoy. Es una pequeña habitación; diría que parece la sala donde se interroga a un criminal. Las paredes son lisas y están algo desgastadas por el paso del tiempo. En una de ellas, hay un espejo. Me acerco y miro, imagino que hay alguien detrás observándome. Lo he visto en algunas películas. Doy unos golpes con los nudillos, pero no ocurre nada. Camino rodeando la mesa central en busca de alguna explicación sobre dónde me hallo. Los rebeldes nos encontraron en el taller del gato rojo y ahora… ¿Estoy en su guarida? ¿Dónde está Dakari y por qué parece que estoy detenida?

Alguien entra y me giro a mirar. Es una pareja de policías, un hombre de mediana edad y una mujer algo mayor, pero lo más extraordinario es que son oscuros. Fijo la vista en ellos, sorprendida, porque solo había visto a gente de su color siendo esclavos.

El hombre me exige con un tono firme:

—¡Siéntese! —Y me señala el lado de la mesa donde quiere que lo haga.

Obedezco. Ellos se sitúan enfrente, detrás de la amplia y vieja mesa de metal. Sacan una carpeta; de ella, unos papeles y los miran en silencio. Yo no aguanto más y pregunto:

—¿Dónde está Dakari?

—Bieeen… —comienza el hombre mientras golpea la mesa con un bolígrafo. Me percato de que, aunque su piel es negra, no lleva guantes—. Usted se llama Luna y Dakari era su esclavo, ¿es correcto?

Paseo la mirada de uno a otro. La mujer me mira con curiosidad mientras toma notas. La luz del techo parpadea un momento y miro

hacia arriba.

—Luna, ¿sabe usted dónde se encuentra? —pregunta el policía para llamar mi atención, que estaba en el techo.

—No estoy muy segura… —susurro mientras bajo la mirada y me doy cuenta de que esperaba que la guarida de los rebeldes fuera otra cosa.

—Está en la ciudad…

—De los oscuros —interrumpo.

La mujer levanta la cabeza del papel donde está anotando y ahoga una risa. El hombre, en cambio, parece molestarse y me aclara:

—No, Luna, aquí no usamos ese término. Aquí viven personas.

—Aunque es cierto que todos tenemos la piel oscura —interviene con cierta diversión la mujer mayor, pero el otro la mira a modo de llamada de atención y ella agacha la cabeza y se centra en apuntar.

—Lo… siento… —me disculpo con un hilo de voz.

El hombre da unos golpes sobre la mesa con el bolígrafo y prosigue:

—Bien, Luna. Está usted en Albedrío, la única ciudad libre del mundo. Los rebeldes, como nos llaman los esclavistas, la hemos traído hasta aquí y, ahora, se enfrenta usted a cargos de delitos contra la libertad humana. Puede solicitar un abogado o responder libremente a nuestras preguntas. Sus respuestas podrán ser tenidas en cuenta para el juicio.

¿Un juicio? Esto debe ser una pesadilla. La respiración se me agita y aprieto los dientes enfadada. ¿Delitos contra la libertad humana? Pero si yo siempre he estado en contra de la esclavitud…

—Quiero ver a Dakari, por favor —suplico nerviosa.

—Dakari ha sido puesto en libertad y los servicios sociales ya están ayudándole a instalarse. Ahora, Luna, necesitamos que colabore.

Dakari está a salvo, lo he conseguido. Lo que más deseaba era apartarlo del cruel mundo donde creció.

El policía coge sus papeles, lee algo en silencio y, después, me pregunta:

—¿Confirma usted que desea colaborar sin la presencia de un abogado?

—*Em*… sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinte —contesto y la mujer policía anota.

—¿Es cierto que usted vivía en Nueva Fe? —pregunta el hombre.

—Sí —contesto y la mujer apunta nuevamente, como con todo lo que digo.

—¿Su nombre es Luna Moore?

—*Em*… sí, no.

—¿Sí o no? Díganos su nombre y apellido actuales —inquiere el policía con un tono frío.

Miro a uno y a otro, nerviosa, nunca me había enfrentado a un interrogatorio como este. En el hospital, recuperándome, el policía y el médico me trataban amablemente, pero este señor tiene un matiz terrible, no me conoce de nada y ya parece que me odia. Ella, en cambio, se muestra algo más afable. También observo que él es mucho más joven y que la mujer tiene bastantes arrugas.

—Me llamaba Luna Moore hasta que me casé.

—¿Casada? ¿Con veinte años? —interviene la mujer policía y el hombre la mira, como llamándole la atención—. Pero si es una niña —le dice ella a él.

—¿Y cuál es su apellido ahora que se ha casado, señora? —pregunta el policía.

—Luna Davis.

Ambos me miran estupefactos y el hombre interviene:

—¿Davis? ¿Tiene la familia de su marido alguna relación con el presidente de Los Nuevos Estados Unidos de la Luz?

Percibo la tensión en la voz del hombre y la mirada de la mujer policía. Supongo que les pone nerviosos mi apellido de casada. Dudo por un momento, pero… al final, me decido a confesar la verdad:

—Mi marido es Izan Davis, el protector de Nueva Fe, vicepresidente del país e hijo del presidente.

El hombre cierra la carpeta de inmediato y se levanta. Mira a su compañera y le dice:

—Nos vamos.

Pero ella no le mira, solo tiene ojos para mí, y me pregunta:

—¿Te ha secuestrado Dakari?

¡Otra vez esa teoría! Aprieto los dientes enfadada.

—No, él y yo queríamos venir aquí.

—¡He dicho que nos vamos! —le grita el policía, pero ella abre la boca sorprendida y muestra cierta sonrisa en su cara.

—¿Y por qué querías venir aquí? —pregunta la mujer mientras el hombre tira de su brazo para arrastrarla hasta la puerta.

No respondo porque no me siento cómoda con ellos y se están marchando, pero la mujer policía se suelta de su compañero y se acerca a mí, me coge de las manos y me mira a la cara. Luego, se dirige a su compañero, que tiene una gran expresión de enfado y desaprobación.

—¡No me ha apartado las manos! ¡No le doy asco! —le dice mientras observa nuestros dedos entrelazados y luego me pregunta —: ¿Por qué has venido, Luna Davis?

Sus dedos aferran los míos y su cara muestra confianza y comprensión. Miro al policía de la puerta y luego a ella. Son oscuros, pero parecen libres. No se comportan como Dakari ni como ningún oscuro que he conocido, no tienen miedo de hablar, de tocarme, de mirarme…

—Quería que Dakari viviera en un lugar donde no existiera la esclavitud —confieso.

Ella sonríe y aferra mis dedos.

—¿Has terminado, Rosita? —le pregunta el hombre—. ¡Vá-mo-nos!

Pero ella lo ignora y me mira intensamente:

—Dakari está a salvo, aquí no existe la esclavitud, es libre. ¿Quieres regresar con tu marido?

Mis manos tiemblan y se las aparto. Ella se percata y su sonrisa desaparece, me mira con lástima.

—¡Izan Davis solo es mi marido sobre el papel! —exclamo enfadada—. Me gustaría… Yo… siempre he soñado con un país diferente, donde poder ser yo misma —explico con cuidado, pues no sé qué normas rigen la guarida de los rebeldes.

El policía chasquea los labios, asqueado, pero ella sonríe y le exclama:

—¡Bingo! Te lo dije.

—Vale —le dice él—, tenías razón, ahora, vámonos. Esto compete a la presidenta, es una Davis.

* * *

Paso bastante tiempo encerrada en la sala. Otro policía me trae comida, también es un oscuro y, cuando le pregunto por Dakari, me dice que no sabe de quién hablo, que mi caso lo llevan otros policías y que debo aguardar.

Estoy agotada y aburrida de esperar, así que me acerco al cristal y golpeo con mis nudillos.

—¿Hay alguien ahí? ¡Necesito ir al baño! ¿Alguien puede decirme dónde está Dakari? —No contestan y me enfado—. Por favor, tengo que ir al aseo…

Aguardo, pero no obtengo respuesta, así que golpeo con fuerza el cristal y me hago daño. Grito, frustrada. Creía que, al llegar aquí,

todo sería más fácil, que podríamos empezar una nueva vida.

Me acerco la silla y, aunque no soy una persona violenta, la cojo y la tiro contra la pared. Me dejo caer al suelo y comienzo a llorar. Está claro que aquí solo viven oscuros y que no me aceptarán. ¿Cómo culparlos? Los verdaderos hemos tratado a los suyos peor que a los animales. Dakari y yo soñábamos con un país donde no importase el color de la piel, donde las mujeres pudieran ser libres para cumplir su destino lejos del matrimonio… Pero solo era eso: un sueño.

El tiempo pasa y nadie viene. La luz del techo parpadea y la miro desde el suelo, donde me encuentro acurrucada, aferrándome a mí misma. Después, bajo la mirada y me obligo a ponerme en pie. Al acercarme a la silla, que ha caído junto a la mesa, me doy cuenta de que en la pata metálica de la mesa hay una fecha grabada: 12-10-00. Es la misma secuencia que llevo repitiendo desde niña con los números agrupados de dos en dos, como si fuera una fecha. ¿Por qué estos números están aquí? ¿Qué significan?

Me agacho totalmente y me meto debajo de la mesa, pero hay poca luz, así que me incorporo y hago acopio de la poca fuerza que tengo para volcarla. Al caer, la luz parpadeante del techo ilumina bien ahora la parte de abajo del mueble.

Escudriño la vieja y desgastada mesa. Junto a la pata, hay dibujado un rayo, varias palabras y números: «Zala. 2190. Origen».

El corazón me late con tanta fuerza que siento las palpitaciones golpeando mi cabeza y creo que me estoy mareando. Ojalá Dakari estuviera aquí, ese listillo daría con alguna teoría para explicar esto… Eso si es que me cree. Llevo toda mi vida convenciéndome de que estaba loca, que sufría extrañas crisis…

¡Un momento! Me pongo en pie con ansiedad y toco las paredes lisas de la pequeña habitación. ¿Son reales? ¿Estoy teniendo un ataque? Porque si estoy aquí de verdad… ¿por qué en la mesa están grabadas palabras y números que tienen que ver conmigo?

Alguien irrumpe en la sala.

—¿Qué narices haces? —pregunta una voz femenina. Alzo la mirada y veo a la vieja policía.

—¿Quién ha escrito esto? —espeto con ansiedad desde el suelo, señalando la mesa.

La policía abre la boca, totalmente alucinada, da unos pasos lentos hacia mí y mira el mueble. Después, me tiende la mano, pero no se la tomo.

—Un loco —contesta mientras me aparta la mano y devuelve la mesa a su posición original.

Me pongo en pie y ella me señala la silla. La coloco junto a la mesa y me siento.

—¿Quién las escribió? ¿Cuándo? —las preguntas salen de mi boca atropelladamente.

—Dejó la fecha apuntada —dice ella mientras apoya sus nudillos sobre la mesa y queda inclinada hacia mí.

«Zala. 2190. Origen».

—¿Las escribió en el año 2190?

Ella lo piensa un momento.

—Sí. —Se relaja un poco y sonríe—. Por eso ahora ya no dejamos que los acusados llevéis nada encima… El tío se cargó la mesa haciendo esos garabatos con las llaves de su casa.

Le doy vueltas a todo. Año 2190… Fue cuando me golpeé la cabeza y comenzaron los ataques. Tenía nueve años y no recuerdo nada de mi vida antes de ese momento. Y ese hombre escribió el nombre de Zala el mismo año en que empecé a repetir los números que parecen ser una fecha que apunta al mes que viene. ¿Y qué significa «Origen»? ¿Por qué hay un rayo dibujado?

—Dices que lo hizo un hombre… —comento en un susurro, asustada y nerviosa—. ¿Era un oscuro?

—Luna, aquí no usamos ese término. Mira, me has caído bien, pero aquí no vive gente como tú…

—Con mi color de piel —aclaro y ella asiente.

Alguien llama a la puerta y ella acude sin dejarme ver quién es. Intercambia un par de frases con otra persona y la puerta se abre del todo. Cuando lo veo, no puedo creerlo, es Dakari.

—¡Luna! —exclama sonriendo de par en par.

Voy corriendo hasta él y le dejo arroparme entre sus brazos.

—¿Estás bien? —pregunto.

Él se aparta y me mira a la cara tan contento que hasta los ojos le brillan.

—Mejor que nunca. Tienes que ver la ciudad. Albedrío es… ¡Luna! No tienen esclavos, es justo lo que soñamos.

Dakari me habla de la ciudad mientras yo miro a la policía, que nos observa con cierta expresión de ternura. Él está tan emocionado que no puedo interrumpirle para decirle que me han acusado de ser una esclavista y me han hablado de abogados y de un juicio. Tampoco olvido que la policía me ha dejado claro que aquí no vive gente con la piel como la mía.

—Vale —interrumpe ella a Dakari—, tengo que informaros que la presidenta de Albedrío quiere reunirse con ambos, así que vamos a tener que esposarte, Luna.

—¿Esposarla? —pregunta Dakari—. Pero ella no ha hecho nada malo, viene conmigo, ya os he dicho que…

—¡Está bien! —lo interrumpo y él me mira confundido—. No pasa nada, Dakari, en cierto modo, tú has vivido esposado durante toda tu vida… ¿Qué me va a pasar a mí por unas cuantas horas? —pregunto de forma desenfadada y arrugo la nariz.

Dakari me mira un instante, pero luego se vuelve a la policía.

—No es necesario, de verdad. Es la persona más buena que he conocido nunca.

—¡Ey! —le digo y él vuelve a prestarme atención—. Soy una contrabandista de personas, soy una mujer dura. —Y le saco la

lengua. Dakari no puede evitar esbozar esa media sonrisa que hace que una de las comisuras de sus labios se levante. El gesto lo hace tan atractivo que me pregunto cómo he podido pensar que nunca podría volver a besarle…

La policía me deja ir al aseo y, después, me esposa. Fuera de la habitación todo parece muy normal, como si estuviéramos en una comisaría de policía, solo que menos moderna y casi sin tecnología. Todos son oscuros. Aunque no les gusta que les llame así, no sé cómo referirme a ellos. ¿Personas de piel negra? Están por todas partes y soy algo así como una atracción de feria, porque todos me miran. Mi tez pálida, mi cabello rubio dorado y mis ojos azules representan un auténtico contraste con ellos.

Acudimos a la puerta de la comisaría y allí hay un agente con ocho dedos en cada mano, otra mutación. Los agita para saludar a la policía.

—¿Qué, Rosita? ¿Ya te han castigado por hablar más de la cuenta?

—Ja-ja —responde ella a modo de burla—. Más bien me he castigado sola, nadie quería el caso de la chica blanca.

—No me extraña, menudo marrón.

—Venga, apunta mis horas extras, que de aquí me voy a casa de la presidenta, vaya y se les olvide pagármelas a fin de mes.

El agente usa sus dieciséis dedos para anotar algo en una especie de hoja de registro. Ella se despide y cruzamos la puerta. Miro a Dakari y le veo sonreír. Está encantado de poder rodearse de personas iguales a él, con su color de piel, con mutaciones y, al mismo tiempo, en libertad, llevando unas vidas de lo más cotidianas. Me alegro por él mientras siento el frío tacto de las esposas que me privan de libertad.

Supongo que es de noche, porque no hay mucha luz; sin embargo, no debe ser muy tarde porque hay gente por todas partes. Es más, esta ciudad está abarrotada. No veo coches, solo bicis, carros con personas o caballos que tiran de ellos, monopatines, patinetes…

Pero nada eléctrico. Vuelvo a pensar que, salvo por la luz de las farolas y de las casas, aquí no hay apenas tecnología.

Los edificios no son muy altos y todos tienen escaleras exteriores por donde la gente sube y baja. Es más, la ciudad en sí parece que tiene dos alturas. La baja, por la que vamos nosotros, y otra más arriba, que conecta la parte superior de los edificios con puentes que también están abarrotados de personas negras que parecen vivir su vida tranquilamente, como si esto fuera Nueva Fe. Entonces, comprendo que no se trata de una guarida rebelde, es una ciudad igual a las que tenemos los verdaderos.

—¿Aún no lo has visto? —me pregunta Dakari.

—¿El qué?

Él sonríe y las arrugas de su rostro se acentúan. La policía, que me lleva sujeta del brazo desde que hemos salido de la comisaría, me señala al cielo. Alzo la cabeza y me detengo.

—Estamos… —comienzo boquiabierta.

—Sí —dice la policía—, estamos bajo el mar.

Dakari se ríe a mi lado y yo no puedo dar crédito. La ciudad está dentro del mar. El cielo no es más que un techo de… ¿cristal? Debe ser muy resistente para aguantar los litros y litros de agua que hay encima. La luz artificial deja ver peces de todas las formas y colores.

—¿Hay tiburones? —pregunto alarmada.

Dakari se ríe y la policía contesta:

—No quieras saber lo que nos rodea o no podrás dormir. Aunque, con el tiempo, te acostumbras.

Seguimos avanzando por la ciudad y me doy cuenta de que la gente me mira como si fuera un bicho raro. Algunos muestran curiosidad; otros, desprecio y, la mayoría, se tranquilizan al verme esposada. Creo que tampoco ayuda mucho mi vestimenta: mientras que Dakari viste con ropa sencilla como las que usan los esclavos de las fábricas, yo llevo un vestido propio de una dama de la alta

sociedad, de los que mi abuela llamaría «informal», para estar en casa y poco más, pero, aun así, es largo y ostentoso en comparación con la ropa de esta gente y, sobre todo, es del siglo XIX y, por lo que veo, aquí nadie viste así.

Nos paramos frente a un puesto de venta de… ¿perritos calientes? La policía me esposa a una farola.

—No te han dado de cenar, ¿a qué no? —Niego con la cabeza y ella mira a Dakari—. Supongo que no se te ocurrirá la estúpida idea de intentar soltarla, así que, esperad aquí, voy a por unos perritos calientes. ¿Queréis algo en particular?

Dakari y yo negamos con la cabeza y, en cuanto la policía se marcha, nos miramos y nos reímos eufóricos.

—¿Perritos calientes? —pregunto—. ¿Sabes lo que es?

—Ni idea, pero espero que no sea, literalmente, un perro.

Nos reímos a grandes carcajadas y, por un momento, siento una felicidad inmensa, hasta que Dakari mira las esposas.

—Me han dicho que habrá un juicio —comienzo y él asiente, creo que ya lo sabía—, supongo que determinarán mi condena por haber sido una esclavista…

Nos terciamos algo tristes, pero Dakari sonríe un poco y me anima:

—No te preocupes, todo saldrá bien. Me han llevado a un centro de ayuda para la gente como yo que acaba de llegar. Todos son muy amables y comprensivos… Solo tienes que contarles la verdad, que nunca quisiste vivir allí, que nunca hiciste daño a ningún esclavo…

—A ti sí —interrumpo y él esboza un gesto de incredulidad—. Antes del golpe en la cabeza… Me dijiste que de niña te trataba muy mal y que te daban descargas por mi culpa.

Dakari guarda silencio un instante, pero luego, vuelve a sonreír.

—No tienes por qué hablar de eso, eras muy pequeña… Lo importante es que eres buena persona, Luna, la mejor verdadera

que he conocido nunca.

Aunque se esfuerza por alegrarme, yo no estoy tan convencida. La policía llega en este momento, le ofrece un rudimentario plato de madera a Dakari donde hay lo que supongo son tres perritos calientes. Consta de un pan abierto por la mitad y, en su interior, una alargada carne con salsas de colores roja y amarilla. Él coge uno, lo prueba y abre los ojos.

—¡Está superrico! —dice con la boca llena de comida.

La policía se ríe, ajusta mis esposas y me deja libre la mano derecha. Me acerca el plato de madera y cojo un perrito. Lo pruebo y está delicioso. Nunca había comido algo así. La policía ingiere el suyo también y se ríe al ver nuestras expresiones de satisfacción.

—¿De verdad no hay perritos en Los Nuevos Estados Unidos de la Luz?

—No —contesta Dakari—, al menos, no para los esclavos.

—¿Y para los esclavistas? —pregunta en mi dirección y la felicidad por el delicioso sabor desaparece. Niego con la cabeza mientras escondo mis ojos detrás de mis cabellos, algo avergonzada.

Termino de ingerir el perrito y me mancho la mano.

—¿Hay alguna servilleta, por favor?

—Los recursos aquí son limitados —me dice la policía—, pero te traeré algo.

Ella se marcha y yo me quedo seria. Soy una esclavista para los habitantes de Albedrío, una extraña procedente de un lugar donde los que son como ellos han sido maltratados por gente como yo. Dakari me coge la mano y extiende la salsa roja con la que me había manchado un poco, dibujando la silueta de un pájaro sobre mi mano.

—¿Un pájaro? —pregunto algo más alegre.

—La ventana de la habitación donde dormíamos los hombres en la fábrica no tenía persiana —me explica—. A los demás les ponía

furiosos porque los pocos días que no nos hacían madrugar, el sol les despertaba.

—¿Y por eso me extiendes toda la salsa por la mano, listillo? —pregunto de forma desenfadada y él se ríe.

—Pero yo me quedaba viendo a los pájaros que se apoyaban en la repisa de la ventana y fantaseaba con tener alas como ellos para poder huir volando de allí.

—Lo siento —le digo.

—¿Por qué? No pretendía ponerte triste, solo justificar el haberte pringado toda la mano. —Y se ríe.

Le saco la lengua.

—Y yo me refería a que siento mucho esto. —Y le paso la mano por la cara, manchándole el moflete. Él se aparta y se ríe. Ambos lo hacemos.

La policía llega y carraspea. Nos ponemos serios y me doy cuenta de que todo el mundo nos está mirando.

—Es agua salada, pero servirá. —Nos acerca un cuenco para que nos lavemos.

Luego, recoloca las esposas para que vuelvan a aprisionar mis dos manos, una junto a otra.

—Venga —nos dice—, la presidenta de Albedrío nos espera.

Respiro hondo y me doy cuenta de que es una mujer presidenta y, además, una oscura. Puede que, después de todo, este país sí sea aquello con lo que hemos estado soñando, un lugar donde ser como esos pájaros que veía Dakari: libres.

11. Puzle

Dakari

No solo tiene la piel oscura, sino que también es una mujer presidenta, algo que sería imposible en Los Nuevos Estados Unidos de la Luz. Gobierna en Albedrío, la única ciudad libre del mundo, y nosotros estamos sentados frente a ella.

—Dakari ¿verdad? —me pregunta y yo asiento sin más. Es una figura de autoridad y no estoy acostumbrado a dirigirme con palabras a ese tipo de personas. Ahora mira a Luna—. Y la señora Luna Davis ¿correcto?

—Solo porque no pude escaparme antes de la boda —responde Luna, que tiene menos pelos en la lengua que yo.

La presidenta sonríe en respuesta y sigue tomando su taza de té. Nos ha ofrecido un poco, que hemos aceptado amablemente. Yo también ingiero la bebida y miro a nuestro alrededor. Varios policías, además de la que nos ha traído hasta aquí, escoltan el lugar donde nos encontramos. Parece un lujoso jardín, pero nos rodean numerosas plantas frutales, así que quizá sea un huerto. Las sillas donde estamos sentados y la mesa que sostiene nuestras tazas son hermosas, acordes a la decoración del entorno.

—Entonces —prosigue la presidenta—, ¿estáis aquí porque una mutante os dijo cómo llegar el día que masacraron a mi gente en Nueva Fe?

Miro a Luna y me doy cuenta de que se está frotando las muñecas porque las esposas le molestan. Siento rabia, no quiero verla así, pero espero que solo sea cuestión de tiempo.

—Sí —respondo yo.

—El presidente de Los Nuevos Estados Unidos de la Luz la mató —dice la presidenta—, junto a varios mutantes más.

¿Mutantes? Nunca había escuchado que los llamaran así.

—Lo siento —dice Luna.

La presidenta pone mala cara.

—Tus lamentos no los harán resucitar —expresa con acritud y, después, me mira—. Y dime, Dakari, ¿cuál es tu mutación, además de tener el cabello blanco?

Me pongo algo nervioso y dirijo una rápida mirada a Luna, que tiene sus ojos azules fijos en mí. Nunca he hablado de mi mutación con nadie porque mi madre me dejó claro que era peligrosa. ¿Y si asusto a Luna?

—Yo no… —comienzo.

—Vamos —y la presidenta suelta una carcajada algo fingida—, he olido tu sangre mutante nada más entrar.

¿Olido? Frunzo el ceño y arrugo los labios hacia delante mientras intento asimilar que aquí, en esta ciudad, hay muchos mutantes. Yo también los he olido y supongo que no debería sorprenderme que la presidenta y yo tengamos la misma mutación; al fin y al cabo, nos las causaron lo mismo: los virus.

—Puedo… —empiezo con algo de temor y paseo la mirada de Luna a la presidenta, con miedo.

—Dakari, díselo —me anima Luna, que dibuja una hermosa sonrisa en su cara.

Supongo que ella ya lo sabe, no he disimulado mucho estos días mientras huíamos porque mi prioridad era ponerla a salvo.

—Puedo oler a las personas, las cosas, la… sangre —explico y la presidenta da unos toques con la cuchara a la taza, haciéndola sonar mientras abre mucho la boca en forma de sonrisa.

—¡Brindo por esa mutación! —dice ella mientras coge la taza y la hace chocar con la mía; después, toma un sorbo y prosigue—: Bien, y ahora, decidme, ¿qué se supone que debo hacer con vosotros?

Es Luna quien se precipita a contestar:

—Nos gustaría vivir en paz aquí, si es posible… Dakari es muy inteligente. —La miro y la comisura de mis labios se eleva expresando la alegría que me produce oírla hablar así de mí—. Podría ayudaros con cualquier cosa.

La presidenta muestra un rostro cargado de disgusto.

—¿Me estás vendiendo a tu esclavo, Luna?

Ambos nos quedamos perplejos por la pregunta.

—No, yo… —dice ella con un hilo de voz, avergonzada, y veo cómo su rostro se encoge y busca esconderse detrás de sus cabellos.

—¿Entonces, por qué hablas de él como si no estuviera presente?

Luna se queda callada y aprieta la mandíbula. Le enfada que la traten así.

—Presidenta —comienzo—, con su permiso, quisiera decirle que Luna siempre ha sido buena con todos los esclavos.

—Pero tenía esclavos —interrumpe ella mientras sujeta la taza de té en el aire.

—Sí, porque nació en ese mundo y, aunque le decían constantemente que podía hacernos cualquier cosa, no hace mucho se llevó un latigazo por mí.

La presidenta abre los ojos, estupefacta, y mira a Luna.

—¿Es eso cierto, señora Davis?

Luna asiente con el rostro compungido, a punto de echarse a llorar. El recuerdo de aquella noche no debe ser agradable. Fue la primera vez que tomó alcohol y pasaron demasiadas cosas.

—Por favor —le suplico—, suéltela y deje que viva aquí, contribuiremos en lo que sea necesario.

La presidenta nos observa en silencio mientras toma otro sorbo de la bebida lentamente. Parece que está alargando el momento de terminarse el té.

—Si te expulso —comienza ella mirando a Luna—, supongo que tú querrás irte con ella ¿no? —me pregunta a mí y yo asiento—. Y yo correría el riesgo de que contaseis lo que habéis visto aquí…

—Nunca diríamos nada —interrumpo, pero la presidenta me lanza una mirada de superioridad y guardo silencio, creyendo por un momento que vuelvo a ser un esclavo.

—Si te dejo quedarte, señora Davis, serás condenada a muerte por ser una esclavista.

Ambos nos horrorizamos.

—¡No! —grito—. No podéis ser iguales a los verdaderos. Eso es lo que harían ellos. Presidenta, por favor, si supiera las atrocidades que ha vivido Luna a manos de ellos… La han tratado como si fuera una esclava, Izan Davis es un vio…

—¡Dakari! —me grita Luna avergonzada y me callo. La miro y veo que sus ojos están llenos de lágrimas. Mira a la presidenta y le dice —: ¿Pero a Dakari lo dejaréis vivir aquí? ¿Impediréis que vuelva a ser un esclavo?

—Por supuesto, protegemos a los nuestros —aclara ella.

—¡No! —me niego—. ¡Nos vamos! Sois unos delincuentes, asesinos y ladrones. No queremos seguir aquí.

Yo mismo me sorprendo por haber clamado todas esas palabras, pero son ciertas. La presidenta emite una carcajada sonora y falsa en respuesta y yo frunzo el ceño más enfadado aún.

—Así que estáis locamente enamorados ¿eh? —comenta—. ¡Pero eres una Davis, Luna! Tu sola existencia en este lugar pone en riesgo toda mi ciudad. Dame un solo motivo que demuestre que también fuiste una esclava de los verdaderos y te protegeré de ellos.

Luna no dice nada, sus ojos están llenos de lágrimas y yo la miro, a la espera de que cuente lo que Izan le hizo. El tiempo pasa y la presidenta se decepciona, así que comienzo:

—La obligaron a casarse con Izan Davis solo porque las mujeres allí no valen nada sin un hombre.

—Dakari, déjalo —me pide Luna, pero no le hago caso porque parece que he captado la atención de la presidenta.

—Ella y yo crecimos juntos —prosigo—, como hermanos, como amigos. Cuidábamos el uno del otro. —Escucho a Luna llorar a mi lado—. Ella siempre quiso vivir en un mundo sin esclavos, donde las mujeres pudieran ser… presidentas, si así lo deseaban.

—Prosigue, Dakari —me apremia la presidenta de Albedrío.

Miro a Luna con un amor infinito, ella se seca las lágrimas con sus manos esposadas. Permití que le hicieran daño una vez, pero no lo volveré a hacer.

—Estuvimos separados por un tiempo, pero cuando regresé a su vida, ella se empeñó en sacarme de Nueva Fe hasta tal punto que puso en riesgo su vida cuando una rebelde… Una mutante —me corrijo— la arrastró lejos de todos los verdaderos. En vez de pedirle que no le hiciera daño, le suplicó que le dijera cómo llegar hasta aquí.

La presidenta interviene:

—Fue el día que asesinaron a sangre fría a varios mutantes en una plaza de Nueva Fe ¿verdad?

—Sí. Y si Luna no hubiera insistido, ahora no estaríamos aquí. Y si ella no le hubiera confesado la verdad a su padre, que un verdadero, que Izan Davis la… violó —Luna se incomoda a mi lado y llora con más fuerza— y la golpeó hasta casi matarla… Yo habría muerto acusado de esos crímenes… Pero ella dijo la verdad, aunque eso significaba poner en entredicho a un verdadero para proteger a un oscuro.

La presidenta coge la cuchara y juega ahora con ella dando golpes en la taza mientras me observa. Luna agacha la cabeza, avergonzada.

—¿Sugieres que debo perdonarle la vida solo porque ha sufrido a manos de los verdaderos?

—No —contesto—. No sugiero nada —digo con firmeza—. Si aquí soy libre, exijo que se crea mi testimonio. Las leyes de los verdaderos denigran a las mujeres y las obligan a ser meros juguetes para los hombres, sin derecho a nada que sus maridos o padres no les permitan. Y si la van a culpar por haber cometido crímenes contra los que no podía negarse… Entonces, debería castigar también a todos los esclavos que rescata, porque todos hemos cometido crímenes por orden de nuestros amos.

La presidenta asiente y veo que Luna levanta la cabeza y me mira. Sonríe un poco y me alegra verla mejor.

—Es cierto que eres inteligente, Dakari —me dice la presidenta.

En ese instante, la luz procedente de las farolas parpadea. La presidenta no se sorprende, supongo que es habitual, porque desde que hemos llegado, he visto la inestabilidad que tienen en la red eléctrica. Entonces, todo se apaga de repente y se escucha un enorme murmullo en la ciudad. Una suave luz de emergencia se enciende, pero es tan tenue que apenas vislumbro a la presidenta.

—¡Dakari! —grita Luna a mi lado y extiendo mis brazos hacia ella, que empieza a temblar y cae de la silla.

—¿Qué le pasa? —pregunta la presidenta poniéndose en pie y ayudándome a sujetarla para que no se haga daño sobre el suelo—. ¿Es por la tormenta?

¿Tormenta? De repente, algo conecta lo que le está ocurriendo a Luna con las tormentas electromagnéticas…

—Sí —confirmo, soy consciente de la realidad, porque hasta ahora que lo ha dicho ella, no había caído—. Sufre estas crisis siempre que hay tormenta.

Alguien viene a nuestro lado, creo que es la vieja policía que se me presentó como Rosita al llegar a Albedrío.

—¿Pido un médico? —pregunta ella.

—Se le pasará pronto.

—Uno, dos, uno, cero, cero, cero —exclama Luna mientras se zarandea violentamente.

¡Esta fecha tiene que significar algo! Ella me ha pedido que la crea, que no piense que está loca…

Era un cálido día de primavera cuando Luna saltó de un macetero a otro y se golpeó la cabeza, justo cuando unos rayos blancos cruzaban el cielo… Lo recuerdo como si fuera ayer… Esa fue la primera vez que repitió esa secuencia de números... Después de una fugaz tormenta.

Las luces regresan y escucho unas voces distorsionadas que provienen de un aparato. Miro a Rosita, que saca una especie de… ¿radio portátil con antena? Aprieta un botón y se comunica por ella. Es como un móvil, pero mucho más rudimentario.

Me centro en Luna, que ha dejado de convulsionar, pero sigue con los ojos cerrados. Le sujeto la cabeza con mimo y le pregunto:

—¿Estás bien?

—Traed un poco de agua —ordena la presidenta a los policías mientras Rosita se aparta para hablar por el rudimentario móvil-radio.

Luna abre los ojos de repente.

—Origen. Dos mil ciento noventa... ¡Zala! Me llamo Zala.

Se yergue y me mira a los ojos directamente, como si esperara que yo entendiera algo de lo que ha dicho.

—¿De qué conoces «Origen»? —pregunta la presidenta mientras me ayuda a poner en pie a Luna y sentarla en la silla.

Alguien trae agua y Luna la toma con ansiedad; después, me mira.

—«Origen» —repite y noto cómo la presidenta se incomoda y toma asiento—. Recuerdo esa palabra… —dice Luna mientras levanta las manos, aún con las esposas en ellas, y traza en el aire unas siluetas con sus dedos—. Estaba grabada por todas partes.

Había una pared azul… No —se corrige como si delante de su cara estuviera viendo algo—, era transparente.

—¿Una pared transparente? ¿Como un cristal? —pregunto, intentando ayudarla a contar su relato.

—Sí… creo —duda ella—, pero la palabra «Origen» estaba en esa pared pintada en un rojo muy intenso que me encantaba, y era una palabra enorme… Me pasaba horas mirándola de niña.

—Eso es imposible —dice la presidenta, muy enfadada—, tú nunca has podido estar en esa sala.

¿De qué lugar habla? Luna ha descrito un lugar que, al parecer, la presidenta reconoce.

—Presidenta —interrumpe la policía, Rosita—, tenemos un problema. Alertan de la desaparición inminente de cinco personas a una calle de aquí.

La presidenta se pone en pie y olfatea con intensidad. Después, golpea la mesa con dureza.

—No huelo intrusos —afirma—. ¿Estamos siendo atacados?

—No, eso es lo extraño, la seguridad de la ciudad no ha sido quebrantada, simplemente han… desaparecido.

—¿De repente? —pregunto y todas me miran—. ¿Sin hacer ruido? ¿Cómo si hubiera ocurrido en un abrir y cerrar de ojos?

—Es justo lo que han descrito —contesta la vieja policía.

La presidenta frunce el ceño y me escruta de forma intensa, como si quisiera leerme la mente.

—¿Qué sabéis vosotros dos? —pregunta.

En realidad, no sé nada, pero esta desaparición es similar a la de la doncella de Luna, que se esfumó del coche sin que el cochero oyera nada, estando él también dentro, lo que es prácticamente imposible. No solo eso, es igual a como relatan los medios que están siendo las desapariciones de esclavos por todo el país.

—Una oscura al servicio de la familia de Luna desapareció de la misma forma, pero todos decían que habíais sido los rebeldes que la habíais rescatado.

—¿Nosotros? ¿Rescatar a una esclava? —inquiere la presidenta.

—¿No habéis estado rescatando oscuros por todo el país? —pregunto.

—No —dice tajantemente. Y huelo la sinceridad en ella.

—Entonces… —comienza Luna con un hilo de voz, cansada por el ataque que acaba de sufrir—. ¿Dónde están todos los oscuros que han desaparecido?

—Eso habrá que preguntárselo al presidente Davis, ¿no cree, señora Davis? —inquiere la presidenta con acritud.

—¡Las tormentas! —digo—. ¡Siempre que ha habido una desaparición, ha habido una tormenta electromagnética!

Luna y yo nos miramos como si, de repente, todo tuviera sentido, como si estuviéramos descubriendo algo importante. La presidenta nos escruta con curiosidad y huelo cierto nerviosismo en ella. Después, se aparta para darles órdenes a los policías.

Olfateo intensamente y yo tampoco percibo sangre de verdaderos aquí. Ellos huelen un poco diferente, es algo sutil, pero, salvo Luna, no hay ninguno en la ciudad.

—Luna —le digo solo a ella—, cuando te golpeaste de niña era primavera y hubo una pequeña tormenta…

Ella me mira fijamente con sus hermosos ojos azules, que están algo escondidos detrás de su cabello dorado, y dibuja una sutil sonrisa en su rostro.

—Está relacionado —me dice mientras sus manos esposadas tocan mis dedos.

Y así es, pero siento que tenemos muy pocas piezas del puzle.

La policía y la presidenta se nos acercan y esta última toma la palabra:

—Le he dado instrucciones a Rosita sobre qué hacer con vosotros dos. Espero, de verdad, no estar equivocándome.

Creo que ninguno sabemos a qué se refiere, pero huelo el miedo y la inseguridad en ella. La policía le quita las esposas a Luna y nos dice:

—Vamos, no quiero pasarme la noche en vela y hay mucho que hacer.

* * *

Agarro la mano de Luna con fuerza. Huelo su miedo, su nerviosismo, su inseguridad.

La policía nos ha traído hasta un edificio que parece un laboratorio, aunque poco sé yo de cómo debe ser un lugar así. Hay extrañas máquinas con el nombre de «Origen» grabado sobre ellas en color rojo. Pero, sin lugar a dudas, lo que nos ha dejado perplejos es la pared del fondo del laboratorio: es transparente y deja ver el agua del mar a través de ella. La palabra «Origen» está dibujada en rojo intenso. Es justo como lo ha descrito Luna.

Los tres estamos aquí, plantados de pie, observando el edificio. Mis dedos y los de Luna están entrelazados y huelo su nerviosismo.

—¿Estuviste aquí de niña con tu padre? —le pregunto.

—Sí, y con mi madre… El recuerdo está borroso, pero…

—Vale, a ver, Luna, ¿cuál es el color de tu piel? —pregunta la policía de forma tosca.

—Blanco —responde algo confundida.

—Pues ya te digo yo que es imposible que hayas estado aquí, ningún blanco ha pisado esta ciudad, eres la primera.

—Entonces… ¿cómo puedo recordarlo?

La policía se encoje de hombros. A pesar de su avanzada edad, se comporta de forma desenfadada, lo que le da un aire juvenil.

—Eso es lo que quiere la presidenta que averigüe. No sé… —La policía da golpecitos con su dedo índice sobre su pierna—. Quizá escuchaste a alguien hablar de esta sala…

—No —niega Luna con firmeza—. La recuerdo y sé que mi madre estaba aquí.

—¿Cómo era tu madre? —pregunta Rosita.

Luna duda y le aprieto los dedos. La miro y veo que esconde su rostro detrás de su cabello dorado. Tiene miedo de que la tome por loca.

—Era… —comienzo y Luna asiente, como dándome permiso para contar su historia— negra, con una quemadura en la cara.

Luna sonríe un poco y agradece que no haya mencionado que su verdadera madre es blanca y que la mujer de la que habla bien podría ser fruto de su imaginación.

—¡Por el amor de Dios! —clama la policía y ambos nos quedamos perplejos porque una oscura rebelde mencione a Dios—. ¿Qué? —Es consciente de que nos ha sorprendido su expresión—. Dios, sí, Dios. En el siglo XIX, los negros podíamos mencionar a Dios —comenta, como si fuera algo que ha tenido que repetir varias veces.

—¿Vienes del siglo XIX? —pregunta Luna con curiosidad.

—Sí, no nací en esta época y… ¿sabéis qué? Sé que los virus destruyeron el mundo, pero que nos trajesen a los negros al futuro para repoblar la tierra fue lo mejor que me pasó en la vida, porque, en aquel siglo, era una esclava y una mujer… —Se ríe—. Es decir, el escalafón más bajo de la pirámide humana.

Luna y yo nos quedamos sin palabras. Ambos nacimos aquí y no conocemos de primera mano ese siglo.

—Voy a por una cosa, esperad aquí, sentaos si queréis —nos dice la policía y nos indica un banco viejo que hay junto a una enorme máquina cuya finalidad nos es desconocida. Se va.

Tiro de Luna y obedecemos. Intento conectar todas las piezas del puzle en mi cabeza por ella, porque necesita saber la verdad para estar en paz.

—Dakari —me dice y la miro—. ¿Tu madre viajó en el tiempo? Nunca te lo he preguntado —comenta avergonzada.

Me recoloco sobre el banco y me estiro. Estoy cansado porque llevamos demasiado tiempo sin dormir en condiciones. Apoyo mi cabeza sobre la pared de atrás del asiento y llevo mis manos a mi nuca, dejando flexionados los codos en el aire. Miro hacia la enorme máquina.

—Mi madre nació en este siglo. Fue libre en un mundo donde prácticamente solo quedaban vivos los negros. Sobrevivió a los virus, a las guerras y acabó siendo capturada y esclavizada por los blancos que vinieron del pasado. Eso es todo lo que sé.

—Pasar de ser una mujer libre a ser una esclava debió ser terrible…

—Estaba embarazada de mí cuando la capturaron.

—¿Y tu padre?

—No lo sé, nunca le pregunté. La mayoría de niños esclavos no tenían madre o padre, así que no le di más importancia y ella… nunca me habló de él.

Luna apoya su cabeza en mi hombro y agradezco su cercanía.

—Siento muchísimo que hayas tenido una vida tan dura… Ojalá ni mi familia ni la de ningún blanco hubiese viajado en el tiempo.

Me incorporo y ella aparta con delicadeza su cabeza. La miro y me doy cuenta de que la pared donde me he apoyado está llena de polvo. Ahora hay un círculo dibujado donde he puesto mi cabeza.

—Si nunca hubieran viajado en el tiempo —le digo mientras dibujo un corazón enorme en la pared con mi dedo, usando el polvo—, nunca habrías nacido en esta época —escribo una «L» de Luna— y yo nunca te habría conocido —escribo una «D» de Dakari— y ahora

sería una persona muy triste. —Y dibujo una flecha atravesando el corazón.

Luna mira el dibujo y se ríe. Arruga la nariz y pregunta:

—¿Un corazón con nuestras iniciales? ¿Qué tenemos, cinco años? —se mofa con una enorme diversión en el tono de voz.

—La «D» sí que es de Dakari, pero la «L» podría ser de cualquier jovencita… —bromeo.

—¿Y cómo se llama? —inquiere cambiando el tono de voz.

—La…

—¿La?

—¡Lala! —exclamo y sonrío.

—¿Lala? —pregunta divertida—. Pues esa… Lala tiene mucha suerte, listillo —me dice mientras rodea mi cuello con sus brazos.

Nos miramos y tengo ganas de besarla, pero sé que eso la pone nerviosa, que la asusta de alguna forma porque le recuerda al señorito Izan Davis. Así que me mantengo aquí, entre sus brazos, mirándola de cerca, disfrutando de ella y sus elocuencias.

Entonces, Luna acerca sus labios a los míos, pero noto su miedo, lo huelo, y se aparta, fingiendo que no está asustada. No soporto verla así por culpa de ese malnacido.

La policía llega con unos papeles entre las manos. Coge uno de ellos y nos lo entrega. Es una fotografía. En ella sale un hombre y una mujer negros sosteniendo a un bebé del mismo color.

—Este hombre —dice Rosita— es el que escribió lo de la mesa de la comisaría.

No sé de qué habla, pero Luna parece que sí.

—Me suena de algo… —comenta— ¿Y la señora? ¿Quién es?

—Es su esposa y el bebé es su hija, Zala.

Ese nombre lo ha mencionado Luna varias veces.

—Recuerdo a esta mujer —dice Luna pasando los dedos por encima de la fotografía—. La he visto, es mi madre, pero tenía la cara quemada…

Escruto la fotografía y esa mujer no tiene rastro de quemaduras.

—¿Tu madre? —pregunta la policía—. Eso no es posible, Luna. Y… ¿Dices que la viste? ¿Cuándo?

—Hace unos meses… —responde con inseguridad.

Recuerdo que me contó que la vio en el hospital, en una especie de visión. No tiene sentido.

—A ver… —empieza la policía con un tono desenfadado—. Si no fuera porque he viajado en el tiempo y he pasado de ser una esclava a ser policía, diría que me estás tomando el pelo.

—Es cierto. ¡La vi! Me dijo que era mi madre y que yo me llamaba Zala, que era su hija.

La policía pone los ojos en blanco, se aparta de nosotros y trae un banco de la pared de enfrente. Se sienta y nos entrega algunos documentos de los que traía en la mano. En ellos aparece la palabra «Origen» y se habla de viajes en el tiempo, agujeros de gusano y muchas cosas que creo que se escapan a lo que ninguno hayamos estudiado.

Pasamos algún tiempo ojeando los documentos sin entender demasiado bien de qué hablan.

—La presidenta me va a matar, pero, en fin —dice la policía mientras golpea el banco con sus uñas—. Los de la fotografía son Jackson y Olivia y el bebé que sostienen se llamaba Zala, su hija. Ambos eran físicos y fueron parte de los que reabrieron el proyecto «Origen».

—¿Qué es «Origen»? —pregunto mientras intento unir las piezas del puzle.

—Era un proyecto de unos científicos chinos. Estudiaban algo llamado «agujeros de gusano». A través de ellos, se podía viajar en

el tiempo. Jackson y Olivia, junto a otro montón de científicos, reabrieron el proyecto y nos trajeron desde el siglo XIX.

Estoy conmocionado… No fueron los ángeles quienes trajeron a los verdaderos hasta esta época para salvar el mundo de los oscuros tocados por los demonios. Fueron unos físicos cuyo color de piel era negro. Esta historia ha debido ser ocultada para alimentar las mentiras en contra de los que tienen la piel como yo. La furia me recorre el cuerpo y frunzo los labios hacia delante. Sé que Luna también está tensa, intentando asimilar la verdad.

—¿Y qué fue de ellos? —pregunta señalando la fotografía.

—Hubo un accidente en el laboratorio en el noventa y la madre y la niña murieron.

—¿Dos mil ciento noventa? —pregunto y ella asiente. Es el mismo año en que Luna se golpeó la cabeza, cuando empezaron las tormentas electromagnéticas.

—¿Y el padre? ¿Jackson? —inquiere Luna.

La policía da varios golpes fuertes con las uñas sobre el banco.

—Se volvió loco cuando murieron, o quizá el accidente lo enloqueció. Amenazó con destruir toda la estación. —Y señala a todas partes—. Albedrío fue el nombre que le dimos a la que un día sirvió para traernos del pasado. «Origen» era una denominación secreta que algunos verdaderos conocían y no quisimos arriesgarnos a mantenerlo como nombre de la estación. Y así surgió esta ciudad… ¡Albedrío!

—Se volvió loco —repite Luna— y lo llevasteis a la comisaría. Allí grabó esas cosas en la mesa, ese rayo… Tiene que ver con las tormentas… Todo está conectado.

Me coge las manos y me mira, suplicándome que la ayude.

—¿De qué mesa hablas? —pregunto.

—Jackson, el padre de Zala, dibujó un rayo y puso el nombre de su hija junto al año en que la perdió, pero… también escribió la fecha

del doce de octubre del año dos mil doscientos, la fecha que llevo repitiendo desde que me golpeé la cabeza.

—Dentro de un mes —reflexiono en voz alta— va a ocurrir algo con las tormentas electromagnéticas. Él lo sabía… Quizá algo relacionado con su hija Zala.

—Conmigo —dice.

—A ver si lo he entendido, pareja —interviene la policía—. Creéis que las tormentas que nos han estado dejando sin luz tienen que ver con los agujeros de gusano. Y crees que tú eres la niña que murió con nueve años y que era negra. Y me estás diciendo que, dentro de un mes, va a pasar algo… ¿El qué? ¿Otro viaje en el tiempo?

Todos nos quedamos en silencio, pensando. Hay piezas que no encajan. Luna no puede ser esa niña, es imposible. La señora de la fotografía tampoco tiene una quemadura en la cara y, desde luego, no es posible que la haya visto hace unos meses mientras estaba postrada en el hospital, sobre todo, porque esa mujer está muerta. Y si los rebeldes no han estado rescatando a los oscuros… ¿Dónde están los esclavos desaparecidos? ¿Han viajado en el tiempo? ¿A qué época? ¿Y qué tienen que ver las tormentas con todo esto y con Luna?

—¿Y qué fue de Jackson, el padre de Zala? ¿Está vivo? —pregunta Luna con cierto temor en la voz.

—Sí —contesta la mujer.

* * *

Debería dormir, pero no puedo. Estoy agotado y, por primera vez en mucho tiempo, tengo una cama para descansar. He pasado meses malviviendo en un viejo almacén y, luego, semanas vagando con Luna.

Esta habitación es bonita; un poco vieja, pero agradable. Hay unas flores artificiales de colores sobre la mesita de noche. También hay un cartel colorido que dice:

«Ahora eres libre. Sonríe».

Hay poca luz en toda la ciudad. Estoy de pie junto a la ventana, observando los edificios, las calles, los carros aparcados, los caballos descansando… La ciudad está casi a oscuras, no es como en Nueva Fe, allí por la noche todas las farolas están prendidas. Aquí no, supongo que debe ser costoso traer toda la energía necesaria para mantener el oxígeno y la electricidad en una estación subacuática.

Esta mañana, cuando hemos llegado y he visto la ciudad, la esperanza ha recorrido todas y cada una de mis venas. Incluso con Luna detenida, me he aferrado a la idea de envejecer juntos aquí, felices y a salvo. Y, aunque le han quitado las esposas a Luna y la han traído conmigo al edificio de los servicios sociales —para descansar libres hasta mañana, que vayamos a ver a Jackson, el hombre loco—, siento que todo va a desvanecerse pronto. Algo me dice que, el mes que viene, ocurrirá un hecho importante y temo que se lleve a Luna consigo.

Alguien toca a la puerta y, sin esperar respuesta, pasa.

—¿Luna? Es muy tarde, ¿qué haces despierta?

Ella cierra la puerta y se acerca a la ventana, donde hay más luz.

—¿Dakari? —me imita poniendo la voz como si hablase yo—. Es muy tarde, ¿qué haces despierto? —Y me saca la lengua.

—No puedo dormir —confieso mientras dibujo una sonrisa en mi cara.

—Yo tampoco, pero si alguien te pregunta mañana, no he estado aquí, soy una joven casada, no me puedo permitir ese escándalo —se burla y me alegra que sea capaz de volver a ser ella y bromear con algo así.

—Así lo haré.

Luna se acerca y lleva sus manos a mi cintura, despacio, con cuidado. Olfateo y la percibo algo más tranquila que otras veces, así que sonrío un poquito y también la toco lentamente para no asustarla. Ella apoya su cabeza sobre mi pecho y no me atrevo a

acariciarla como desearía. Temo asustarla. Sin embargo, percibo su aroma, su tacto, su respiración y me siento feliz, creo que es suficiente con saber que estamos juntos.

—¿Así es como se tratan los mejores amigos? —comento.

—¿Mejores amigos?

—Sí, cuando los rebeldes te preguntaron, dijiste que éramos «mejores amigos».

Ella se aferra más aún a mi cuerpo.

—Y tú le has dicho a la presidenta que habíamos crecido como hermanos… —Se aparta un poquito y me mira a los ojos—. ¿Es lo que somos?

Mi media sonrisa está en mi cara plantada como si fuera un tonto. Luna tiene ese efecto en mí.

—Eres mi familia, Luna —confieso—. Y aquí… podemos ser lo que queramos.

—¿Y Dios? —pregunta ella y me crea confusión. Nunca hemos tenido conversaciones religiosas—. ¿Crees que verá bien esto, aunque esté casada con otro?

—No creo que exista Dios, Luna —confieso y, aunque supongo que ella va a molestarse, sonríe en respuesta y vuelve a enterrar su cara en mi pecho.

—Tengo una teoría.

—¿Sobre Dios?

Ella se aparta y se ríe con fuerza.

—No, listillo, sobre Zala… A Dios vamos a dejarlo a un lado por ahora.

—¿Qué teoría?

—El mismo día que hubo un accidente en el laboratorio, yo me caí. Zala y yo teníamos la misma edad y ocurrió en el mismo momento…

Los agujeros de gusano funcionan de una forma que no termino de entender, pero permiten viajar por el tiempo y el espacio ¿no?

—Sí, en teoría, por lo poco que hemos leído en el laboratorio… Pero son conceptos que no hemos estudiado.

—Vale —dice ella entusiasmada mientras arruga la nariz—. El cuerpo de Zala murió, pero su conciencia viajó por el agujero de gusano hasta el cuerpo de Luna.

Entrecierro los ojos sin pensarlo, como queriendo entender su propuesta.

—Así que crees que tu cuerpo es el de Luna, pero que tu conciencia es la de Zala…

—Sí, por eso no recuerdo nada de la vida de Luna antes de los nueve años y, por eso, sí siento tantas cosas inexplicables, como que soy negra, porque lo era hasta tener nueve años. Y, por eso, Luna te trataba tan mal de niña hasta que llegué yo. Yo soy Zala en el cuerpo de Luna.

La miro, está entusiasmada, de verdad lo cree. Hay cosas que siguen sin encajarme, tampoco conozco los agujeros de gusano, pero supongo que podría ser…

—Entonces… ¿Mañana vamos a ver a tu padre?

—Sí, Jackson fue mi padre hasta los nueve años… Lo sé, de alguna forma lo recuerdo, muy lejanamente, pero lo percibo. ¡Mañana tendremos las respuestas que necesitamos!

Luna me abraza y, después, bosteza.

—Deberíamos dormir, Luna.

Ella me saca la lengua de forma infantil y se dirige a la puerta, se despide con la mano y se va, pero, al instante, vuelve a abrir y susurra:

—Ah, se me olvidaba, quería preguntarte algo… ¿Te gustaría que fuéramos novios? Oficialmente…

Aunque hay poca luz, puedo percibir que se ha puesto roja como un tomate y que su cabello dorado esconde sus ojos.

—¿Qué tenemos, cinco años? —me burlo de forma desenfadada.

—Eso parece… —responde divertida.

—Claro que sí, Luna. Te quiero…

Ella cierra la puerta y la vuelve a abrir.

—Y yo a ti.

Se marcha y niego con la cabeza conteniendo una enorme carcajada. Luna siempre consigue hacerme reír, incluso aunque estemos hablando de agujeros de gusano y transferencias de conciencia.

Me tumbo sobre la cama y me obligo a dormir. Necesito descansar.

12. Loco

Luna

Me veo muy extraña vestida con esta ropa, pero, supongo que, si quiero formar parte de esta ciudad, debo intentar ser como ellos.

Alguien llama a la puerta.

—¿Estás preparada, Luna? —pregunta Dakari.

—¡Un segundo!

Me termino de abrochar los vaqueros y me meto la camiseta negra por dentro. Me miro al espejo y no me reconozco. ¿Pantalones? La última vez que los llevé fue para una clase de educación física en el colegio. Los verdaderos prohíben a las mujeres llevarlos porque son poco femeninos. Por supuesto, se escudan en Dios, pero ahora tengo claro que solo son invenciones humanas para controlarnos.

Me pinto los labios rápidamente y dejo que mi cabello dorado caiga por encima de mis hombros. Abro la puerta de la habitación y Dakari espera con la señora policía.

—Buenos días —les digo formalmente.

—Trabajé anoche hasta tarde y solo son las diez de la mañana… —comienza Rosita—. De buenos no tienen nada, vamos.

Miro a Dakari y ambos ahogamos una risa. Esta señora mayor que viajó en el tiempo mediante un agujero de gusano controlado por los padres de Zala —mis padres—, no es para nada como las mujeres de piel oscura de Nueva Fe.

Dakari mira mis vaqueros y mi camiseta negra de soslayo. Supongo que esta vestimenta le resulta tan extraña como a mí. Además, ciñe demasiado mi cuerpo y eso hace que me ponga roja como un tomate. Entonces, él aparta su mirada rápidamente.

Salimos del edificio donde amablemente nos han acogido para pasar la noche y desayunar. Y, aunque he visto miradas de miedo en

mi dirección, en general, todos han sido amables.

La ciudad parece ahora más iluminada. Las farolas están apagadas y, en su lugar, unos enormes paneles aportan luz al lugar, simulando los rayos del sol. ¿Habrá gente que haya vivido aquí encerrada durante toda su vida?

La policía camina ligeramente por delante de nosotros, lo que nos deja poca intimidad; aun así, llevo mi mano hasta la de Dakari y entrelazo nuestros dedos. Él me mira y esboza una sonrisa; después, observa nuestras manos y sé que él también se percata de que la policía no me ha puesto las esposas.

La ciudad parece un cuento de fantasía, situada bajo el mar y con ese toque rudimentario al mismo tiempo que tecnológico. Sin embargo, la gente ya está acostumbrada a estar rodeada de agua y animales acuáticos, porque vive su vida como si esto fuese Nueva Fe, solo que no lo es, aquí no existe la esclavitud y las mujeres parecen libres.

Avanzamos en silencio, ya que todo el mundo me mira y la situación es incómoda. El camino no es largo, pero se me hace eterno porque estoy muy nerviosa. Jackson puede que solo sea un loco… como yo, pero también es posible que mi teoría sea cierta y él, mi padre, y por fin pueda comprender todas las visiones y recuerdos que llevo teniendo toda mi vida.

—Oye, te advierto que ese hombre no está bien de la cabeza —me dice Rosita justo en este momento. Asiento y escondo mis ojos detrás de mi cabello, nerviosa—. Reconozco que es muy raro que recuerdes ser hija de unos padres de piel oscura siendo… —Me mira, pero no veo el desprecio en sus ojos—. El caso es que más vale que esta conversación te haga sacar algo en claro o vas a tener un problema.

—¿A qué te refieres? —pregunta Dakari mientras comenzamos a subir unas escaleras que rodean un edificio.

Rosita se ríe un poco.

—A que la presidenta no va a dejar que viva aquí y tampoco va a permitir que se marche. —Creo que tanto Dakari como yo vamos a abrir la boca para protestar, cuando la policía nos interrumpe—: A no ser que… toda esta historia tenga algún sentido.

La policía toma la delantera y avanza con rapidez por las escaleras. Dakari me mira con preocupación y me susurra:

—No te preocupes, no volveré a dejar que te pase nada malo.

Arrugo la nariz algo preocupada, pero no le digo nada más y él guarda silencio.

Subimos demasiados peldaños y nos detenemos ante un largo pasillo hasta que la policía nos señala una vieja puerta.

—Aquí vive Jackson. —Toca a la puerta con sus nudillos—. Si la cosa se vuelve violenta, nos vamos.

—¿Violenta? —pregunto, pero no obtengo respuesta, pues alguien abre.

—¿Policía? ¡Ha sido mi vecina! —El hombre sale al pasillo, se dirige hacia otra de las puertas y comienza a gritar—: En unas semanas no estaré aquí para molestarte. ¡Ya echarás de menos mis ruidos nocturnos! —Se ríe y balbucea como si estuviera ido. Luego, regresa al punto donde nos encontramos.

Rosita no se inmuta ante la actitud del señor, pero yo miro a Dakari disgustada y me muerdo los labios algo avergonzada. Anoche le dije que este podría ser mi padre, que él tendría respuestas. Esperaba que, al verle, mis recuerdos se volvieran claros, pero ante mí solo tengo a un loco.

—Señor Jackson —dice la policía a un hombre que ni siquiera nos ha mirado aún—, esta chica se llama Luna y dice tener información sobre Zala… Información que deberíamos compartir en privado.

El hombre levanta la mirada de repente y la fija en mí. Me escruta de arriba abajo con una extraña expresión, como si en su cabeza estuviera atando cabos.

—¡No había visto una persona blanca desde que era niño! —canturrea con alegría, como si le entusiasmara la idea de conocer a alguien con el color de mi piel. Después, nos invita al interior de su casa.

Seguimos al físico a través de un pasillo en cuyas paredes hay montones de fotografías de su mujer y de Zala hasta los nueve años, edad en la que falleció. Los miro y el corazón me da un vuelco. No parece mi vida, no recuerdo haberme hecho ninguna de esas fotografías; sin embargo, me resultan familiares los rostros fotografiados, incluso el de Jackson, que parece muy diferente al hombre que tengo ante mí. El de los cuadros está menos desaliñado, es más joven y más feliz y tengo la certeza, al ver sus fotografías, de que es mi padre.

Nos adentramos en un salón destartalado y lleno de planos, números, ecuaciones y mil cosas más en las paredes. Dakari escudriña con atención. Se le dan bien los números y creo que busca entender qué significa todo eso. ¿Las divagaciones de un loco que perdió a su familia o es algo más?

Nos sentamos en torno a una mesa y Rosita toma la palabra:

—Luna tuvo un accidente cuando tenía nueve años, en el dos mil ciento noventa. No recuerda nada de su vida antes de ese percance. Sin embargo, cree recordar que usted y su mujer eran sus padres y que ella es Zala. ¿Tiene algún sentido para usted, señor Jackson?

El hombre se ríe sonoramente, pero no con malicia, más bien con locura, una risa histérica de alguien que ha perdido toda razón.

—¡Menudo disparate! —dice—. Si eso es todo, ya pueden marcharse. Mi hija de aquí murió, pero la de allá me está esperando. Volveré a verla en unas semanas, el doce de…

—Octubre del año dos mil doscientos —concluyo en voz alta y capto toda su atención.

Jackson se pone en pie muy serio, busca unas gafas, que están igual de destartaladas que su casa, se las coloca y se me acerca tanto que Dakari se inquieta a mi lado, yo también.

—¿Dónde has oído esa fecha?

—La llevo repitiendo desde que tuve el accidente con nueve años.

—¡No puede ser! —golpea la mesa, se aleja un poco de mí y nos percatamos de que hace movimientos extraños con las manos, como si intentase comprenderlo con sus dedos—. ¿Qué más llevas repitiendo, Luna?

—Tengo recuerdos de mi madre… —comienzo algo avergonzada y oculto mis ojos con mi pelo—, era exactamente como la de las fotografías del pasillo, pero tenía la cara quema…

—¡Quemada! —concluye él por mí.

Dakari y Rosita nos miran a ambos intentando comprender por qué terminamos las frases el uno del otro. Un silencio se impone y Jackson y yo nos observamos. De repente, este hombre loco y desaliñado comienza a silbar y no sé por qué, pero conozco exactamente cómo es la melodía que va a sonar a cada segundo, así que me uno a él y, cuando se calla, continúo sola, hasta que él comienza a llorar y yo termino de silbar.

—No pasabas mucho tiempo en casa —le digo mientras las imágenes en mi mente me abruman—, por eso tenía más recuerdos de mi madre, pero me querías mucho y, cuando tenía miedo, siempre silbabas esta melodía.

Dakari me mira sorprendido. Jamás le había contado nada de esto porque ni siquiera yo lo recordaba. Es más, ahora mismo tampoco podría decir que es un recuerdo, quizá, más bien, es como un sueño tan real que no tengo demasiado claro si ha ocurrido en verdad.

Jackson se seca las lágrimas y tira todo lo que hay sobre la mesa al suelo con celeridad. Se ausenta un segundo y regresa con una botella de agua. Inclina la mesa poniendo un par de libros en las patas. Todo lo que hace parece extravagante y fruto de la locura de un hombre desdichado, sin embargo, ahora creo que no hay ni un ápice de enajenación en él, sino un gran misterio que está a punto de resolverse. La mesa queda en diagonal respecto al suelo. Él abre

la botella y echa con cuidado un poco de agua sobre la parte alta de la mesa, forma un hilo que cae debido a la inclinación del mueble.

—Imaginaos que esta línea de agua es el espacio tiempo —nos dice poniendo una voz de profesor, de científico, volviéndose cuerdo por un momento—. Este es el año 2176 —señala un punto avanzado de la línea de agua—, año en el que los habitantes de esta línea temporal, la única, la verdadera, deciden viajar al siglo XIX para traer personas del pasado. —Lleva ahora su mano a una parte de la línea de agua más alta y pone su dedo, impidiendo que el agua pase, de manera que el líquido se bifurca en dos líneas, la que estaba hasta ese momento y la que acaba de crear con su dedo. Creo que, antes de que lo explique, todos lo hemos entendido—. Al cambiar el pasado, esta línea temporal, la que era única hasta ese momento, ya no lo es. La línea principal no puede cambiar, porque no puede modificarse lo que ya ha sucedido, pero al cambiar el pasado, hemos creado otra línea temporal diferente: el hecho de sustraer a personas del siglo XIX hace que se cree un futuro diferente a este que estamos viviendo. Hay dos realidades, la vuestra —dice señalándonos— y la mía.

—¿Me estás diciendo que hay dos realidades paralelas? —pregunta Rosita con cierto toque de humor en la voz.

—Sí, solo dos, por ahora, pero si volviéramos a cambiar el pasado, habría más. A vuestra dimensión, que es la principal, la llamamos «la verdadera», y a la nuestra, «la oscura». Curioso ¿verdad? —Se ríe y se sienta en un viejo sillón—. Vosotros llamáis verdaderos a los de piel blanca y oscuros a los de piel negra. Las dimensiones intentan unirse, son similares, se parecen porque deberían ser una, no dos, porque el espacio-tiempo no puede soportarlo. De ahí las tormentas eléctricas. O arreglamos el error o una de las dos dimensiones va a destruirse, puede que incluso ambas.

Creo que todos los presentes estamos intentando digerir toda la información que nos acaba de transmitir. ¿Dimensiones? Ni siquiera sé si entiendo bien el concepto. ¿Se supone que hay otro lugar, el «oscuro», igual a este, el «verdadero», que empezó a existir cuando

cambiamos el pasado llevándonos personas? O sea, que, según lo que dice Jackson, en esa realidad debería haber otro Dakari, porque su familia no viajó en el tiempo, pero no existe ninguna Luna, porque la mía sí viene del pasado, por lo que no existe hoy día en esa dimensión. Y las tormentas electromagnéticas que hemos estado sufriendo son fruto de que esa otra dimensión intenta unirse a esta. Creo que todo me da vueltas…

—El doce de octubre de este año… —comienza Dakari— ¿Es cuando va a destruirse una de las dos dimensiones?

Jackson vuelve a reírse, pero niega con la cabeza. Todos aguardamos a que nos explique qué significa esa fecha y, tarda un poco, pero, al final, lo aclara:

—Yo fui la primera persona enviada desde la dimensión oscura a esta: la verdadera. Transfirieron solo mi conciencia, claro, porque entonces no sabíamos cómo traspasar cuerpos de una dimensión a otra. Ocupé el cuerpo del Jackson de esta realidad, justo ese mismo día hubo un accidente en la estación y mi mujer y mi hija de esta realidad murieron. Pero mis verdaderas mujer e hija de la dimensión oscura me están esperando. El doce de octubre, dentro de unas semanas, es la fecha en la que volveré a mi dimensión.

Intento seguir todo lo que está relatando. Intento dar sentido a cómo encajo yo en toda esta historia. Él viene de otra dimensión donde su familia sigue viva y espera reencontrarse con ellas.

—¿Y para qué viniste aquí? —pregunta Rosita con cierto toque cómico, como si no terminase de creerse nada de esto.

Jackson se levanta del sillón, pero no contesta.

Dakari está muy pensativo, como si fuera capaz de resolver este lío de información en un momento. Su ceño está fruncido y sus labios arrugados. Interrumpe el silencio:

—Has dicho que el espacio-tiempo no podía soportar que hubiera dos realidades a la vez y que… llamáis oscura a vuestra dimensión. Eso significa que no hay esclavos negros a los que llamáis oscuros ni personas blancas a las que llamáis verdaderas. También has dicho

que solo hay dos realidades, por lo que deduzco que, en vuestra dimensión, no viajasteis al pasado para traer personas porque, si no, se habrían creado más dimensiones. ¿No es así?

No creo haber entendido casi nada de lo que Dakari ha dicho, pero al mirar a Jackson, lo veo llenarse de emoción y asiente.

—El hecho de que seamos la realidad paralela, no la principal, nos ha causado muchos problemas —nos cuenta—. Sufrimos las mismas pandemias que vosotros y solo sobrevivimos los de piel oscura en un mundo arcaico, casi sin electricidad y con muchas más tormentas electromagnéticas que aquí. Por eso, nos llamamos «la dimensión oscura», porque, donde yo vivo, todo está oscuro, sin apenas luz solar. Y no, no hay verdaderos ni esclavitud ni sufrimos las guerras que sufristeis aquí porque nunca viajamos al pasado ni trajimos esclavistas blancos.

—Pero entonces —intervengo, intentando darle sentido a algo—, ¿cómo es posible que yo recuerde a la mujer de la otra dimensión, a la que tiene la cara quemada? Es tu mujer de la otra realidad y yo la recuerdo a ella. Me recuerdo a mí misma siendo negra, yo…

—Los agujeros de gusano son impredecibles… Es posible que la conciencia de mi hija de la dimensión oscura se transfiriese a tu cuerpo de esta dimensión. —Y me señala—. Si fuese así, tu conciencia sería la de mi verdadera hija, aunque eso no tenga ningún sentido porque, para que así ocurriera, ella tendría que haberse metido en el agujero de gusano aquel día…

Jackson ha puesto en palabras mis sospechas y mis teorías. Miro las dos líneas de agua que hay sobre la mesa. Es sencillo de entender. Donde el agua empezó a caer hay solo una línea, pero en cuanto el ser humano ha intervenido rompiendo el caudal del fluido con su dedo, se han formado dos líneas, dos dimensiones, dos realidades. Había dos Zalas, la de esta dimensión y la de la oscura y, de alguna forma, la conciencia de la Zala de la dimensión oscura fue a parar en una chica blanca y no a la Zala de esta dimensión, porque la de aquí falleció. Entonces, se me ocurre algo.

—Si la Zala de esta dimensión murió el día que llegaste… —comienzo—, ¿es posible que la conciencia de Zala de la dimensión oscura buscase su cuerpo al llegar aquí y, al no encontrarlo, se metiera en el mío?

—Eso mismo he pensado —dice Jackson—, pero… las transferencias funcionan en ambos sentidos. Yo ocupé el cuerpo del Jackson de esta realidad, pero a cambio, el de esta dimensión habrá estado todos estos años en la oscura. Si tú tienes la conciencia de mi hija, ¿qué conciencia habita el cuerpo de la Zala de la dimensión oscura en estos momentos?

—¡Luna! —decimos a la vez Dakari y yo y nos miramos.

Tiene sentido. Luna era cruel con Dakari hasta que cumplió nueve años. Su conciencia pasó al cuerpo de Zala de la dimensión oscura y yo viajé hasta este cuerpo. Todo me da vueltas intentando no desvanecerme por toda esta información y sus sinsentidos.

Jackson viene hasta mí y me abraza. Es extraño, pero no lo aparto. Entonces, me susurra:

—El doce de octubre habrá una tormenta electromagnética muy fuerte. Recuerdas esa fecha porque estabas obsesionada con mi regreso. Te dije que íbamos a estar muchos años separados y te aprendiste de memoria la fecha de mi regreso. La dibujabas por todas partes, repetías los números de uno en uno. Si de verdad eres Zala de la dimensión oscura, el doce de octubre regresarás conmigo a casa, a nuestra línea temporal, a nuestra dimensión.

Deshace el abrazo y, aunque ha susurrado, sé que Dakari y Rosita lo han escuchado perfectamente. Los miedos me recorren el cuerpo. Puede que todo sea cierto, que mi madre negra con la cara quemada aguarde en otra dimensión a que regrese a sus brazos, que mi cuerpo negro de Zala añore que mi conciencia vuelva a asentarse en ella y me sienta yo misma al fin, pero… ¿qué pasará con Dakari? Incluso con mi padre blanco, el que me ha criado desde los nueve años y que ha sacrificado tanto por ayudarme a huir con un esclavo… Y… ¿qué hay de mi abuela? Sí, sé que es una odiosa

verdadera que castiga esclavos y mató a la madre de la persona que más quiero en este mundo, pero también es mi abuela. Una presión crece en mi pecho.

—¿Cuál de las dos dimensiones no lo conseguirá? —pregunta Dakari después de un largo silencio y no sé si tengo claro de qué habla. ¿Acaso una realidad va a desaparecer así cómo así?

—La que menos personas tenga —contesta Jackson, pero no parece triste, sino contento.

—¿La vuestra? —pregunta Dakari con preocupación y sigo sin creer que de verdad estén hablando de que una dimensión entera con miles o millones de personas vaya a evaporarse.

—Llevo diez años sin hablar con mi dimensión, pero yo diría que han encontrado una forma de equilibrar la balanza, ¿no crees?

—¡Las desapariciones de oscuros! —concluye Dakari en voz alta y recuerdo que la presidenta dijo que ellos no habían estado llevándose a los esclavos, así que tiene sentido creer que han sido transportados a otra dimensión, a la oscura. Por eso, desaparecían de forma tan abrupta cuando había tormenta. Habíamos llegado a pensar que los hurtos y ataques de los rebeldes estaban relacionados con las desapariciones de esclavos, pero no: los rebeldes han estado saqueando Los Nuevos Estados Unidos de la Luz, pero han sido los de la dimensión oscura quienes han estado sustrayendo los cuerpos de los esclavos.

Jackson se ríe a carcajadas y habla con un tono de voz que me asusta:

—Os está bien empleado por haber jugado a ser Dios. Ahora, nosotros, que nunca deberíamos haber existido, prevaleceremos. —Se pone en pie, comienza a silbar la melodía que me cantaba de niña, coge la botella de agua y lanza gotas hacia todas direcciones, mojándonos. —¡Venga, fuera! —nos grita con rabia, incluso a mí, a la que acaba de abrazar y reconocer como su hija.

—¡Vámonos! —dice la policía, poniendo los ojos en blanco por un instante. Creo que opina que esto ha sido una pérdida de tiempo.

Yo solo puedo pensar en que acaba de decir que, si consiguen llevarse las suficientes personas a su dimensión, esta va a desaparecer.

Jackson parece ido mientras silba y mira sus papeles y documentos, ajeno de repente a las tres personas que hay en su casa. Dakari me coge de la mano con delicadeza, temeroso de sobresaltarme, pero yo ya estoy muy asustada y no es por él, es por todo lo que mi verdadero padre acaba de contarnos.

Rosita nos hace una señal y la seguimos para salir de la casa, pero entonces, suelto la mano de Dakari y salgo corriendo hasta mi padre.

—¿Y si no quiero volver a la dimensión oscura? —pregunta mi boca sin haber pedido permiso a mi cerebro. Ha dicho que allí no hay esclavitud, que allí seré Zala, que estaré con mi verdadera madre… ¿De verdad no quiero ir?

Él no dice nada, solo silba esa melodía que entonaba cuando era niña para calmarme, pero ahora no apacigua mis miedos, sino que me rompe el corazón. Puede que sea cierto todo lo que ha dicho, pero también lo es el hecho de que ha enloquecido.

—¿Hay forma de comunicarse con ellos? ¿De transferir la conciencia de otra persona? —pregunto, recordando que, en la visión que tuve en el hospital, encontré a un Dakari diferente al de aquí. Comprendo que, de alguna forma, cuando estuve en coma, por un momento, viajé allí y conocí al Dakari de allí, al que mi otra yo llama Dak. Necesito creer que podré transferir la conciencia de Dakari a su cuerpo de allí o… No sé lo que quiero, pero no puedo perderlo una vez más.

Jackson solo silba y alguien tira de mí para alejarme del salón, del pasillo con las fotos de esa familia que parece la mía, pero que no lo es, y de esta casa destartalada…

* * *

La presidenta de Albedrío se toma su tiempo para tomarse el té. Yo también sorbo el líquido de la taza y me obligo a tranquilizarme.

Parece fácil hacerlo en esta azotea donde nos encontramos, rodeados de plantas y árboles frutales; sin embargo, no lo consigo.

Dakari intenta mostrar sus modales cogiendo la taza educadamente y guardando silencio. Me percato de que aún parece un esclavo, con la cabeza agachada y la expresión impasible, como si ahora la presidenta fuese su ama. Quizá, en cierto modo, sea así; al fin y al cabo, estamos aquí para que ella decida nuestro destino.

La policía también ha sido invitada a tomar el té, pero ella lo hace con menos estilo, es más, solo está golpeando la taza con la chuchara repetidamente con nerviosismo.

La presidenta rompe el larguísimo silencio después de que le hayamos contado toda la historia entre los tres:

—Sois conscientes de que parece un disparate ¿verdad?

—Señora —interviene Rosita—, Jackson ha perdido el juicio, por eso no le creímos todos estos años, pero esta chica blanca… —me señala con la cuchara con unos modales que los verdaderos habrían tildado de muy malos— sabe cosas que solo podría conocer la hija de Jackson…

—Presidenta —intervengo lo más cordialmente que puedo llegar a sonar—, entiendo que le cueste creer toda esta historia, a mí también —le digo algo avergonzada y agradezco que mi cabello dorado oculte un poco mis ojos—, pero si los viajes en el tiempo existen, ¿por qué no las dimensiones paralelas?

—De acuerdo, señora Davis. —Odio que me llame así y ella parece saberlo y hacerlo a propósito—. Digamos que es cierto. ¿Y qué espera que haga yo? Bastante tengo con mantener a salvo nuestra ciudad alejada de los suyos —añade con cierto toque de desprecio. Y es que ese es el problema para ella, que soy blanca, al menos, mi cuerpo lo es.

No sé qué contestar, pero Dakari toma la palabra:

—Algo hay que hacer o todas las personas de esta ciudad podrían morir… De toda esta dimensión —matiza.

La presidenta deja la taza con energía sobre la mesa y dice con fuerza:

—Debería matar a Jackson para evitar que dé datos a los de la otra dimensión. ¿No es él el científico que inició todo esto? Y, por ende, a ti. —Y me señala.

La reto con la mirada a que lo haga mientras me rompo por dentro. Sin que mi lengua pida permiso a mi cerebro, le hablo llena de furia:

—¿Pero qué demonios le pasa a las personas del mundo? No se trata de matarnos ni de esclavizarnos, ni de blancos o negros, verdaderos u oscuros. Se trata de vivir juntos, en paz, felices. Pensaba que en Albedrío, más que en ningún otro lugar, lo entenderíais.

Dakari me coge de la mano para tranquilizarme, lo miro un momento y sé que está orgulloso de mí, de lo que acabo de decir, pero, de repente, me siento avergonzada por no saber callarme cuando me corresponde.

—Te equivocabas, señora Davis —dice la presidenta, pero no veo enfado sino una sutil sonrisa en ella—. Aquí lo único que buscamos es sobrevivir, los verdaderos no nos han dejado otra opción. Y, ahora mismo, pasa por entregarte a Izan Davis.

—¿Qué? —exclama Dakari—. ¡Eso no es posible! ¡Es un malnacido! Nos iremos de aquí y la dejaremos tranquila. Sentimos haberla molestado —dice, como si pudiese cogerme de la mano y salir andando de aquí. ¡Estamos bajo toneladas de agua!

—Luna —me dice la presidenta de repente, como si quisiera sonar amistosa—, tu cara sale en todas las noticias y televisiones del mundo. Nos acusan de haberte secuestrado. Izan Davis otorgará una enorme recompensa a quien te entregue sana y salva. —Me inquieto y me aferro a la mano de Dakari, que sigue junto a la mía —. Sé que quieres que tu amigo viva aquí, yo también, pero, para ello, Albedrío debe seguir existiendo. Si alguien sigue tu pista hasta nosotros, estamos perdidos. Además… —su expresión cambia y nos

percatamos de que hay algo más— el presidente ha muerto en un accidente de tráfico. Izan Davis es el nuevo presidente de los Nuevos Estados Unidos de la Luz, lo que te convierte en la mujer más importante del planeta.

El pánico domina todo mi cuerpo porque sé que, en el fondo, tiene razón.

Dakari y Rosita comienzan a hablar. Sé que intentan dialogar con la presidenta. Incluso la policía, que no me conoce de nada, trata de defenderme, pero yo no escucho sus palabras porque ahora entiendo que Dakari tenía razón cuando el día de mi boda me dijo que debía madurar. Madurar es entender que no existen los monstruos superhéroes, que esos solo aparecen en las piedras que pintan los niños esclavos, porque ni siquiera tienen papel…

—Vale —digo, pero nadie me escucha—. ¡Sí! Me iré con Izan Davis, llevadme con el… presidente —añado en un susurro.

Todos guardan silencio, menos uno.

—¡No lo permitiré! —grita Dakari lleno de rabia.

—¡Es que no hay otra opción! No parará hasta encontrarme. Yo solo quería ponerte a salvo, Dakari —le digo, haciendo un esfuerzo por no llorar.

—Pero no quiero estar a salvo aquí si no es contigo —contesta, olvidando que no estamos solos.

—Dakari —interviene la presidenta—. ¿Crees que Luna es Zala y crees en la historia de Jackson? —Él asiente como respuesta—. Entonces, ya está todo resuelto. Se la entregaremos a Izan Davis para que esta ciudad esté a salvo, pero ella abandonará su cuerpo, así que no tendrá que enfrentarse a él.

Agarro con fuerza la mano de Dakari. Él no me mira, su ceño está fruncido y su mirada está fija al frente, pero no tengo demasiado claro que sea en la presidenta. Su cabello blanco enmarca un rostro ovalado que no puedo parar de mirar, no quiero que nunca se me olvide cada arruguita de su cara, cada trozo de su piel…

El silencio se impone entre nosotros y lo único que lo rompe es la cucharilla del té; la presidenta la acaba de coger para dar vueltas a un líquido que debe estar ya helado.

Reflexiono un momento sobre todo lo que ha dicho esta señora y sé que es cierto. Creo que, en menos de un mes, mi conciencia va a abandonar este cuerpo, así que será la verdadera Luna quien tendrá que lidiar con Izan. No es algo que le desee a nadie, pero… ¿quién sabe? Ella le hacía la vida imposible a Dakari, así que quizá sea este su castigo.

—¿Y si yo le ofrezco una alternativa mejor? —pregunta Dakari mirando a la presidenta.

Rosita me mira con cara de circunstancia, creo que le parece entrañable nuestra historia de amor y ver lo desesperados que estamos ambos por protegernos, por permanecer unidos. Sí que es entrañable. Amo a Dakari y sentir que él está dispuesto a lo que sea con tal de salvarme me llena el corazón.

—Habla —dice ella.

—Acabar con la esclavitud, que Albedrío pueda trasladarse a la superficie.

La presidenta comienza a reírse y yo miro a Dakari. ¿En qué demonios está pensando? Eso es imposible.

—¿Lo dices en serio, Dakari? —pregunta ella.

—Deme unos días y déjeme hablar con Jackson de nuevo y revisar toda la información que tengan sobre Origen.

—Es material de alto secreto… —comenta Rosita.

—Está bien —interrumpe la presidenta—, te daremos acceso a Origen y a Jackson, pero la señora Davis tendrá que esperar en comisaría.

* * *

La definición «esperar en comisaría» me parece ahora incorrecta desde la celda en la que llevo días. Creo que la presidenta nos

engañó para encarcelarme sin que Dakari opusiera demasiada resistencia. Supongo que su plan sigue siendo el de entregarme a Izan Davis y eso me aterra; sin embargo, solo faltan unos días para el doce de octubre del año dos mil doscientos y, si Jackson no es un loco por completo, regresaré a mi verdadera dimensión y volveré a abrazar a mi madre negra.

Es mediodía, sé que Rosita ya debería estar aquí, pero no ha dado señales de vida. Todos los días me visita y me cuenta que Dakari está bien y que ha salido de expedición con los mutantes. Al parecer, los que nosotros llamábamos «rebeldes» no son más que un grupo de ellos con mutaciones que salen de este lugar para robar aparatos electrónicos. Los necesitan para reponer piezas de su ciudad subacuática. Es cierto que atacaron el día de mi puesta de largo, pero solo para llevarse una gran cantidad de móviles. Yo creía que eran salvadores de esclavos, pero no, solo dan cobijo a quienes se lo piden, mas no se dedican a rescatar oscuros de las garras de sus amos. Así que, el día mi presentación en sociedad, no solo los rebeldes atacaron, sino que una tormenta electromagnética se llevó al jardinero y su familia a la otra dimensión y, por eso, yo sufrí un desvanecimiento, porque estoy conectada con los malditos agujeros de gusano…

Me siento bastante ingenua, creí que esta ciudad sería diferente, pero no lo es, aquí también hay odio hacia el otro color de piel, y el egoísmo también sigue primando por encima de todo. No ponen las vidas en riesgo de sus habitantes para salvar a otros, lo hacen para robar tecnología, para salvarse a ellos mismos.

Aquí, en la celda, no puedo evitar recordar que le dije a Dakari que quería ser contrabandista de personas. Una sutil sonrisa me recorre el rostro porque lo recuerdo riéndose de mí con cariño. Él me contó que soñaba con ser empresario. Puede que sí cumpla su deseo, eso si su vida no corre peligro saliendo de expedición. Rosita dice que no, pero yo recuerdo a los mutantes que murieron en la plaza de Nueva Fe y no puedo opinar lo mismo.

De repente, escucho unos gritos masculinos y veo a unos policías meter en la celda junto a la mía a un hombre. Es la primera vez en todas estas semanas que tengo compañía. Según me contó Rosita, aquí no tienen cárcel, solo las celdas del sótano de la comisaría. Y es así porque casi no hay delitos, ya que, si alguien comete un crimen, lo expulsan de la ciudad y… no hay lugar a donde ir si tienes su color de piel, así que todos intentan portarse bien.

Cuando los policías se marchan, el hombre viene directo hacia los barrotes que dan a mi celda, pasa sus brazos entre ellos y me agarra del jersey. Me asusto, pero entonces, lo escucho silbar una melodía que me resulta familiar. Lo escruto y veo el rostro desaliñado de mi padre biológico.

—¿Jackson?

Él sonríe y me suelta. Deja de silbar y me dice:

—«Papá» estaría mejor ¿no crees?

Lo miro algo avergonzada, porque no sé qué responder a eso. Una parte de mí recuerda quererlo, pero no ha estado en mi vida en los últimos diez años.

—¿Qué haces aquí? —Lo observo a través de los barrotes.

—Seguir el plan, rubia —contesta y me resulta raro ese cambio de actitud.

Nadie me había llamado nunca así y creo que suena algo despectivo, pero supongo que también lo es que los llamemos oscuros solo por tener la piel negra… Lo que me recuerda que se supone que yo también soy una oscura.

—¿Qué… plan? —pregunto en un susurro, porque estoy asustada, y es que este hombre me provoca sentimientos contradictorios.

—Me enviaron a esta dimensión a recoger información. Ese es el plan. Y tengo toneladas de información. —Asiento sin más porque no sé si tiene uno de sus momentos cuerdos o estoy hablando con un loco—. Nadie me lo ha dicho, pero estoy seguro de que todos los negros que están desapareciendo están siendo transportados a la

dimensión oscura. Pronto, el espacio-tiempo se replegará y se destruirá la realidad que menos personas tenga… ¡Esta, cariño! —añade mientras mete su mano entre los barrotes y alcanza a acariciarme la cara.

—¿Y no hay forma de que ambas realidades sigan existiendo?

—¿Por qué querríamos eso? Los de la dimensión verdadera nos dejaron desamparados al cambiar nuestro futuro. ¿Es que no lo entiendes? Solo puede haber una línea temporal, es lo natural, y de no corregir esa desviación, ambas dimensiones podrían desaparecer.

Doy un paso hacia atrás y aparto su mano de mi rostro. No me gusta lo que oigo.

—Entonces, llevemos a todas las personas a una de las dos dimensiones —digo desesperada.

—Dakari me ha dicho lo mismo… Tiene un plan.

Me acerco nuevamente hasta él con cierta esperanza. Y es que pensaba que la presidenta nos había engañado, pero, después de todo, puede que sí dejara que Dakari hablase con Jackson para buscar una solución pacífica donde todos podamos coexistir.

—¿Has hablado con Dakari?

—Em… sí, no… Él ha hablado conmigo, y yo… no me iba a quedar sin decirle nada… Algo le he comentado, sí.

Me frustro un poco, y es que parece imposible tener una conversación totalmente cuerda con Jackson.

—Papá —le digo con fuerza en la voz—, céntrate. ¿Para qué has venido? ¿Qué te ha dicho Dakari?

Él me mira confundido y alza sus dedos, como si, haciendo dibujos en el aire, pudiese recordar la conversación.

—Dakari me ha dicho que cree que la dimensión oscura no puede sobrevivir sin la verdadera. Nuestro plan de destruir esta realidad solo nos hará acabar con ambas dimensiones. Dakari lo ha descubierto y le ha propuesto a la presidenta traer a todos los de la

dimensión oscura aquí para que se unan a ellos y plantar cara a los verdaderos.

—¿Una guerra? —pregunto alarmada y él se encoge de hombros. —Pero, ¿es eso posible?

—Supongo que, si saben disparar armas y tienen armas, pues…

—No, me refiero a traer a todos los de la dimensión oscura aquí, ¿podría hacerse?

—Eso tendrás que descubrirlo tú, Zala.

—¿Yo?

—Sí. El plan, cariño, el plan —repite descolocado y resoplo al ver que es incapaz de centrarse—. Cuando regreses a nuestra dimensión, cuéntale a tu madre el plan de Dakari, ella es la científica al cargo de Origen.

No tengo demasiado claro cuál es el plan de Dakari. ¿De verdad espera que esto se resuelva enfrentándonos a los verdaderos en otra guerra? Está claro que, si traemos a todas las personas de la otra dimensión, sumado a todos los habitantes de Albedrío, seríamos un número que asustaría a los verdaderos, pero… Ya vivimos guerras hace veinte años y nadie quiere volver a eso… ¿Acaso es la única salida? Dakari es inteligente, me obligo a creer que, si él lo piensa, es porque es cierto, pero entonces, recuerdo que yo siempre he deseado ayudar a los demás, ser una contrabandista de personas, y entonces, me prometo a mí misma que encontraré una solución más pacífica.

De repente, caigo en la cuenta de algo:

—Jack… Papá —corrijo—, ¿por qué dices que le cuente a mamá el plan? ¿No se supone que tú también vas a ir a la otra dimensión?

—Acércate… —me susurra y lo hago.

Jackson se aleja a un rincón de la celda. Se mete los dedos y se provoca el vómito. Arrugo la nariz mientras intento comprender qué demonios hace. Entre lo que expulsa hay algo en una especie de

bolsa diminuta, él usa su ropa para limpiarse y, con cuidado, saca el objeto y se acerca a mí. Entre sus dedos, porta un pequeño tubo, es muy fino, pero no sé cómo ha podido salir eso de su garganta. Me lo entrega y me dice:

—Ya ves, tu padre también es un contrabandista. —Y se ríe, yo también porque estoy segura de que Dakari ha hablado de eso con él—. Esa policía amiga vuestra nos ha dado el chivatazo, pero no ha querido saber cuál era el plan para salvarte. ¡Bébetelo!

Cojo el tubito y lo abro, acerco mi nariz, pero es inodoro. ¿Debería ingerirlo? Ahora comprendo que mi padre se ha dejado encarcelar para darme esto, pero también está loco y no me fío del todo. Me lo acerco a los labios, pero, antes de beber, insisto:

—¿Por qué no le puedes contar tú a mamá el plan de Dakari?

Sus ojos se vuelven oscuros y tristes y creo que tiene un momento de lucidez.

—Las líneas temporales, Zala, tienden a ser iguales… Aquí hubo un accidente justo antes del intercambio de conciencias… —Sí, lo sé, en ese accidente, murieron su esposa e hija de esta línea temporal—. Allí también y yo… Mi cuerpo de allí murió, pero supongo que tu madre consiguió transferir mi conciencia aquí… En realidad, siempre lo he sabido…

—Así que no tienes cuerpo al que volver —aclaro con pesar, pero recuerdo que Zala tampoco tenía cuerpo donde regresar y acabó en el de Luna.

—Bebe —me ruega y le hago caso. Bebo y no me siento diferente. Después, él añade—: No tengas miedo pase lo que pase, Dakari está a salvo y te quiere, como yo. Con este líquido, no morirás.

—¿No moriré? —pregunto confundida, pero, en ese instante, la puerta que da a las celdas se abre y por ella entran dos policías, Rosita y el que me interrogó a mi llegada a Albedrío.

Él abre la puerta de mi celda y me dice:

—¡Las manos!

—¿Es necesario? —pregunta Rosita—. Pero si es una niña.

—Es la señora Davis, no una niña —responde el joven policía de talante serio.

Acerco mis manos y el hombre me pone las esposas. Me percato de que Rosita mira hacia la celda de al lado y se sorprende de ver a Jackson, pero no dice nada. Creo que algo malo sucede, porque Rosita suele sonreír y está seria, las arrugas de su cara le dan un aspecto duro.

Me sacan de la celda y echo un último vistazo atrás, a mi verdadero padre. Él me mira y silba nuestra canción. Yo susurro un «gracias» que solo él puede ver.

Pronto estamos en la parte destinada a las oficinas de la comisaría, donde los policías trabajan ajenos a mí. Me miran, pero ya no se sorprenden tanto de verme. Tengo claro que me van a entregar a Izan, tiene que ser eso, lo que no entiendo es el líquido que me ha dado Jackson y su finalidad.

Vamos a la puerta de salida y el policía que tiene muchos dedos se ríe al ver a Rosita y le dice:

—¿Otra vez haciendo horas extras o es que te encanta venir a verme?

—Más quisieras —se ríe ella y creo que están ligando.

—Venga —inquiere el policía joven mientras tira de mí—, danos un set completo, aquí está la autorización. —Y le entrega un papel que el policía observa por encima porque sus ojos están puestos en Rosita.

El mutante de la puerta le entrega una capucha, unos cascos y un estuche que me resulta familiar. Quiero seguir mirándolo, pero pronto me ponen los auriculares y la capucha en la cabeza. Dejo de ver y escuchar y ahora está claro, van a sacarme de Albedrío, pero… ¿para qué es el estuche? Y… de repente, lo recuerdo. ¡Es una inyección como las que les ponen a los esclavos! Van a matarme.

13. Regreso

Dakari

—¿Jackson? ¡¿Jackson?! —inquiero nuevamente como un tonto, pues nunca contesta—. ¡Jackson! Dime que no era mentira, que Luna está a salvo en tu dimensión.

—Chico, solo era un viejo loco, déjalo estar —me dice la policía, Rosita, mientras me agarra del brazo y tira de mí.

Sé que tiene razón. Lleva así desde que Luna se fue, desde que intentó suicidarse en la celda donde se coló para ayudarla. El intento fallido de suicidio lo dejó en estado vegetativo. ¿Por qué haría algo así? Lo que más deseaba era volver con su familia a su dimensión. ¿Y si solo era un loco y Luna está ahora en manos del señorito Davis? Aparto esa idea, no. Luna está a salvo con su verdadera madre porque el doce de octubre ya ha pasado. Ese día su conciencia regresó a su dimensión. Tiene que haber sido así.

Nos vamos del hospital donde cuidan de él. Siento lástima: si no mejora, pronto le pondrán la jeringuilla para asesinarlo. Suena duro, pero aquí no malgastan los recursos con alguien como él.

Ya en la puerta del hospital, Rosita me dice:

—Venga, Dakari, te acompaño a casa. ¿Te hacen unos perritos calientes de camino?

Dibujo una sonrisa porque me recuerda a los perritos que probé con Luna nuestro primer día en esta ciudad acuática. Asiento sin más y nos dirigimos al puesto de comida. Agradezco que Rosita sea mi amiga porque tiene información sobre Luna. Ella nos dio el chivatazo de que la presidenta tenía pensado entregarla a Izan Davis… muerta. No quería arriesgarse a que le contara nada al vicepresidente y no iba a dársela con vida. Supongo que, igual que los verdaderos no se fían de los oscuros, ella no confía en ningún blanco. Doy gracias a que Jackson hizo que lo detuvieran para darle

a Luna un medicamento y contrarrestar así los efectos de la inyección letal.

Nos sirven los perritos, nos sentamos y tenemos una charla animada sobre el hombre que le gusta, otro policía de la comisaría, pero ella cree que es demasiado mayor ya para estar saliendo con nadie.

—¿Qué te preocupa? —pregunta después de un rato hablando de sus amoríos.

—No… nada —miento, todos los días hablamos sobre lo mismo y no quiero sonar repetitivo.

—Es esa chica blanca ¿eh? —Asiento y agacho la cabeza—. ¡Oye! Ya no eres un esclavo, plántale cara a la vida. —Me coge la barbilla y me obliga a mirar al frente. Después, da un paso atrás porque casi se le cae el perrito caliente y añade—: Esta ciudad es lo mejor que puede pasarle a un negro. Ya sabes que yo fui esclava como tú. Si estás pensando en abandonarla para ir a buscar a Luna, es que estás completamente loco o… enamorado.

Ambos nos reímos un poco y ella se centra en ingerir la cena. Yo ya he terminado, así que me apoyo en la silla, me recoloco las rastas y dejo mi brazo flexionado en el aire con mi mano apoyada en mi cuello.

—Es que ni siquiera sé si está viva y, si lo que Jackson le dio funcionó, ahora estará en manos del señorito Davis. ¡Y es un malnacido!

—Todos los señoritos lo son, chico, pero te digo una cosa: si ese viejo loco de Jackson tenía razón, piensa que Luna estará ya en otra dimensión.

—¿Y si no?

Nos miramos un momento y ella pone mala cara, aunque intenta disimularla. Luego, una enorme ráfaga de luz nos llama la atención y tanto nosotros como el resto de ciudadanos de Albedrío elevamos

nuestras cabezas y sentimos miedo de lo que vemos. Hay una tormenta electromagnética en el mar, justo sobre la ciudad.

Todas las personas se alarman y el lugar se vuelve un caos.

Gritos, rayos, lluvia…

Estamos resguardados bajo el duro cristal de la estación, pero… ¿Y si cede ante la presión del agua agitándose? Huelo el miedo de la gente que tengo alrededor, pero lo único que podemos hacer es mirar hacia arriba y esperar que este no sea nuestro final.

El tiempo pasa y la tormenta cesa rápidamente. Se hace el silencio, pero entonces, regresan los gritos y todos claman lo mismo: han desaparecido personas de la ciudad.

La radio de Rosita suena. La presidenta quiere que nos reunamos con ella.

* * *

Oír, ver, callar y olvidar. Esa fue la lección de vida de mi madre, pero ella creía que lo único a lo que yo podría aspirar en la vida era a ser un esclavo doméstico.

Oigo el tintineo de la cuchara al chocar contra la taza de té de la presidenta.

Veo a una mujer de piel igual a la mía, una mujer presidenta, que ha conseguido mantener a salvo a miles de nosotros bajo el agua, en una ciudad que «casi» parece normal.

Callo, porque aprendí a hacerlo, pero lo único que deseo es gritarle lo furioso que estoy por haberse llevado a Luna para matarla, por haberla arrancado de mis brazos con mentiras para entregársela al señorito.

Olvido… No, no olvido, nunca olvidaré, mamá. No puedo hacerlo, siento demasiado dolor, rabia e impotencia como para olvidar.

La presidenta me habla por fin después de un rato:

—¿Qué hueles, Dakari?

No esperaba esa pregunta ni sé qué pretende con ella.

—Las plantas frutales —respondo.

—Sí —dice ella con alegría mientras analiza la terraza donde siempre nos hemos reunido—. ¿Sabes qué huelo yo? A ti, tu noradrenalina y dopamina están disparadas.

Me mira con dureza. Ella tiene mi misma mutación y, como yo, por el tipo de hormonas que olemos, podemos saber cómo se sienten las personas, así que sabe que estoy enfadado y lleno de rabia.

Intento mantenerme callado, pero recuerdo que ya no soy un esclavo y hablo:

—Le dije que tenía una alternativa, que no era necesario entregar a Luna.

—Bueno, por eso estamos aquí reunidos ¿no? Para que me expliques qué has descubierto. Ya ha pasado el doce de octubre y… seguimos todos vivos —añade con una voz suave, como si dudase.

—Mi plan dependía de que Luna siguiera con nosotros.

Evito dar detalles de si está con el señorito, viva o muerta, porque, en teoría, lo único que sé es que se la llevó de Albedrío; su intención secreta de matarla es algo que me confió Rosita.

—¿Y qué plan era ese, Dakari? Porque está claro que ese científico enloquecido no decía más que tonterías. El doce de octubre ya ha pasado y aquí estamos...

—No —digo furioso sin poder contenerme—. El doce de octubre no era la fecha en la que esta dimensión desaparecería. Era la fecha en la que Luna regresaría a su dimensión.

La presidenta vuelve a girar la cuchara dentro de su taza de té. No sé si pretende ponerme nervioso, pero lo está consiguiendo.

—Vale, bien, ¿entonces, crees que es cierto? Vamos a morir. ¿Y cómo podemos evitarlo, Dakari?

He pasado las últimas semanas leyendo la investigación de Jackson, leyendo sobre el proyecto Origen, agujeros de gusano,

viajes en el tiempo… Sé mucho, pero lo que no sé es si esta señora está dispuesta a creerme, y su colaboración es clave si el mensaje que le encomendé a Jackson para que le diera a Luna realmente llegó hasta ella. Si logra traer a todos los de la dimensión oscura, si encuentra una forma de comunicarnos, si… Si todo esto no es una locura...

—¿Le tiene especial cariño a su taza? —pregunto y ella niega con la cabeza y me la entrega. La cojo, aún tiene líquido dentro—. Nuestras vidas y el tiempo que pasamos son como este líquido: moldeable —agito la taza y el té se mueve hacia todas partes dentro de la pieza de cerámica—, pero permanece junto, dentro de una constante temporal, la taza… Pero… si la taza se rompe… —Golpeo la pieza de cerámica contra la mesa y se parte en mil pedazos.

—El líquido no desaparece —comenta ella—, pero se esparce por todas partes.

Observamos el té por encima de la mesa y de los trozos de la taza.

—Correcto. Sin la taza es imposible beber el té, por lo tanto, aunque siga habiendo té, ya no hay té. Las dos dimensiones son este líquido, un líquido que se está separando hasta tal punto que la taza está a punto de romperse. Si la taza se rompe, ninguna dimensión estará a salvo.

—Lo entiendo, Dakari —dice ella—. ¿Y cómo podemos evitar que la taza se rompa?

Mi olfato me dice que hay interés por su parte. Puede que algo haya cambiado desde la última vez que la vimos Luna y yo porque, aunque parecía no creerme cuando ha iniciado la conversación, creo que ella también estaba tanteándome a través de mis olores, para descubrir mis intenciones y sentimientos.

—El líquido debe permanecer junto y estable. Los de la dimensión oscura deben venir aquí.

—Pero… Albedrío no puede acoger a tantas personas. Porque… serán muchos ¿no?

—Jackson me dijo que se contaban por miles la última vez que él estuvo allí, no llegaban al millón. Y… —me armo de valor y me recuerdo que no soy un esclavo, aquí mi voz será escuchada o, al menos, eso espero— si se unen a nosotros contra los verdaderos, podríamos poner fin a la esclavitud. No tendríamos por qué vivir escondidos.

Ella abre la boca totalmente incrédula.

—¿Sugieres que arme a mis ciudadanos y a los recién llegados y los ponga a matar verdaderos?

—Quizá armarlos sea la única forma de hacer que los verdaderos nos tomen en serio. Quizá no sería necesario llegar a matar a nadie, pero es que no hay otra opción, debemos luchar para cambiar este mundo. Si dices que no podemos escondernos aquí y tampoco queremos ser esclavos… ¿Qué opción nos dejan si no es luchar hasta morir por la libertad? —concluyo y en mí hay mucho de Luna, pues es ella quien ha luchado más por la liberación de los esclavos que yo, que siempre me he conformado. Solo desde que su vida empezó a correr peligro comprendí cuán necesaria era esta lucha.

Ella resopla totalmente desconcertada y sorprendida.

—Tus amos te dejaron estudiar ¿verdad? —Asiento y ella guarda silencio un breve tiempo—. Para las próximas elecciones a presidente de Albedrío, deberías presentarte, serías un gran candidato.

No esperaba para nada esa respuesta y estoy intentando procesar si ha sido un cumplido o le ha molestado que hable como lo haría Luna, sin pelos en la lengua, sin ser un esclavo. Hace un gesto con la mano a uno de los policías y, en unos minutos en los que ninguno pronunciamos ni una palabra, traen esposados a Rosita y a otro hombre más joven que ella. Los sientan a nuestra mesa. La presidenta no los mira y se sirve un poco de té en otra taza que hay en la mesa.

—Supongo que sabes que ordené a estos policías inyectar a Luna la dosis necesaria para acabar con su vida y dejar su cuerpo en la

frontera entre la Tierra Abandonada y la ciudad de El Purgatorio para que los esclavistas la encontraran y su presidente nos dejase en paz, pero cuál es mi sorpresa —ahora sí los mira a ellos— cuando descubro un periódico —saca el diario y nos nuestra una foto de Luna con el señorito y un gran artículo junto a su imagen— donde hablan de su regreso, de que ha estado secuestrada por los rebeldes y de lo feliz que se encuentra la pareja por haberse reencontrado.

Rosita sonríe, el otro hombre esposado tiene la expresión dura y le dice a su compañera:

—¿Qué hiciste? No es posible, yo se la inyecté. Señora presidenta —le dice ahora a esta—, esa fotografía debe ser un montaje, Luna está muerta…

Así que fue él quien la mató o, al menos, quien lo intentó. ¿Qué clase de persona puede hacer algo así? Él es negro, pensaba que solo los blancos albergaban tanta maldad, pero no, no tiene nada que ver con el color sino con las personas.

—¡Silencio! —exclama la presidenta, se levanta de la mesa y se marcha.

Observo la imagen de Luna. Está tan hermosa como siempre y el corazón me da un vuelco. Se encuentra con el señorito, ese malnacido… Leo el artículo y da todo lujo de detalles de lo felices que están y de cómo fue su secuestro por los rebeldes. Incluso comentan que desean ser padres pronto. Si Luna ha dejado ese cuerpo y ha regresado la auténtica Luna, la que me hacía la vida imposible de pequeño, algo dirían en el artículo ¿no? Como que ha perdido la memoria de los últimos años… Porque esa chica no debe saber ni quién es Izan ni recordar su boda… Y las dudas me asaltan nuevamente. Solo pensar que ese malnacido le pueda estar haciendo algo me despierta tal malestar que estoy seguro de que la presidenta lo huele perfectamente.

La presidenta regresa y nos enseña una pequeña revista en blanco y negro, con un extraño papel. No parece otro periódico de los que

he visto mil veces leer al señor Moore, que son elegantes y bonitos. Este papel de aquí parece más económico y sencillo.

—Este es otro artículo escrito por los modernistas, un partido político que es más afín a nuestros intereses. —Sí, los recuerdo, uno de ellos intentó envenenar a Luna en El Purgatorio—. Dakari —me entrega el papel—, ¿puedes leer el artículo?

Asiento, cojo el periódico barato y leo:

«Los Davis, toda la verdad sobre ellos.

Nuestro ya fallecido presidente coloca a su hijo como vicepresidente, porque es mejor que todo quede en casa para seguir manejando los hilos a su antojo. Así se aseguran que sus culos de señores puedan seguir sentándose en sus ricas mansiones, mientras el pueblo se muere de hambre porque los trabajos se los quedan los esclavos…

Pero vamos al grano. Según un informe policial filtrado hace tan solo unos días, la señora Luna Davis fue violada el día de su casamiento. Sí, lectores, violada. ¿Qué barbaridades le hizo su reciente esposo para que unos doctores chapados a la antigua tildaran de violación un acto sexual supuestamente permitido dentro del matrimonio? Y es que, mientras no modernicemos las leyes, seguirán ocurriendo estas barbaridades que son ocultadas y silenciadas.

Por si fuera poco, después de pasar meses en el hospital recuperándose de este suceso, la señora Davis es secuestrada por los rebeldes… Esos oscuros misteriosos que se llevan esclavos. Por nosotros que se los lleven a todos, a ver si así los ricos de este país se enteran ya de una vez de lo que significa generar empleo.

Y, al regreso de la señora Davis de su secuestro, los periódicos de todo el país nos muestran una fotografía de la feliz pareja donde ella cuenta su terrible experiencia y la familia Davis se pone una medalla por haberla rescatado. Pero… ¿qué ocurre en realidad? Según nuestras fuentes, después del suceso de su boda, la señora llegó en un estado casi vegetativo al hospital de El Purgatorio y allí suplicó

que no dejaran entrar a Izan Davis a su habitación. Se negó en rotundo a recibir a su marido. ¿Tanto miedo le causaba su reciente esposo y luego sale en una foto contando lo mucho que lo ama?

Pero esto no es todo: días después de su regreso, una de las tormentas electromagnéticas más fuertes que han golpeado nuestro mundo azotó el hospital donde se encontraba Luna Davis. Pobre mujer, al final va a ser cierto que Dios existe y la está castigando por haber escogido tan mal a su marido. ¿Y qué dicen nuestras fuentes de la señora Davis después de este incidente? Pues que se ha quedado totalmente ida, no recuerda estar casada con el vicepresidente, ni siquiera reconoce su cara… ¡Es más! Varios ciudadanos de El Purgatorio que estaban ingresados en el mismo hospital nos contaron cómo la oyeron decir palabrotas tan malsonantes que hasta los mismísimos oscuros se escandalizaban. Sí, lo que oyen, una verdadera de la alta sociedad gritando palabrotas.

Pero sí, lectores, unos días después, todos hemos visto la fotografía de la feliz y enamorada pareja… ¿Cuántas más mentiras nos cuentan?

Hasta aquí toda la verdad sobre los Davis…».

Dejo el papel sobre la mesa e intento procesar toda la información que acabo de leer, aunque la presidenta no me da demasiado tiempo y toma la palabra:

—Ella debía estar muerta. Que esté viva y en manos de Izan Davis pone en peligro Albedrío, pero… además… todo lo que cuentan los modernistas me hace creer que Jackson llevaba razón. Es posible que crea vuestra historia, Dakari.

—¿Quién es Jackson, señora? —interrumpe el policía que está esposado, pero la presidenta no le responde.

—Hace un rato han desaparecido doscientas veintiocho personas de esta ciudad, se han… evaporado. Así que si Luna Davis, o Zala, o como quiera que se llame esa chica, es la clave para resolver esto, tenéis que traerla de vuelta de inmediato.

Realmente, creo que la presidenta de Albedrío podría haber ordenado rescatar esclavos de las garras de los verdaderos, porque tiene los recursos para ello, pero no soy tonto, sé por qué no lo ha hecho. No hay hueco en su ciudad para que todos vivan allí y, lo más importante, no quiere arriesgarse a que los verdaderos descubran Albedrío, así que es más fácil dar de lado a los miles de esclavos que viven en Los Nuevos Estados Unidos de la Luz. Miles… sumados a los miles habitantes de esta ciudad más los miles que llegasen de la dimensión oscura… Todos juntos podríamos formar un buen frente unido contra los verdaderos.

—¡Dakari! —grita Rosita.

—Lo siento, ya os dije que conducir no era lo mío.

Intento contener el volante para que el coche no vuelva a salir disparado. Samir, el policía que intentó matar a Luna, es el conductor oficial, pero está dormido, necesitaba descansar, así que, antes de llegar a Nueva Fe, donde los controles son más intensos, me ha tocado coger el coche.

Miro por el retrovisor y veo que Rosita intenta dormir un poco. Nos desplazamos en un lujoso coche, supongo que robado. Samir y yo vamos en calidad de esclavos y ella va maquillada de arriba abajo para parecer blanca, con guantes que tapan sus manos y una peluca rubia. Lo cierto es que, con poca luz, cualquiera diría que es una auténtica verdadera, por eso llegaremos de madrugada a Nueva Fe para rescatar a Luna.

Puede que la conciencia de Luna ya no esté en su cuerpo, pero, en cualquier caso, prefiero que Luna, sea quien sea la que habite dentro, esté conmigo.

—Para —me dice Samir—, ya que me has despertado con ese volantazo, conduciré yo, pronto llegaremos a la ciudad.

Detengo el vehículo y hacemos el cambio de conductor. Samir conduce durante un rato y no consigo dormir, no puedo, echo

demasiado de menos a Luna, sus ocurrencias, su diversión. He intentado pensar que, mientras ella esté a salvo, nada más importa, pero no es cierto, puede que sea egoísta, pero quiero estar con Luna porque ella ha sido mi vida, lo único bonito y feliz que me ha mantenido a flote.

—Rosita, despierta —dice Samir al rato mientras agarra con firmeza el volante. Estamos entrando en Nueva Fe.

Avanzamos repasando el plan y, nada más entrar en la ciudad, llega el primer control. Un policía con cara de sueño nos apunta con la linterna y Samir baja la ventanilla.

—Identificación —nos pide sin más, con los modales propios de los verdaderos hacia los oscuros. Le mostramos las pulseras, los códigos de esclavo y las autorizaciones para estar aquí. Él hace las comprobaciones y apunta con la linterna hacia la parte de atrás del vehículo. Samir baja la ventanilla que nos separa de Rosita y el policía se dirige a ella—: Buenas noches, señora, ¿por qué viaja sin un hombre de madrugada?

—Porque acaba de fallecer —contesta tapándose rápidamente la cara con un pañuelo, fingiendo llorar—, vengo del velatorio de mi marido.

No creo que su voz suene demasiado creíble, pero el policía parece no darse cuenta del engaño.

—Disculpe, la acompaño en el sentimiento. —Entonces, apunta la linterna nuevamente hacia nosotros—. Acudan directamente a casa, no es seguro que una mujer vaya sola a estas horas.

Claro, porque nosotros no contamos, solo somos oscuros y, a todos los efectos, es como si fuera sola, sin un hombre, y los verdaderos creen que sus mujeres necesitan protección constante… ¿De quién? Recuerdo al señorito y sé la respuesta: de ellos mismos y de sus perversiones.

Avanzamos por las calles de la que ha sido mi ciudad toda la vida. Todo está en orden. Es la primera vez que vuelvo desde que Luna y yo nos fugamos. Había estado en El Purgatorio con otros mutantes

robando aparatos tecnológicos, pero allí todo es más caótico y ajetreado. Esta ciudad es perfecta, todo parece estar donde debe estar. Las farolas iluminan las calles vacías. Sus habitantes duermen porque es una ciudad de bien. Hay controles y nada parece roto o descuidado, todo lo contrario que en El Purgatorio.

—Rosita, Samir —les digo, viendo que estamos llegando a casa del presidente—, no olvidéis que el esclavo mutante de los Davis puede oírlo todo. Recuerdo su olor; si no está, os avisaré. Mientras tanto, no digáis nada que pueda comprometer el plan.

—Oído cocina —contesta Rosita y nos entrega unos lápices y papel.

—¿Qué es esto? —pregunta desesperado Samir.

—No esperarás que nos comuniquemos con señas ¿no?

Ella me sonríe y yo también. Me gusta Rosita. En cierto modo, es como Luna, siempre ponen un punto alegre a todo lo que hacen.

Nos acercamos a la mansión de los señores Davis, donde se han instalado Luna y el señorito por el momento, según las fuentes de la presidenta, que supongo que serán esclavos. Recuerdo haber estado aquí, pero ahora todo parece muy diferente porque, mientras que en las calles no hay nadie, aquí hay seguridad por todas partes. Esta es la casa del presidente de Los Nuevos Estados Unidos de la Luz, es normal que sea infranqueable. Me pongo muy nervioso porque, por muchos contactos que tenga la presidenta… ¿De verdad vamos a salir vivos de aquí y con Luna? No parece posible.

Llegamos a la parte de atrás de la mansión, por donde entran y salen los esclavos. Samir detiene el coche y pone las luces de emergencia. Sale rápidamente del vehículo, abre el capó del motor. No sé qué hace, pero comienza a salir humo.

Me relajo y me concentro en olfatear el lugar. Necesito reconocer el olor de Luna, el de Davis y el de su esclavo mutante. Tengo que hacer un recuento de cuánta seguridad tienen, cuántos esclavos, verdaderos…

Pronto, las luces de la parte de atrás de la mansión se iluminan y dos guardias de seguridad vienen a nuestro encuentro. Permanezco concentrado dentro del vehículo. Sé que discuten, pero no los escucho.

Percibo el aroma de Luna y huele como siempre. Creo que duerme. También está Izan Davis. Su olor me causa repulsión. Me recuerda la noche de su boda y todo lo que ese malnacido nos hizo. Su esclavo mutante también se encuentra aquí, no esperaba menos.

Dos vehículos se acercan y presiento que esto se va a complicar. Miro a Rosita, ella se pone nerviosa. Nunca había estado en una ciudad de verdaderos desde que, hace años, consiguió escapar de la guerra y esconderse en Albedrío. Ella fue esclava en el siglo XIX y supongo que sabe lo que se está jugando si nos descubren.

Rosita baja la ventanilla del coche y hace su papel:

—¡Maldito oscuro idiota! ¡Como no pongas el coche en marcha, voy a ponerte la inyección aquí mismo!

—Disculpe, señora —le dice un verdadero de la seguridad de los Davis—, no pueden estar aquí, es la casa del presidente.

—Acabo de enterrar a mi marido, por el amor de Dios… —finge llorar y, la verdad, no es muy creíble.

Samir interviene:

—La grúa tardará por lo menos una hora. Si pudiesen dejar que nos ayude su cochero, con unas pinzas, yo creo que esto se solucionará.

No creo que se le dé muy bien hacer de esclavo, porque nunca lo ha sido. Creció libre en Albedrío. Mira demasiado al frente y no habla con miedo, como lo hacemos todos.

Los guardias de seguridad discuten y creo que esto se va a poner feo, pero entonces, Rosita grita:

—¡Panda de inútiles! Voy a llamar a la policía. Mi marido era el jefe de policía de la ciudad. No tienen corazón, dejarnos aquí tirados en

mitad de la noche.

Me pongo tenso y espero que ninguno de estos hombres conozca al jefe de policía porque, si no, estamos perdidos. Es más… Si hubiera fallecido, habría salido en todas las noticias… ¿no? La tensión se eleva y creo que esto va a salir mal.

Entonces, huelo algo muy intenso. Ese olor que me causa repulsión. Izan Davis se acerca y, aunque llevo el cabello recogido y escondido detrás de una boina, él me reconocerá, no hay duda.

—¡Solucionad esto ya! —lo escucho decir—. Que se marche cuanto antes.

—La grúa tardará una hora —responde alguien.

—Disculpe —interviene Samir e Izan Davis se acerca a él, de manera que quedo totalmente a su vista: aunque estoy dentro del coche, si se agacha un poco, me verá—, sentimos molestarles, pero si su cochero pudiera ayudarme, pondría el coche en marcha en un momento…

Izan Davis le da un puñetazo tan fuerte que lo tira al suelo. Después, Izan se asoma y mira hacia Rosita. Pasa totalmente de mí y yo me quedo tan tenso que creo que he dejado de respirar.

—Señora —le dice a Rosita—, debería vender a este esclavo, no tiene modales. No se preocupe, nuestro cochero les ayudará.

—Gracias, que Dios le bendiga —contesta Rosita mientras se tapa con su pañuelo.

Izan Davis saca la cabeza de la ventanilla del coche y lo veo marcharse. Ni siquiera me ha mirado. Respiro porque estaba conteniendo el aliento, y no por miedo, sino por ganas de matarlo. Odio tener que dejarlo marchar, sabiendo que le debo una muerte, la suya.

Veo a Samir recomponerse del puñetazo.

Los coches se dispersan y solo se quedan los dos guardias de seguridad que vinieron en un principio. Aguardamos en silencio a

que aparezca el cochero. Samir está lleno de rabia, mi olfato me lo dice. Creo que nunca había recibido un golpe así y se ha tenido que contener sin responder. Le está bien empleado por haber intentado matar a Luna. Lo hizo por orden de la presidenta, pero no importa, no voy a perdonarlo.

El cochero llega, es nuestro aliado, hemos venido aquí por él. Me pregunto por qué se la estará jugando tanto. Pronto se disponen frente al motor e intercambian comentarios al respecto de lo que le sucede al coche y cómo arreglarlo. Los guardias no les quitan ojo de encima, así que ha llegado mi momento.

Olfateo una vez más para asegurarme de que el señorito y su esclavo mutante están lejos y, una vez confirmado, le hago la señal a Rosita. Ella empieza a gritar, así que salgo del coche y le abro la puerta. La ayudo a salir y ella grita:

—¡No dejen que este oscuro me toque! Necesito aire.

Los guardias enseguida acuden en ayuda de la que creen que es nuestra ama y me preocupa que, tan de cerca, puedan ver que su cara está maquillada y que, en realidad, su piel no es pálida. Yo me hago a un lado, agacho la cabeza y me cuadro a la espera de las órdenes de mi falsa ama. Mientras, veo cómo Samir le entrega las bombas de humo al cochero de los Davis. Me aseguro que las tiene y que, por tanto, el plan ha concluido. Carraspeo como señal para Rosita y esta finge encontrarse mejor. Le abro la puerta y me meto dentro del vehículo. Pronto todo termina, arrancamos el coche y nos vamos lo suficientemente lejos como para que el esclavo no pueda oírnos.

Samir aparca en una calle que parece bastante despoblada. Comprueba que no haya cámaras y habla por fin:

—¡Menudo hijo de puta! ¿Maleducado? Pero si…

—¡Eres un esclavo nefasto! —Se ríe Rosita y Samir se enfada más aún.

—¿Y tú? —le pregunto a ella de forma desenfadada—. ¿Y si llegan a conocer al jefe de policía?

—Improvisar nunca fue lo mío, chico —contesta entre risas y creo que ambos nos relajamos un poco.

Cambiamos la placa de matrícula del coche y regresamos al vehículo. Me acomodo en el asiento del conductor. Aguardamos con la esperanza de que no nos molesten con ningún control y nos pregunten qué hacemos aparcados a las seis de la mañana en mitad de la ciudad.

El tiempo transcurre y me percato de que Rosita tampoco puede dormir. Samir, sí. Miro hacia atrás y le pregunto:

—¿Por qué se arriesga el cochero por ayudar a Luna? Si le pillan, lo matarán.

—Le hemos prometido que nos llevaremos a su hija.

—Pensaba que no rescatabais esclavos.

—Y no lo hacemos, pero todo tiene un precio y, como tú has dicho, nadie se arriesgaría así por nada. Es la doncella que irá mañana con Luna.

—Vale —respondo.

—¿Vale? Te miento y tú dices… ¿vale? —La miro sin entender a qué se refiere y ella se echa a reír—. Te he dicho que mañana la rescataremos, pero son casi las siete de la mañana, eso es dentro de unas horas.

Ambos nos reímos y agradezco que esta señora, que por edad bien podría ser mi madre, esté aquí. Solo que mi madre nunca fue así, ella había perdido toda esperanza, había abrazado su vida de esclava sin pelear… ¿Cómo culparla? Todos los oscuros de este país lo hacemos porque no conocemos otra alternativa. Si supieran que existe Albedrío…

El tiempo pasa y la ciudad despierta. Esta fase del plan es muy peligrosa. Es de día y, aunque Rosita se ha retocado el maquillaje, si alguien se acerca lo suficiente, es posible que se descubra el engaño.

Samir toma ahora el relevo y ocupa el asiento del conductor, arranca el coche y yo me concentro nuevamente enfocado en los olores. No quiero sorpresas.

El policía conduce bastante mejor que yo, así que supongo que no es la primera vez que sale de Albedrío, pues allí no hay coches.

Llegamos a la mansión de los Davis, pero aguardamos lo suficientemente lejos como para que no sospechen de nuestro vehículo. El olor de Luna es lejano, pero se va acercando.

—Ya vienen.

Samir hace avanzar el coche lentamente mientras los rayos del sol se cuelan por las ventanas. Entonces, vemos cuatro vehículos salir. Luna va a almorzar con todas las mujeres casadas de la alta sociedad a una cafetería del centro, como cada mañana, según el cochero, que ahora sé que es la fuente de información de la que hemos obtenido todos los datos necesarios. Ella va en un vehículo, los otros tres son agentes de seguridad que el señorito Davis le ha puesto a Luna. Porque él cree que es suya y no dejará que vuelva a escaparse.

Seguimos a los vehículos a cierta distancia. Me aseguro de olfatear todo bien desde el asiento del copiloto e informo a mis compañeros:

—El mutante no va con ellos. Ninguno tiene mutaciones, solo hay verdaderos y percibo a dos oscuros.

—El cochero y la doncella —aclara Rosita.

—Vale, Dakari —dice Samir—, pues tú dirás cuándo es el momento.

Miro hacia atrás y veo a Rosita afanada con el móvil. Es sorprendente que, siendo la mayor y la que vino del siglo XIX, sea la experta en tecnología. Ella activará las bombas de humo cuando yo le indique. Saco el plano de Nueva Fe una vez más y compruebo el recorrido que nos trazó el cochero. Hay una calle sin cámaras y poco transitada. No es que yo haya estado mucho en esta ciudad —al menos, no fuera de la fábrica donde me han tenido de esclavo—,

pero creo que sabré reconocerla. Voy mirando el mapa y los nombres en las calles.

—En cuanto giremos a la izquierda, actívalas —le digo, refiriéndome a las bombas de humo que anoche le dimos al cochero de los Davis.

Hay tensión en el ambiente, la huelo. A Luna, en cambio, la noto tranquila, ella no sabe nada, supongo.

Los cuatro coches de los Davis giran a la izquierda. Miro hacia atrás y Rosita teclea en el aparato.

—Ya está… creo.

—¿Crees? —inquiere enfadado Samir mientras gira a la izquierda.

Miro al frente. Los cuatro vehículos están parados y sale humo de ellos. Las bombas han explotado y los han gaseado a todos. No morirán.

—¡Vamos! —grita Samir.

Los tres nos ponemos las máscaras para que el gas no nos afecte y nos dirigimos al tercer vehículo. El cochero ha dejado los seguros quitados, así que abro la puerta de atrás y me adentro entre una nube de polvo. Tiro de una mujer y la saco fuera, es la doncella. La dejo en el suelo, pues Rosita y Samir no pueden sostenerla porque tienen una pistola en la mano por si algo se complica. Vuelvo a adentrarme y pronto palpo los brazos de la que debe ser Luna, tiro de ellos, pero escucho unos disparos y aguardo instrucciones. Era una posibilidad, que algún miembro de seguridad haya aguantado lo suficiente como para ponerse la máscara antigás de la que van provistos sus vehículos.

Huelo a sangre y me inquieto. La máscara y el humo no me dejan ver con claridad, pero sé que Luna está dormida y la sostengo en mis brazos dentro del coche. Los disparos continúan y no sé qué se supone que debo hacer.

—¡Dakari! —me grita Rosita entre disparo y disparo—. Samir ha caído. Solo puedes salvar a Luna. Cuando yo te diga, corre al coche

y no mires atrás. Conduce lo más rápidamente que puedas.

—¿Qué? No. ¿Y la doncella? ¿Y tú? —le digo sin verla, pues sigo dentro del vehículo rodeado de humo.

—¡Ahora! Dakari, ¡ahora!

Sujeto a Luna y la saco del coche lo más deprisa que puedo. Todo pasa demasiado rápido. Rosita está sangrando, pero sigue disparando. La doncella está tendida en el suelo, pero sangra por diferentes partes, varios disparos la han alcanzado y Samir… tiene una bala en la cabeza.

—¡Corre! —me grita ella.

—Lo siento —le digo mientras me alejo con Luna cargada a mis hombros. La meto en el asiento del copiloto, cierro, me introduzco, arranco y acelero para salir de aquí.

Sigo escuchando disparos, así que Rosita va a pelear hasta su último aliento. Eso nos dará un margen para poner distancia entre ellos y nosotros, pero pronto tendré encima a toda la policía de la ciudad. El plan ha ido mal, muy mal, y no sé cómo vamos a salir de esta. La idea era que todos iban a dormir, nosotros cambiaríamos la matrícula y saldríamos de la ciudad con Rosita fingiendo ser nuestra ama si algún control nos paraba, pero ahora… ¿Qué hago? Luna va dormida en el asiento del copiloto, cuando las mujeres de la alta sociedad no viajan delante. Además, todos los controles la estarán buscando.

No sé si mis manos están respondiendo a mi cabeza, que está colapsada, porque conducen a un lugar y no es fuera de esta ciudad, sino a la casa de los Moore.

Una calle, otra, otra… No hay controles.

Oigo sirenas, la policía está acudiendo al lugar de los hechos…

Otra calle…

No hay controles…

Por fin, diviso la casa de los Moore y no tengo ni idea de cómo voy a explicarle todo esto al padre de Luna. Aparco en la puerta, a plena luz del día y a la vista de todos. Salgo con Luna en brazos pensando que está viva y lejos de Davis. Eso es lo único que debe importarme y no las personas que he dejado atrás.

Alguien sale a buscarme y me reconoce, mira a la señorita y abre la boca, estupefacto. Es un esclavo que lleva toda su vida con los Moore.

—¿Dakari? ¿Qué está pasando? ¿Llamo a un médico?

—¿Está el señor en casa?

—Sí.

—¡Avísalo ya!

Me mantengo en la puerta, a la espera, mientras aguanto con Luna cargada sobre mi regazo. Sus cabellos frondosos y dorados cubren parte de su rostro, pero me tranquiliza ver que está intacto, no hay moratones o marcas de maltrato en su cara.

—¿Dakari? —pregunta una voz que reconozco muy bien, la del padre de Luna, el señor Moore.

—Señor, lo siento —le digo mientras él nos conduce dentro de la casa—, su hija está bien, despertará pronto. He venido a rescatarla, pero el plan ha salido mal y ahora toda la policía nos busca.

—Llama al capataz, rápido —le dice el señor Moore al oscuro que me ha recibido.

Pasamos al salón y dejo a Luna sobre el sillón. El señor la abraza y llora, como si llevase meses sin verla. Después, me abraza a mí y lo hace con cariño. Cuando el capataz llega, creo que su boca se queda desencajada al ver a un verdadero abrazando a un oscuro. No dirá nada porque, aunque él también es blanco, es fiel a su amo, todos los capataces lo son.

El señor Moore me suelta y le ordena al capataz:

—Deshazte del vehículo de la entrada, nadie debe saber que ese coche ha llegado aquí. ¿Lo entiendes?

—Las cámaras, señor —le digo, recordándole que la ciudad está infestada de ellas.

—Habla con el policía, con el modernista, ya sabes… —le dice, como si la sola mención de esa persona fuera algo peligroso—. Pon a trabajar a quien haga falta, pero Luna no está aquí, ¿lo entiendes?

—Sí, señor.

El capataz de la casa sale disparado y el señor Moore vuelve a abrazar a su hija. Después, me mira.

—Te dije que cuidaras de mi hija, Dakari. ¿Cómo permitiste que Izan la recuperase?

El amo parece devastado. Agacho la cabeza porque recuerdo que no estoy en Albedrío, aquí solo soy un oscuro.

—Lo siento, amo, las cosas se complicaron porque ese lugar al que fuimos… Ellos no querían a alguien con su color de piel.

—¿Sabes que ese Izan nos ha prohibido a su abuela y a mí verla? No he podido hablar con ella desde que me despedí por el móvil la noche que os fuisteis.

El señor Frederick vuelve a acercarse a Luna, que permanece tendida, la abraza y la besa con mucho amor. Ella abre los ojos y, al verlo, no da crédito. Después, me mira a mí y pone una extraña expresión que jamás le había visto.

—¿Papá? —pregunta y se tira a sus brazos. Nunca la había oído llamarlo «papá».

Ambos se abrazan y se ríen con una risa histérica. Creo que están frenéticos de haberse encontrado por fin y yo me pregunto quién habita ahora mismo dentro de Luna.

—Dakari te ha rescatado —le aclara y ella me mira. Estira su mano y coge una de mis rastas con su mano. Ni siquiera había sido

consciente de que se había soltado mi cabello. Tampoco llevo la boina.

—Dakari —repite ella, se levanta y me da un beso en los labios.

Me quedo petrificado y la aparto con suavidad. ¿Qué hace? Su padre está delante. ¿Ha perdido el juicio?

El señor Moore la mira algo sorprendido, pero no comenta nada al respecto.

—Tengo un helicóptero sin registrar —nos dice—, os llevará a un lugar seguro hasta que sepamos cómo resolver esto, ¿vale, cariño?

Ella lo abraza por la cintura con ternura y su padre recibe ese gesto con amor. Realmente, nunca había visto a Luna tan rara.

—¿Vas a venir con nosotros? —le pregunta a su padre.

—Sería sospechoso, cariño.

—Pero acabo de recuperarte, quiero que vengas conmigo —dice ella con un tono que suena mimado y egoísta.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Después, me mira y añade—: Esperad aquí, no salgáis por nada del mundo. Voy a prepararlo todo, tardo poco.

El señor Moore nos deja en el salón. Luna lleva un precioso vestido rosa palo de encaje al más puro estilo del siglo XIX. Me mira y alza las cejas. Me escudriña de arriba abajo, después sonríe y viene corriendo hacia mí. Me manosea todo el cuerpo en un abrazo demasiado sexual y lleva su lengua a mis labios de forma fogosa. Respondo con algo más de serenidad, pero ella se abre camino y me mete la lengua y toca todo mi cuerpo.

Quiero a Luna, la amo, y he deseado muchas veces estar así con ella, pero, de repente, sé que esto no está bien.

—No eres Luna —le digo y ella se aparta decepcionada.

—¡Joder! ¿Tanto se me nota? Solo quería catarte, imagino que ella lo estará haciendo con Dak. Además, técnicamente, sí soy Luna. Es ella la que no es Luna, ella es Zala.

Tanta información me ha hecho quedarme parado como un tonto.

—Espera —le digo—. ¿Estás al tanto de lo que pasa? Y… ¿quién es Dak?

—Vale, lo primero, sé que, cuando era niña, fui una hija de la gran putísima contigo —comienza mientras da vueltas alrededor del salón escudriñando cada fotografía de ella y su familia de las que hay en los marcos—, pero he obtenido mi merecido… ¿Te haces idea de lo terrible que fue para mí despertarme siendo negra? Odiaba a los negros y, de repente… ¡Zas! Me dicen que estoy en otra dimensión y que durante diez años tendré que vivir con el cuerpo de Zala.

Intento seguirla por la habitación sin dar crédito. Es decir, sí, esto era lo que Jackson y Luna… o Zala, creían, pero verlo con mis propios ojos va más allá de toda razón.

Esta chica de aquí es Luna, la que me hacía la vida imposible de niño.

—¿Sabes si Luna está bien? —le pregunto.

—Sí, estoy bien, joder, que ella es Zala.

Sigue dando vueltas y me pone nervioso. La olfateo y sé que dice la verdad.

—Vale —insisto algo desesperado—. ¿Zala está bien?

Ella se para frente a mí y me agarra una rasta, le aparto la mano con suavidad porque me está poniendo muy rabioso tener una conversación con ella.

—Ha crecido siendo una niña verdadera, así que supongo que será una mujercita de esas que necesitan que las protejan —dice de forma despectiva—. Así que tranquilo, Dak y mi madre… su madre —se corrige— la estarán cuidando bien.

—¿Quién es Dak?

Ella se tira al sofá sin los modales propios de una señorita, es más, nunca había visto a una mujer así.

—Eres tú, el otro tú de mi dimensión. Es igual que tú, pero la verdad es que tú estás más cañón. Se lo voy a decir cuando le vea. A ver si así se lo toma en serio y hace un poco de ejercicio. El caso es que es mi novio, qué curioso, ¿verdad? Porque Zala y tú también lo sois. Así que supongo que, mientras estemos en esta situación, podemos seguir manteniendo relaciones.

—¿Qué? —pregunto incrédulo.

—Sexo —dice de forma descarada.

—Pero… ¿de dónde has salido tú?

Ella se ríe.

—Sí, es que en esta dimensión sois todos tan recatados… ¡esta dimensión es una mierda! Eso sí, la tecnología es maravillosa, echaba de menos la televisión, Dak y yo veíamos *Juego de tronos* en una vieja *tablet*, pero iba fatal… —dice mientras se pone a buscar el mando de la tele. Encuentra uno y lo pulsa, pero lo que sucede es que las luces del salón se encienden y ella comienza a tocar todos los botones sin ser consciente de lo que hace.

Voy hasta ella, le quito el mando con suavidad.

—Hay una sala para la televisión y no es esta.

—¡Ostras, sí! No me acordaba —dice mientras se dirige a la puerta. La intercepto y la obligo a quedarse dentro.

Ella me toca el pecho y deja su mano ahí.

—Venga. Si a tu otro yo le gusto, seguro que a ti también. Sois la misma persona, además… ¿qué crees que va a hacer Zala con él? Enamorarse loca y perdidamente, es el destino.

Resoplo. ¿Está sugiriendo que la Luna que yo conozco va a acostarse con su novio? La cabeza me da vueltas. Sí, hay otro yo y es el novio de esta chica odiosa. ¿Cómo es posible? ¿Y cómo será él? ¿Le gustará a Luna?

—Disculpa, ¿podemos centrarnos un momento, por favor? —le ruego.

Ella se ríe, se aparta y se sienta en el sillón.

—¿Qué quieres saber?

—¿Hay alguna forma de comunicarnos con Zala?

Ella enarca las cejas y, después de un largo silencio, me dice:

—Dentro de dos días, transferirán mi cuerpo allí, así que podré hablar con ella y echarle la bronca por haberme robado el cuerpo durante diez años. Casi me había acostumbrado a ser negra, pero ahora… —añade con desilusión— voy a ser la única blanca en un mundo de negros, así que…

Comienza a hablar de lo especial que será y de cosas que no me interesan lo más mínimo.

—Luna —le digo y ella se calla—, si dentro de dos días vas a verla, ¿podrás darle un mensaje?

Ella se ríe desorbitadamente.

—Creo que no lo has entendido. Dentro de dos días, esta dimensión va a desaparecer. Harán un barrido para llevarse a todos los que puedan. La verdad, espero que puedas ir allí porque no pienso compartir a Dak con Zala y… me preocupa no gustarle a mi novio, ahora que soy blanca, rubia y con ojos azules. A ver, sé que soy guapísima y…

Comienza a hablar de lo perfecta que se ve a sí misma, pero yo desconecto. Se me acaba el tiempo. No hay forma de evitar el final.

—Luna. Es imposible que la dimensión Oscura sobreviva. El padre de Zala había investigado, tenía estudios, perdió la cabeza, pero… Según lo que él apuntó, solo puede quedar esta dimensión, la verdadera. Y si os lleváis a demasiadas personas, lo único que va a suceder es que ambas van a desaparecer.

Ella comienza a reírse más y más, pero, al cabo de unos segundos, la risa se convierte en llanto.

—¡Joder! El padre de la Zala de mi dimensión murió y su madre ha hecho lo que ha podido —comenta con una voz triste—, pero el

cerebro de la operación era él. —Se para un momento y me dice—: ¡Espera! Si él está en esta dimensión, quizá pueda ayudarnos.

—No… puede… A estas alturas, Jackson debe estar muerto.

Ella se tumba sobre el sofá y deja la vista perdida en el horizonte del salón.

—Si algo sé de ti, es que eres inteligente, superdotado. Así que supongo que es cierto lo que dices… Solo espero llegar a tiempo para poder despedirme de Dak antes de que todos muramos.

¿Tan pronto nos vamos a rendir? Luna solo espera poder estar con mi otro yo cuando la muerte nos llegue a todos, así que, después de todo, no somos tan diferentes, porque, si ha de llegar nuestro final, yo también le pido un último deseo a la vida: estar con Zala.

—Zala te quiere con locura. Me dejó una carta explicándome todo lo que debía hacer para sobrevivir al lado de Izan…

Trago saliva recordando que, aunque el doce de octubre Luna dejó este cuerpo, pasó unos días antes en las manos del señorito y, aunque esta chica que tengo frente a mí me hiciera la vida imposible de niño, me entristece pensar que haya podido sufrir a manos de ese malnacido.

—¿Y lo has hecho? ¿Has sobrevivido a la maldad de Izan?

Su mirada se ensombrece un poco y no sé por qué he preguntado.

—Yo no soy Zala —me dice intentando sonar dura, pero sé que él la ha dejado rota, como hizo con ella—, no necesito que nadie venga a salvarme. He sobrevivido, pero te diré una cosa, si este mundo se acaba, me alegro, así no tendremos que aguantar a hijos de puta como él… —Guarda un momento de silencio y siento pena por ella y por lo que habrá soportado estos días fingiendo ser su esposa—. Tuve que destruir la carta, pero quería que te diera un mensaje.

—¿Qué mensaje? —pregunto con esperanza.

—Quería que supieras que no iba a permitir que llevases a la guerra a los oscuros… Al menos, no hasta que ella no hubiera

comenzado su carrera de contrabandista de personas.

Sonrío y una lágrima me recorre el ojo derecho. Me la seco con disimulo y Luna parece aflojar su carácter duro e insoportable y enternecerse al verme.

—Y quería que supieras que te quiere y… ¡joder! —dice emocionándose—, cito textualmente… «No habrá dimensiones, mundos o países que puedan separarnos. Volveremos a encontrarnos, listillo. Firmado: la contrabandista».

14. La otra dimensión

Luna

Noto el pinchazo y siento miedo. Voy a morir.

Sé que han pasado horas desde que me sacaron de Albedrío encapuchada y sin poder oír nada. Jackson, mi padre, se coló en la comisaría para contarme el plan de Dakari y darme un líquido. ¿Será un antídoto? ¿Es eso posible?

Siento que me duermo y en lo único que pienso es en el poco tiempo que he tenido para estar con Dakari…

* * *

Luces, rostros desdibujados, pitidos…

* * *

—¡Te dije que lo comunicaras ayer! ¿Cómo se te ocurre?

Escucho una voz lejana hablar e intento abrir los ojos, pero no puedo, estoy demasiado cansada.

—Lo que deberíamos hacer es obligarla a contarnos dónde están los rebeldes —dice otra voz, esta suena más dulce, más femenina—. Quizá podríamos pedirles que se lleven de una vez por todas a los suyos.

—¡Por el amor de Dios! Es una Davis, tenemos que comunicar ya que está en este hospital. Aunque aquí abundan los modernistas, en el Purgatorio también hay afines a los Davis, y si se enteran de que no hemos avisado… —clama otra voz masculina.

—¡Que se enteren! —dice la femenina cargada de fuerza—. Podríamos chantajearles para forzar a que cumplan una serie de exigencias. ¡Estoy harta ya!

Abro los ojos y miro a la oradora, es una mujer rubia de mediana edad con el pelo recogido en un bonito moño. Parece una

enfermera.

—Nosotros hacemos política, no terrorismo —ahora habla el hombre. Este es algo más joven, sin embargo, creo que es el médico.

¿Médico, enfermera? ¿Dónde demonios estoy?

Entonces, algo tira de mí, es como si mi cuerpo quisiera despertar y me levanto de golpe al ser consciente de que estoy en El Purgatorio y que solo es cuestión de tiempo que Izan vuelva a ponerme sus manos encima.

—¡Nooo! ¡Izan no, no dejéis que venga! —grito sin haberlo meditado, sin que mi lengua haya pedido permiso a mi cerebro, sin saber por qué estoy perdiendo los nervios. Creo que los rostros medio desdibujados de la habitación se me acercan y me hablan, creo que una máquina pita, pero estoy muy asustada para prestarle atención—. ¡Que no me toque, no quiero que Izan Davis se me acerque! ¡Por favor, no le aviséis, no le llaméis, por favor, por favor…!

* * *

Me despierto y ahora estoy más serena. Frente a mí está la enfermera del moño bonito. Me escudriña y luego me sonríe, pero sé cuándo alguien está fingiendo ser amable porque me he rodeado de esclavos toda mi vida que fingen ser amables, ella tiene su misma expresión.

—Buenas tardes, señora Davis —me dice cordialmente y sigue sonando falsa.

No he olvidado la conversación que ha mantenido con el médico y mi cabeza ya está trabajando a toda velocidad para encontrar una salida a esta situación. Estoy lejos de Dakari y, pronto, Izan vendrá. En unos días, mi conciencia se marchará a otra dimensión, Dakari quiere iniciar una guerra y yo solo deseo salvar a todo el mundo sin derramar una gota de sangre…

—Buenas tardes —comienzo—. Habéis… ¿avisado a alguien de mi familia? —pregunto con precaución.

—Esperábamos a que nos dijera a quién avisar —miente.

Lo sopeso unos momentos. Los modernistas quieren acabar con la esclavitud para quedarse con los puestos de trabajo de los esclavos… Pero un modernista casi acaba con mi vida la última vez que estuve aquí, en la frontera, en El Purgatorio…

—No avise a nadie, por favor… Aún no —añado escondiendo mis ojos detrás de mis cabellos—. Antes, me gustaría… hablar con usted.

—Sus constantes están bien ahora mismo. Su cuerpo ha librado una batalla interna para sobrevivir. Parece que le inyectaron una dosis como las que les administran a los esclavos para matarlos, pero sobrevivió a duras penas debido a otra sustancia que hemos encontrado…

—No —interrumpo—, es decir… Si estoy bien y viva, ya está, quiero hablar de otra cosa.

Ella me mira y vuelve a fingir cordialidad.

—¿Sobre qué necesita hablar, señora Davis?

Si quiero empezar mi carrera de contrabandista y salvar a todo el mundo… Este es el momento. Me armo de valor mientras me acomodo en la cama del hospital.

—Imagínese que no supiera que soy una Davis… Si yo le dijera que he leído sobre los modernistas y que me gustan algunas de sus propuestas… ¿qué me contestaría?

—Pero usted es una Davis —me dice poniendo una sonrisa muy falsa en su rostro de mediana edad.

—Y usted es enfermera solo porque no permiten a las mujeres ser médicos…

El comentario le hace cambiar de expresión y recuerdo que mi abuela siempre se quejaba de lo suelta que tenía la lengua, pero… ¿qué más me puede pasar? Izan Davis es mi peor pesadilla y pronto vendrá a por mí.

—Vale —dice ella—, le contestaré si usted me responde antes a otra cosa: ¿por qué se ha puesto como loca suplicando que no dejásemos que el presidente la tocara? ¿No es su marido? Porque he visto su historial médico y dice que pasó varios meses ingresada en Nueva Fe, nada más casarse, con costillas rotas, heridas en su zona íntima…

Me enfado y mucho.

—¿Eso no es privado?

—Obviamente, sí —dice ella con un tono de voz muy molesto, pero sin perder la dulzura—, pero, como ha dicho… solo soy enfermera porque no puedo ser médico. Soy curiosa y… quería saberlo todo de usted.

Estoy enfadada, pero intento no comportarme como una idiota. Da igual que esta señora sepa lo que Izan me hizo mientras no le deje tocarme de nuevo.

—Izan Davis me dejó al borde de la muerte en aquella ocasión.

—¿Por qué?

¿Por qué? ¿Pero qué clase de pregunta es esa? Intento serenarme mientras me aferro a la camilla, pero me cuesta, Izan me provoca ese miedo.

—Por diversión. Así que deja de ocultarme la verdad, sé que eres una modernista y odias a los Davis tanto como yo —le digo mientras me incorporo más aún y me siento sobre la cama—. Ahora, dejémonos de tonterías y hablemos en serio. ¡Puedo ayudaros!

Ella abre la boca estupefacta, pero, al instante, sonríe.

—¿Y cómo vas a ayudarnos? ¿Puedes matar al presidente? Eso estaría bien para empezar.

—Mejor —contesto—, puedo conseguir la abolición de la esclavitud y que las mujeres como tú y como yo podamos ser lo que queramos.

—¡Imposible! —exclama ella, pero un brillo de esperanza recorre sus ojos.

¿Imposible? No, porque acabo de tener una idea que creo que es factible, aunque me vendría de maravilla tener aquí al listillo de Dakari para preguntarle sobre los agujeros de gusano.

—¡Nada es imposible! Tú no dejes que Izan Davis se me acerque y organízame un encuentro con el presidente de vuestro partido.

—No serviría de nada —dice ella con cierto tono de chulería en esa dulce voz que posee.

—¿Por qué? —pregunto confundida.

—Porque el presidente solo es un hombre que he tenido que poner al frente del partido para que nos tomasen en serio.

Ahora la que abre la boca soy yo. Ella es la líder de los modernistas, la que mueve los hilos y está aquí, conmigo. Algo dentro de mí me dice que Dios la ha puesto en mi camino. ¿Dios? ¿En qué momento he vuelto a creer en él? Sea como sea, le digo:

—Siéntate, tengo mucho que contarte…

* * *

Solo debo aguantar un poco, fingir que estoy en coma…

Izan roza mis pómulos de manera delicada, como si de verdad me amara… ¿Qué hay en esa perversa cabeza tuya? Yo intento relajarme y mantener los ojos cerrados para que no descubra el engaño.

—Luna… —susurra con un tono de voz que me aterroriza, pero intento recordar que no puede hacerme nada, estoy en el hospital y él cree que sigo en coma—. Eres mía, solo mía… —Ahora baja sus dedos de forma delicada por mi cuello y roza mis pechos con ellos. Siento escalofríos, pero aguanto—. Luna… —Y se marcha. Oigo sus pasos alejarse.

Expulso el aliento que he estado conteniendo, pero no me atrevo a moverme ni a abrir los ojos.

Pasa algún tiempo y una dulce voz me habla:

—Ya se ha ido.

Ahora sí los abro, aún con miedo, y veo a Raylee, la enfermera que ha resultado ser en secreto la líder de los modernistas. Me levanto de la cama con agilidad, pues estoy totalmente curada y podría estar ya de camino a mi hogar en Nueva Fe, pero ella se ha asegurado de que todos crean que es peligroso que vaya allí en mi estado.

—Toma. —Le entrego la carta.

Raylee la mira con escepticismo, sé que no me cree. Se sienta en mi cama, agotada, parece que ha tenido un día duro.

—¿Sabe que no creo en nada de lo que me ha dicho? —Asiento, lo sé—. No obstante, no tengo nada que perder, y alejarla unos días de los Davis era un riesgo que estaba dispuesta a correr. —Agita la carta y continúa—: Le daré esta carta a usted misma mañana, después de la supuesta tormenta que dice que estallará.

—Gracias.

—Señora Davis —no ha dejado de dirigirse a mí de manera formal, como si en el fondo le diera miedo que todo esto fuese una treta y pueda terminar encarcelada o, peor, muerta—, si es cierto que se va a ir, siento lástima de la mujer que ocupe su lugar. Él creerá que sigue siendo usted… Creo que acabará matándola, lo sabe, ¿verdad? Los hombres como él no saben parar…

Asiento sin saber qué decir. La auténtica Luna se portaba mal con Dakari, pero habrá pasado toda su vida en otra dimensión, lejos de su familia, justo como yo. Su padre ha sido el mío, mi madre habrá sido la suya… De alguna forma, sé que nos une algo y que, aunque no seamos la misma persona, hay un hilo invisible que nos vincula y me siento responsable de ella. Espero que la carta que le he dejado explicándole la situación actual con Izan la ayude a sobrevivir.

* * *

Doce de octubre de dos mil doscientos. Uno, dos, uno, cero, cero, cero… Ha llegado el día…

La tormenta se desata pasado el mediodía. Todos gritan por los truenos que azotan el hospital; yo no, solo espero.

Espero…

Espero…

Un mareo me adormece por completo y siento que mi cuerpo viaja a una velocidad incalculable. Mis ojos están cerrados, sin embargo, veo colores por todas partes. Hay rayos de luz que azotan mi mente, que me hacen caer hacia un vacío…

Y, de repente, oscuridad.

* * *

—¿Zala?

Alguien golpea suavemente mi rostro y abro los ojos. No consigo ver nada con claridad.

—¿Ha funcionado? —pregunta una voz que me resulta familiar.

—Debe —contesta la mujer mientras vuelve a golpear mi rostro, pero la otra figura se pone en medio y ella le reprende—: Dak, en serio, aparta un momento.

Hago un esfuerzo por enfocar mi vista y la veo con claridad. Es una mujer de piel oscura con la cara quemada. Es… mi madre.

No lo puedo evitar y lloro, intento incorporarme, pues estoy tumbada, ella me ayuda y la abrazo.

—¿Mamá? —pregunto mientras ya estoy entre sus brazos, sintiendo cada ápice de su amor. Ella también llora porque hace diez años que nos separamos.

—Zala, mi vida, mi amor… Por fin estás en casa. Hija…

El abrazo es intenso, pero se me hace demasiado corto. Ella hace amago de separarse de mí, pero yo me aferro a sus brazos como si aún tuviera nueve años y sintiera miedo de perderla.

—Mamá… —repito entre lágrimas y, después de un largo tiempo, me separo un poco, pero entrelazo rápidamente mis manos con las suyas.

—Esto… hola —me dice la otra persona del lugar, es Dakari o, al menos, su otro yo. Tiene el pelo blanco muy cortito y es menos corpulento, pero es él.

—Hola —le digo con una sonrisa y me siento tentada de abrazarlo, aunque sé que no es mi Dakari.

—¿Cómo estás? ¿Sabes dónde te encuentras? —pregunta mi madre.

Miro alrededor. Es increíble, pero estas instalaciones y las de Albedrío son casi iguales. Ambas situadas bajo toneladas de agua, escondidas y a salvo.

—Estamos en la estación Origen —digo mientras me incorporo sobre la cama y ambos se sorprenden. Miro alrededor y no hay duda, salvo porque aquí no viven los rebeldes escondidos de los verdaderos, es igual a la estación subacuática donde Dakari y yo creímos que podríamos vivir.

—Entonces… —dice mi madre, a mi memoria viene su nombre: Olivia—, ¿recuerdas que vivías aquí, pero que el día que tu padre se fue a la otra dimensión hubo un accidente y tu conciencia se transfirió allí?

—Sí… Es decir… —Intento poner en orden mis ideas—. Hace diez años no recordaba nada, no sabía qué había sucedido y todo estaba borroso, pero hace unos meses, conocí a Jackson…

—¿Has visto a tu padre? —pregunta mi madre emocionada y yo agacho la mirada porque no sé cómo hablarle de él. Entonces, veo nuestras manos entrelazadas, nuestras manos del mismo color.

Me pongo en pie con urgencia y noto que el Dakari de esta dimensión me sigue preocupado. Por alguna extraña coincidencia del destino, él está aquí y ha sido el novio de la verdadera Luna todo este tiempo… O eso creo.

Me acerco a un cristal. Está sucio y la palabra Origen casi ni puede leerse del polvo que hay, pero yo sacudo la suciedad y consigo ver mi reflejo. Soy yo, como tantas veces había recordado, pero mayor.

Y pienso en mi padre, el que me ha criado todos estos años, y en mi abuela, y siento una punzada de dolor al saber que ellos pensaban que estaba loca cuando les decía que era negra. Soy negra, soy Zala y, al fin, todo está donde debería estar. Siempre me he sentido fuera de lugar… hasta ahora.

—¿Es cierto que has estado todo este tiempo en el cuerpo de Luna? —pregunta Dak.

—Sí.

—¡Joder! —exclama y algo dentro de mí se escandaliza por oír una palabra malsonante.

—¡Dak! Esa boca —le reprende mi madre, como si fuera la suya también.

—Perdón —se ríe él y después me mira y, en verdad, parece mi Dakari, solo que las arruguitas de su rostro se muestran diferentes, pero es él, y supongo que será igual de entrañable, protector y buena persona—. Ya nos habíamos visto y me hablaste como si fuéramos novios, pero en tu dimensión eras una verdadera y yo tu esclavo. Eso me contó Luna…

—Su relación romántica con tu otro yo no viene al caso ahora, Dak —le reprende Olivia.

Me aparto del cristal y me acerco hasta Dak despacio, él no retrocede.

—¿Puedo darte un abrazo?

Él se muestra confundido, pero asiente y yo lo abrazo. Lo necesitaba y sé que, de alguna manera, este Dak y mi Dakari están conectados como la verdadera Luna y yo. Cierro los ojos un momento y deseo que, de alguna forma, este abrazo le llegue a Dakari, esté donde esté, porque lo único que deseo es que todos nos encontremos bien y podamos salir de esta.

Dak toma la palabra:

—Olivia, sé que hay cosas más urgentes, pero Izan…

—Vale —asiente ella y se acerca a mí para rodearme por la cintura y llevarme hasta un banco.

Dak se sienta enfrente, en el suelo, y me doy cuenta de lo precario que es este lugar: apenas hay luz y parece que, en cualquier momento, el agua fuera a romper los viejos cristales y envolvernos en un abrazo mortal.

—Aquella vez que intercambiasteis las conciencias hace poco —Dak habla de forma precavida—, hablaste de un tal Izan, de que os iba a matar… ¿Está Luna a salvo?

La ama, no hay duda, y casi siento envidia de ese amor, pero me repito que este no es mi Dakari.

No contesto porque solo el hecho de pensar en Izan Davis me pone de los nervios.

—Amor… Estás a salvo —me dice mi madre y aprieta con fuerza mi mano. Me doy cuenta de que estoy temblando y ambos lo están viendo.

Miro a mi madre, ¡es tan bonita! Su cara está quemada, pero sigue siendo una mujer atractiva incluso en este lúgubre lugar. Del mismo modo que Luna era igual de hermosa que su madre, yo me parezco totalmente a ella, nuestros rostros son dos calcos. Mirarla me tranquiliza. Ella es mi refugio, mi hogar, el lugar al que deseaba volver…

—Mamá —la abrazo de nuevo. Ella me oye llorar y me aparto rápidamente, intento esconder mi rostro detrás de mi frondoso cabello, pero Zala lleva el pelo más corto y no hay mechones que tapen mi mirada—, Dak —le digo ahora a él—, lo siento, pero me casaron con Izan Davis, un verdadero que casi nos mata a tu otro yo y a mí. Escapamos de él y nos fuimos a vivir a una ciudad donde los oscuros, los… esclavos —me corrijo—, pueden vivir en libertad, pero volví a caer en las garras de Izan Davis…

—¡Joder! ¡Hay que adelantarlo! —exclama Dak nervioso.

—No tenemos claro que sea seguro —le replica mi madre. No sé de qué hablan, pero veo que ambos están preocupados por Luna.

—Le dejé una carta explicándole a lo que se enfrentaba. No os voy a mentir… El peor lugar donde podría estar es junto a Izan Davis, pero tengo una idea para salvarla a ella y a las dos dimensiones.

Ambos se miran perplejos y, después, me observan con detenimiento.

—¿Qué sabes de eso, mi amor? —me pregunta mi madre y la miro un instante, es tan dulce y bonita… Es todo lo que siempre recordé y añoré. Ahora entiendo por qué fue la única persona que no pude olvidar…

—Jackson… papá —matizo—nos habló de los agujeros de gusano, de esta dimensión, del plan de destruir la dimensión verdadera y traer a esta a todos los oscuros…

* * *

La noche ha llegado demasiado rápido. Seguimos en la estación subacuática Origen de la dimensión oscura. Mañana expondré mi propuesta al Consejo que aquí decide por el bien común. Ellos se reúnen en un lugar al que llaman El Purgatorio.

Es curioso cómo todo aquí es similar a la dimensión verdadera. Allí, El Purgatorio es la ciudad limítrofe con el mundo abandonado. Aquí, es el lugar donde toman las decisiones los que dirigen esta dimensión.

Miro a mi madre, la veo perfectamente porque no hemos podido apagar la luz de la estación. Ella duerme. Estamos en una de las habitaciones de este lugar. Yo descanso junto a ella en una inmensa cama de matrimonio. No quiero despegarme ni un segundo de su lado.

Ella y Dak están dispuestos a apoyarme con mi propuesta, aunque no entiendo por qué. Ellos contaban con traer aquí el cuerpo de Luna dentro de seis días; de esa forma, nos salvarían a ambas, porque su idea es destruir la dimensión verdadera y, para ello, van a

trasladar a la mayor cantidad de negros posible. Aún no se han atrevido a hacerlo con ninguno que tenga su doble aquí porque no saben cómo reaccionará el espacio-tiempo. Es decir… ¿Qué pasaría si trajeran a Dakari aquí? ¿Habría dos Dakari? ¿Se fusionarían en uno solo? Y el Consejo de El Purgatorio se debate aún sobre si arriesgarse a hacerlo o abandonar a todas esas personas que tienen doble y abocarlas a la muerte.

No puedo dormir mientras trato de digerir toda la información. La verdadera Luna ha sabido la verdad de lo que ocurría toda su vida, porque ha vivido con mi madre, una científica brillante, pero yo acabo de comprender toda esta locura.

Me muevo inquieta en la cama y temo despertar a mi madre. Hemos hablado largo y tendido de todos estos años, de Jackson, de los viajes en el tiempo, de dimensiones paralelas… Y nos hemos ido a la cama demasiado tarde. No obstante, no me he atrevido a hablarle del padre y la abuela que me han criado ni de lo que siento hacia ellos…

Escucho un ruido y miro hacia el hueco donde debería permanecer la puerta, que no está. En la dimensión verdadera esta es una bonita ciudad rebelde, en esta este sitio se cae a pedazos. Por el marco veo pasar a Dak y no lo pienso, me levanto y lo sigo.

Llego hasta el baño y espero a que salga de él. Cuando lo hace, se choca de bruces contra mí.

—¡Perdona, Luna… digo, Zala! —Se ríe y se rasca el cuello en un gesto muy similar al que suele hacer mi Dakari: su codo queda flexionado en el aire.

—En realidad, llevo diez años llamándome Luna, así que ambos están bien.

Él sonríe, asiente y pregunta con cierto nerviosismo:

—¿Necesitas algo? ¿Estás bien?

Creo que se siente extraño al tener el cuerpo de su novia frente a él, pero con la conciencia de una chica a la que no conoce de nada.

—Sí… yo… no podía dormir y te he visto.

—Yo tampoco…

Se hace el silencio y nos miramos frente a la puerta del baño. Sé que no es mi Dakari, pero se parece tanto que no puedo evitar sentir ganas de abrazarlo, besarlo y decirle lo mucho que lo amo, pero me repito que no es él… No exactamente. Creo que a Dak le está sucediendo lo mismo. Percibo la tensión en el ambiente y me doy cuenta de que tiene la misma mutación que mi Dakari, así que podrá olfatear mi excitación. Me avergüenzo de repente, pero no hay cabello donde esconder mi rostro. Y, en este momento, decido que le voy a dejar crecer el pelo a Zala.

—Luna es… muy guapa —le digo y él se ríe—. Quiero decir que… Si mañana Albedrío acepta mi plan, pronto verás a Luna con su verdadero cuerpo… Ella es rubia, con ojos…

—Azules —me interrumpe y se ríe—. Sí, ella y yo lo hemos hablado muchas veces, pero va a ser muy raro para mí. Nunca he visto a un blanco en persona, solo en películas y series. Y… bueno, es que es raro que tú no seas ella —añade algo avergonzado.

—Para mí es raro que seas Dak y no Dakari —me sincero. Entonces, pienso algo y mis palabras salen sin reflexión alguna—: Si os fusionarais ambos, ¿de quién crees que estarías enamorado, de ella o de mí?

¿Pero en qué demonios estaba pensando? ¿Por qué no aprenderá mi lengua a pedirle permiso a mi cerebro antes de hablar? Me siento avergonzada por la pregunta, pero es algo que me lleva rondando desde hace un tiempo, porque todo puede salir mal y Dak y Dakari son la misma persona prácticamente, pero Luna y yo, no, somos cuerpos totalmente diferentes.

—Si para Dakari significas lo mismo que Luna para mí… Entonces, de ambas. —Su respuesta suena demasiado formal, como si de verdad hubiera usado esa cabeza de listillo que tiene para encontrar una respuesta correcta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le digo y me doy cuenta de que seguimos de pie, frente al baño.

—Claro.

—¿Por qué habéis aceptado mi plan? ¿No sería más sencillo traer aquí el cuerpo de Luna tal y como teníais pensado? Ambas estaríamos a salvo, cada una con su cuerpo.

Dak me hace una seña y avanza hasta uno de los sucios bancos. Se sienta y yo lo imito. Nos quedamos mirándonos con las cabezas ladeadas.

—Zala, ¿cómo crees que se sintió Luna cuando, de repente, despertó teniendo la piel oscura?

Su pregunta me deja sorprendida. Ya había pensado en ello, pero tampoco demasiado…

—Supongo que, odiando como odiaba a los oscuros… —Me callo porque no quiero hablar mal de Luna.

—No pasa nada —me calma él—. Ya sé que le hizo la vida imposible al otro Dak, me lo contó, es mi novia, no tenemos secretos.

Miro las arruguitas de su rostro y son igual de entrañables que las de mi Dakari, aunque sutilmente diferentes.

—Supongo que se sentiría muy mal…

—Fatal —me corrige—. Tenía crisis de identidad y se odiaba a sí misma por su color, al mismo tiempo que se odiaba por odiarse, por haber tratado mal a los que ahora eran como ella en un mundo donde solo había personas de piel oscura. Donde… solo hay personas de piel oscura —recalca y creo que sé a dónde quiere ir a parar—. Ni Olivia ni yo queremos que sea la única blanca que viva aquí, no encajaría, y no queremos que vuelva a pasar por lo mismo.

Miro a Dak ciertamente enamorada, él es buena persona, la quiere y dará su vida si es necesario por salvarla; es más, si mi plan es aceptado, literalmente, él renunciará a su cuerpo.

Entonces, caigo en algo que no le he preguntado:

—¿Cómo os conocisteis Luna y tú en esta dimensión?

Dak se ríe intensamente y los ojos se le llenan de un brillo especial. Luego, se rasca el cuello dejando su brazo flexionado en el aire, justo como mi Dakari.

—Olivia la apuntó al colegio después de un tiempo sin saber qué hacer para ayudarla. —Supongo que me ve mirarlo con sorpresa, porque añade—: Sí, aunque aquí las cosas sean rudimentarias, tenemos colegio. El caso es que, en cuanto me vio, me llamó «cara de mono». Después, supe que era el insulto que usaba para reírse de Dakari en la otra dimensión. Pero, en su momento, no me ofendió, sobre todo porque, acto seguido, vino corriendo y me dio un abrazo. Por primera vez en meses, veía una cara conocida. Para ella había sido su esclavo, pero aquí era lo único que le recordaba a su anterior vida, así que pronto nos hicimos amigos.

Su voz tiene un matiz especial cuando habla de ella y me pregunto si a Dakari le sucederá lo mismo cuando hable de mí.

Y así, Dak y yo nos quedamos hablando hasta el amanecer, de la verdadera Luna, del otro Dakari, de nosotros, de ellos… Incluso me permito hablarle superficialmente de Izan.

Y las horas pasan y parecen segundos porque supongo que es lógico que este Dak me enamore y me atraiga como el de mi dimensión; al fin y al cabo, con diferentes historias, son la misma persona.

* * *

Lo reconozco, me impresiona sobremanera la cantidad de personas que forman el Consejo de lo que aquí llaman El Purgatorio y me arrepiento enormemente de no haber dormido en toda la noche.

Estamos en una gran sala algo destartalada y vieja. Los líderes de la dimensión oscura están dispuestos de forma circular para verse bien las caras.

Mi madre me presenta y el medio centenar de personas que habrá aquí, reunidas bajo el suave sol de la mañana que se cuela por las enormes ventanas, me miran.

—Vamos, amor mío —me anima ella—, cuéntalo todo al detalle.

—Buenos días —comienzo con un tono suave y me doy cuenta de que no reconozco mi voz, porque llevo diez años siendo Luna. Me repito que soy Zala, con una voz más fuerte, con un rostro libre de cabellos tras los que esconderse. Zala va a salvar ambas dimensiones—. Soy Zala. He pasado los últimos diez años en la dimensión verdadera, tal y como ha dicho mi madre. Estuve casada con Izan Davis, el actual presidente de Los Estados Unidos de la Luz… es decir, el presidente de toda la dimensión. Como saben, ellos abogan por la esclavitud de los que tienen la piel como nosotros. —Observo a todos y me percato de que me miran prestando mucha atención a cuanto digo—. En mi dimensión, descubrimos que la realidad verdadera es la única que puede sobrevivir, por lo que el plan que tenían ustedes pensado para destruirla no funcionará…

Me pongo tensa y escucho revuelo en la sala, mi madre reparte las pizarras que estuvo escribiendo esta mañana. Son cálculos y se supone que deben entenderlos. Aquí no hay mucho papel, ni impresoras al alcance de cualquiera… Así que esas pequeñas pizarras escritas a mano con una rudimentaria tiza deben convencerles de que llevar a cabo mi plan es la única solución.

—Ustedes tampoco tienen claro que transferir cuerpos de personas que ya existan en la otra realidad vaya a dar resultado. —Todos permanecen callados, algunos miran las pizarras y comentan y otros me miran expectantes. Cojo aire y me animo a ser la contrabandista que le prometí a Dakari—. Tengo un acuerdo con la líder de los modernistas, un partido político que quiere abolir la esclavitud. También tengo otro con la presidenta de Albedrío —esta parte no es del todo cierta, pues es Dakari quien habló con ella, porque fue quien intentó matarme, pero ellos no tienen por qué saber esta parte de la historia—, es la única ciudad libre de la otra dimensión, donde no hay esclavos y todos tienen nuestro color de piel. Suman

muchas personas entre ambos grupos y me apoyarán en el plan que les voy a proponer.

Se hace el silencio y yo sé qué palabras vienen a continuación; sin embargo, no sale nada de mi boca, es como si me hubiera paralizado el miedo. ¿Cómo demonios he llegado hasta aquí? ¿Fue el destino quien cruzó las conciencias de Luna y Zala para hacerme venir? ¿Quién soy yo si no una simple chica? Yo, Zala, la contrabandista… Yo voy a salvar el mundo.

—¿Qué plan, Zala? —pregunta alguien del Consejo, sacándome de mis pensamientos.

—Primero de todo, tenéis que devolver a todas las personas que sacasteis de la dimensión verdadera. Después, transferir los cuerpos de todas las que no tengan duplicado allí y…

Revuelo en la sala de nuevo.

—¿Y qué pasará con los que ya tenemos otro yo en esa dimensión? —pregunta una mujer con cierta rabia en la voz. Supongo que le interesa el tema porque será su caso.

—Tomaremos el control con la ayuda de la presidenta de la ciudad de Albedrío y de los modernistas y, después de abolir la esclavitud, condenaremos a muerte a todos los verdaderos que hayan cometido graves crímenes contra la humanidad. Solo morirán sus conciencias, porque sus cuerpos serán ocupados por las conciencias de quienes tenéis un duplicado allí. —Hago una pausa y, al ver las miradas confundidas de mis oyentes, aclaro—: De esta forma, tendremos un montón de cuerpos de verdaderos en apariencia, pero cuyas conciencias serán de personas de piel oscura. De… ustedes —matizo.

El silencio se hace un momento. ¿Me he explicado bien? Miro a mi madre y ella me sonríe. Olivia podrá ser transferida a la otra dimensión, porque su yo de allí murió, pero Dak… él tendrá que ocupar el cuerpo de un verdadero, alguien malvado que se merezca la muerte, alguien cuya conciencia haremos desaparecer para cederle su cuerpo.

—Zala —me dice la voz de un hombre muy mayor—. ¿Sugieres que todos los que tenemos un doble en la otra dimensión seamos transferidos a cuerpos de blancos? ¿Los mismos blancos que han esclavizado a los nuestros en ambas dimensiones a lo largo de la historia? ¿Los mismos que han dado latigazos hasta la muerte a tantos de los nuestros?

Trago saliva. Una señora de la misma edad y que se sienta junto a él se pone en pie y todos guardan silencio. Es, sin duda, la más anciana del lugar y, aunque aquí hay poca luz porque el sol brilla poco y parece que estemos sumergidos en un atardecer constante, puedo ver perfectamente cómo todos le guardan algún tipo de respeto especial.

—¿Oscuros en cuerpos de verdaderos? —pregunta y asiento. Después, guarda un momento de silencio y añade—: ¿Por qué no se le ha ocurrido antes a nadie? —Y sonríe con júbilo—. Que nuestras conciencias ocupen sus cuerpos es la única forma de garantizar que la esclavitud desaparezca para siempre, de vivir en un mundo que no se caiga a pedazos. —Y señala el cielo—. Yo, querida Zala, me enorgullezco de ser tu abuela y apoyo tu decisión.

Todos nos hemos quedado helados en este lugar, que es frío de por sí. Supongo que los demás están así porque me ha apoyado, pero yo lo estoy porque es mi abuela y, ahora que la veo, la reconozco, es la madre de mi madre… Sí, jugaba conmigo cuando era pequeña… ¿Cuánta familia más me he perdido?

—Y dinos —prosigue—, si hubieras podido abolir la esclavitud, ya lo habrías hecho… ¿no? Pero dices que los modernistas y los de Albedrío nos apoyarán… Exactamente, ¿cómo vas a empezar esta revolución, Zala?

¿Revolución? Yo solo quería evitar la guerra, salvar a Dakari, a mi madre oscura, a mi padre blanco y… a todas las máximas personas posibles.

—Hay alguien que no necesita ser juzgado y ese es el presidente Izan Davis. Será el primero cuyo cuerpo ocuparemos.

—¿Y a quién transferiremos al presidente de toda una dimensión? —pregunta a los demás, como si la decisión ya estuviera tomada y fueran a seguir mi plan.

Ya conozco la respuesta, pero es mi madre quien toma la palabra:

—A Dakari, uno de los científicos más brillantes de la nueva generación. —Lo señala y él da un paso al frente.

Dak ocupará el cuerpo de Izan Davis.

15. El presidente Izan Davis

Izan

Aún estoy consternado por la muerte de mi padre, pero soy Izan Davis, el nuevo presidente de Los Nuevos Estados Unidos de la Luz y debo estar a la altura, no hay lugar para las lágrimas, soy un hombre.

El fallecimiento de mi padre y la tristeza que me embarga por ello solo ha conseguido darme el empujón que necesitaba para poder gobernar este país como Dios manda.

Sigo apuntando en el ordenador todas las ideas que tengo sobre cómo endurecer las leyes contra los oscuros, cómo apagar la rebelión que no ha sido capaz de sofocar mi padre… ¡Y mis ideas empiezan por aplastar a todos los modernistas! Voy a sacar una ley que prohíba toda manifestación política que nos acerque a la idea de la liberación de los oscuros. Ellos son hijos del demonio y nadie debería justificarse en la política para sugerir que sean puestos en libertad.

Alguien llama a la puerta de mi elegante despacho.

—Adelante.

Quien entra es el nuevo vicepresidente. Yo me acomodo un poco sobre la mesa de escritorio de mi oficina y apoyo mi barbilla sobre mi mano izquierda. Teníamos una reunión.

—Buenos días, Hayden —le digo amablemente.

Después de estrecharme la mano formalmente, toma asiento. Espero a que me dé el orden del día.

—Hay dos asuntos urgentes. Una buena noticia y una mala, señor.

—La mala —comienzo, estas me alientan a ser más duro aún. Mi padre murió porque fue demasiado blando, estoy seguro de que el

accidente de coche que sufrió lo provocaron los rebeldes o los modernistas.

—Varios concejales de su partido se oponen a la ley sobre el uso de oscuras para el desahogo sexual de los verdaderos.

Quiero gritarle y partirle la cara, aunque sé que debo contener mis modales; además, es a quienes se oponen a esa ley a los que debería cruzarles la cara con un gran bofetón. Me relajo y le contesto:

—Es bien sabido que muchos verdaderos tienen sexo con sus esclavas, pero la sociedad lo oculta, y luego tenemos que ir persiguiendo a los hijos mestizos para matarlos, lo que es una aberración. No quiero matar bebés, Hayden. Además, no es culpa nuestra que ellas despierten nuestros instintos más carnales. Dios las ha puesto en nuestro camino para desahogarnos con ellas… —Me pongo en pie, doy la vuelta al escritorio y me sitúo detrás de su silla, él hace amago de levantarse, pero lo cojo fuertemente de los hombros y lo obligo a permanecer sentado—. Tu mujer es preciosa, Hayden, pero es una verdadera tocada por los ángeles. Nunca se te ocurriría obligarla a satisfacer tus deseos más pervertidos con ella ¿verdad?

—Claro que no, señor… —contesta con cierto miedo y me alegro. No se puede gobernar un país si no infundes miedo.

—Claro que no —repito—, porque en ella está Dios… Pero… ¿qué sería de un hombre si no pudiera satisfacer sus necesidades? Dios puso en nosotros la fuerza y debemos usarla para someter a las hembras oscuras. Dios las ha puesto en nuestro camino para desahogarnos, porque a nadie le importa lo que les hagamos.

Guardo silencio un segundo, pero me mantengo detrás de Hayden con mis manos sobre sus hombros.

Respiro tranquilamente y recuerdo a Luna Moore y su precioso cuerpo. Lo que le hice. No puedo volver a dañarla de esa forma, ella es tan bonita y perfecta, tan inocente… Despierta en mí todas las fantasías más aberrantes… Por eso, hay que aprobar esa ley, para

que sea legal desahogarnos con las oscuras y no con nuestras preciosas mujeres. No puedo corromper a Luna Moore, la quiero tal y como es, frágil e inocente. Ella es mía. Me doy cuenta de que, mientras estaba pensando en mi esposa, he seguido apretando con mis dedos los hombros de Hayden.

—Entonces, señor… ¿Cómo sugiere que convenzamos a los concejales para que apoyen esa ley?

—O aprueban esa ley o endureceremos los castigos contra los verdaderos que se acuesten con oscuras. Es más, cualquier oscura que diga que su amo la ha violado será creída y ellos serán encarcelados automáticamente.

Me aparto de él y vuelvo a tomar asiento. Me mira ciertamente sorprendido, pero sé que admira mi talento para solucionar los problemas.

—Si les amenazamos con eso, todos apoyarán la ley, señor, nadie querrá poner su cuello en riesgo porque una esclava lo denuncie.

—Solucionado entonces —digo y me relajo—. ¿Y la buena noticia?

—Han encontrado a su esposa, señor. Está viva, en el hospital de El Purgatorio. Creen que los rebeldes han intentado matarla.

Me pongo en pie de inmediato, voy hasta Hayden y le abofeteo sin poder contenerme. Él se queda descolocado. Después, le recoloco la corbata, que se ha movido con el golpe.

—Mi esposa siempre es lo primero. No vuelvas a mantener algo así en tu boca guardado nunca más.

—Lo siento, señor.

* * *

Toco a la puerta de nuestra habitación solo por educación. Es la primera noche que pasamos juntos en casa y la deseo… La he deseado cada día desde que me casé con ella y acabó en el hospital. Me intento calmar, no puedo desahogarme de nuevo con Luna de esa forma.

—Pasa —dice mi esposa sin cortesía alguna en el tono de voz.

Está algo diferente desde que la traje de esa ciudad llena de sucios modernistas —El Purgatorio—, parece más tosca y menos dulce. ¿Tanto me odia? No, no puede odiarme, soy su marido ante los ojos de Dios.

Entro y la veo con el camisón que le he dejado. Es sexi y bonito, espero que le guste. Así debió ir vestida la noche de nuestra boda. Aparto los recuerdos de ella con aquel vestido roto y ensangrentada bajo mi cuerpo porque me excitan y me asquean a la vez.

—¿Cómo te encuentras, ni niña inocente? —pregunto y me adentro en la habitación.

Ella está sentada sobre la cama, yo me sitúo delante, de pie, a poca distancia. Siento cómo me endurezco. Es tan guapa e inocente. Sus ojos azules, sus cabellos rubios, sus caderas, sus pechos, su culo… Cualquiera pagaría por pasar cinco minutos con ella y poder hacerle lo que deseara. Y es mía, por fin está aquí y es solo mía.

—Pues… ¿en esta habitación enorme rodeada de lujo? Jod… —se interrumpe a sí misma. Creo que iba a decir una palabrota, lo que me preocupa—. Bien, estoy bien. Estaba pensando en mi padre y mi abuela. ¿Cuándo voy a poder verlos?

—Ya te lo he dicho, cuando sea seguro.

Me acerco lentamente y la agarro con fuerza de la barbilla. Ella no me mira con miedo, como siempre lo ha hecho, hay cierto matiz desafiante en sus ojos y eso aún me excita más. Me pongo de rodillas y me acerco para besarla, pero ella hace un movimiento rápido y se aparta con una agilidad más propia de una luchadora que de una señorita. Me sorprendo y me enfado.

—¡No vas a tocarme! —me dice llena de energía.

—Eres mía, Luna —le susurro mientras intento no perder los nervios.

Me subo a la cama y me desplazo lentamente por ella hasta alcanzarla. La cojo con violencia de los hombros y la lanzo contra la

cama. La beso con energía, pero ella me responde con un beso aún más cargado de fuerza y rabia. Me aparto confundido. ¿Qué le ocurre? No parece ella, es más agresiva. Lo que me recuerda que me prometí a mí mismo que no le haría daño otra vez. Quiero que esto salga bien, que seamos una familia, pero la deseo tanto y de forma tan violenta que no sé si voy a poder contenerme.

—Oye, Davis —me dice intentando poner distancia entre nosotros. Aflojo y ella se aparta un poco. Se sienta en un rincón de la cama y se acomoda—, sé que estos meses han sido una locura y siento mucho si te he hecho creer que no te amaba… Me he dado cuenta de que quiero estar contigo, pero ahora mismo no puedo tener sexo.

—Estás muy extraña —le digo—, ¿cuándo has dejado de expresarte como una señorita, Luna?

Ella se pone algo nerviosa y contesta rápidamente:

—Estoy en esos días del mes, no me hagas mucho caso. Cuando pasen, te aviso y nos ponemos a ello.

—¿Nos ponemos a ello?

—Sí… sexo, lo que quieras.

—¿Lo que quiera? ¿Qué te pasa, Luna? —gruño enfadado.

Ella cambia la expresión de su rostro y gatea por la cama zarandeando las caderas de manera sensual. No sabía que mi pequeña niña inocente pudiera seducirme de esa forma, pero lo hace. Llega hasta mí, me tumba sobre la cama y se abre de piernas encima de mi cuerpo. Llevo mis manos a sus pechos y el enfado se disipa, dando lugar a una necesidad imperiosa de desnudarla y hacer realidad demasiadas perversiones.

—En unos días, mi amor… —susurra cerca de mi oído—. Solo tienes que esperar a que pasen unos días y seré tuya.

Se aparta de la cama y me deja aquí, duro y encendido. No sé si esta nueva Luna me gusta más o menos, pero prometí que no le haría daño, así que asiento con la cabeza, hago una reverencia y salgo de la habitación a toda prisa para buscar una esclava y

desahogarme con ella. Esa hija del demonio satisfará mis perversiones más siniestras, con ella no tengo que tener piedad…

* * *

Me quito la chaqueta del elegante traje con cuidado, no quiero arrugarla. La dejo cuidadosamente sobre la silla de mi despacho y cojo la pistola de descargas.

Miro a mi esclavo con dureza. Es feo y viejo, con esas orejas enormes y esa cara llena de manchas. Él no cambia su expresión. Hemos pasado juntos por mucho y, aunque esté tocado por el diablo, sabe Dios que lo aprecio, pero esto no lo puedo tolerar, ha dejado que se llevaran a Luna otra vez…

—Entiendes que tengo que hacer esto ¿verdad?

Asiente sin más, es un hombre de pocas palabras.

Le aplico una fuerte descarga que lo deja en el suelo durante un buen rato luchando por sobrevivir. Esperaba sentirme mejor, pero no, la ira sigue circulando por todo mi cuerpo. Me siento sobre él y miro su rostro, esa vieja y arrugada cara que tiene, es feo el desgraciado. Tiene las orejas grandes llenas de pendientes.

—¿Te he dado demasiadas libertades? ¿Por qué me lo pagas así? ¿Dónde estabas esta mañana mientras la secuestraban?

Tarda un poco en contestar.

—Usted me ordenó que siguiera a Matthew y a Thomas, señor.

Me pongo en pie porque tiene razón, seguía mis órdenes de espiar a esos dos concejales que creo que van a ser un problema para las leyes que quiero sacar. Aun así, estoy lleno de rabia. Lo ayudo a ponerse en pie y le ordeno:

—Quiero que peines cada palmo de esta ciudad hasta que oigas algo… Recuerda que ese oído especial que tienes con el que puedes escuchar tantas cosas es una aberración del demonio y, si sigues vivo, es gracias a mi bondad y a la de Dios, que te puso bajo mi protección.

—Sí, amo —confirma y sale de la estancia con dificultad, debido a la descarga que le acabo de dar como correccional.

Cuando la puerta se cierra y me quedo solo en mi despacho, doy un fuerte golpe a la mesa, lleno de rabia. Mi mujer iba a almorzar con todas las casadas de la alta sociedad a una cafetería del centro, como cada mañana desde que regresó del hospital. Solo hace cuatro días que le dieron el alta, cuatro días que está en casa conmigo. ¿Cómo he podido perderla nuevamente?

Llamo al vicepresidente para hablar del asunto y descubrir quién sabe lo ocurrido. No puedo permitirme que los medios de comunicación se enteren. Pareceré un fracasado si permito que me roben a mi mujer dos veces seguidas…

* * *

Dos días, han pasado dos días, pero, al fin, sé dónde está Luna… Su padre, Frederick Moore, usó un helicóptero sin registrar para sacar a una verdadera y un oscuro de la ciudad y llevarlos a una casita cerca de la Tierra Abandonada, más concretamente, en El Purgatorio.

Miro la casita, está frente a mí. Es pequeña y poco ostentosa. Los Moore están arruinados, así que maldigo que mi esposa haya tenido que pasar aquí dos días. Mi niña inocente…

Sé que detrás de esa fachada blanca y desgastada se encuentran el esclavo del pelo blanco y ella. El mismo esclavo con el que escapó la primera vez… Al que quiso entregar su cuerpo, con el que deseó pecar y escapar… No puedo más, creo que voy a romper la promesa que me hice a mí mismo y voy a hacer daño a Luna, mucho daño.

Aguardo de pie con mis zapatos sumergidos en el barro. La tormenta que ha azotado esta mañana El Purgatorio ha dejado todo hecho un asco. Y sé que ese es otro asunto que debo atender. ¿Qué le está pasando al tiempo? Creo que Dios trata de decirme que está enfadado por permitir que los oscuros sigan caminando por el mundo…

Me centro en mi esposa y en lo que he venido a hacer aquí. Miro a mi esclavo con esa mutación que le permite oírlo todo, el único que ha venido conmigo. Vamos armados hasta arriba. Esta casita de campo está alejada de la mundanal vida que llevan en El Purgatorio. Así que es fácil para él escuchar el interior y descubrir cuál es el mejor momento para entrar.

Rompemos la cerradura de la puerta principal y accedemos en silencio. Mi esclavo pone una extraña cara, como si, de repente, no escuchara nada.

Estamos en una bonita entrada, sencilla y pequeña, pero elegante. Frente a nosotros, hay unas escaleras que nada tienen que ver con las de la mansión Moore o la Davis, son pequeñas. También hay un pasillo con varias puertas.

Le hago una señal a mi esclavo y avanzamos a través del pasillo en silencio. Quizá habría sido mejor traer a más hombres, pero lo que pase hoy aquí se va a quedar aquí y no quiero que nadie lo sepa.

—*Shhh* —me dice el esclavo y me detengo.

Entonces, una puerta se abre y el esclavo de pelo blanco sale por ella tan rápidamente que no tengo tiempo de disparar. Con un objeto, golpea con contundencia a mi esclavo, que cae al suelo de inmediato. Algo me huele mal, parece que nos estaban esperando…

Apunto con el arma al sucio oscuro que me ha robado a mi esposa, voy a apretar el gatillo, pero Luna sale desde otra puerta y se interpone entre nosotros.

—¡No!

La miro perplejo. ¿Qué lleva puesto? ¿Pantalones? Le marcan la figura y me escandalizo al mismo tiempo que me excito.

—Luna, ¡apártate! Eres mía, te lo dije, pero, si no te quitas de en medio, os mataré a los dos.

—¿Sabes qué? Que yo no soy la chica con la que te casaste, ¡joder! Y tú eres un puto maníaco.

¿Por qué me habla así? No parece ella. Mi dulce niña inocente no debería decir palabrotas. Me enfado porque sé que tendré que castigarla por hablar como lo haría un hombre, por vestir como lo haría un hombre... Aprieto el arma con firmeza para que vea que voy en serio, pero ella me mira con desdén y, realmente, no la reconozco. No puedo más, quiero matar al oscuro y tirarla al suelo con violencia. Romper sus pantalones y ser cruel con ella. Solo de pensarlo, me endurezco.

—Está muy bonita, señorita Luna —dice una voz detrás de mí intentando sonar masculina, pero lo cierto es que es de mujer. Me giro y veo a una oscura con el cabello corto y un vestido elegante de encaje. ¿Quién es esta esclava? —Gracias. Usted también está muy apuesto —dice ahora con una voz más femenina, con una forma de hablar que me resulta familiar…

A mi espalda, tengo al oscuro de pelo blanco y a Luna; frente a mí, a esta esclava que creo que lleva un vestido más propio de mi mujer que de una oscura. Yo soy el único con arma, así que la situación está de mi lado. En un segundo, puedo matarlos a todos.

—¡Oscura, detente! —le ordeno tajantemente, pero ella se mueve de forma delicada, como lo haría una verdadera, entrelazando sus dedos con la tela sedosa de su prenda.

—¿Puedo preguntarle cuál era su intención al ponerse ese vestido? —dice ella fingiendo usar mi voz. Sus ojos negros están clavados en mí intensamente. ¿Qué dice?—. No tener calor en las piernas —prosigue, ahora fingiendo ser… ¿Luna? Sí, es la conversación que tuvimos ambos cuando la saqué a bailar en su puesta de largo. ¿Qué le pasa a esta esclava? ¿Por qué sabe esas cosas?—. ¿Así que es usted de piernas calientes, señorita Luna? La tenía por una niña inocente… —concluye, fingiendo ser yo.

Miro a mi esposa y le pregunto:

—¿Qué es esto? ¿Por qué dice esas cosas tu esclava? ¿Y por qué lleva tu vestido?

Mi esposa se ríe y me saca el dedo del medio para hacerme una peineta. Me quedo horrorizado. No había visto jamás a una señorita hacer algo así.

—¡Te lo he dicho, capullo! —exclama ella mientras sus ojos azules se abren divertidos—, porque yo no soy tu mujer, es ella. —Y señala a la esclava.

—¿Qué? —inquiero totalmente confundido.

—Izan —susurra la oscura con una dulce voz, con unas suaves formas, más propias de una señorita que de una esclava—, era una niña inocente hasta que tú me corrompiste aquella noche. Pero tengo que darte las gracias porque, de no haber conocido tu crueldad, jamás habría sido capaz de quitarte la vida.

Se acabó, voy a matar a la esclava y al esclavo de pelo blanco. Luego, me desahogaré con Luna de mil y una formas, hasta que me suplique perdón, hasta que acepte que soy su hombre, su marido, su propio Dios.

Así pues, aprieto el gatillo de mi arma contra esta sucia oscura tocada por el demonio.

16. Zala y Luna

Dakari

Lo reconozco, la Luna venida de la dimensión oscura es totalmente como la recordaba de niño: egoísta y maleducada. ¿Cómo ha podido enamorarse mi otro yo de ella?

—¡Joder, Dak! ¿Es que no hay ninguna peli buena en esta dimensión?

—¿Es que no vas a hacer nada para traer a Luna de vuelta? —le recrimino.

Ella se acomoda en el sofá como jamás lo haría una señorita y tira al suelo el mando de la televisión. Acabamos de llegar en helicóptero a esta casita de campo de la ciudad de El Purgatorio. El señor Moore me ha dicho que ha tenido muchas precauciones, pero, aun así, el presidente puede encontrarnos en cualquier momento. No solo eso, dentro de dos días, todos vamos a morir si los de la dimensión oscura llevan a cabo su plan: transferir a la mayor cantidad de oscuros posibles allí. El espacio-tiempo no lo soportará y toda vida conocida se evaporará.

—¡Te agobias igual que mi Dak! —contesta ella con una risita, pero entonces, suaviza el gesto y me dice—: A ver, venga, ¿qué te preocupa? Soy una experta en relajar a Dak, podré hacerlo contigo, cara de mono.

Creo que el apelativo lo usa de forma cariñosa, pero solo hace que me caiga peor. Estoy deseando recuperar a Luna.

Cojo una silla y me siento frente al sofá, donde está ella. Estoy agotado, no he dormido casi nada, he salvado a Luna, he perdido a Rosita, mi amiga… La hija del chófer ha muerto… Y su padre solo nos dio la información sobre Luna para que la rescatásemos… Así que ni siquiera sé por dónde empezar a desahogarme. Sin embargo, lo importante es el espacio-tiempo.

—Le di un mensaje a Luna —comienzo y me corrijo—: a Zala. —Ella me mira a través de sus bonitos ojos azules, pero su mirada no es delicada, sino desenfadada, cualquiera diría que es Luna, pero yo no, yo sé que ella no está ahí. Me llevo la mano al cuello y me lo rasco, intentando poner en orden mis ideas. Luego, prosigo—: Le dije que el espacio-tiempo no soportará que la dimensión oscura prevalezca y que debía traer aquí a todos los oscuros para unir fuerzas con los de esta dimensión. Así podremos luchar contra los verdaderos y acabar con la esclavitud.

—A ver —interrumpe ella—, eres científico ¿no?

Me quedo perplejo por la pregunta.

—No —le digo, y creo que mis ojos se han comportado como los de un esclavo, agachando la cabeza como si yo no valiese nada—, aquí somos esclavos.

Ella esboza una mueca y se da un golpe en la frente a sí misma.

—¡Joder, es verdad! Que sí, que sé que eres un esclavo, pero como el otro Dak es uno de los mejores científicos de la dimensión oscura, pensé que tú, de alguna forma…

—¿Soy científico? —pregunto con ilusión mientras me recoloco una de mis rastas.

Ella se ríe y me corrige:

—No, tu otro yo lo es, tú eres un esclavo. Por eso, me cuesta creer que Dak se equivocase en sus teorías y tú lleves razón.

Olvido su comentario hiriente y lo sopeso un momento, mi otro yo es científico…

—Luna, no me equivoco, revisé los datos de Jackson mil veces, el padre de Zala sí que era brillante de verdad.

Ella suspira.

—Vale, tranquilo, Dakari. Si lo que dices es cierto, Luna se lo contará a mi madre, es decir, a su madre, y también a Dak, y seguro que la llevarán ante el Consejo y expondrá tu teoría. Mi abuela…

¡Joder! ¡La abuela de Zala! —se corrige enfadada—. Su abuela forma parte del Consejo y todos la adoran, así que es posible que consiga que entren en razón y no lleven a cabo el plan. En cualquier caso… Dentro de dos días lo sabremos… —Me mira intentando parecer amable y me pregunta—: ¿Algo más que te inquiete o puedo seguir eligiendo cuál de estas películas de mierda voy a ver?

Niego con la cabeza y la dejo con sus películas. No sabía que una persona pudiese decir tantas palabrotas. Al menos, no una mujer, se las había oído a los capataces… Pero supongo que, si en la dimensión oscura todas las personas son iguales, será normal que las señoritas también griten improperios.

* * *

No dejo de mirar el reloj, no puedo dormir. Las horas pasan demasiado lentas mientras intento conciliar el sueño durante la noche. Doy vueltas en la cama de la casita de campo donde me alojo con la Luna que ha venido desde la otra dimensión.

Alguien irrumpe en mi habitación y da la luz de repente. Cierro los ojos, molesto.

—¿A que tú tampoco puedes dormir? —pregunta mientras se apoya en el marco de la puerta. Va en ropa interior.

Una parte de mí sigue siendo un esclavo y la sigue viendo como mi ama, la señorita que me hacía la vida imposible de niño. Así que no le grito por haberme despertado, no miro su cuerpo en ropa interior y busco corriendo la camiseta y me la pongo para que no vea mi pecho desnudo. Ella se ríe en respuesta.

—Buenas noches —le digo amablemente con la mirada en el suelo.

—¡Venga ya, Dakari! Sabes que me he acostado con tu otro yo un montón de veces ¿no? Y tú habrás hecho lo mismo con Zala. La verdad es que estoy muy buena.

—¿Necesitas algo? —pregunto escondiendo la ofensa del tono de voz mientras dejo mi mirada puesta en el suelo.

Ella se acerca y se sienta en la cama.

—¿En serio? ¿No os habéis acostado aún? —Y aunque suena a pregunta, parece que lo ha adivinado—. ¡Esta dimensión es un asco! —Hace una pausa y, después de unos instantes, me cuenta—: Fue horrible despertar en un cuerpo de negra cuando, desde niña, había aprendido a odiar ese color de piel —se sincera y yo me quedo quieto, escuchándola, como hacía de niño cuando ella me hablaba. Entonces, tenía miedo y era mi obligación, ahora lo hago por curiosidad… aunque quizá sienta algo de miedo también. Luna continúa—: Y tu otro yo fue mi único amigo… Él me enseñó a quererme. Siento mucho haberte tratado tan mal de niña, Dakari, de verdad… ¿Pero sabes una cosa? No me arrepiento de nada de lo sucedido. Ha sido duro, sí, perdí a mi familia de golpe y tuve que aceptar una nueva… Pero he vivido siendo libre, sin estúpidas leyes que me dijesen cómo vestir, a quién amar o a quién odiar. Y, gracias a esa libertad, pude conocerte… —Ahora Luna coge mi mentón y me fuerza a mirarla a la cara. Me siento incómodo porque está en ropa interior, pero la observo y veo esos bonitos ojos azules que siempre me han enamorado.

—Me alegra que Dak sea alguien que te haga feliz —le digo y, realmente, no sé qué más añadir.

Ella se ríe de forma desenfadada y suelta mi mentón.

—No lo pillas, Dakari. Te odiaba tanto de niña porque estaba totalmente coladita por ti. Sé que suena irónico, pero es la verdad, y solo cuando conocí a tu otro yo en un mundo donde estaba bien ser algo más que amigos, fui consciente de esa verdad.

Me quedo alucinado y la miro intensamente. Flexiono mi brazo y llevo mi mano a mi nuca, me la rasco algo nervioso. ¿Me hacía la vida imposible porque le gustaba? ¿Y yo? ¿Por qué aguantaba yo? ¿Solo porque era mi obligación? ¿O en verdad ya sentía una atracción por ella antes de que se intercambiasen las conciencias?

—Bueno —dice ahora, cambiando el tono de voz y buscando una sábana para tapar su desnudez—, no te vengas arriba, que ahora me pareces un auténtico coñazo, me quedo con mi Dak. Pero quería decirte la verdad, por si el espacio-tiempo explota y Zala y yo

acabamos compartiendo cuerpo, y lo mismo contigo y con Dak… Porque esa es una teoría que tu otro yo llegó a plantear…

Hace amago de irse y yo me pongo en pie de repente y me acerco a ella, que ya está en la puerta con la sábana enroscada.

—¿Te acuerdas del día que intercambiasteis las conciencias? —Ella asiente, pero no como lo haría Zala, escondiendo con vergüenza los ojos detrás de su cabello, esta chica no tiene miedo porque se ha criado en un lugar donde ha podido ser libre—. Cuando saltaste de un macetero a otro y te caíste, realmente me preocupé mucho por ti, y eso que eras una… ¿Cómo dijiste? ¿Una grandísima hija de puta? —bromeo y ella se ríe—. Supongo que si mi otro yo te quiere, será por algo, así que, no te preocupes, el pasado es pasado.

Me abraza sin previo aviso y yo agradezco que, de alguna forma, hayamos hecho las paces. Si es el fin del mundo, mejor morir en paz.

Luna se va y, por fin, consigo dormir.

* * *

El móvil suena y me despierto sobresaltado. Solo puede ser el señor Frederick Moore, que es quien me dio este teléfono.

—Buenos días, señor Moore. —Me quito las legañas y subo la persiana para descubrir que aún no ha amanecido y que tampoco hay ninguna tormenta electromagnética.

—Dakari, ¿me puedes explicar por qué tengo una oscura en mi casa que dice ser Luna?

El móvil se me cae al suelo del susto. Lo cojo de inmediato mientras intento asimilar lo que acaba de decir.

—Señor, ¿está bien? ¿Puedo hablar con ella?

—¿No estarás enamorado de esta esclava? Dakari, he depositado mi confianza en ti a pesar de todo. Y ahora aparece esta joven hablando de cosas de mi familia muy privadas. ¿Quién se las ha contado?

El señor Moore está muy alterado y no es para menos, pero si Luna —Zala— está en su casa en su verdadero cuerpo, significa que ha conseguido dialogar con el Consejo del que me habló su otra yo y que la han transferido aquí y ¡ha funcionado!: Zala y Luna están en una misma dimensión, cada una con sus conciencias y nada ha explotado, al menos, por ahora.

—Señor, es una larga historia, pero necesito hablar con ella.

—No, de ninguna manera. ¿Y mi hija?

El señor Moore ha hecho mucho por mí, pero sigue siendo un verdadero y continúa viéndome como a un esclavo. Así pues, salgo a toda prisa de la habitación y busco a Luna. Ella está roncando. La despierto.

—Luna. Zala ha viajado a esta dimensión. Está con tu padre, pero no quiere dejar que hable con ella.

—Cinco minutos más —refunfuña.

Tiro de su brazo y le entrego el móvil mientras le susurro:

—¡Consigue que te deje hablar con Zala!

—*Vaaaleee* —susurra ella y se pone al teléfono—. ¡Papá! —Luna se pone en pie y me doy cuenta de que se ha puesto un pijama. Escucha a su padre mientras yo la sigo por la estancia, intentando oír lo que dice—. Sí, lo sé, pero es cierto todo lo que te ha contado.

Luna hace una pausa y sigue escuchando a su padre. Me planto delante y le susurro:

—¿Zala está bien? —Se me hace raro llamarla así, pero supongo que también será raro ver su verdadero cuerpo por primera vez.

Luna me hace un gesto para que guarde silencio y da unas zancadas para alejarse de mí. Yo la sigo.

—Sí, papá, yo también te quiero, joder, no sabes lo mucho que te he echado de menos, y a la abuela.

Creo que necesita algo de intimidad y dejo de seguirla. Ella se va al piso inferior y yo me siento en la escalera a esperar poder hablar

con Zala. Sé que Luna está emocionalmente alterada, lo huelo. Al fin y al cabo, si el señor Moore se ha convencido de la historia, esta es la primera vez que ambos hablan siendo conscientes de que han pasado separados muchos años…

Después de una conversación que escucho perfectamente desde lo alto de las escaleras, la oigo decir:

—Hola, Zala, es un placer hablar con quien ha ocupado mi cuerpo.

Bajo corriendo las escaleras y escucho una puerta. Luna se ha metido en alguna de las habitaciones del pasillo. Hay muchas estancias y necesito ir a la correcta. Estoy tan nervioso por la expectativa de hablar con ella que mi olfato me traiciona y abro la puerta que no es. Luego, me concentro y mi nariz me lleva hasta la correcta. Cuando abro, la escucho decir:

—Hasta pronto. —Y cuelga.

Me meto a la habitación e intento contener mi enfado, ser esclavo me ha hecho saber ocultar mis sentimientos muy bien; sin embargo, ella no es mi ama, es la chica que se enamoró de mí cuando era niño, la actual novia de mi otro yo, así que me sincero con ella:

—¿Por qué has colgado? ¡Quería hablar con Zala!

—Lo sé, lo sé, relájate, Dakari. —Se planta ante mí—. A ver, es que no había tiempo. Tu chica tiene un plan ideado al detalle, pero debía coger un avión desde Nueva Fe para venir aquí de inmediato.

Me tranquilizo. Zala está bien y está en esta dimensión, en la ciudad donde se crio. Mi Luna, mi amiga, mi compañera, la mujer que amo… Viene para acá y yo no puedo hacer otra cosa que sonreír.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunto con acritud. No habría pasado nada porque me dejase hablar con ella cinco minutos.

—Porque el maníaco ese de su marido también viene hacia aquí.

—El señor Izan Davis.

* * *

Me inquieto porque, en cualquier momento, pueden aparecer el señor Davis y su esclavo mutante, aunque por este último no debo preocuparme, según le ha dicho Zala a Luna. Zala ya debería haber llegado a esta casita de campo con el señor Moore.

Meto la pistola que me dio el padre de Luna en la parte de atrás del pantalón, no quiero sacarla si no es necesario, podría ser peligroso. Ahora me quedo mirando los utensilios de cocina para coger uno contundente con el que golpear al señor Izan Davis si fuese necesario.

—¿Qué haces? —pregunta Luna a mi espalda. Escojo una cacerola y me giro. Va vestida muy rara.

—¿Te has puesto mis pantalones?

—Claro, estoy harta de esos vestiditos incómodos. Además, pronto Dak estará aquí y quiero hacerle más fácil la transición… Él está acostumbrado a querer a una Luna que va con pantalones y…

—Y que es de piel oscura —termino por ella, porque yo también tendré que acostumbrarme a ver a Zala en otro cuerpo y, lo reconozco, estoy nervioso. Olfateo a Luna y sé que ella también lo está.

Le explico un plan que he estado meditando por si las cosas salen mal. Se supone que solo habrá que reducir al señor Izan Davis, pero no me fío. Solo de pensar en tenerlo enfrente hace que sienta ganas de matarlo a golpes y provocarle todo el dolor que sintió Zala en aquella lúgubre habitación la noche de bodas.

Y, sin que nos demos cuenta, el tiempo pasa y el señor Moore me llama para avisarme de que está en la entrada de la casita. Nada más colgar, escuchamos la puerta; aun así, me asomo por la ventana porque no me fío. Luna hace lo propio y me dice:

—¡Ey, soy yo! Es decir, es ella, pero es mi cuerpo… ¡Qué raro va a ser esto! —Y sale corriendo para abrir la puerta. Quiero gritarle que se tranquilice, pero ella ya no está aquí.

Avanzo por la casa y me quedo de pie esperando con una postura formal, porque no he hablado con Zala desde que la encerraron en la cárcel y luego intentaron matarla. No sé qué siente o piensa… Ni siquiera sé si es ella porque tendrá un físico totalmente diferente.

Luna abre la puerta y se queda perpleja al ver a Zala. No nos da tiempo a asimilar mucho, ella y el señor Moore se apresuran a entrar y cerrar tras de sí.

Ahora sí, todos nos quedamos en silencio, mirándonos los unos a los otros.

—¿Luna? —pregunto en dirección a la chica oscura que acaba de entrar y que no había visto en mi vida.

Sus labios son carnosos y marrones. Se curvan avergonzados en una preciosa sonrisa. Sus ojos son enormes y muy oscuros, nada que ver con el azul al que estaba acostumbrado, pero me miran con ese brillo especial que solo ella posee. Su cabeza hace un gesto como hacia atrás, como si buscase cabello donde esconderse, sin embargo, sus rizos son cortos y no puede ocultarse tras ellos.

—Sí… —confirma con una voz dulce—, aunque, en realidad, siempre fui Zala.

El señor Moore observa la escena alucinado y Luna se queda mirándonos como si fuésemos dos preciosos cachorritos y le causásemos gracia. Yo me centro en la chica que tengo frente a mí, quiero abrazarla, pero, por alguna razón, me siento en la obligación de mirar al señor Moore y preguntarle:

—¿Puedo abrazar a su hija?

El señor se quita su sombrero de copa y nos mira a todos. Luna se ríe.

—Papá, se refiere a ella —y señala a Zala—, a la que has criado todos estos años pensando que era yo y que tenía este cuerpo. —Se señala a sí misma.

El señor Moore sigue perplejo y todos nos reímos, yo esbozo una sonrisa torcida y aguardo como un tonto a que alguien me deje

darle un abrazo a Zala.

—Dakari —dice el señor Moore—, Zala y Luna… Gracias por ser mi familia. —Y despliega sus brazos hacia Luna con cierta inseguridad mientras esta comienza a decirle un montón de cosas sobre lo que han vivido todos estos años.

Zala y yo nos miramos. No puedo evitarlo, la olfateo, es la primera vez que su aroma me llega y guardo su olor en mi memoria. Jamás volveré a separarme de ella. No permitiré que nadie la dañe. Está aquí, ha venido desde otra dimensión y estamos juntos.

Ella me sonríe.

—¿Acabas de pedirle permiso a mi padre para darme un abrazo? ¿Qué tenemos, cinco años?

—Parece que sí —contesto con una risa.

Ambos abrimos nuestros brazos y nos unimos. Es más alta que Luna, así que su cabeza ya no queda enterrada en mi pecho, sino en mi cuello. Y aunque es la primera vez que nuestra piel se roza y que nuestros cuerpos se encuentran, pronto nos hacemos el uno al otro y siento que nada ha cambiado.

—Dakari —susurra mientras solloza—, estás aquí, Dakari. Llegué a creer que moriría, que jamás volvería a verte.

—Zala… —mascullo yo también mientras contengo las lágrimas. Los hombres no lloran, eso nos enseñó esta sociedad, pero sé, en el fondo, que no es cierto, que debería haber llorado más, así que aquí, en sus brazos al fin, me rompo—. Te quiero, Zala, te amo.

Dejamos que el dolor por todo lo acontecido se vaya en este abrazo y, luego, nos separamos un poco. Deseo besarla, pero no lo hago. Sé que el contacto físico puede hacerla sentir mal, sin embargo, no huelo miedo en ella. Es más, tal y como esos ojazos enormes me miran, creo que desea besarme también.

—El esclavo del presidente me ha mandado un mensaje, llegarán enseguida —nos interrumpe el padre de las chicas, porque supongo

que es lógico afirmar que es el padre de ambas. Al fin y al cabo, las crio durante años a cada una.

Ahora, ese esclavo mutante tiene en su interior la conciencia de su yo de la dimensión oscura, que se ha comprometido a ayudarnos. Eso le dijo Zala a Luna por teléfono, y es que esta mujer que tengo ante mí ha planeado hasta el último detalle y eso solo me hace admirarla y amarla más.

—A ver si lo he entendido —interrumpe Luna—, ¿en la dimensión oscura vivía una persona igual al esclavo de tu maridito? —le pregunta a Zala.

—Sí —afirma esta mientras se va hacia ella y le coge las manos, supongo que, aunque es la primera vez en su vida que están juntas, sienten algún tipo de conexión—, y hemos hecho un intercambio de conciencia. —Ahora Zala me mira a mí y suelta las manos de Luna, esboza una sonrisa y me aclara—: Tú lo has conseguido. Dak, tu otro yo, es tan listillo como tú —concluye cambiando un poco el tono de su voz, a modo de burla cariñosa.

El señor Moore se planta delante de todos nosotros y agita su sombrero de copa en el aire.

—Creo que soy ya demasiado viejo para entenderlo… ¿Vais a mandar a las malas personas a un lugar que va a desaparecer y a las buenas personas de ese lugar las vais a traer aquí?

Luna abraza a su padre de forma desenfadada, como si no fuese una señorita, porque no lo es.

—Papi —le dice—, es fácil. La conciencia del esclavo malo está ahora en la dimensión oscura y la conciencia de su igual, que supongo que será buena persona, está en el cuerpo de aquí. ¿Es eso, Zala?

Zala sonríe y nos mira a todos. Huelo su nerviosismo y veo cómo arruga la nariz. Enseguida contesta:

—Sí, ese es el plan y él ha sido el primero. Los que no tengan doble aquí serán transferidos en una semana. Los que tengan su

doble aquí, como el caso del esclavo de Izan, no pueden viajar, no puede haber dos personas iguales a la vez en una misma dimensión.

—Porque el espacio-tiempo no lo soportaría —reflexiono en voz alta.

—Eso mismo dijo Dak —aclara Zala mientras arruga la nariz nuevamente y reconozco ese gesto tan habitual en su anterior cuerpo.

Hay otro yo que estuvo con ella. Otro chico que es igual a mí, que… soy yo.

El señor Moore nos mira a todos y creo que intenta seguir el hilo de la conversación. Es Luna quien toma la palabra de forma desenfadada:

—Las conciencias de las personas malas irán a la dimensión oscura y morirán en una semana.

—Sí —confirma Zala y me mira, sus ojos grandes tienen un matiz de vergüenza, pero aún estoy conociendo las facciones de su nuevo rostro—. Dakari, sé que querías que todos viniesen aquí para emprender una guerra, pero yo no deseaba que muriesen inocentes y en las guerras siempre hay daños colaterales…

Asiento y la tranquilizo. Zala le ha explicado su plan por teléfono a Luna y ella a mí. Mi otro yo ocupará la conciencia del presidente Izan Davis, así que, aunque sienta ganas de matarlo, tendré que acordarme de que su conciencia estará en una dimensión que va a desaparecer en una semana. Y todo eso si nuestra teoría es correcta y el espacio-tiempo soporta que haya dos conciencias que deberían ser una en dos cuerpos diferentes.

—Está bien, Zala —le digo mientras la comisura de mis labios se eleva y le entrego una sonrisa—. Ahora, centrémonos en el señor Izan Davis. —Muestro mi arma.

El señor Moore deja su sombrero de copa en el perchero de la entrada de la casa, saca otra pistola de su elegante chaqueta y dice:

—Ese desgraciado viene solo con su esclavo, que decís que está de nuestro lado, así que somos tres contra uno.

—¿Tres? —pregunta Luna haciendo que sus ojos azules se cierren muy ofendidos—. Esta dimensión es lo peor. Papi, que las chicas también somos seres humanos y contamos ¿vale?

Su padre la mira de arriba abajo. Ella parece una mujer muy dura y el hecho de llevar mis pantalones refuerza su argumento. Puede que en su dimensión las chicas sean iguales a los chicos, pero no en esta, así que al señor Moore se le hace difícil entender su actitud.

—De ninguna manera —le dice mientras la agarra de las manos—, no después de lo que te hizo.

Luna mira a Zala y pone una mueca de tristeza:

—Fue a este cuerpo, papi, pero es Zala quien lo sufrió.

El señor Moore suelta las manos de Luna, se gira hacia Zala y veo cómo ella intenta esconder esos ojazos oscuros y enormes que tiene detrás de unos cabellos que no son tan largos como para proporcionarle el cobijo que busca. Su padre o, al menos, el hombre que la ha criado, se acerca despacio y le agarra de las manos.

—Hija —le dice con la voz temblorosa—, déjame protegerte esta vez, fue culpa mía, yo te empujé a casarte con él. Yo debía cuidarte…

—Papá —le contesta Zala con el mismo hilo de voz lleno de inseguridad y veo cómo sus dedos aprietan fuerte los de su padre—, necesito hacer esto por mí misma. Nuestra noche de bodas fue… Ya sabes lo que nos hizo a Dakari y a mí. Quiero ser yo quien le dé su merecido porque, si no, nunca pasaré página y… —Ahora ella dirige su mirada hacia mí y todos me observan—. Y quiero poder tener una noche de bodas con Dakari.

Se hace un silencio en la sala, pero yo estoy sonriendo como un tonto mientras la miro con una sonrisa.

—¡Ay, por favor! —grita Luna—. ¿Una boda? ¡Genial!

El señor Moore no dice nada, abraza a Zala sin más y luego le pregunta:

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Primero de todo, tengo que cambiarme de ropa.

17. Verdugo

Zala

Bajo las escaleras con el vestido de encaje amarillo que he seleccionado. Es uno de los atuendos propios del siglo XIX que mi abuela me compró —o, más bien, la abuela de Luna, porque yo soy Zala—. Mi piel negra contrasta con el amarillo y, la verdad, aunque me había acostumbrado a mis cabellos rubios y mis ojos azules, me encanta tener la piel como la de Dakari, como la de tantos otros que quise defender, con la que siempre me sentí identificada.

Mi padre y Luna están ya preparados para llevar a cabo mi plan, solo Dakari me espera al pie de la escalera y, por su cara, diría que cree que estoy bonita. Él también está muy guapo, con ese enorme cuerpo fornido, su rostro ovalado y esas rastas blancas que lo hacen realmente único.

Alcanzo el último escalón y le miro a la cara, soy algo más alta que antes, así que no tengo que elevar mucho mi cabeza para encontrarme con sus ojos.

—Estás… Nunca había visto a una oscura… a una esclava… a una negra —se corrige porque no sabe cómo referirse a mí— vestir así, pero todas deberían hacerlo. Estás preciosa, Zala.

No creo que esta cara se sonroje tan fácilmente como mi anterior pálido rostro, pero yo siento el rubor de mis mejillas y me avergüenzo un poco.

—¿Preciosa? —pregunto de forma desenfadada y ahora cambio la voz y la pongo algo más tosca—: Y yo que pretendía disfrazarme del monstruo superhéroe…

Ambos nos reímos, pero luego suspiramos y nos quedamos mirándonos. Dakari sabe por qué lo digo, porque hoy, por fin, voy a ser el monstruo superhéroe con el que él fantaseaba que nos sacaría

de la desigualdad en la que vivíamos, él por ser oscuro y yo por ser mujer.

—Créame, señorita Zala —me ofrece la mano como un caballero—, ya quisiera ese monstruo ser tan bonito como usted.

Le saco la lengua de forma juguetona, le agarro la mano con una enorme sonrisa y él me lleva hasta la habitación del pasillo donde voy a esconderme. Luego, hace amago de irse porque Izan está a punto de llegar, pero yo le pregunto:

—¿Crees que soy mala persona, Dakari?

Me mira confundido y flexiona su brazo izquierdo en el aire. Luego, se rasca el cuello.

—No tengo ni idea de por qué preguntas eso, Zala, pero no, jamás podría pensar eso de ti.

Yo suspiro y me sincero:

—Todo este teatro que he preparado… Me estoy vengando de él, quiero que sufra y… no quería cambiar su conciencia sin decirle todo aquello que anhelo sacar fuera… Todo lo que necesito para superar lo que pasó.

—¿Teatro? —pregunta él y luego sus dedos se apoyan suavemente en mi mejilla, para regalarme una caricia que acojo con necesidad—. Zala, la mayor muestra de amor que voy a hacer en este mundo es no matar al señor Izan Davis a golpes para que tú puedas despedirte de su vida como necesites. Decirle cómo te sientes no es retorcido. El retorcido fue él, así que no, no eres mala persona, no me casaría con una mala persona…

No puedo evitar sonreír. Dakari me quiere tal y como soy, así que me relajo.

—¿Casarnos? —pregunto de forma juguetona—. ¿Quién ha hablado de casarnos?

—Creía que me lo acababas de pedir hace un momento… Así que, aunque aún estoy esperando mi anillo, esto acaba de ser un «sí

quiero».

—¿Anillo? —espeto poniendo una voz divertida, como si fuese una persona interesante—. Soy contrabandista de personas, no tengo tiempo para comprar anillos, así que… —ahora pongo la voz dulce—, preferiría que, en ese aspecto, mi querido futuro marido, lo hiciésemos a la antigua usanza y tú me regalases un anillo.

—Así será, es una promesa.

Estoy feliz de estar aquí con él y nerviosa porque voy a enfrentarme a quien ha sido mi peor pesadilla en la vida. Todo va a terminar pronto y Dakari y yo estaremos juntos.

No sé cómo será sentir sus besos sobre este cuerpo nuevo para mí, pero acerco mis labios a los suyos y lo compruebo. Dakari es dulce como siempre y ahora mis labios son más gruesos, así que el beso parece más intenso.

Nos apartamos porque sabemos que ha llegado el momento. Nos despedimos y él vuelve a su posición.

Estoy nerviosa y me froto los pliegues del vestido de encaje amarillo. Repaso mentalmente el plan mientras miro el reloj de la habitación. Falta solo un minuto para la hora. Todo depende del esclavo de Izan Davis, pero sé que no nos fallará.

Cuando les conté a Dak y a mi madre mi plan, les pedí que, antes de traer la conciencia de Dak a la del presidente, necesitaba despedirme de Izan. Pero sabía que mi única opción para estar a salvo era llegar hasta su esclavo. Así que les describí la mutación y el aspecto físico del hombre en cuestión y pronto dimos con él, porque, como ambas dimensiones tienden a parecerse, si el Dakari de aquí había tratado con él, era posible que el Dak de allí también. Efectivamente, eran vecinos. Habían tenido algunas trifulcas, pero no era mala persona. Le dije quién era su doble y la posibilidad de que ocupase su cuerpo de esta dimensión a cambio de que me ayudase. En cuanto su conciencia llegase a este cuerpo, tendría que ponerse en contacto con mi padre para organizar el plan. El hombre aceptó y Dak y mi madre transfirieron su conciencia y mi cuerpo.

Todo ha salido bien, así que podremos seguir transfiriendo conciencias desde allí hasta aquí, de buenas a malas personas.

El reloj marca la hora y creo que contengo la respiración por los nervios.

Escucho un pequeño ruido y supongo que están forzando la entrada, como acordé con Darío. Así es como se llama el esclavo de Izan con el oído superdesarrollado. Me avergüenza un poco reconocer que no supe su nombre hasta que no fui a la dimensión oscura y es que, aquí, poco o nada importan los nombres de los esclavos, pero eso va a cambiar.

Sé que estarán avanzando por el pasillo, tal y como han acordado mi padre y él por mensaje de móvil durante mi viaje a la granja. Hay muchas puertas en esta casa y esa va a ser nuestra ventaja.

Son muy sigilosos, así que Darío se está tomando muy en serio su papel de esclavo malvado que solo pretende complacer a su amo ayudando a capturar a su esposa. Si no fuese porque estamos en silencio esperándolos, no habrían tenido problema alguno en entrar y sorprendernos. No quiero ni pensar en esa alternativa porque viene a mi cabeza, una vez más, el horror de aquella noche…

Escucho una puerta abrirse, sé que es Dakari, que va a fingir dejar fuera de juego al esclavo. Mientras escucho el forcejeo, pienso en lo mucho que habría querido vengarse de Izan… Entiendo que quisiera devolverle con creces el horror que nos hizo pasar, pero yo necesito hacer esto a mi manera…

Luna hace su aparición estelar:

—¡No!

Cojo el pomo de inmediato y, mientras abro lentamente, oigo a Izan decir:

—Luna, ¡apártate! Eres mía, te lo dije, pero si no te quitas de en medio, os mataré a los dos.

Sigo abriendo muy despacio la puerta, aunque no debo preocuparme, todo está bajo control.

—¿Sabes qué? Que yo no soy la chica con la que te casaste, ¡joder! Y tú eres un puto maníaco —dice Luna.

Termino de abrir y veo su espalda, vestido con uno de sus elegantes trajes. Hace tiempo sentía algo al ver su atractivo rostro enmarcado por su cabello y su espesa barba oscura. Ahora siento asco.

Modulo la voz para imitarle y traigo a su memoria las frases que intercambiamos cuando me sacó a bailar en mi puesta de largo. Ahí empezó todo…

—Está muy bonita, señorita Luna. —Él se gira apuntándome con su pistola y me mira desconcertado. Me esfuerzo por moverme como mi anterior cuerpo y le hablo ahora como yo misma—: Gracias, usted también está muy apuesto.

—¡Oscura, detente! —me ordena mientras aferra el arma, pero sé que me está reconociendo y que, por eso, aún no me ha disparado.

—¿Puedo preguntarle cuál era su intención poniéndose este vestido? —continúo fingiendo ser él y, luego, vuelvo a ser yo—: No tener calor en las piernas. —Y si aún no ha reconocido esta conversación, imito su voz una vez más, porque seguro que la acaba recordando—: ¿Así que es usted de piernas calientes, señorita Luna? La tenía por una niña inocente…

Izan está tan confundido que se gira hacia Luna, que está junto a Dakari en el otro lado del pasillo, y le pregunta:

—¿Qué es esto? ¿Por qué dice esas cosas tu esclava? ¿Y por qué lleva tu vestido?

Luna se ríe y le hace un gesto muy feo con el dedo de su mano.

—Te lo he dicho, capullo, porque yo no soy tu mujer, es ella. —Y me señala.

—¿Qué? —pregunta incrédulo y yo suspiro. Estoy deseando ver su cara cuando sepa que ha estado todo este tiempo obsesionado con una mujer de piel negra.

—Izan, era una niña inocente hasta que tú me corrompiste aquella noche —le explico con un hilo de voz, aunque había pretendido sonar más firme—, pero tengo que darte las gracias, porque, de no haber conocido tu crueldad, jamás habría sido capaz de quitarte la vida.

Como era de esperar, Izan Davis aprieta el gatillo del arma con intención de matarme. No hay balas porque Darío ha vaciado los cargadores. El presidente de Los Nuevos Estados Unidos de la Luz —por poco tiempo— mira la pistola, desconcertado. Su esclavo se pone en pie ayudado de Dakari e Izan cruza una mirada de odio con todos nosotros, lleno de cólera.

—Tú, esclavo, ¿qué está pasando? Mi arma está descargada.

—Es lo que sucede cuando ordenas a otra persona que haga tu trabajo —le dice de forma desenfadada.

—Izan Davis, yo, Zala, te sentencio a morir en la dimensión oscura.

Ahora sale mi padre de otra de las habitaciones y, entre todos ellos, agarran a Izan y lo llevan a rastras hasta el salón de la granja.

Él se resiste y es fuerte, pero son cuatro contra uno y, la verdad, Luna no es precisamente lo que en esta dimensión se entiende como una señorita. Aunque yo nunca usé mi cuerpo para retener a otra persona, ella lo hace con maestría.

Accedo al salón y me quedo en la puerta, lejos de él. Nos ha herido a todos de alguna forma, pero yo soy quien ha tomado la decisión de meter en su cuerpo a Dak. Sin embargo, tengo miedo de dar un paso más y terminar esta historia.

Una vez que está retenido en la silla, es mi padre quien se planta delante de él, le agarra con fuerza de la mandíbula para impedirle que hable y le dice:

—Da gracias a que soy un caballero, no como tú, porque, de no ser así, te privaría de tu virtud de forma muy dolorosa. Estoy al corriente de lo que le hiciste a mi hija en vuestra noche de bodas, de

cómo trataste a mi escla… a Dakari —se corrige—. ¿Y tú te consideras un verdadero? Dios tiene un camino para ti, Davis, en el que pagarás por todo… —Y le da un puñetazo. Lo hace con poca gracia y, posiblemente, haciéndose más daño él que a Izan, que le mira lleno de rabia y luego sus ojos van hasta Luna.

—Ya te lo he dicho —le explica ella—, este cuerpo que has utilizado como te ha dado la gana estaba habitado por esa chica de allí. —Y me señala—. Sí, como lo oyes, te enamoraste de una oscura cuya conciencia habitaba este cuerpo… ¿No lo entiendes? Tranquilo, en un ratito te despertarás teniendo su mismo color de piel.

Izan me mira y yo intento esconder mis ojos detrás de mi cabello. No, no hay donde ocultar mi mirada, así que se la aparto y busco los ojos de Dakari. Él está a la espalda de Izan Davis con los puños apretados y el rostro tenso. Dakari es inteligente y sabe que no podemos destrozar este cuerpo porque el tiempo apremia y pronto Dak lo ocupará, debe estar bien para él.

Hay un silencio en la sala y mi padre se va a la otra punta del salón —que no es muy grande— y se sienta para calmarse.

—Zala —me advierte Luna.

Me separo del marco de la puerta y camino hasta Izan. Me pongo delante de él y me detengo. Izan me mira y no sé si se ha convencido de lo que le hemos contado.

—Nunca fui tuya —le digo con la voz temblorosa—, porque mi corazón siempre fue de Dakari. Da igual que mi cuerpo fuese blanco o negro. Lo que nos hiciste en nuestra noche de bodas… lo que le has hecho a tantas otras mujeres, a tantas esclavas… Vas a morir, Izan, pero antes, vas a convertirte en un hombre con la piel oscura. A mí me parece algo muy inocuo, pero estoy segura de que para ti será una tortura.

Dicho esto, me dispongo a abandonar el salón con Dakari hasta que llegue la hora del intercambio de conciencia, pero Izan se ríe de forma escandalosa.

—Así que es cierto… Que me follé a una blanca con conciencia de negra… Claro que sí. Porque el demonio está en ti, oscura, tú incitas a los hombres a sacar la depravación. ¿Crees que te vas a vengar de mí? —Vuelve a reírse y yo contengo las ganas de llorar mientras Dakari tensa más aún su espalda—. Se me pone dura solo de pensar en todo lo que te hice con ese cuerpo de verdadera… Y en todo lo que te haría ahora, con este cuerpo de puta oscura que tienes.

Escucho un grito, que es más bien como un gruñido. Dakari se lanza y tira al suelo, de un fuerte golpe, a Izan y la silla a la que va atado.

—¡Dakari! —grito, pero él está rabioso, sin embargo, se queda encima de él, mirándole con un gesto colérico, pero sin rozarle.

Yo lloro porque veo dolor en la persona que más quiero en mi vida. Estuvo meses postrado para recuperarse de la paliza, como yo. Nos obligó a cosas horribles que jamás olvidaremos…

Hay mucha tensión en la sala. Luna y mi padre le recuerdan a Dakari que no puede dañar ese cuerpo, que su conciencia pronto se marchará, pero Izan solo se ríe y Dakari sigue encima de él, con los puños apretados a punto de lanzarlos contra su cara.

—Oír, ver, callar y olvidar —susurra Dakari—. Por una vez, mi madre tenía razón. —Se aparta de él, se recompone un poco y me mira—. Él no vale nada, Zala, él sí que está tocado por el demonio, así que lo mejor que podemos hacer es callar su nombre para siempre hasta que caiga en el olvido.

Le sonrío, él también a mí y las arruguitas de su rostro se acentúan de una forma muy bonita.

Dakari se acerca y nos abrazamos. Izan se retuerce y nos grita improperios, pero abandonamos el lugar. Mi padre, Darío y Luna podrán ocuparse de él hasta que se realice el intercambio. Solo quiero estar en brazos de Dakari, por fin, ahora que soy yo realmente.

Nuestras manos están unidas y tiro de él escaleras arriba mientras me agarro el vestido delicadamente con la otra mano. Busco una

habitación donde poder estar a solas. Cruzo la puerta, cierro para no escuchar los gritos de Izan y abrazo nuevamente a Dakari.

—Zalaaa —susurra él—, ¿de verdad estamos juntos?

Yo me río un poco y me aparto. Miro su rostro ovalado y esas preciosas arruguitas que se le forman en la cara.

—Sí, y lo estaremos siempre, Dakari. Ya nada ni nadie podrá separarnos.

Dakari eleva la comisura de sus labios esbozando una sonrisa torcida y se sienta sobre la cama de la habitación, pero sin soltar mis manos.

—Así que lo has logrado, te has convertido en una contrabandista de personas, señorita Zala.

Le saco la lengua de forma desenfadada y, aunque ahora tenga un aspecto diferente al habitual, siento que nada ha cambiado. Dakari se ríe en respuesta a mi actitud infantil.

—Darío ha sido el primero, pero pronto podrás conocer a Dak, a mi madre, a mi abuela… A la de la dimensión oscura, quiero decir.

Dakari tuerce el gesto un poco y me pregunta algo:

—Las conciencias de los que tengan su doble aquí van a ocupar cuerpos de blancos, pero… ¿cómo van a decidir a quién ocupar?

Yo también esbozo una mueca algo disconforme y triste. Me siento al lado de Dakari y apoyo mi cabeza en su hombro, sintiéndome libre casi por primera vez en mi vida. Ahora soy oscura como él, a ojos de cualquiera de esta dimensión, podemos tener este contacto y, por otro lado, si todo va bien, pronto las leyes cambiarán y no importará el color de la piel.

Miro el reloj de la habitación y me percato de que falta algo menos de dos horas para el momento en que todo cambie para siempre.

—Cuando llegue la hora —comienzo—, todos los cuerpos que no tienen doble serán transferidos a esta dimensión. Y sobre las conciencias de los que tienen doble… Tendremos unos días para

decidir quiénes merecen morir. Por ahora, yo he sido la verdugo, Dakari. —Ahora, aparto mi cabeza de su hombro y le miro a los ojos —. No he tenido mucho tiempo para hablar de esto con mi madre y con Dak, que es ese científico brillante que habrías sido tú de haber podido estudiar de verdad…

—Zala —lleva sus dedos a mi pómulo y traza círculos sobre él—, no eres un verdugo. Sentenciar al señor Davis a morir en la dimensión oscura es tener clemencia, yo lo habría torturado.

Respiro y le miro a los ojos.

—Pero no lo he sentenciado solo a él —le aclaro, porque aún no he tenido tiempo de explicarle esto a nadie salvo a mi padre, con el que he viajado en avión hasta aquí—. Había que tomar decisiones rápidamente y debíamos ocupar, en esta transferencia entre dimensiones, las máximas conciencias posibles… Así que he hecho algunas selecciones basándome en la gente que conocía y tenía la certeza de que era malvada…

Mis ojos se enrojecen y Dakari presiona con cariño sus dedos en mi rostro. Qué raro debe sentirse al amar a una mujer cuya cara acaba de ver por primera vez en su vida.

—No he conocido a nadie más bueno que tú, Zala, seguro que has elegido bien.

Trago saliva.

—Mi abuela… Es decir, la señora Moore, la que ordenó matar a tu madre… Pagará por sus crímenes.

Dakari me suelta de repente, incrédulo. Sí, he escogido a mi abuela para que le transfieran la conciencia de una anciana de la dimensión oscura. La quiero porque es la familia que he tenido estos años, pero es mala persona, ha matado a inocentes, golpeado a personas por el color de su piel… No sería justo salvarla solo por ser mi abuela. Sin embargo, las lágrimas recorren mi rostro.

—Zala… lo siento mucho. Tomar esa decisión debe haber sido muy duro.

Dakari me abraza y dejo que mis lágrimas salgan y se desborden.

Pienso en todo lo que me ha traído hasta este momento… Viajes en el tiempo, viajes entre dimensiones, esclavitud, torturas… He conocido una ciudad acuática, he pactado con los modernistas y he convencido a toda una dimensión para seguir mis ideas de venir a vivir a un lugar donde podrían morir solo por tener la piel negra...

De repente, sonrío y Dakari escucha mi risa.

—¿Algo que me haya perdido, señorita?

Me separo un poco de sus brazos.

—Estaba pensando que, después de haber viajado entre dimensiones y haber sobrevivido a todo lo que nos ha pasado, no me parece tan raro que soñásemos con un monstruo superhéroe que nos salvase.

Ambos nos reímos y siento que la felicidad, por fin, está llegando a mi vida y tiene un nombre: Dakari.

Fui Zala, luego Luna y ahora vuelvo a ser Zala. Ha sido duro, pero no cambiaría nada si ello significase no haber conocido a mi mejor amigo y el hombre que me ha enamorado.

—Te quiero, Zala —me dice y yo sonrío.

—Te quiero, Dakari.

18. Una nueva época

Dakari

Lavadora, lavavajillas, aspiradora… Los calzoncillos giran y giran…

—¡Dakari! ¿Se puede saber qué haces aquí?

Me giro y veo al señor Moore agitando su sombrero de copa en el aire. Está algo enfadado.

—Lo siento, señor.

Me agarra del brazo y me saca a rastras de la cocina mientras me echa la bronca:

—Por el amor de Dios, que no eres un esclavo, y no me llames señor, ahora somos socios, llámame Frederick.

Está algo nervioso, es normal, hoy su hija va a casarse… En realidad, no es exactamente su hija, pero la ha criado como tal durante años.

Subimos las escaleras hasta el salón principal de la casa del señor Moore. Un hogar donde vivimos Zala y yo hasta que la empresa familiar —de la que ahora soy socio— empiece a generar dinero y podamos permitirnos una nueva casa solo para nosotros. Aunque creo que el señor Moore finge que eso no sucederá nunca porque está feliz de tenernos aquí, ya que Dak y Luna viven en la mansión de los Davis, porque claro… Dak es oficialmente Izan Davis, el presidente de Los Nuevos Estados Unidos de la Luz.

Al final, gracias a que nuestras dimensiones se han desarrollado de forma suficientemente diferente como para que nuestras conciencias no fuesen iguales, sí hemos podido coexistir las dos conciencias de quienes deberíamos haber sido solo uno.

La abuela de Zala —que ha ocupado el cuerpo de la abuela de Luna— se planta delante y me recrimina:

—Pero ¿dónde estabas, cariño? ¿Es que quieres llegar tarde a tu propia boda?

La miro y no puedo evitar sentirme afortunado. Esta señora, cuyo aspecto todos temíamos antaño en esta casa, ahora es una dulce mujer que nos ama con locura. Es la abuela de Zala, pero ella y su hija han criado a Dak como a uno más de la familia y se ha ofrecido a llevarme hasta el altar y a quedarse hoy aquí conmigo para que todo salga a la perfección.

—¡Estaba en la cocina! —exclama Frederick mientras niega con la cabeza. Entonces, le suena el móvil. Es Zala y se retira a hablar con ella.

La abuela me coge con cariño del brazo y caminamos escaleras arriba hacia los dormitorios.

—¿Estás bien, cariño? ¿Qué hacías ahí abajo?

La miro perplejo. Es raro ver ese rostro, que antaño pegaba palizas, ser tan amable, pero debo acordarme de que su conciencia es otra. Han pasado cuatro meses desde que llegó aquí y todo comenzó a cambiar para que personas de piel oscura como Zala o como yo podamos casarnos y dejemos de ser tratados como esclavos.

Así pues, me sincero:

—Estaba recordando a mi madre y mi infancia, cuando vivía aquí con ella siendo un esclavo…

Ella arruga la frente. La madre de Dak también murió porque las dimensiones tendían a unificarse y obtener resultados similares. Por eso, la abuela de Zala y su hija Olivia acabaron cuidando de Dak.

—Cariño —me dice mientras se aferra a mi brazo para subir los últimos peldaños—, tu madre habría estado muy orgullosa de ver el gran hombre en el que te has convertido. Ella te quería muchísimo… Sí, ya sé que no la conocí, pero sí a la de mi pequeño Dak, y te aseguro que lo amaba con toda su alma.

Le dejo ver una sonrisa de agradecimiento.

Pasamos a la habitación donde está mi traje de chaqueta. Nunca me importó demasiado la ropa, pero reconozco que impresiona lo elegante y bonito que es. Nací siendo esclavo y voy a casarme como hombre libre. Crecí creyendo que mi máxima aspiración era llegar a ser esclavo doméstico y hoy tengo ante mí un elegante traje de chaqueta con el que ni siquiera me atreví a soñar. Una prenda que he pagado yo, con el dinero de la fábrica de muebles del siglo XIX que dirijo, un atuendo que he ido en persona a elegir a una tienda de la que no me han echado por el color de mi piel.

Acaricio la textura antes de ponérmela y me pierdo en todos los sentimientos que tengo en estos momentos. Y todo se lo debo a Zala. Yo los habría traído de la dimensión oscura aquí solo para iniciar una guerra contra los verdaderos, pero ella fue más inteligente. Convirtió a Dak en presidente y lo hizo reunirse con la líder de los modernistas, un grupo político con el que tenía contacto —sí, mi contrabandista favorita es una caja de sorpresas—, y con la presidenta de Albedrío. Juntos, con el apoyo de numerosos blancos cuyas conciencias habían sido ocupadas por los de la dimensión oscura, cambiaron las leyes poco a poco para prohibir la esclavitud e igualar, en derechos y obligaciones, a todos los seres humanos, sin importar el color de su piel o su sexo.

No ha sido fácil y aún queda mucho camino por recorrer. Todavía hay blancos que se resisten a apoyar las leyes de Izan Davis —de Dak, mi otro yo—, pero no habrá una guerra porque somos más oscuros en cuerpos de oscuros y más conciencias de oscuros en cuerpos de los que antaño se hacían llamar verdaderos. Hay familias cuyos miembros tienen la piel de diferente color y todos queremos lo mismo: paz.

La abuela me da un beso en la mejilla y abandona la habitación. Yo me pongo el traje y siento su peso. Es blanco, como mi cabello, con algunos adornos en color negro. Es suave y brillante y consta de un chaleco negro con motivos florales y una camisa blanca tan sedosa que parece que mi piel esté bañándose en crema.

Llevo unas botas negras y un sombrero de copa del mismo color. Me miro en el espejo y me veo elegante. Recuerdo mi niñez poniendo lavadoras y observando cómo daban vueltas los calzoncillos de mi amo. Mi madre me instaba a ver, oír, callar y olvidar. Si ella estuviese aquí, la abrazaría muy fuerte y le daría las gracias por haber intentado criarme a pesar de ser una esclava. Sé que todo lo que me dijo fue con la intención de no verme sufrir. Y he sufrido, sí, pero aquí estoy, vivo y a punto de casarme con una mujer que ha cambiado el curso de la historia para siempre.

Bajo las escaleras de la enorme casa. A los pies, me esperan el padre y la abuela de Zala. Ellos son mi familia y me aplauden y sonríen. La primera en abrazarme y secarse las lágrimas es la abuela, que ve en mí a su pequeño Dak, cuyo rostro jamás volverá a observar, pues su cuerpo igual al mío se quedó en la dimensión oscura.

Cuando la señora termina el abrazo, se dirige al coche estacionado en la entrada. Naim, el cochero, me saluda en la distancia y me hace una señal con la mano felicitándome por mi atuendo. Le ofrecimos ser un hombre libre, pero quiso quedarse trabajando aquí. Ya no es un esclavo y podrá ver todo el porno que desee en su móvil. Me río por dentro. Ahora cobra un sueldo digno por su labor y tiene días libres. No solo eso, se ha alquilado un pisito en el centro de la ciudad para instalarse con la que era la cocinera de esta casa, que sí aceptó su libertad.

Me quedo de pie y el señor Moore me mira con una mueca que no alcanzo a descifrar. Luego, me extiende la mano y se la estrecho.

—Dakari, ¿alguna vez podrás perdonarme?

—Señor… Frederick —me corrijo—. Esta es una nueva época, todo lo pasado, pasado está.

Él aprieta con fuerza mi mano y aguanta las ganas de llorar.

—Es tu madre quien debería llevarte al altar. Lo siento muchísimo, Dakari.

Se desmorona, pero intenta fingir que no está llorando.

—Frederick, me ofreciste un trabajo cuando estaba prohibido que un negro fuese algo más que un esclavo, me dejaste al cuidado a tu hija verdadera cuando el resto de blancos consideraban a los negros poco más que animales… No tienes que pedirme disculpas, yo debo darte las gracias por tu apoyo, porque, si no, ahora no estaríamos aquí.

Frederick sonríe, suelta mi mano y me da un abrazo corto y distante, al estilo varonil de esta dimensión.

—Dakari, ya te lo dije, pero te lo repito: no conozco mejor hombre que tú para casarse con mi hija Zala.

Nos miramos y sonreímos. Ahora él tiene dos hijas, Luna y Zala y, a menudo, debe especificar para no confundirse. Esto de los cambios de conciencia ha sido raro para todos.

Por fin, Naim arranca hacia mi destino: casarme con Zala.

* * *

Suena la canción *Libre como el viento*. Es la favorita de Zala. Creo que nunca he estado más nervioso en toda mi vida. Estoy en el altar esperando que mi futura mujer haga su entrada triunfal.

No hay muchos invitados porque queríamos tener una ceremonia sencilla y este lugar sigue siendo altamente secreto —solo por si acaso—. Estamos en las instalaciones de Origen, en la ciudad de Albedrío. Aunque cualquiera habría querido casarse al aire libre, Zala quiso rendir homenaje a su padre biológico, que está en estado catatónico desde que su conciencia viajó a la dimensión oscura, donde no había cuerpo al que sustituir. Los conceptos son complicados de entender y no deseo imaginarme una conciencia vagando por el espacio-tiempo.

Así pues, la presidenta de Albedrío nos ha cedido este lugar que hemos decorado a conciencia.

No olvido que esa mujer intentó matar a Zala cuando era una verdadera. Solo porque políticamente necesitábamos su apoyo, hemos tenido que perdonarla. Aun así, algo hay que reconocerle: ha

dejado esta estación acuática preciosa para la ceremonia. Aún se puede leer la palabra «Origen» en los viejos cristales, pero solo si te fijas bien, pues multitud de guirnaldas florales y de luces adornan el lugar. El agua nos rodea, los animales acuáticos también y, la verdad, es maravilloso permanecer bajo este mundo marino el día de mi boda.

Huelo a Zala. Aún sigue resultándome nuevo su aroma, pero lo he guardado en mi memoria, porque es el mejor olor que podría identificar con mi mutación. Está nerviosa y feliz.

—Dakari, no sabía que nos iban los cuentos de hadas —me dice Dak, que luce físicamente como si fuese Izan Davis. Le miro y sonrío, él se encuentra a mi lado en el altar, junto a la abuela de Zala—, pero está claro que ella es tu princesa. Felicidades, Dakari.

Lo miro y sonrío. Él a mí también. Se ha convertido en una especie de mejor amigo o hermano. Es raro de explicar, porque somos la misma persona en cuerpos diferentes…

—Bueno, puede que seamos la misma persona, pero nos hemos criado en dimensiones distintas. Aquí, de niño, el único cuento que podía permitirme tenía que pintarlo yo en piedras desgastadas. Así que… ¿por qué no vivir un cuento de hadas por una vez?

—Así sea, tío —me dice, perdiendo la formalidad de quien se supone que es el presidente. Me da una palmada en la espalda y, luego, se pone recto.

El olor de Zala se intensifica. Hace su entrada triunfal del brazo del señor Frederick Moore. Aquí, en el altar, la esperamos Luna, su padre biológico en silla de ruedas, su madre y yo.

La canción eleva el volumen y ella se desplaza con una sonrisa radiante. Su cabello ha crecido un poco y lo lleva suelto y frondoso, con sus enormes rizos propios. Lo lleva así para poder esconder su rostro en estos momentos en que todos la estamos observando.

Sus ojos me miran y noto sus mejillas sonrojarse incluso con su piel oscura. Huelo su nerviosismo y eso me altera más aún. No dejo de observarla. Es preciosa, pero porque me enamoré de una gran

mujer, y habría dado igual el cuerpo que ocupase, siempre habría acabado prendado de ella.

La distancia se acorta y Zala me mira con esos enormes ojazos que tiene ahora en este cuerpo. Su padre adoptivo me ofrece su mano mientras dice:

—Yo, don Frederick Moore, te entrego a ti, don Dakari —no hay apellido que mencionar porque los oscuros nunca lo tuvimos—, a doña Zala para que os unáis en matrimonio ante los ojos de Dios y… de la libertad, para que os améis como iguales —añade y todos le miramos cargados de emoción.

Esta ha sido una sociedad injusta donde poco importaba la igualdad entre hombres y mujeres o la libertad de quienes tenían la piel oscura, pero el señor Moore ha abrazado esas ideas porque nos quiere.

Zala suelta a su padre, le da un beso en la mejilla, saluda con la cabeza a todos los presentes y me entrega su mano para que la coja.

—Estás preciosa —le susurro. Lleva un vestido de encaje blanco tan sedoso que parece un ángel.

—No estarás pensando en ir corriendo a comprarte un vestido igual ¿no? —bromea en voz baja para que solo yo la escuche y me saca la lengua.

Ambos nos reímos e Izan Davis oficia nuestra boda.

Y todo es increíble, la verdad.

Nací siendo esclavo, sufrí violencia desde niño, vi cómo forzaban a la persona que amaba y cómo la menospreciaban por ser mujer. Crecí en un mundo donde habría sido impensable que un oscuro se casase libremente y dirigiese un negocio.

Pero aquí estoy, aunque jamás olvidaré de dónde vengo, jamás me volveré a callar porque ahora soy libre.

* * *

Zala se contonea de forma sensual mientras intenta quitarse ella sola el vestido de novia para que vivamos nuestra noche de bodas en todo su esplendor. Hemos sido muy tradicionales y no hemos mantenido relaciones, así que ambos estamos expectantes.

—¡Zala, te vas a caer! —exclamo entre risas.

—¿Qué pasa? ¿Quieres quitármelo tú, maridito? —bromea mientras agita la enorme tela del vestido de novia hacia todas partes.

Yo estoy en la cama sentado y ella corre hacia mí o, más bien, se cae de forma patosa y toda la tela blanca de encaje nos envuelve. Acabamos en el suelo de la habitación riendo intensamente.

Me mira y yo solo huelo felicidad. Debería estar muy excitado y, aunque ella me altera de esa forma, creo que me conformo con estar aquí, juntos y a salvo.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que no haya desaparecido? —pregunta de repente.

No es que me apetezca hablar de si la otra dimensión se ha autodestruido. No tenemos forma de saberlo. La tecnología necesaria para viajar entre dimensiones se quedó allí. Pero, según los estudios del padre biológico de Zala, los de Dak y los míos propios, sí, la dimensión oscura desapareció hace meses, cuando trajimos a miles de personas y conciencias aquí. Tampoco hemos sufrido más tormentas electromagnéticas. Sin embargo, nunca podremos saberlo a ciencia cierta y creo que a Zala le perturba la idea de que Izan Davis pueda seguir vivo en alguna parte. Es nuestra noche de bodas y creo que ella no solo ha escogido este lugar subacuático para honrar a su padre biológico, sino porque no quería que nada le recordase el horror que pasó cuando se casó con Izan Davis.

Intento animarla para que se olvide de lo malo y se centre en ser feliz. Cojo sus delicados dedos entre los míos, la miro intensamente a esos ojazos que tiene y le digo con una sonrisa torcida:

—¿No eras tú quien siempre me llamabas listillo? Pues, según este listillo, esa dimensión se ha esfumado.

Zala se ríe un poco y aprieta mis dedos con fuerza.

—A ver, si tan listillo eres, dime… ¿en qué estoy pensando ahora?

—¿Vamos a jugar a las adivinanzas en nuestra noche de bodas, Zala? ¿Qué tenemos, cinco años?

Se ríe y tira de mí. Ambos nos ponemos en pie y me empuja sobre la cama. Luego, se quita el vestido y ahora comprendo que antes solo estaba jugando, porque sabe perfectamente cómo desprenderse de él como la señorita que es. Su cuerpo se queda en ropa interior y es perfecto.

—¿Y ahora? ¿Cuántos años tenemos? —pregunta mientras me saca la lengua de forma infantil.

Me río.

—Estamos entrando en la adolescencia…

Ella se carcajea y creo que va a lanzarse a besarme, pero entonces, se aparta de la cama y se dirige a la maleta que ha traído consigo a Albedrío.

Me quito la parte de arriba del traje y dejo mi torso desnudo. Yo también deseo gustarle.

Zala termina de sacar aquello que ha ido a buscar y se gira. Cuando ve mi pecho sin ropa, sus ojos se esconden en los enormes rizos oscuros y se muere de la vergüenza.

—¿Prefieres que me vista? —pregunto con cierto tono juguetón, pero también con miedo. No quiero hacer nada que la incomode.

—¿Vestirte? —inquiere ella fingiendo poner una voz muy dramática —. Oh, no, por favor, lo que quiero es que te quites toda la ropa.

Ambos reímos nuevamente y voy a quitarme los pantalones, pero ella se lanza a la cama de un salto y me da una cajita.

—¿Qué es esto?

—Para ser tan listillo, a veces, eres un poco tonto. Es un regalo, Dakari, en agradecimiento por haber sido mi mejor amigo y haberte convertido en mi marido.

La miro lleno de felicidad.

—Zala… No tienes que agradecerme nada. El mayor regalo eres tú.

—Bla, bla —interviene de forma graciosa—. Venga, ábrelo.

Entonces, abro la caja y ahí está. No puedo creerlo. Es la piedra sobre la que dibujé el monstruo superhéroe y también la del dibujo que hice de ella el día que la conocí —o el que conocí a Luna, más bien.

—Creía que se había perdido… Después de tantos años… Zala…

Ella sonríe y desprende felicidad por los cuatro costados.

—Cuando creía que te habían mandado a trabajar a la fábrica con tu madre, las guardé y juré que, algún día, te las devolvería.

Me aparto las rastas de color blanco, que se han precipitado delante de mi cara, y, al hacerlo, me doy cuenta de que estoy llorando. Crecí en un infierno donde yo no era nadie para los demás y lo era todo para Zala.

—Te quiero, Zala.

—Te quiero, Dakari.

Zala también llora y ambos reímos y lloramos. Nos abrazamos y nos ponemos a jugar con las piedras como hacíamos de niños, porque seguimos siendo dos niños llenos de sueños e ilusiones, dos inocentes criaturas que nunca perdieron la esperanza en un mundo mejor.

Y así, aquí y ahora, no diré que termina nuestra historia…

Aquí comienza la historia de Zala y Dakari. En este instante, en nuestra noche de bodas, correteando y jugando como niños, celebrando que somos marido y mujer y que jamás volveremos a estar sometidos.

Agradecimientos

A la increíble comunidad de bookstagramers que leyó esta historia antes de que tuviera alas:

Gracias por cada detalle, cada corrección, cada mensaje lleno de entusiasmo y cada publicación que empujó esta novela hacia más lectores.

Nunca olvidaré que vosotros fuisteis los primeros en conocer los entresijos de *Oscuros, la rebelión*.

@lalokadeloslibros_84

@sofiabooklover_

@mislibros_mihobby

@shhhbookslive

@uncafec0nletras

@leiremunozbon

@lauravsll

@zenne.rgg

@umi.library

@alba.sbooks

@eltrucodemama

@liburulover

@coralfuertes_lectora

@raquel_gg_meduss142

@jannetebooks@

@bibliofilicas

@vainilleando

@rastreadordepaginas
@loslibros_deirene

Conoce a la autora, sus novelas, eventos
y videoclips en las redes sociales:
@elinlibertad
y en su web
www.elinlibertad.es